
LAS CRÓNICAS
SOBRENATURALES DE
MILENA CROW
MAURO CROCHE
ELIZABETH VALKY
mr

Las crónicas sobrenaturales de Milena Crow

Las crónicas sobrenaturales de Milena Crow

Mauro Croche
Elizabeth Valky

Índice de contenido

Portadilla

Legales

Las crónicas sobrenaturales de Milena Crow

Rudnick, Elizabeth
Aladdin : la novela / Elizabeth Rudnick. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2019.
Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-87-0155-8

1. Narrativa Argentina. 2. Crónicas. I. Título.
CDD A863

Mirada Crónica
Una colección dirigida por Leila Guerriero

© 2019, Fernando Krapp

Imagen de cubierta: Tintorería Yamato, Lomas de Zamora, Buenos Aires.

Todos los derechos reservados

© 2019, Tusquets Editores S.A.
AV. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: julio de 2019
Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-950-87-0155-8

Para mi esposa Lorena, por su apoyo constante y por creer siempre en mí, y a mi hijo Leandro, mi persona favorita en este mundo.

MAURO CROCHE

Dedico este libro a mi familia.

A mi esposo quien me ha apoyado y ha estado conmigo todo este tiempo. A mi hija que es el motor de mi vida.

A mis amigos que creyeron en mí. A los Valkyrianos que estuvieron en todo el proceso.

A todos los que prestaron su ayuda desde el inicio, a todos ellos está dedicado con mucho cariño y amor este libro.

ELIZABETH VALKY

CRÓNICAS (I)

TABLA OUIJA

L*a siguiente es la primera de muchas entrevistas que la colaboradora y periodista freelance Milena Crow ha realizado para la revista de suscripción mensual* Los Misterios del Unicornio Amarillo *(ya extinta).*

Fecha de publicación: 31 de agosto de 2016.

Tabla Ouija

Por: Milena Crow

© Todos los derechos reservados

La entrevista tiene lugar en la casa de Patricia Nores, quien vive en un barrio latino de Main Street, Junction City, con su abuela de ochenta y dos jóvenes años. Mientras la señora realiza los quehaceres domésticos con sorprendente energía, Patricia me invita a sentarme en uno de los sillones del living y, café de por medio, comienza a relatar su experiencia.

Patricia: No debimos llevar a cabo ese juego. No al menos con la presencia de Bea. La conozco desde la primaria, y ella siempre fue muy tímida y callada, le tenía miedo a todo. Cuando hablaba, se ponía toda roja y tropezaba con las palabras. Tenía un principio de tartamudez… Tuvo un solo novio, pero él la dejó a los dos meses de comenzar la relación. Por otra chica, se entiende. Ella estaba muy enamorada de él, y cuando el tipo se fue con la otra, quedó realmente muy mal. Pensamos… teníamos miedo de que se hiciera daño, ¿entiende?

Milena Crow: Una persona muy sensible e introvertida.

P: Era como una crisálida. ¿Sabe lo que es eso? Pero todos sabíamos que ella nunca saldría del capullo, que jamás desplegaría las alas para ver la luz del sol. Intentamos ayudarla, ¿sabe? Pero ella no quería que la ayudaran. Bea navegaba mucho por Internet… pasaba horas delante de su computadora. Primero fue en el chat, en la época en que todavía existía el Latin Chat, ¿lo recuerda?

MC: Creo que todavía sigue existiendo.

P: Y después fue MySpace, y después Facebook, y después no sé qué otra cosa para hacer amigos… Ella decía que tenía muchos amigos. Hablaba mucho con ellos a través de la *webcam*.

Pero usted sabe cómo son los amigos que uno conoce por Internet. Pueden desaparecer de la noche a la mañana sin dejar rastro, como si nunca hubiesen existido. ¿Nunca se puso a pensar en eso? Tal vez los «amigos» de ella no eran tales, sino una máquina que le respondía frases programadas. Da miedo pensar esas cosas, ¿no?

MC: Pero ella estaba sola.

P: Claro que sí. Era la persona más solitaria de la Tierra. Su única amiga verdadera era yo… (Se queda pensando un rato, al tiempo que su mirada se torna algo difusa.) Debí haberla cuidado mejor. Debí haber insistido en que no fuera a esa estúpida sesión de ouija.

MC: ¿Qué pasó aquella noche? ¿De quién fue la idea de hacerla?

P: Oh, fue uno de los amigos de mi novio, Darío. Esa noche era Halloween, o Noche de Brujas o de Muertos, o como quiera llamarla. Darío dijo que era una ocasión perfecta para comunicarse con los espíritus, porque los límites que nos separan de los muertos desaparecen, o al menos se tornan más delgados… algo así. Empezó como una broma, pero después sacaron unas cervezas y bebieron y el asunto empezó a ponerse serio. A mí nunca me gustaron esas cosas… Pensaba que era como jugar con fuego. Uno cree tener el fuego dominado, pero nunca sabes cuándo una chispa puede saltar hacia tu vestido y transformarte en una antorcha humana. Y además estaba Bea… sabía que las tablas ouijas pueden afectar a las personas sensibles.

MC: ¿No trataste de advertirle?

P: Claro que lo intenté. Pero ella no pareció escucharme. Su mirada se había vuelto brillante… como si estuviera entusiasmada con la idea del juego. Y eso es algo que no se ve muy seguido, ¿sabe? Porque Bea… ella siempre fue una chica muy apagada…

MC: Y entonces llevaron a cabo el juego.

P: Fue exactamente a la medianoche. Creo que todos estábamos bastante borrachos. Alguien sacó no sé de dónde un tablero con letras y números; Darío encendió una vela; y otro muchacho apagó la luz y quedamos en penumbras. Nos sentamos alrededor del tablero y nos tomamos de la mano. Mi novio estaba sentado a mi derecha, y Bea a mi izquierda. Recuerdo que su mano aferraba la mía y sudaba mucho. Darío nos dijo que cerráramos los ojos y comenzó el juego. Su voz de repente se tornó más profunda, y preguntó si había un muerto con nosotros en la sala. Alguien lanzó una risita, creo que fue Vanesa, una de las chicas que se encontraba presente esa noche, y hubo chistidos y pedidos de que nos callásemos. Yo estaba ebria, terriblemente ebria, y pensaba que me divertía mucho, aunque en el fondo estaba comenzando a asustarme. ¿Por qué estábamos haciendo eso, por Dios? Éramos como esos adolescentes estúpidos de las pelis de terror, que siempre terminan metiendo la pata… Darío volvió a realizar la pregunta… y algo cambió en el ambiente.

MC: ¿En qué sentido?

P: Fue apenas perceptible, como cuando hay un cambio de luz en el cielo, pero creo que todos nos dimos cuenta de inmediato. Tuve que abrir los ojos. Darío estaba frente a la tabla de ouija, con un dedo sobre el puntero de madera, y cuando vio que lo miraba trató de sonreírme como si todo estuviera bien. Pero yo supe que él también había comenzado a asustarse. No éramos más que unos adolescentes borrachos, creyendo que podíamos meternos con las cosas más peligrosas. Ahora sé que hay que andarse con cuidado por la vida. La mente humana puede resultar muy frágil…

MC: ¿Qué pasó?

P: Primero fue la vela. La llama comenzó a sacudirse como si hubiera una brisa, aunque la casa tenía todas las ventanas cerradas, porque era una noche bastante fresca. Y después… la mano de Darío comenzó a moverse. Mi novio enseguida abrió los ojos y le dijo que dejara de hacer estupideces. Pero bastaba mirar la cara aterrada de Darío, con los ojos saltones y la boca entreabierta, para darse cuenta de que no se trataba de una broma. «No puedo parar de mover la mano», dijo. «No puedo…» Entonces la mesa se sacudió. Como si hubiese alguien debajo. Todos gritamos y nos paramos, y cuando traté de desprender mis manos de las de mi novio y de Bea… no pude hacerlo. Sencillamente no pude. Mis dedos estaban tan rígidos que parecían soldados a los dedos de los otros. Vanesa comenzó a gritar que el juego ya no le resultaba divertido, que parásemos, y creo que los demás pensábamos exactamente lo mismo… solo que no podíamos. He pensado mucho desde entonces. He leído sobre el poder de la sugestión… ¿Sabía usted que si pone a un grupo de personas en un lugar cerrado y le indica a un cómplice que diga que hay olor a gas, los demás comienzan a oler lo mismo? Aunque el olor a gas sea totalmente inventado.

MC: ¿Fue ahí que Bea… tuvo ese incidente?

P: Fue un rato después de que descubriésemos que la mano de Darío señalaba siempre las mismas letras: «N» y «A». En ese entonces no lo relacioné con Bea. En mi terror, yo la había olvidado por completo, ¿entiende? Fue Vanesa quien me hizo verla. Ella comenzó a gritar, al tiempo que la señalaba… Miré hacia mi izquierda. Creo que casi me desmayé del susto ahí mismo. Porque la cara de Bea… se había puesto negra. Tenía la lengua afuera, colgando como un trozo de gusano… Miraba hacia arriba, estirando el cuello al máximo, como si hubiese algo horrible en el cielorraso. Abrió la boca, y de sus labios salió un rugido tremendo, algo que no era humano ni tampoco animal, sino algo, no sé, demoníaco. Giró la cabeza y me miró. Sus ojos reflejaban una terrible maldad, y supe que en ese momento no era ella, sino otra cosa, algo que se había apoderado de ella. Me sonrió… todavía sigo viendo esa sonrisa en mis sueños. Lo peor era que no podía apartarme de ella, porque tenía su mano soldada a la mía. Los otros gritaban y trataban de apartarse, pero lo único que lograban hacer era correr la mesa de un lado a otro…

P: ¿Dijo algo?

MC: Solo me sonrió. Como si supiese los peores secretos de mi alma… Sentí olor a amoníaco y cuando bajé la vista vi que me había orinado encima. Bea comenzó a acercar su cara a la mía…

Aún se me pone la piel de gallina al recordarlo. Creo que quería morderme, o quizá pasarme esa lengua viscosa por la mejilla. Creo que me hubiese vuelto loca si hubiese hecho alguna de las dos cosas… pero entonces todo terminó. La vela se apagó, y nuestras manos quedaron liberadas de repente. Estábamos tironeando hacia atrás, de modo que cuando pasó esto perdimos el equilibrio y caímos al suelo. Alguien encendió la luz… Bea estaba sentada sobre su silla, con apariencia de dormida. Yo me acerqué a ella y la llamé… Alguien me dijo que no lo hiciera, que no la despertara, pero yo era su amiga, y debía actuar como tal. Aunque debo admitir que estaba muerta de miedo al tocar su hombro y sacudirla. Ella soltó un gemido y despertó… y luego comenzó a llorar. Se agarró a mí con todas sus fuerzas y comenzó a llorar. No quiso hablar sobre lo que había ocurrido.

MC: ¿Trataron de… buscar alguna explicación racional a lo ocurrido?

P: Eso fue después. En ese entonces teníamos tanto miedo que ni siquiera hablábamos entre nosotros. Yo me había orinado encima, y Vanesa me prestó unas bragas que tenía por ahí y me apresuré a cambiarme en el baño. Nos marchamos casi sin mirarnos. Era como si sintiéramos miedo de reconocer lo que había ocurrido en esa habitación. Yo llevé a Bea y la dejé en su casa. Ella se veía muy pálida; vomitó en el camino. Cuando nos detuvimos frente al jardín donde vivía, ella se giró hacia mí y me dijo… me suplicó… que me quedara a dormir con ella. Sus padres estaban de vacaciones en algún lugar de México, y ella no quería quedarse sola en la casa. No después de lo que le había ocurrido.

MC: ¿Y te quedaste?

(Patricia desvía la mirada. En ese momento, su abuela pasa con una escoba rumbo al patio y ella aprovecha para beber un poco de café. Aunque sospecho que más que beber, lo que hace es humedecerse los labios resecos. Luego sigue hablando frente a mi grabadora.)

P: Le dije que podíamos llamar a un médico. O mejor: podría acompañarla a un hospital si se sentía mal. Pero Bea negó con la cabeza. Estaba sentada en el asiento del acompañante de mi coche y yo no podía dejar de recordar su horrible rostro negro, su lengua que como un gusano recorría sus labios carnosos… y aquella sonrisa. Le dije que todo saldría bien, que ya nos olvidaríamos de todo. Era mi amiga, pero si usted hubiese visto lo que yo vi…

MC: Así que la dejaste sola.

(De repente, Patricia parece perder la compostura y se gira hacia mí con los ojos llorosos.)

P: Es que tenía mucho miedo, ¿entiende? Ella quería que yo me quedara a dormir con ella… pero ¿y si en mitad de la noche volvía a transformarse en esa horrible cosa demoníaca? ¿Y si comenzaba a saltar de la cama, o peor, me agarraba en la oscuridad mientras yo dormía a su lado? No podía… sencillamente no podía… Insistí en que todo saldría bien y luego ella bajó del auto. Mejor dicho, yo la empujé un poco… Y salí de allí pitando. Recuerdo que miré por el retrovisor y vi su cara pálida y bañada en lágrimas… Muchas veces sueño con eso, ¿sabe? Es

decir, Bea era la única amiga que tenía desde los tiempos de la primaria… Aún no puedo creer que ella…

MC: ¿Qué hizo después?

P. Fui a mi casa. Me di una ducha. Y luego me acosté. Con todas las luces encendidas.

MC: ¿Recuerda la hora?

P: Debían ser las dos de la mañana.

MC: Hay un registro de llamadas tiempo después.

P: Sí, exacto. Ella, Bea, llamó a eso de las dos y media. Yo estaba con los ojos abiertos de par en par y los dientes aún me castañeaban, y el timbre del celular sobre la mesita de luz casi me infartó. Incluso antes de mirar la pantalla del celular sabía que era ella. Y durante un momento… durante un miserable momento… pensé en no atender. En no atender su llamada. Pero lo hice. Creo que fue lo único valeroso que hice esa noche. Atendí y le pregunté qué pasaba. Al principio no recibí contestación. Iba a repetir la pregunta, un poco más preocupada… cuando entonces escuché esa voz. Otra vez esa voz, que era como un rugido cargado de maldad. Me decía: «Patricia… Patricia…» una y otra vez. Y reía. O quizá lloraba. Corté. Creo que había comenzado a llorar de miedo. Ni siquiera pasaron dos segundos cuando el teléfono comenzó a sonar otra vez. Esta vez no atendí. El teléfono siguió llamando, y tuve que quitarle el sonido para no despertar a mi abuela.

MC: ¿No pensó en llamar a la policía?

P: ¡Claro que sí! ¿Quién cree que dio aviso a la policía? Llamé desde el teléfono de línea del living, porque al final había apagado el celular. Expliqué que una amiga podía encontrarse en problemas, y luego di la dirección de su casa. «Por favor, apúrense porque estoy preocupada por ella. Los llamaré dentro de un rato para ver si está todo bien», le dije a la operadora. Menuda amiga soy, ¿eh? Me senté sobre la mesa del comedor, cerca del teléfono, y me dispuse a esperar. Recuerdo que miré el reloj de pared y pensé que era la noche más larga de mi vida, porque apenas eran las tres de la madrugada. La casa estaba en silencio y en la calle no andaba un alma, ni siquiera ladraban los perros. Pasaron tal vez unos cinco minutos, y yo estaba pensando en llamar a la policía otra vez, para ver si tenían novedades… cuando empecé a escucharlo.

MC: ¿El qué?

P: El zumbido. En mi habitación. Sabía lo que era, porque estaba muy familiarizado con él: el zumbido del electro ventilador de la CPU. Pero yo sabía que había apagado la computadora, de hecho, no la encendía desde la tarde anterior. Me levanté y fui a ver. Tenía las piernas como de goma y me sentía a punto de vomitar por la adrenalina. Durante unos segundos pensé en no meterme a la habitación… pero entonces recordé a mi abuela. Ella dormía en el cuarto de al lado, y si había algo malo en la casa, entonces debía despertarla y sacarla de allí. Así que entré. La

pantalla de la computadora estaba a mi izquierda, sobre una cajonera, y el resplandor típico del led me dijo que estaba encendida. El rostro de Bea estaba en la pantalla. Nosotros usábamos mucho la *webcam*, ¿sabe? Hablábamos durante horas interminables de pavadas, cosas de chicas, pero en ese entonces, al verla, supe que era lo último que quería ver en mi vida. El rostro de Bea… no estaba negro, ni tampoco se veía deforme, sino que era ella, la de siempre…

MC: ¿Y sin embargo?

P: Ella me miraba. Simplemente me miraba, sin decir nada. Me miraba con una infinita tristeza. Como si supiera que su fin estaba muy cerca, como si supiera que estaba irremediablemente sola. Me aproximé para hablarle… y entonces lo vi. A sus espaldas. Estaba en un rincón, agazapado, una forma levemente humana y de ojos que refulgían en la oscuridad. Parecía… parecía una anciana sentada sobre una silla o algo así. Solo que era algo maligno, terriblemente maligno, tanto que podía percibirse su maldad a través de la pantalla de la computadora. Retrocedí un paso y comencé a gritar, a advertirle a Bea que se diera vuelta, que huyera del lugar, pero ella no pareció escucharme. Sé que me escuchó, porque mi *webcam* también estaba activada, pero no sé por qué ella no… Solamente me miraba. Entonces la cosa se incorporó y avanzó hacia ella. Fue tan rápido que ni siquiera creo que haya durado un segundo. La oscuridad pareció envolverla, y aun así ella me seguía mirando con esos profundos ojos tristes… y luego la pantalla se puso en negro. Y eso fue todo.

MC: ¿Contó todo esto a los policías?

P: Claro que no. Cuando se aparecieron en mi casa, diciendo que Bea estaba muerta… creo que tuve una crisis y algo en mi mente dejó de funcionar bien. Me sedaron y me internaron en un hospital. Ni siquiera mi novio fue a verme… Él sabía. Como todos los demás, sabía que todo eso estaba relacionado con lo que había sucedido en el departamento de Darío. Recién volvimos a vernos una semana después. Hablamos de lo sucedido, y creo que entre todos nos convencimos de que había sido una simple ilusión. Y en cuanto a Bea… la autopsia reveló que murió de un paro cardíaco, frente al monitor de su computadora. Algo muy lamentable para una chica de su edad, pero perfectamente plausible…

MC: Usted mencionó que la tabla ouija se movía constantemente hacia dos letras, «N» y «A», y que eso podía tener relación con Bea.

P: «N» y «A», «N» y «A»… ¿Qué se forma al escribir eso?

MC: Ana. O Ananá.

P: «Ana» era el nombre de la madre de Bea. Murió cuando ella tenía diez años. Era una verdadera arpía… todos le teníamos miedo. Golpeaba a Bea y la maltrataba. Creo que tuvo mucho que ver en el desarrollo de la personalidad reprimida de Bea…

MC: ¿Usted dice que, durante la sesión de la ouija, el espíritu de la madre se presentó y poseyó a su propia hija?

(Patricia se encoge de hombros. Parece emocionalmente exhausta. Es hora de concluir la entrevista. Sin embargo, antes de irme, algo me llama la atención.)

P: ¿Dónde está el teléfono del living?

(Patricia me mira durante un momento muy largo. Parece a punto de no contestar, pero a último momento cambia de idea.)

P: No tengo. Tampoco celular. Ni computadora. Verá, después de la muerte de Bea… recibía muchos llamados al celular. De números desconocidos. Nunca me hablaban, pero a veces escuchaba una respiración del otro lado. Y la computadora… siempre se encendía de noche. A las tres y diez de la mañana. La hora en que murió Bea. La primera vez que ocurrió, yo estaba durmiendo y me desperté con el resplandor azulado del led. La cámara web estaba encendida… pero solo había oscuridad. Y creo que se escuchaban gritos. Nunca estuve segura. Apagué la computadora y después la desenchufé, pero a la noche siguiente ocurrió lo mismo. Entonces me deshice de todo eso. Creo que es una especie de castigo… aún sueño con ella. Con Bea. Sueño que ella está detrás de una puerta oscura, y me llama desesperada. No sé qué significa eso, pero siempre me despierto temblando y al borde de un grito. Tuve que recurrir a las pastillas para dormir un poco…

MC: Patricia, agradezco mucho la información. ¿Le gustaría agregar algo más?

P (Piensa un rato. Su mirada se oscurece y parece al borde de las lágrimas.) No jueguen con esas cosas. Recen por el alma de Bea (agrega a último momento, antes de cerrar la puerta). Y por la mía también.

PARTE UNO

EL ACCIDENTE

1

Hablar de Itzel Guadalupe López Hernández (más conocida en el ámbito periodístico como Milena Crow) es hablar de una sombra, de un susurro misterioso pronunciado en la penumbra, que uno nunca logra entender en toda su dimensión.

Es hablar del sueño americano, y su reverso, que cuando se vuelca sobre uno con la fuerza de un huracán puede hundirte en las más insospechadas profundidades de la locura y la depresión.

Pero es, ante todo, hablar de una mujer. Una mujer joven, bella, inteligente, que un día tuvo que enfrentar la peor de las adversidades humanas y usar cada célula de su mente y su cuerpo para hacerle frente, e intentar salir victoriosa.

Claro que, cuando se trata de fantasmas y demonios, en muchos casos las armas terrenales no sirven de mucho para contenerlos. E Itzel Guadalupe, la chica al borde de la desesperación que conocí a principios del año anterior, en mi estudio de Coney Island, debió enfrentar en soledad a muchos de ellos…

Incluidos los que, a mi criterio profesional, son los más terroríficos, devastadores y en muchos casos imposibles de detener: *los propios demonios del interior.*

2

Será necesario aclarar, antes de empezar con el relato, que gran parte de lo que sé y voy a contar proviene de la misma Itzel, de lo que me contó aquella tarde del primer encuentro, y lo que me siguió contando a medida que nuestro trabajo de investigación avanzó (si es que puede llamárselo así) en el transcurso de dos días. Pero otras tantas las sé por averiguaciones personales, por blogs y escritos que ella ha dejado en el camino, por descripciones de testigos circunstanciales que fui recolectando, y por el relato algo alocado de su madre, que vivía en Iztapalapa (México) en una casita que literalmente era devorada por la pobreza. También hay (a esto lo tengo que decir) una porción de su vida que sigue permaneciendo en sombras, y que yo, inevitablemente, tendré que rellenar con las elucubraciones de mi imaginación, con suposiciones, con parches elaborados de ficción y leyenda a partes iguales. Es inevitable: en la historia de Milena, las implicancias detrás de los hechos son tan enmarañadas, tan monumentales, que haría falta un trabajo de documentación de décadas para intentar llegar a la verdad. Y ni siquiera sé si eso bastaría para acercarse demasiado a ella.

Así que lo que diré puede resumirse así:

Itzel Guadalupe López Hernández, antes de convertirse en Milena Crow, era una chica mexicana de clase baja, brillante en los estudios y ambiciosa en sus metas personales, que un día entrevistó a un próspero empresario estadounidense durante una conferencia de negocios en el Sheraton del DF, y se enamoró de él.

Aunque, a decir verdad, el enamoramiento fue mutuo: un flechazo de esos que solo existen en las películas románticas, y que difícilmente se dan en la realidad. En ese entonces, Itzel tenía veintiún años, y acababa de recibirse de periodista en la UNAM. Vivía con sus padres en Iztapalapa, y hacía una pasantía para *El Financiero*, periodicucho local dedicado al mundo de los negocios y las finanzas. Fue durante una de estas soporíferas coberturas que conoció a James. Dice Itzel que el hombre estaba apartado del grupo principal, sentado en un sillón y tomando una simple Coca-Cola con hielo. Que eso fue lo primero que le llamó la atención de él: que estuviera bebiendo una bebida popular en lugar de los caros y distinguidos Grey Goose y Rémy Martin que consumían los demás. Que se acercó a él, y con una sonrisa tímida —aunque decidida—, le preguntó si era parte de los principales exponentes de la convención. Entonces James, con una mirada divertida y una sonrisa adorable (aunque también engañosa, diría con súbito rencor Itzel tiempo después), le respondió:

—Sí, exacto. Pero dudo de que estos viejos leones me dejen meter un solo maldito bocado.

Itzel, para su sorpresa, lanzó una risita, como si fuese una colegiala enamorada (cosa que, probablemente y sin que ella lo aceptara, todavía era). James, ampliando su sonrisa, le preguntó si era una de las periodistas asignadas al evento. «Sí», respondió Itzel, y le mostró el cartelito plastificado que llevaba prendido en su camisa. Con impecable cortesía, James observó la acreditación durante unos segundos, sin desviar la mirada siquiera un centímetro hacia arriba

(que era donde se abultaba el escote de Itzel) y luego asintió con la cabeza. Bebió un sorbo de su Coca-Cola, depositó el vaso sobre una mesita y luego alzó sus ojos azules hacia ella. Se encogió levemente de hombros.

—¿Y bien? —dijo amablemente divertido—. ¿Vas a hacerme la entrevista, o te quedarás mirando cómo se derriten los hielos de mi vaso?

Y fue así como comenzó todo.

Durante la improvisada entrevista, que Itzel jura casi no recordar, la chica se dio cuenta de que apenas podía despegar su mirada de la de él. James Anderson Miller se veía tan bien, olía tan bien, hablaba tan bien, que era casi imposible no sentirse atraída (y al mismo tiempo, *asustada*) hacia sus encantos. James era tan distinto a la mayoría de los hombres que ella conocía… hombres por lo general sudorosos y mal hablados, vestidos con harapos, que soltaban palabrotas en cada oración pronunciada y no tenían mayores ambiciones que adquirir el suficiente dinero al final del día para comprar su ración nocturna de vino barato.

Luego de pensar esto, Itzel se sintió culpable. ¿Acaso estaba insinuando que los hombres americanos eran mejores que los de México, los que ella conocía de toda su vida? ¿Mejores incluso que su *propio padre*?

Un breve análisis de la situación le hizo concluir que no, que no era ese el caso. Ella era inteligente y sabía de las ventajas en muchos casos inalcanzables que tienen, desde su mismo nacimiento, los hombres como James. Los James de este mundo nacen en cunas de oro y reciben una educación elitista que la mayoría de los mortales no puede recibir. Los James de este mundo (y esta era la parte que más la perturbaba y le hacía pensar en una injusticia irremediable) eran magnéticos y difíciles de resistir para la gente promedio, a tal punto que los votaban como presidentes y los veneraban como figuras públicas que aparecían en el noticiero de las ocho.

Por ese mismo motivo (se vio obligada a recordarse), los James de este mundo eran peligrosos, y había que andarse con cuidado con ellos.

Cuando la entrevista terminó, James la invitó a una jornada de paseo por Guanajuato para el día siguiente. Él estaba intrigado por las minas abandonadas y por el famoso museo de las momias vivientes. Necesitaba una guía turística que lo llevara por los sitios más secretos del poblado. ¿Estaría la flamante licenciada en periodismo dispuesta a acompañar a aquel solitario empresario gringo a las afueras de la ciudad?

E Itzel Guadalupe, pese a sus escandalizadas —y a esas alturas ya aullantes— resistencias internas, aceptó. Aceptó, y en menos de tres meses, ya estaba casada con él.

3

Quizá deba, en este punto, realizar un breve alto para defender las acciones de Itzel. Ella era, como ya he dicho, muy inteligente, y tenía una personalidad introvertida aunque enérgica. No se dejaba manipular por nadie, y su andar por el mundo era firme y seguro. Pero (y he aquí la tragedia inevitable de esta historia) ella en ese entonces era joven, y ella en ese entonces era ingenua. La combinación de ambas cosas hace que, en determinados momentos, todas las demás cualidades del intelecto queden anuladas. Y ese momento llegó cuando se enamoró de James, y este, un día de junio (durante un viaje relámpago a California) le propuso matrimonio frente a la costa del Pacífico.

La boda fue fastuosa, elegante, la típica fiesta americana de los americanos ricos en donde abundan los manjares, las bebidas y los escenarios de ensueño; con campiñas verdes y antiguas; y adorables capillas de piedra que se alzan detrás de un paisaje conformado por el verde del mar y el azul del cielo californiano. ¿Exagero? Bueno, tal vez un poco. Pero estoy seguro de que la situación descrita no difiere mucho de la realidad. James se dedicaba a los negocios de importación y exportación pesquera, y tenía tanto dinero como para que él y sus hijos (y quizá sus nietos) vivieran una vida desasosegada. Podía permitirse este tipo de fiestas, y mucho más. Dicen que la boda duró tres días, y hubo serenatas, y mariachis, y shows de fuegos artificiales y quién sabe cuántas fanfarrias más. Asistieron los amigos y parientes de James (que eran alrededor de doscientos, o quizá trescientos) y los parientes de Itzel, llegados desde México en un vuelo chárter alquilado por el mismo James. Eran en total unas cuatrocientas personas que festejaron día y noche la unión de dos personas de culturas aparentemente opuestas, que decían amarse y soñaban con una vida con hijos, perros, y casa en los suburbios de la costa oeste. El típico sueño americano, hecho realidad, ¿verdad?

Sin embargo, durante la celebración, la felicidad de Itzel no fue completa. Eso se debió a su padre, que decidió no concurrir a la gran celebración.

A diferencia de su madre (que adoraba a James y pensaba como el resto de la familia: que acababan de ganarse la lotería), don Armando Esquivel López, el padre de Itzel, no estuvo de acuerdo con el casamiento de su hija. Decía que el matrimonio estaba destinado a terminar en una desgracia. Don Armando profesaba la religión de los yorubas (que en México es muy popular, sobre todo en los barrios pobres) y a través de la consulta con el *diloggún* o caracol-oráculo había llegado a la conclusión de que lo mejor era que el matrimonio no se llevara a cabo. Por todos los medios trató de convencer a la pobre Itzel de que no siguiera adelante con los preparativos de la gran fiesta. Pero luego, al darse cuenta de que su hija se mantendría firme y no cambiaría de opinión con respecto a James, optó por no concurrir a la ceremonia.

«Es algo que decido con gran dolor, hija, pero no voy a formar parte de algo que podría arruinarte la vida», le dijo don Armando, durante una noche de llantos y abrazos contenidos.

Itzel, en parte, logró comprender a su padre, que era muy creyente de su religión y había

regido gran parte de los caminos de su vida en concordancia con los dictados de aquel estúpido caracol. Pero eso no le impidió sentir un profundo dolor por su ausencia. Durante la ceremonia de bodas (me contó Itzel tiempo después), ella a cada rato dirigía miradas hacia el sector donde estaban ubicados sus familiares, como esperando ver la solemne figura de su padre sentada al lado de su madre. Pero don Armando, según supo después Itzel, se pasó ese día en el galpón del fondo de la casa, practicando el *ebbó* en consideración del dios Eleguá y rezando por el destino de su hija. Para quienes desconocen la terminología básica de la religión yoruba, el *ebbó* es el antiguo sacrificio animal que se realiza para pedir por la buena fortuna o la salud de algún ser querido. Es decir que, mientras Itzel se encontraba en la costa oeste celebrando su matrimonio en una fiesta magnánima, al mismo tiempo su padre se encontraba encerrado en un galpón de chapa, unos tres mil kilómetros más al sur, hablándole al Señor de Todos los Caminos y sacrificando en su honor unas cuantas gallinas viejas.

—¿Y tu madre? —se me ocurrió preguntarle tiempo después—. ¿Cuál fue la reacción de tu madre?

Estábamos en mi oficina del décimo piso, con vistas a la Brighton Bridge y su famosa montaña rusa dispuesta sobre la playa. Los ojos de Itzel estaban rojos y su hablar era muy lento, tanto que por momentos parecía se negaría a seguir moviendo la boca. «Efectos de un ansiolítico no recetado», recuerdo que pensé entonces. «Doble dosis de Clonazepam, o quizá Xanax.» Más tarde, supe que se trataba de ambas cosas. Pero de todas maneras Itzel se las arreglaba para seguir hablando, y no perder el hilo de la conversación.

—¿Mi madre? —respondió después de una pausa. Cada tanto echaba miradas hacia los estantes de mi biblioteca, en donde yo sabía que había un libro en particular que reclamaba toda su atención—. Bueno, ella estaba encantada con él. Lo único que le molestó de James fue la existencia de su primer matrimonio…

El anterior matrimonio de James, en efecto, había durado un suspiro. La ex mujer de James, una bella aunque algo anodina estadounidense oriunda del sur de California, pareció volverse una arpía luego del divorcio. Trató por todos los medios judiciales (y por otros *non sanctos* también) de arruinar a James y quedarse con todos sus bienes. Lo logró en gran parte, pero a James lo salvó un contrato prenupcial que resguardó sus negocios y su casa estilo mediterráneo en Long Beach. Fruto de esa unión malograda nació Alexander, un chico que contaba con cuatro años cuando su padre decidió casarse por segunda vez. Era un niño muy inteligente y, según el decir de Itzel, aceptó muy rápido a su segunda madre y se encariñó con bendecida facilidad con ella. De modo que, aquello de lo que tanto desconfiaba su madre, terminó siendo un gran motivo de felicidad para Itzel.

Casa en los suburbios de Long Beach. Calles con palmeras y céspedes tan verdes como los de un estadio de fútbol. Un hijo adorable y un esposo guapo y rico que juraba quererla. La vida de Itzel, repito, era la que miles de inmigrantes legales e ilegales sueñan al traspasar las fronteras. Solo faltaba algo más para alcanzar la cúspide de la felicidad, y ese algo llegó —si es que puede decírselo así— un caluroso viernes de agosto, dos años después del famoso casamiento a orillas del Pacífico, cuando Itzel tuvo a su primer hijo biológico, al que bautizaron con el nombre de Joseph.

Joseph Hernández Miller.

Era un chico bellísimo. Una mezcla perfecta de los rasgos latinos de la madre y los ojos y el

cabello más bien arios del padre. Lo mejor de todo era que el chico era tan despierto como su hermano mayor, e incluso más: a los dos años, ya era bilingüe y podía realizar cálculos matemáticos de cierta complejidad, tocaba el piano, era hábil con los deportes y pintaba retratos que dejaban boquiabiertos a sus profesores del *kínder*. Su potencial era, prácticamente, infinito.

Itzel sin dudas estaba en lo mejor de su existencia. Trabajaba de lo que le gustaba, en un periódico local de Long Beach, y tenía una familia preciosa que la apuntalaba. Nunca me lo llegó a decir, pero estoy seguro de que todas las noches rezaba para que su situación permaneciera así durante todo el tiempo posible. Probablemente no rezaba para que fuera *para siempre*, porque bien sabía ella que las tormentas más horribles tarde o temprano se apaciguan y, viceversa (y esto es algo con lo que los ricos de este país temen a diario), los cielos apacibles en algún momento comienzan a poblarse de nubarrones. Pero, con que su felicidad durara un tiempo aceptable (sea lo que signifique eso para una exitosa periodista de veintitrés años), ella prometía conformarse.

Salvo que duró apenas un par de años más.

Salvo que el misterioso accidente nocturno terminó con todo. Y de una forma bestial y desgraciada, que conmovió a la ciudad entera y fue la maledicencia de los periódicos y los canales regionales durante las siguientes semanas.

4

–¿E*xiste la vida después de la muerte? ¿Cabe preguntarse por la existencia de los fantasmas sin caer en la ridiculez y el sinsentido?* Fueron preguntas que nunca pasaron por mi mente hasta que mi hijo de doce años falleció por una afección pulmonar y meses después comencé a verlo jugando en su habitación…

—¿Recuerda cómo fue la primera vez que lo vio?

—No sé si estoy lista para hablar de eso. De verdad, creo que aún no lo estoy.

—¿Aún lo sigue viendo? ¿A su hijo?

—Sí. De hecho, lo estoy viendo en este mismo momento.

—¿En este momento?

—Sí.

—¿Y dónde está?

—Está detrás de usted, jugando al escondite tras las cortinas de esa ventana…

5

Si siguen con atención los noticieros (o leen con cierta asiduidad los periódicos) seguramente habrán sabido del caso: durante las primeras horas de la noche de 27 de septiembre, una mujer estrelló su Honda SUV contra el pilote de un puente a medio terminar, a la altura de la planta nuclear de Onofre, en la Old Pacific Highway, una vieja carretera que corre paralela a la I-5 en dirección a San Diego. Los motivos del accidente nunca estuvieron claros, aunque se cree que la mujer efectuó una mala maniobra a una velocidad de más de ciento veinte kilómetros por hora, volcando el vehículo e impactándolo contra la dura formación de hierro y cemento.

El caso, que hubiese pasado desapercibido entre otros miles de accidentes de carreteras que ocurren por año en Estados Unidos, llamó la atención de la prensa y el público por dos notables motivos: uno, la mujer era la esposa de un importante empresario de la costa oeste y, lo que es peor, parecía haber enloquecido; dos, las circunstancias estuvieron rodeadas de ese morbo que gusta tanto a los periódicos amarillistas.

Pero antes de ahondar en los misterios del caso quisiera exponer un fragmento de una de las primeras notas periodísticas que aparecieron a pocos minutos del accidente. El texto pertenece a un enviado del periódico *L.A. Times*:

MEDIANOCHE DE AYER: FATAL ACCIDENTE EN LA OLD PACIFIC

Por motivos que se siguen investigando, en las primeras horas de este día se produjo un accidente con desenlace fatal en la vieja carretera que bordea el Pacífico. Una camioneta Honda, que conducía una mujer de unos veinticinco años de edad, chocó contra el pilote de un puente a medio construir, luego volcó y terminó incendiándose. Como resultado de este evento, un niño de siete u ocho años falleció y otro menor quedó en estado grave, quien fue trasladado en forma urgente al Hospital de Niños de Los Ángeles. La conductora, en estado de shock, resultó ilesa y fue atendida por personal de la patrulla fronteriza de Onofre.

Me resulta en especial interesante este fragmento porque quien lo escribió no tenía idea de quiénes eran los implicados, y por lo tanto no hay rastros de esa sanguinaria distorsión periodística que se llevó a cabo poco tiempo después, en perjuicio de Itzel. Son los hechos puros, narrados con el apresuramiento de una primicia a las dos y media de la madrugada: un accidente, un chico muerto, otro grave, la conductora ilesa. Una enumeración fría y objetiva, que no obstante tuvo la repercusión de un terremoto en la vida de Itzel.

Pero comencemos con los enigmas.

El primero, y tal vez principal, tiene que ver con la *ubicación y la hora* del accidente. Es decir, Itzel vivía en los suburbios de Long Beach, casi todos sus conocidos vivían allí (a excepción por supuesto de sus parientes en México), tenía una rutina bastante definida en la que

solo salía de la ciudad para los paseos dominicales en familia hacia alguna playa de los alrededores; por si fuera poco, sus habilidades de manejo eran bastante precarias y hacía menos de seis meses que había obtenido la licencia de conducir… Fue inevitable, en vista de los mencionados antecedentes, que todo el mundo se hiciera las mismas y perplejas preguntas:

¿Qué rayos estaba haciendo allí, en el momento del accidente, a más de noventa kilómetros de su hogar?

¿Hacia dónde se dirigía?

¿Por qué conducía en forma tan temeraria a la una y media de la madrugada, mientras su marido se encontraba en un hotel de Ohio en las vísperas de una convención aduanera?

¿Por qué motivo había tomado la Old Pacific Highway, una carretera oscura y de doble mano que en algunos lugares estaba parcheada y mal señalizada, en vez de la moderna y mucho más segura autopista I-5 que corre paralela a menos de trescientos metros?

Fueron preguntas que Itzel, interrogada al respecto por las autoridades, se mostró incapaz de responder. Ella estaba sumergida en un ataque de nerviosismo, y habían tenido que sedarla en una habitación del hospital. No bien volvió en sí, lo primero que preguntó fue por sus hijos. Calculo que debían ser las cuatro o cinco de la mañana, y la larga noche aún no se había disipado del todo. Se encontraba sola (James acababa de ser avisado y estaba en camino hacia el hospital de niños), así que imagino la desolación y el terrible sentimiento de irrealidad que debe haberla embargado al enterarse, por boca de unos desconocidos, que Alexander había muerto, mientras que Joseph estaba en coma vegetativo producto de una fractura craneal y posterior pérdida de masa encefálica. ¿Quién puede recibir una noticia así sin volverse loco? Me resulta completamente entendible la reacción inmediata de Itzel. Días después, atribuyeron su comportamiento a una adicción a las drogas, al alcohol, incluso a una personalidad maníaco-depresiva que terminó en un intento fallido de suicidio *en masa*. Pero yo me inclino por la explicación más racional y sencilla: sencillamente, se había convertido en una madre enloquecida por el dolor. Quizá fue por eso que, al escuchar que su hijo mayor estaba muerto, y el otro con su vida pendiendo de un hilo, se abalanzó sobre el médico portador de la noticia y de un mordisco le arrancó un pedazo de mejilla.

Dicen los testigos que la escena fue sangrienta y aterradora, propia de una de esas pelis de zombis que están tan de moda hoy en día. El médico se tambaleó hacia atrás, con el guardapolvo blanco convertido en el delantal de un carnicero. Comenzó a gritar. Itzel, mientras tanto, era sostenida por varias enfermeras, pero ni aun así impidieron la acometida de un segundo ataque. Esta vez Itzel no pudo hacerle mayor daño al médico, quien con los ojos desorbitados se arrastró en dirección a los pasillos y no volvió a aparecer hasta varias horas después. Un tercer enfermero, rudo y fornido, llegó al lugar. De un solo movimiento sujetó a Itzel por el cuello, y le clavó una aguja hipodérmica repleta de sedantes. Itzel pronunció el nombre de sus hijos una vez más, con voz cada vez más queda, hasta que finalmente —y pese a sus últimos intentos de resistencia— terminó dormida. Despertaría un par de horas después, con su vida ya irreversiblemente cambiada y consumida, como la del protagonista de una novela de ciencia ficción que se despierta en medio del fin del mundo luego de una temporada de hibernación en su hermética y solitaria cápsula.

Mientras Itzel dormía su sueño inducido, James llegaba a la unidad de cuidados intensivos del hospital de niños y recibía las peores noticias: Alexander había recibido graves contusiones

craneales y traumatismo cerrado de caja torácica, y había fallecido casi al instante. Su hermano, entretanto, tenía una lesión craneoencefálica con un nivel en escala de coma de Glasgow 3-8, es decir, el peor de los pronósticos posibles. Había llegado al hospital inconsciente y los médicos tuvieron que asistir su respiración mecánicamente; en ese momento evaluaban la posibilidad de una intervención neuroquirúrgica. James se sentó sobre un banco del pasillo y sacó su *smartphone* del bolsillo del pantalón. Marcó un número y se llevó el aparato a la oreja. Al cabo de un momento, alzó la vista hacia el médico que lo contemplaba comprensivo.

—No atiende —dijo James perplejo—. Mi esposa no atiende. ¿Sabe usted dónde…?

—Señor Miller, su esposa está en el hospital de Long Beach, y estuvo también involucrada en el accidente. Quizá quiera hablar con los miembros de la policía… —El médico se giró hacia una de las enfermeras. Su actitud diligente delataba que ya sabía la clase de hombre que era James Miller; probablemente quería brindarle una actuación que lo conformara por completo y le quitara de la cabeza la posibilidad de un posterior juicio—. Vera, por favor, dígale a la señora Fox que el señor Miller quiere comunicarse con los oficiales que están siguiendo el caso. Dígale…

—Tan tarde… —James había regresado su mirada al celular. Tenía la mirada vidriosa, aunque una especie de oscuridad había comenzado a apoderarse de sus facciones. La enfermera que habló posteriormente con los periodistas dijo que en ese momento el señor Miller le dio miedo, porque parecía un animal salvaje y hambriento que acaba de divisar una presa escondida —. ¿Por qué tan tarde?

El médico pestañeó confundido.

—¿Perdón?

—Mi mujer —dijo James con lentitud, como si tratara de comprender el significado de sus propias palabras—. Mi mujer Itzel. ¿Por qué estaba conduciendo el Honda en aquella carretera, a esas horas de la noche, tan tarde? ¿Hacia dónde pensaba ir?

—Señor Miller, realmente me gustaría ayudarlo, pero comprenderá que mi información sobre el caso es bastante limitada y…

—Es raro. Todo esto es muy raro. Me resulta muy… llamativo. Creo que ella estaba…

Se interrumpió y no dijo más nada. El médico y la enfermera se miraron, sin saber muy bien qué hacer. Para alivio de ambos, James de repente volvió a alzar la cabeza, y con voz acostumbrada al mando, dijo:

—Déjenme solo.

Así que los dos funcionarios de la salud obedecieron la orden con gran presteza, apresurándose a abandonar aquel pasillo como si acabaran de recibir una noticia de urgencia en sus propios celulares.

—Creo que allí fue cuando James comenzó a urdir el fin de mi vida en los Estados Unidos — me dijo Itzel tiempo después. Lo decía con voz calma, sin un dejo de rencor, como si hubiese meditado sobre el asunto demasiadas veces, y hubiese llegado a la conclusión de que todo aquel asunto no era más que una parte del pastel podrido que le había tocado, y que no había nada que pudiera hacer para remediarlo—. James era un hombre cariñoso y honestamente comprensivo frente a la gente que él quería, pero tenía otra faceta… La faceta que mostraba a la hora de los - negocios, y que él consideraba imprescindible si quería tener éxito. Cuando se investía en ese rol, se volvía un ser muy oscuro, irascible, maltrataba a los empleados y se obsesionaba con el

trabajo. Era una parte de él que yo detestaba.

Le pregunté si alguna vez le había dicho algo al respecto.

—Pues no —contestó Itzel después de pensarlo un tiempo—. Nunca le dije nada. Supongo que… bueno, creía que era algo inevitable. Había una parte de mí que se había convencido de que los negocios en los Estados Unidos se hacían de esa manera: a través de una competencia feroz y bajo la ley de la selva. Es lo que uno ve en las películas, ¿no? Sin embargo, nunca imaginé que esa parte salvaje de James se volcaría hacia mí en algún momento.

Pero eso sería semanas, meses después. De momento, durante las primeras horas del accidente (y salvo ese detalle de la mirada oscura contada por una de las enfermeras a un periódico amarillista), James se comportó como un padre ejemplar y un esposo contenedor, haciéndose cargo del funeral de Alexander y asegurándose de que Joseph recibiera la mejor atención médica, además de dedicarse a consolar a Itzel, que no podía salir de su estado de nerviosismo y constantemente clamaba por sus hijos. Suspendió todas sus actividades empresariales y se recluyó en el hospital de niños para seguir de cerca la evolución de Joseph. Ya para ese entonces, el grueso de la prensa estaba detrás del caso y comenzaba a hacerse los primeros interrogantes: ¿Hacia dónde se dirigía Itzel? ¿Estaba huyendo? Y si esto era así, ¿de quién?

Por supuesto que la propia Itzel fue interrogada al respecto, no solo por los reporteros, sino por la policía local. Ella aseguraba no recordar nada del accidente, ni los instantes anteriores ni los posteriores. No sabía por qué había tomado la Old Pacific ni hacia dónde se dirigía, tampoco podía explicar por qué había chocado el vehículo contra el pilote del puente. Solo recordaba haber sentido vértigo cuando el Honda volcó y luego escuchar una explosión sorda, pero su memoria terminaba allí. Tampoco recordaba haber mordido en la mejilla al médico del hospital de Onofre, aunque pidió disculpas en público y se manifestó arrepentida por su insólito accionar. Ni sus disculpas ni sus confusas declaraciones fueron muy bien aceptadas por la sociedad; las primeras notas periodísticas dudando de su inocencia comenzaron a publicarse el día después del funeral de Alexander, pero los cuchicheos y los comentarios malintencionados se habían iniciado mucho antes.

Comenzaron a aparecer los primeros testigos; un vecino de Raccon Street dijo que vio a Itzel la noche del accidente subiendo a sus hijos al coche; según su relato, la mujer parecía muy nerviosa y constantemente giraba la cabeza hacia atrás, como si quisiera asegurarse de que nadie la estuviera observando. Un empleado de una estación de gas de la autopista costera del Pacífico, a la altura de Dana Point, juró haber atendido a Itzel; dijo que la mujer hacía movimientos raros y descoordinados, como si sufriera epilepsia. Sin embargo, poco después pudo verse, a través de las cámaras de seguridad de la gasolinera, que el relato del empleado no era del todo exacto. Itzel había estado allí y había cargado combustible, pero no se comportaba de manera extraña, ni tampoco efectuaba esos movimientos antinaturales descriptos con tanta minuciosidad por el imaginativo (y al parecer también mitómano) joven.

Por último, y no por ello menos importante, la declaración posterior del señor Óskar, un inmigrante de origen rumano que atendía un puesto de venta de alimentos orgánicos a la vera de la I-5. Su excéntrica y colorida personalidad llamó de inmediato la atención del público y contribuyó a que el caso se masificara todavía más; cuando el señor Óskar apareció por primera vez frente a la cámara de la señal regional LA-18, con sus ruleros de plástico y su elegante bata

rosa, sosteniendo en brazos un perrito chihuahua envuelto en una sudadera de los Reyes de Sacramento, los niveles de audiencia subieron a niveles nunca antes vistos por señal alguna de California.

El señor Óskar, según su propia declaración, se encontraba durmiendo en el interior del puesto cuando escuchó el estruendo de la explosión del coche de la señora Itzel. No era común en él dormir dentro de su tienda (se apresuró a aclarar), pero ese día había trabajado hasta tarde, la noche era cálida y tranquila, y no le pareció mala idea descansar allí mismo. Lo hacía de vez en cuando, explicó, quizás una vez al mes, y entonces él se quedaba escuchando el oleaje del mar y el zumbar de los coches a través de la autopista. A veces, en las noches de cielo estrellado, el señor Óskar salía de su tienda junto con Cookie y recorría la playa, observando las estrellas y…

—Señor Óskar, usted dijo que fue el primero en auxiliar a la señora Miller cuando tuvo el accidente —lo cortó de cuajo la periodista, mirando de reojo hacia la cámara.

—Oh, sí, sí. —Tosió el señor Óskar. Sus manos, perfectamente manicuradas, acariciaban el perro como si quisieran secarse el sudor en él. Señaló hacia un lugar que la cámara no podía encuadrar—. Allí se produjo, a la altura del Puente Oceánico. Así le decimos nosotros, los que vivimos por aquí, a aquel puente que está a medio construir y que se suponía iba a ser el comienzo de un puerto pesquero que al final nunca se hizo. Eso es lo que se dice, ¿sabe? Yo no tengo mucho tiempo viviendo en este lugar, pero lo que se dice…

—Fue allí que la señora Miller chocó su automóvil, ¿verdad?

—Claro, claro.

Los ojitos del señor Óskar se movían de un lado a otro. Su lengua asomaba y volvía a desaparecer, como la de un lagarto tomando sol. Por un momento, dejó de acariciar al perro y, con esa misma mano, comenzó a mesarse el bigote. A esas alturas, era evidente que la entrevistadora estaba desesperada: intuía que nada bueno podría salir de ese viejo gordo que constantemente se ubicaba para que la cámara enfocase su puesto de alimentos orgánicos. Pero entonces, el señor Óskar comenzó a dejarse de rodeos, y contó una historia que dejó boquiabierta no solo a la periodista, sino a toda una nación que en ese momento lo estaba viendo.

El señor Óskar dijo que cuando oyó el estruendo, que resultó tan fuerte como para hacer temblar las paredes enchapadas de su puesto de venta, él pensó que por fin la planta nuclear de Onofre había estallado y era el momento de huir del lugar. Él había crecido a menos de seiscientos kilómetros de Chernóbil, y pensaba que todas las plantas nucleares del mundo debían eliminarse; cuando llegó a los Estados Unidos, luego de la crisis de Crimea, jamás pensó que terminaría viviendo a menos de doscientos kilómetros de una de esas fábricas de terror y muerte. Pensaba mudarse del lugar en cuanto consiguiera juntar algo de dinero; mientras tanto, atendía su puesto y regaba las tierras de su casita en Onofre durante el día, y por la noche rezaba para que no hubiese otro Chernóbil en la costa oeste americana. Fue por ello que, apenas escuchó el terrible ruido, su mente asoció el escándalo con aquello que durante casi toda su vida había temido, y entonces recogió a Cookie y salió casi desnudo de la tienda, dispuesto a correr hasta que se le reventara el corazón.

Pero no había habido ningún accidente nuclear, por supuesto. Cuando el señor Óskar miró en dirección al mar, vio que sobre la vieja carretera del Pacífico había un resplandor sobre las matas achaparradas de los alrededores. Cookie comenzó a ladrar y con un inadvertido y serpenteante movimiento se soltó del abrazo del señor Óskar, que comenzó a llamarlo desesperado. El perro

parecía tener bien claro adónde ir; parecía que alguien desde las llamas de aquel fuego lo invitaba a acercarse. El señor Óskar regresó al interior de la tienda, se puso una bata (no dijo que se trataba de la misma bata rosada que lucía en la entrevista, pero creo que todo el mundo lo adivinó) y se dirigió presto hacia el lugar de los hechos. Temía por Cookie, dijo a la entrevistadora, pero en cuanto logró acercarse al puente, lo que vio hizo que se olvidara de su perro durante unos cuantos minutos.

—¿Y qué vio? —preguntó la entrevistadora. Se mostraba un poco más tranquila frente a las cámaras. Había dejado de observar al señor Óskar con desdén y tal vez había comenzado a intuir, por primera vez desde que comenzara la nota periodística, que tenía una gran primicia entre manos—. ¿Qué fue lo que tanto le llamó la atención, señor Óskar?

—Bueno, en un principio, yo no entendía mucho lo que estaba pasando —titubeó de repente el señor Óskar—. Había una camioneta patas para arriba incendiándose, parecía que acababa de tener un accidente, pero yo me dije: «No puede ser. Si por aquí no pasa nadie…». Entonces vi la columna ennegrecida del puente y comencé a darme una mejor idea de lo que había ocurrido. Pero de todas maneras, una parte de mí se resistía a *creer*, ¿entiende, señorita?

La incredulidad del señor Óskar era por entero comprensible. Yo mismo he estado allí, en el lugar de los hechos, y créanme si les digo que la carretera es como la calle principal de un pueblo fantasma. Solo algunos turistas la recorren, sobre todo en las primeras horas del día y al atardecer. Los automóviles que circulan por ella lo hacen a sesenta kilómetros por hora (como mucho) y la mayoría de los conductores se detiene en algún punto para fotografiar el mar o darse un chapuzón en sus templadas aguas. A menos de trescientos metros, sobre la I-5, los coches zumban y vuelan, pero en la Old Pacific el tiempo parece haberse detenido. El mayor accidente de tránsito que uno imagina que podría suceder allí sería el de una pinchadura de algún neumático, o alguna batería en mal estado que ha dejado a los dueños del coche detenidos sobre el arcén a la espera del auxilio mecánico. No mucho más que eso. Por ello, imagino la sorpresa y el desconcierto del señor Óskar, que presenció en vivo y en directo un espectacular y trágico accidente sobre aquella carretera en la que *nunca pasaba nada*…

—Continúe, por favor —lo insta la joven periodista—. Va muy bien, señor Óskar.

El señor Óskar, que no es inmune a los halagos, vuelve a mesarse el bigote y da un pequeño beso a la cabeza del perro, al tiempo que lo acuna como si fuese un bebé.

—Me acerqué, señorita —dice de repente orgulloso—. Me acerqué porque pensé que los ocupantes de aquel vehículo podían necesitar ayuda. Cuando vivía en Rumania, yo era voluntario del SMURD, ¿se da cuenta? Si bien no soy médico o enfermero, por experiencia sé cómo actuar ante una emergencia. Y eso que estaba viendo frente a mis ojos, a pocos metros del mar, era una emergencia con todas las letras. Vi que la camioneta había dado un giro muy raro, y que gran parte del impacto lo había recibido la parte trasera del vehículo…

Tampoco en eso se equivocaba el excéntrico aunque agudo señor Óskar. Según las pericias técnicas elaboradas por el Departamento de Vehículos Motorizados, la SUV de Itzel no solo dio varios vuelcos, sino que realizó un giro de ciento ochenta grados con respecto a su posición horizontal. Su parte trasera terminó estrellándose, a unos ochenta kilómetros por hora, contra el pilote de cemento del puente. Eso explica que el frente haya quedado casi indemne en comparación con la parte posterior del vehículo. Explica también el hecho de que Itzel haya salido prácticamente ilesa del accidente, mientras que Alexander perdió la vida y Joseph quedó

en coma por culpa del mismo. Tiempo después, un perito explicó en un programa de TV la gran diferencia que existía entre chocar un vehículo de frente o con su parte posterior. Si el vehículo de Itzel hubiese chocado de frente, argumentó el experto, probablemente todos los ocupantes hubiesen permanecido con vida; tal vez con algunos magullones y quizás alguna luxación, pero no mucho más que eso. El asunto es que la SUV chocó en una posición inusual, y todos o casi todos los dispositivos de seguridad fallaron, porque los vehículos no están preparados para recibir un impacto de esa magnitud desde su parte posterior. «Fue como si a un boxeador le hubiesen dado un golpe bajo», graficó el experto, quizás exagerando un poco la situación. «No importa lo bien entrenado que esté ese boxeador: un golpe bajo lo sacará del juego, e incluso podría dejarlo en la lona. Algo así sucedió con el sistema de seguridad de la camioneta de Itzel.»

El resultado: un vehículo incendiado y sus dos ocupantes del asiento trasero en grave estado de salud. Se calcula que la muerte de Alexander sobrevino a los pocos segundos del impacto; el fuego surgido del depósito de combustible no hizo más que restarle unas chances de sobrevida rayanas al cero.

—Pensé que estaban todos muertos —diría tiempo después el señor Óskar frente a las cámaras de televisión—. La camioneta estaba destrozada, y parecía que alguien había arrojado una granada en su interior. Nadie podría haber sobrevivido a esa catástrofe… y entonces veo a una mujer salir por la ventanilla del conductor. Primero asomaron sus brazos, y luego su cabeza despeinada y ensangrentada. Tenía sangre, mucha sangre… Después, me enteré que era la señora Itzel, y que la sangre emanaba de un corte chiquito, en el cuero cabelludo, que siempre sangra mucho y que cuando se corta parece más grave de lo que es… Me asusté, porque la mujer parecía una de esas horribles criaturas de las películas de muertos vivos que pasan por MGM los viernes a la noche. Terminó de salir del vehículo, se irguió y me miró… pero en realidad su mirada me traspasaba. Miraba en mi dirección, pero yo supe que no me estaba viendo. Cookie no paraba de ladrar y de correr alrededor de la camioneta. Pensé que el vehículo podía estallar en cualquier momento y hacernos salir volando a los tres en cuestión de segundos… Me acerqué y la tomé del brazo, y le dije algo así como: «Venga, señora, tenemos que alejarnos». Pero ella se dio vuelta y abrió la puerta trasera. No sé cómo diablos logró hacerlo, porque la puerta estaba arrugada por el golpe y debía estar tan caliente como el cubo de basura de un vagabundo de Nueva York… pero la cuestión es que la mujer la abrió como si nada. Antes de que pudiese hacer algo para evitarlo, la señora se metió en el interior del coche y sacó de allí dentro a un chico inconsciente. Lo sostuvo entre brazos y comenzó a caminar en dirección al mar… yo pensé que tenía intenciones de meterse en el agua. Casi con seguridad se ahogarían. Así que le grité: «¿Qué rayos está haciendo, señora?». Entonces la mujer se detuvo, depositó al chico sobre la arena y se quedó mirando hacia el mar, como un turista recién llegado del desierto de Arizona. Me dio escalofríos.

—¿Y después?

El señor Óskar observó sorprendido a la periodista, como si hubiese olvidado que estaba allí.

—Llamé al 911 y esperé a que los rescatistas llegaran al lugar. —Se encogió de hombros—. ¿Qué otra cosa hubiese podido hacer?

—¿No intentó retirar al otro chico del vehículo?

—Las llamas consumieron la camioneta muy rápido. —Ahora el señor Óskar se había puesto a la defensiva y parecía molesto por la pregunta de la reportera—. Además, yo no sabía que

había otra persona dentro. La mujer parecía tan serena, que yo pensé que ya todo el mundo estaba a salvo. Me dediqué a atender al chico y…

—¿No le dijo nada?

—¿Quién? ¿La señora Itzel?

Solo que en su pronunciación defectuosa y atropellada sonó algo así como: «Señoraa Itzerr».

—Sí, la señora Itzel.

—Pues estoy seguro que no, que no dijo nada. —La cámara había comenzado a hacer un lento *zoom* en dirección a su rostro, hasta tenerlo en primer plano. Se vieron los ojos acuosos y ligeramente asustados del señor Óskar. Algunos incluso juraron ver la piel de gallina en su cuello expuesto. Yo solo vi a un tipo con problemas de bebida, que disfrutaba de sus quince minutos de fama, pero muchos otros no compartieron esta impresión. El señor Óskar se había transformado en el Portador de la Verdad, y toda una nación parecía pendiente de cada una de sus rápidas sentencias, dichas con la ligereza de un falso gurú durante su programa de TV a las dos y media de la madrugada—. No dijo nada, no, señora. Solo miraba hacia el mar. Parecía pensativa, pero yo creo que no sabía lo que estaba pasando. Como si estuviera… como si estuviera drogada, ¿entiende? Y en cuanto al chico tendido sobre la playa… ella no volvió a dirigirle la mirada. Ni una sola vez. Ni una sola maldita vez, ¿puede usted creerlo? *Como si no le importara en absoluto la vida de su hijo.…*

6

Es curioso, es realmente curioso cómo a veces nuestras mentes pueden llegar a funcionar. En ocasiones, nos comportamos como seres racionales y al mismo tiempo individualistas. Nos cuidamos de no herir con nuestros dichos a los demás. Nos manifestamos solidarios. Tenemos actitudes que alimentan la consciencia ecológica y el respeto por la vida en general. Como el sabio Gautama, mientras más nos alejamos de los demás, más compasivos nos volvemos del trágico destino de la raza humana. El dilema, el pequeño y gran dilema, es que estamos diseñados para acercarnos a los otros, pero no para alejarnos. Y es aquí donde comienzan todas las complicaciones.

Porque es en ese momento cuando nos volvemos manada.

La manada no piensa, sino que intuye. La manada puede ser un lugar de refugio y al mismo tiempo un reducto de crueldad y agonía. Al que no se adapta a la manada, o se comporta de una forma insólita para sus leyes, automáticamente se lo excluye.

Sin este tipo de comportamiento, por ejemplo, no podría explicarse el fenómeno del *bullying*, del racismo, de la xenofobia. Tampoco podría explicarse la rápida y atroz caída de Itzel hacia los peores destinos de la humanidad. Rápido fue su ascenso e igualmente rápida fue su caída. De ser objeto de envidia pasó a ser motivo de menosprecio. Luego de las coloridas declaraciones del señor Óskar (repetidas hasta el hartazgo en cada programa de televisión, cada grupo de Facebook, cada canal de YouTube dedicado a las noticias y curiosidades varias), un nuevo abismo pareció abrirse a sus pies. De nada sirvieron los informes médicos declarándola libre de cualquier sustancia tóxica y por lo tanto ajena a las adicciones de drogas; de nada sirvió que la junta psiquiátrica asignada al caso hiciera hincapié en el comportamiento racional y para nada enfermizo de Itzel: el público ya había dado su veredicto, y este era inapelable. Itzel estaba loca y era drogadicta. Itzel era una madre desamorada que solo se había casado con James para obtener las gratificaciones de su fortuna. Itzel merecía ser deportada a su lugar de origen para que se muriera de hambre junto a sus igualmente empobrecidos vecinos. Durante unas cuantas semanas, Itzel encarnó las peores cualidades del inmigrante y dio cabida a los argumentos más xenófobos enarbolados por los intolerantes de siempre. Los primeros en darle la espalda fueron sus vecinos de Raccon Street, que establecieron la nulidad y eliminación del Club de Damas Solidarias fundado por Itzel y dejaron de saludarla cada vez que se la encontraban en la calle. Después, vinieron los del periódico: le dijeron que se tomara unas cuantas semanas de licencia, hasta que se sintiera capaz de volver a trabajar, pero luego le enviaron un telegrama de despido aduciendo un sospechoso recorte presupuestario. Esto a Itzel supongo que apenas le afectó; estaba ocupada en otras cosas, lidiando con sus propios monstruos internos y tratando de encontrarle, al igual que los demás, un sentido a lo que había sucedido aquella fatídica madrugada del 29 de septiembre. Pero (al igual que los demás) muy poco sacaría en claro de sus largas y dolorosas elucubraciones.

Porque ella también ignoraba las claves que explicaban el misterio del accidente. Aunque lo intentara con toda su convicción, no podía explicarse por qué no recordaba casi nada de aquella noche, hacia dónde se dirigía, por qué había elegido una carretera desierta para transitar con su Honda el camino que pensaba recorrer, fuera cual fuese ese dichoso destino. Y lo peor era que después de la confusión venía la culpa, la culpa por haber matado a Alexander y haber dejado a Joseph convertido en un muñeco que respiraba con ayuda de pulmotores sobre la cama de un lujoso hospital de California.

Ella lo visitaba todos los días y le hablaba, le tomaba de la mano, le preguntaba cosas que ni el chico ni nadie hubiese estado en condiciones de responder. Sus visitas se limitaban al horario -matutino, evitando con sumo cuidado encontrarse con los familiares de James, que solían visitar al chico durante la tarde y no ahorraban en calificativos hirientes para dirigirse hacia ella cada vez que la tenían frente a frente. Los peores encontronazos los tuvo con su suegra, y también con Mary Smith, la ex mujer de James. Ambas fueron especialmente implacables con Itzel, a quien por supuesto atribuían todas las cosas que se decían sobre ella en los periódicos amarillistas y culpaban por entero de la muerte de Alexander. «Maldita *wetback*, por qué no te quedaste en tu país bananero», le dijo en cierta ocasión Mary, la vez que se la cruzó por uno de los pasillos del hospital. Itzel regresaba del baño (en ese entonces su psiquiatra había comenzado a medicarla con Xanax, cosa que la dejaba fuera de combate) y solo pudo retroceder sobre sus pasos y aguantar el aluvión de improperios que uno tras otro le propinó la ex de James, hasta que el personal de seguridad intervino y retiró a las dos mujeres del lugar. En cuanto a su suegra, Daphne Collingwood, era una vieja esnob que había tolerado a Itzel solo porque tenía la piel lo suficientemente blanca como para hacerse pasar por una estadounidense mestiza, pero que después de la muerte de su nieto le había deseado una muerte lenta y dolorosa, tan dolorosa «como se lo merecen todas las madres que matan a sus hijos, como tú», según dijo durante el funeral de Alexander. Ambas mujeres (Mary y Daphne), eran antiguas rivales, pero vieron en Itzel una enemiga en común, una enemiga que las unió y las indujo a forjar una transitoria aunque temible alianza. En soledad eran feroces, juntas eran inhumanas. Atontada en las nieblas del dolor y la confusión de los sedantes, Itzel solo atinó a apartarse de sus caminos para evitar ser embestida por la fuerza de un camión cisterna con los frenos en falla. Y ni aun así logró salir indemne del asunto.

—¿Y tus familiares? —se me ocurrió preguntarle—. ¿Tus padres, tus hermanos? ¿Ellos no tomaron cartas en el asunto?

Itzel sonrió con tristeza. A pesar de que cuando la conocí contaba con no más de veintisiete años, las líneas de expresión se le marcaban con claridad en el rostro. Unas hebras grises le colgaban como telarañas flotando en el viento perezoso de mayo. Su mirada tenía una cualidad perdida y al mismo tiempo alarmada. Era como si la verdadera Itzel estuviera sumergida en la profundidad de aquellos ojos oscuros, estirando su brazo con desesperación para ver si alguien se decidía por fin a darle una mano. Se suponía que debía ser una mirada conmovedora, pero nada más lejos que eso: en realidad, me dio miedo. Mucho miedo.

—¿Mis padres? —dijo al fin, cortando (para mi alivio) aquel breve momento de hechizo—. Bueno, mi viejo actuó según los dictados de su dichoso caracol, que le dijo que no era el momento de intervenir ni de viajar a Estados Unidos. Cuando me lo comunicó, yo estaba en el hospital, y si no me derrumbé fue porque me encontraba al lado de Joseph y no quería

transmitirle ninguna clase de sentimientos negativos. El día anterior había leído que las personas en estado de coma son muy receptivas a los estados de ánimo de sus visitas, y entonces pensé que… Oh, bueno, no importa qué pensé.

—¿Y tu madre?

—Esa, aunque no lo creas, es la parte más increíble de la historia.

La madre de Itzel, Francisca Hernández Ávila, llegó en un vuelo comercial de AeroMéxico el martes 30 de septiembre, acompañada por dos de sus hijos: Catalina y Armando Junior, los menores de aquella numerosa familia compuesta por siete integrantes, que en las estrecheces de la casa siempre habían parecido muchos más. Cuando pisaron suelo estadounidense, el entierro de Alexander se estaba llevando a cabo, y no pudieron haber llegado en un momento más inoportuno. Ingresaron a la pequeña pero elegante capilla del cementerio, y algunas miradas convergieron hacia ellos: levemente curiosas unas, cargadas de odio otras. Francisca, haciendo caso omiso a todas ellas, se dirigió hacia el sitio donde estaba Itzel, se arrodilló frente a ella y abrazándola con fuerza, le dijo al oído: «No te preocupes, chiquita, mami está contigo y ya no tienes nada que temer».

Itzel, que hasta ese entonces había logrado contener la angustia a duras penas (a fuerza de voluntad y ansiolíticos recetados), cuando escuchó la voz de su madre decirle aquello que durante tanto tiempo había ansiado, se derrumbó. Hubo algunos murmullos y gente que las señalaba sin tapujos con un movimiento del mentón. Más tarde, cuando salieron al prado del cementerio y Daphne dijo aquella desafortunada frase sobre su deseo de que Itzel muriera en forma dolorosa, su madre se dio vuelta y, rápida como una serpiente con el cuerpo caliente, procedió al feroz contraataque.

Fue un enfrentamiento de los que hacen historia. Mientras las observaba, Itzel pensó en lo mucho que se diferenciaban su madre y la madre de James. Ambas tenían más o menos la misma edad, pero ¡cuánta diferencia había entra una y otra! Daphne aparentaba unos diez años menos y tenía el porte de una mujer que sabe que su andar sigue despertando el deseo entre los hombres jóvenes. Su cuerpo, trabajado con periodicidad en el gimnasio —y reconfigurado a fuerza de cirugías y tratamientos estéticos— podía ser la envidia de una treintañera; su rostro no le iba en rezago. La madre de Itzel, en cambio, parecía encorvada y envejecida prematuramente; vestía una pudorosa falda hasta debajo de las rodillas y una blusa con hombreras al estilo de los años ochenta; los hombres habían dejado de mirarla hacía ya rato, y todo indicaba que se trataba de una mujer transitando los últimos pasos hacia la senilidad. Durante un momento, al verlas enfrentadas, Itzel no pudo evitar recordar la escena de *El señor de los anillos* en la que Tolkien describe el enfrentamiento del Balrog con el mago gris, en las profundidades de Moria: «Gandalf parecía pequeño y completamente solo; gris e inclinado, como un árbol seco poco antes de estallar la tormenta…».

Pero eso no impedía, por supuesto, que Francisca Hernández Ávila fuese una rival de cuidado. Y Dauphne estaba en vías de averiguarlo más pronto que tarde.

—¿Qué fue lo que has dicho? —fue lo que dijo Francisca frente a la cara de Dauphne, para espanto de todos los presentes—. ¿Qué has dicho sobre mi hija?

Dauphne sonrió con indulgencia. Desvió la vista hacia otro lado, como si una chiquilla maleducada escapada de la mano de su madre acabara de soltarle una grosería. Fue un error de su parte, porque esto solo hizo que Francisca tomara el asunto como una guerra personal. Y ella, oh

Dios santo, pensó Itzel entonces, ella era la comandante de todas las guerras de la vida.

—No se me haga la tonta, señora —alzó todavía más la voz en el silencio del cementerio—. Escuché muy bien lo que le dijo a mi hija. Y sepa que no toleraré sus miradas altaneras aunque tenga toda la plata del mundo.

La cara de Daphne parecía de bronce. Ningún gesto de contrariedad haría que se le marcaran las arrugas del rostro. Buscó con su mirada a James.

—Llama a seguridad, James —dijo con completo aplomo—. Aquí hay una mujer que está provocando disturbios. Quiero que la retiren de mi vista, YA.

James por un momento balbuceó, sin saber qué decir. Si había alguien en el mundo a quien James temía, ese alguien era su madre. Con sus empleados y socios era un lobo rabioso, pero frente a su madre se convertía en un pollito mojado que solo pretendía el refugio bajo el ala de mamá gallina. Muchos de sus subordinados hubiesen pagado para verlo así, indeciso frente a las mujeres e incapaz de soltar una palabra tras otra sin tartamudear y escupir chorros de saliva a diestra y siniestra. Estaba lejos de parecer un exitoso hombre de negocios. En ese momento, en realidad, era el adolescente desdichado que había perdido a su padre a los diecinueve años y no sabía qué diablos hacer con su vida. A Itzel le impresionó verlo así.

—Madre, yo c-creo que…

—¿Me has escuchado? —Daphne marcaba cada palabra como una foniatra enseñando a hablar a un chico con problemas auditivos—. Llama a seguridad. Antes de que esta mujer enloquezca y termine por atacar a todos los aquí presentes.

Hablaba como si Francisca no se encontrara allí, parada a escasa distancia y con la mirada clavada en sus ojos del color del cielo frío de noviembre. Seguramente así hablaba frente a su personal doméstico, pensó Itzel. Algo así como: «María Dolores, quiero que la mucama que vino el otro día ponga mayor énfasis en la limpieza de las telarañas», y seguro que la mucama en cuestión estaba en el mismo cuarto agachada retorciendo el estropajo. A inversa que la mayoría de los ricos de esa ciudad, Daphne no se molestaba en fingir comprensión hacia los menos afortunados. Tampoco era dada a moverse dentro de los círculos de lo «políticamente correcto». En muchas ocasiones, parecía una de esas damas adineradas de la antigua sociedad (o de las novelas mexicanas que transmitían por Televisa, concluyó cierta vez Itzel), que vivían en un universo paralelo y consideraban a todo aquel que no se encuadrara en su mundo como poco interesante e inferior. Daphne Collingwood era un tópico caminante, un cliché de los usados por Agatha Christie en sus novelas de misterio, pero, a su manera, también era un ser peculiar y único. A sus cincuenta y dos años excelentemente llevados, participaba en concursos de belleza para mujeres sénior y los ganaba a casi todos. También había publicado una novela para adolescentes que había agotado su primera edición en menos de dos semanas (aunque se rumoreaba que nueve de cada diez ejemplares habían sido comprados en secreto por James, para evitar que su madre se deprimiera ante la escasa repercusión de crítica y público que la novela en realidad había tenido). Eso no había sido impedimento para que la editorial (a quien evidentemente poco importaba el origen de las compras de los libros) le ofreciera un interesante contrato por la publicación de una novela juvenil de vampiros adolescentes y magia, mezcla improbable y quizá ridícula de *Crepúsculo* con *Harry Potter*, que Daphne, tal vez sintiéndose la próxima J. K. Rowling (o como mucho Stephanie Meyer), con gran entusiasmo había aceptado.

Desde entonces pasaba sus días como los pasaría un artista (o como ella suponía que los

pasaban), escribiendo hasta tarde y gruñendo malhumorada cada vez que alguien interrumpía su trabajo, saliendo de casa solo para su rutina en el gimnasio y urdiendo la trama de la novela en cuadernos espiralados de tapa rústica comprados en Sears. Se cuenta que cuando sucedió lo del accidente de Itzel, ella estaba encerrada en su estudio, escribiendo, y fue por eso que no pudieron comunicarse a su celular, ya que Daphne lo apagaba durante sus esforzadas jornadas de escritura. Las autoridades entonces decidieron llamarla al teléfono fijo de línea. Contestó una de las empleadas domésticas, una joven jamaiquina que al recibir la terrible noticia corrió hacia el estudio de Daphne. Se detuvo frente a la puerta cerrada, algo temerosa, pensando en la ira que aquella interrupción desataría en su empleadora, y luego golpeó varias veces con el puño, muy suavemente, como quien teme despertar a los muertos. Del otro lado, se escuchó algo así como un jadeo escandalizado y luego por fin Daphne, con voz ronca, preguntó qué diablos estaba pasando. «Señora, tengo una noticia urgente para usted, desde Long Beach.» Daphne entonces soltó un horrible alarido, que erizó la piel de la pobre empleada. «¿Acaso no les he dicho que bajo ningún motivo me interrumpan cuando estoy escribiendo, malditas ignorantes?», aulló Daphne. «Pero, señora…» «Espérame», la cortó en seco Daphne. «Espérame un jodido minuto, ¿quieres? Estoy en una parte muy importante de la trama y si me desconcentro no voy a poder retomarla.»

Así que la empleada tuvo que esperar del otro lado de la puerta, retorciéndose por los nervios y resistiendo el impulso de entrar al estudio por las malas, hasta que por fin Daphne se dignó a abrir, alrededor de veinte minutos después. «¿Qué es lo que pasa, Abril?», preguntó Daphne masajeándose los músculos del cuello. «Señora, mi nombre no es Abril, sino…» La empleada, que se llamaba Abigail, observó los gestos potencialmente amenazantes de su jefa y por el bien de su empleo consideró que no era conveniente ahondar en el asunto. «Recibí un llamado de Long Beach. Parece que la señora Itzel tuvo un accidente, y sus nietos…»

Fue lo único que pudo decir. De un salto Daphne se dirigió hacia el celular apagado y comenzó a hacer frenéticas llamadas a James, a Itzel, a la patrulla de caminos californiana. Gritaba y lloraba al mismo tiempo. El resto de su personal doméstico (eran tres mujeres en total) despertó ante semejante jaleo y trataron de ofrecerle un té, un ansiolítico de los que la señora Daphne tomaba antes de dormir, un trago de ron cubano, pero a todos esos ofrecimientos la mujer rechazó con una mirada cada vez más furibunda. La pobre Abigail, mientras tanto, iba detrás de Daphne como si fuese su sombra (o la estela de su perfume), preguntándose en qué momento la desesperación y el desconcierto de su jefa se volcaría sobre ella… Finalmente, alrededor de veinte minutos después, llegó un taxi que la señora Daphne tomó rumbo al aeropuerto, y por fin Abigail suspiró aliviada.

—Al menos no se descargó con el mensajero —dijo a sus dos temblorosas compañeras—. Pensé que me echaría. Pensé que quedaría en la calle.

Alrededor de media hora después, cuando las cosas más o menos se habían calmado en la casa, la señora Devin, que era la más antigua empleada de Daphne, se acercó a Abigail con el celular en la mano y una mirada de compasión en los ojos.

—Lo siento, niña. —Solo atinó a decirle.

Le mostró el celular. La señora Daphne había dejado unos mensajes por WhatsApp mientras esperaba el abordaje del avión:

«Querida, estos son momentos terribles para mí.»

«Cuida la casa y no dejes que entre nadie extraño.»

«Asegúrate de que mi libro en Scrivener esté guardado. No vayas a leerlo. Lo sabré si lo haces.»

«Despide a Abril.»

A eso y mucho más se enfrentaba Francisca Hernández Ávila, la madre de Itzel, aquella lejana tarde en el entierro de Alexander.

Si hubiese sido una película, nubarrones negros y terribles hubiesen comenzado a formarse sobre las cabezas de las mujeres, mientras se desarrollaba la apocalíptica contienda. Hubiese habido vientos tan fuertes como para tumbar árboles y lluvia, mucha lluvia.

Solo que era un día soleado, la temperatura pasaba los treinta grados centígrados y el silencio en el predio del cementerio era conmovedor y en absoluto propicio para una guerra.

Estos detalles no interesaron demasiado a las dos mujeres. Con contexto apropiado o sin él, se dijeron de todo y para todos los gustos. Los demás deudos contemplaban la batalla sin atreverse a intervenir, demudados ante semejante demostración de odio encarnizado. Era evidente que tanto Daphne como Francisca tenían muchas cosas guardadas esperando ser dichas en el momento adecuado, y ese momento (aunque tal vez no haya sido el mejor) llegó durante el funeral de Alexander, en el exclusivo cementerio de Forest Lawn, Long Beach California.

Hubo gritos y hasta forcejeos. El rostro de Daphne había pasado del rosa pálido al morado de los labios de los ahogados, aunque su expresión no varió demasiado. Sí se intensificó el brillo de sus ojos, que por momentos parecieron destellar como puntiagudos vidrios bajo un sol de pesadilla. Aunque trataron de contenerla, ella siguió y siguió agrediendo a Francisca y a su hija y al resto de su generación hasta los tiempos de Pancho Villa, acusándolos a todos de ser los únicos culpables del fallecimiento de su único nieto. «Si su hija nunca hubiese cruzado la frontera, entonces esto no hubiese pasado», dijo en cierta ocasión, mirando al resto de la concurrencia, como esperando recibir aplausos. «Debió haberse quedado en el sur, haciendo sombreros de paja y dejando a mi hijo en paz hasta el resto de sus días. ¿Por qué no se vuelve? ¿Por qué no se vuelven *todos ustedes*?»

No se supo si fue por la mirada intimidante que volvió a dirigir a los demás deudos, lo cierto es que desde algún lugar en la concurrencia surgieron unos breves aunque innegables murmullos de aprobación.

La respuesta de Francisca no se hizo esperar:

—Le recuerdo, señora, que mi hija no le puso la pistola en la cabeza a nadie. Fue su hijo el que le propuso matrimonio, él solito, por decisión suya y de nadie más. ¿O acaso piensa que le echamos un hechizo para que se enamore de ella?

—En principio, no descartaría esa opción —dijo Daphne con una súbita sonrisa.

—Pues entiéndame que nosotros no hacemos esas cosas. No somos brujos de ninguna tribu, ni cocinamos sapos para que un príncipe azul quede prendado de nuestras hijas.

—Tampoco descartaría eso. —La sonrisa de Daphne se amplió.

—En todo caso, quien escribe de pócimas mágicas, vampiros enamorados y todas esas tonterías es usted, no yo.

Esto a Itzel la sorprendió por completo. Nunca había visto a su madre leer un libro de ficción (tampoco de los otros), y por ende había supuesto que ignoraba las actividades pseudoliterarias que su consuegra llevaba a cabo. Evidentemente, había subestimado a su madre, y lo más

gracioso era que no se trataba de la primera vez. Francisca tenía un aspecto apocado y desvalido, pero siempre se las arreglaba para sacar un as de la manga en los momentos menos esperados.

Por primera vez en toda la discusión, el rostro de Daphne se contrajo en una mueca de vulnerabilidad.

—No sabes de lo que estás hablando —dijo—. Gano dinero con ello. Mucho dinero.

—Los santeros que venden botellas para el mal de ojo también lo hacen.

Daphne abrió la boca, pero luego la volvió a cerrar. A esas alturas, todo el mundo en el cementerio (incluido el horrorizado y perplejo empleado de pompas fúnebres) observaba la disputa en silencio, como siguiendo un equilibrado *match* de tenis entre dos competitivos deportistas. Una gaviota en lo alto del cielo lanzó un lúgubre graznido, y algunos alzaron sus rostros para observarla. Pero luego se apresuraron a concentrarse en la beligerancia que transcurría a escasos metros de sus pies. Daphne decidió cambiar el ángulo de ataque:

—Tu hija deberá responder ante la justicia por la muerte de mi nieto. Yo me ocuparé de que vaya tras las rejas. Todos sabemos que iba drogada cuando volcó la camioneta. Todo lo que ocurrió es por su culpa.

—Madre, yo creo que… —fue el turno de intervenir de James, pero calló ante la asesina mirada que Daphne le dirigió. Retrocedió un par de pasos, como aceptando su imposibilidad de controlar la situación. Durante unos segundos, cruzó su mirada con la de Itzel, que permanecía sentada sobre las escalinatas de un mausoleo, con la mirada vidriosa y vacua.

—Mi Itzel jamás arriesgaría la vida de sus hijos por las drogas. —Apretó los dientes Francisca—. Ella no consume las porquerías que consumen ustedes, los yanquis. Ella fue enseñada para alejarse de todas esas cosas y llevar una vida ordenada y tranquila.

—¿De verdad? Pues no lo parece. ¿Por qué entonces no recuerda nada de lo que sucedió? ¿Por qué dice no saber hacia dónde se dirigía? No sé tú, pero ese es el comportamiento típico de los drogadictos.

—Tal vez estaba huyendo —murmuró Francisca, y dirigió una mirada pensativa hacia su hija —. Tal vez estaba… queriendo huir de alguien.

—Estás diciendo estupideces. Te enjuiciaré a ti también, ¿sabes?

—¿A mí? —fingió sorpresa Francisca—. ¿Podría tener la amabilidad de decirme por qué, señora?

—Por alterar el orden público. Por venir sin invitación al funeral de mi nieto y causar disturbios a la gente honorable.

—Pues mire qué curioso, yo también pensaba enjuiciarla a usted. —Ante la mirada súbitamente desconcertada de Daphne, aclaró—: Por haberse referido a mi hija en términos discriminatorios. ¿O acaso olvida que usted la llamó mexicana frijolera?

Estas palabras, que fueron recibidas por un silencio absoluto entre Daphne y los demás deudos, pusieron fin a la horrenda, desafortunada discusión. Daphne fingió súbito desinterés en Francisca y se dio vuelta para dirigirle unas palabras apresuradas al empleado de pompas fúnebres. Francisca, mientras tanto, tomó a su hija de un brazo y la llevó a un lugar apartado de la multitud, entre unas lápidas desgastadas por el paso de los años.

La mujer hizo sentar a su hija sobre unos bancos de madera dispuestos a lo largo del cementerio y le apretó suavemente el brazo.

—¿Estás bien, hija?

Pero era evidente que Itzel no estaba bien. Miraba el mundo con ojos extraviados; no parecía muy consciente de las cosas que acababan de suceder frente a sus narices.

—Mamá, debiste haber llamado antes de venir — murmuró, casi ininteligible—. Y Daphne… fue un error haberte enfrentado a ella.

Su madre emitió un siseo despectivo.

—Me he enfrentado a peores víboras que ella. —Trató de sonreír—. Está loca si piensa que va a decir palabras horribles frente a mi hija.

—Mamá, no sabes…

—Fin de la discusión, hija. No quiero volver a hablar de esto.

—Pero…

—Hablemos de Joseph, mi nieto. Quiero verlo, Itzel. No me importa si Daphne se interpone en el medio. ¿Crees que podrías… acompañarme?

Lo fueron a visitar esa misma tarde. Rodearon su cama en silencio, y Francisca se persignó al ver toda esa telaraña de cables y tubos que salían de su minúsculo cuerpo. Gran parte de la cabeza del niño estaba vendada, y solo sus ojos y parte de sus labios se mantenían visibles. Francisca preguntó si los médicos habían dado alguna esperanza, pero Itzel solo se limitó a tomarlo de la mano. Los ojos de Francisca entonces se llenaron de lágrimas y se inclinó para rezar en voz baja. Itzel, por primera vez desde que tomó la comunión a los doce años, se puso a la par de ella y la imitó. Ambas mujeres permanecieron un momento así, cada una invocando sus propias creencias y conjurando sus fantasmas secretos, hasta que Francisca abrió los ojos y se incorporó con un débil quejido.

—¿Itzel?

—¿Sí, mamá?

—El pasaporte del avión ha salido muy caro. Y Armando Junior y Catalina han insistido en venir, por lo que los gastos se me multiplicaron por tres. ¿Crees que podrías…?

—Claro, mamá. Te haré un cheque para que puedas cambiarlo en el banco.

—Te lo agradecería, Itzel. Siempre has sido una hija muy comprensiva.

—¿Dónde irás a hospedarte?

—En el Kearney. Es un motel de dos estrellas ubicado en la parte oeste. Es modesto, pero para nosotros está bien.

—¿Volverás mañana por la mañana, mamá? Los horarios de visita son de nueve a once.

—Claro, Itzel —dijo Francisca. Se inclinó para besar la frente vendada de su nieto, que permanecía en un coma profundo y quién sabe qué parte de aquella conversación estaba escuchando—. Mañana a las nueve estaré aquí para acompañarte.

Pero Francisca Hernández Ávila no regresó.

Luego de cobrar el cheque de Itzel, ella y sus dos hijos se dedicaron a recorrer las playas de Long Beach y alrededores, visitando la réplica del Queen Mary anclada en el puerto y contratando una excursión guiada a las casas de los famosos en Los Ángeles. Itzel lo supo, porque su madre se encargó de subir las fotos a su perfil de Facebook luego de cada jornada.

Permanecieron en la costa alrededor de siete días más, hasta que (suponía Itzel) se les terminó el dinero del cheque. Entonces regresaron. Pero antes, Francisca le envió un telegrama (su madre había aprendido a usar el correo electrónico y Facebook, pero para las cuestiones más importantes, nada mejor y más seguro que el viejo telegrama, siempre según su apreciación).

Querida hija. Lo lamento mucho. He criado cinco hijos, he perdido a otros dos hace mucho tiempo, y ya no tengo fuerzas para enfrentarme una vez más a la muerte de un chiquito inocente. Sé que podrás salir de esta situación, desde México tu padre y yo estaremos rezando para que así sea. Te quiero mucho. Con cariño, mamá.

Sus familiares le habían dado la espalda, su propio esposo se mostraba cada día más distante y sus supuestos amigos habían dejado de recordarla: por primera vez, Itzel descubrió que estaba por completo sola en este mundo.

Y la idea, lejos de aterrorizarla, le indujo a pensar que era lo que realmente se merecía.

7

Hasta ese entonces, James se había mantenido fuerte ante la situación de sus hijos. Se había asegurado de que Joseph recibiera la mejor atención posible en el hospital, y había mandado a construir un impresionante mausoleo para Alexander.

Cierto que James se había quebrado un par de veces; en los últimos tiempos tenía tendencias a sumergirse en un silencio acorazado, del cual era casi imposible extraerlo. Pero eran, después de todo, reacciones esperables de un padre que acaba de perder a uno de sus hijos. En todo lo demás, parecía llevar el asunto bastante bien: continuaba con los proyectos de su empresa, los domingos iba a misa como siempre, al menos tres veces por semana salía a correr a lo largo de la avenida Oceánica, y al finalizar se detenía en uno de los cientos de puestos callejeros del downtown para comerse en secreto (o al menos eso creía él) una hamburguesa con *bacon* y queso cheddar, que era la combinación que más le gustaba.

Parecía estar sobrellevando la situación mucho mejor y más rápido que Itzel… hasta que llegó aquella fresca y oscura noche de uno de los primeros días de enero.

En la última semana, el humor de James no había sido el mejor. Llegaba a casa y apenas la saludaba; no la esperaba para la cena y se encerraba en su estudio del primer piso, donde hablaba por teléfono o simplemente se sumergía en un misterioso y prolongado silencio. Por eso, fue una sorpresa que aquella noche abriera la puerta y se dirigiera con decisión hacia Itzel:

—¿Qué fue lo que le hiciste?— aulló sin ningún tipo de preámbulos—. ¿Qué fue lo que rayos le hiciste?

Itzel, que en ese momento veía la tele junto a Bip, el viejo y sedentario gato de Joseph, respingó sobresaltada. Observó la mirada enfurecida de su esposo, la manera en que alzaba ambos brazos como si fuesen tentáculos a punto de golpearla. Se dio cuenta, entonces, de que había estado bebiendo más de lo habitual. Eso no era común en él. Pero lo que más le llamó la atención fue el perfume que había debajo: una fragancia delicada, de flores frescas, que de ninguna manera podía pertenecer al perfume de un hombre.

Se incorporó del sillón, a medias, como preparándose para defenderse en caso de algún golpe. James jamás le había levantado la mano, pero siempre había habido algo muy dentro de ella que le había advertido que era capaz de hacerlo.

—¿De qué estás hablando, James? ¿Qué crees que hice ahora? ¿Con quién estuviste hablando?

En realidad, le hubiese gustado preguntar: «¿De quién es ese perfume de mujer que traes sobre las ropas?». Pero se sintió incapaz de hacerlo.

—No te hagas la estúpida, Itzel. —La respiración de James era agitada. Probablemente había venido corriendo desde la entrada del jardín hasta la casa. No era mucha distancia (apenas unos treinta metros), lo que sugería que su carrera había sido realmente rápida… como si temiera que Itzel por algún motivo se le escapara de las manos—. Sabes de lo que estoy hablando.

—Pues no, James, no tengo la menor idea de lo que estás hablando. ¿Podrías explicarme…?

—¡No mientas más, porque lo sabes! —explotó James. Este alarido fue demasiado para Bip, que hasta el momento se había mantenido alerta bajo las piernas de Itzel. Con el típico sentido de preservación de los gatos, rápido como un rayo abandonó su improvisado refugio y se perdió en dirección a la cocina—. ¿Qué rayos fue lo que le hiciste a mi hijo?

Y dicha esta terrible pregunta, le arrojó su celular sobre el regazo.

Itzel lo recogió al vuelo. La pantalla estaba abierta en un artículo del *Inside View*, periódico sensacionalista que Itzel detestaba porque había sido particularmente cruel con ella. En una sección semanal, llamada «Confesiones del forense», titulaba: «El cadáver inexplicable y horriblemente mutilado de Alexander Miller.»

Itzel alzó la cabeza, asustada.

—¿Qué rayos es esto?

Su marido apuntó con la barbilla en dirección al celular.

—Léelo. Pero sé que ya lo sabes, no puedes engañarme.

Así que Itzel leyó el artículo.

En el mismo, se detallaba la declaración del doctor Alfred Lodge, uno de los cinco patólogos que había examinado el cadáver de Alexander. Según Lodge, el cuerpo del chico tenía los politraumatismos y quemaduras propias de alguien que ha sufrido un accidente grave de tránsito, a excepción de un detalle que por lo menos resultaba misterioso: le faltaba el dedo meñique de la mano izquierda.

Al principio, supusimos que se trataba de una circunstancia inherente al accidente, quizá por atrapamiento mecánico y posterior amputación contra una de las partes metálicas del vehículo. Pero posteriores exámenes determinaron que el tejido del dedo faltante mostraba signos de desgarramiento. Alguien entró al vehículo y amputó el dedo de Alexander. Todavía estamos tratando de determinar cuál fue el motivo, pero estamos seguro de una cosa: no fue con un cuchillo o algún objeto cortante. La amputación del dedo meñique izquierdo de Alexander se corresponde, más bien, con el de una mordida…

Itzel dejó caer el celular sobre el sillón y se llevó una mano a los labios. Fue incapaz de no hacer un gesto así, que se parecía tanto a los gestos que hacían los personajes de las novelas que miraba su madre a las tres de la tarde. James recogió el celular y lo colocó delante de su cara.

—Ahora no quieres ver lo que has hecho, ¿verdad?

—Yo… James, no sé de qué estás hablando…

—¡No te hagas la estúpida, Itzel! ¿Qué le has hecho a mi hijo? ¿Qué demonios le has hecho?

Una lenta y horrible comprensión fue inundando los ojos de Itzel. Incrédula, alzó la mirada hacia los ojos chispeantes de James.

—¿Acaso crees…? ¿Acaso crees que fui yo la que le arrancó el dedo a nuestro hijo? ¿Crees que…?

—Recuerda lo que pasó con el médico.

—¿El médico?

—¡El médico al que le mordiste la mejilla! ¿En qué te has convertido, por Dios? ¿Acaso eres una especie de… maldito caníbal o algo así? ¡Estás loca, Itzel!

La mujer, para este punto de la discusión, se había incorporado del sillón. Trató de encaminarse en dirección a la cocina, donde siempre se había sentido segura. Pero James la interceptó a mitad de camino y la obligó a darse vuelta hacia él. Cuando ella observó su rostro, descubrió que James estaba llorando. Y probablemente ella también, solo que se encontraba tan superada por la situación que era incapaz de darse cuenta de detalles nimios como esos.

—Dime la verdad, Itzel. Ya no podemos vivir con esto. Dime la verdad de una maldita vez.

Itzel trató de zafarse de las manos de su marido, pero le fue imposible hacerlo. A pesar de su baja estatura, era una mujer muy fuerte, pero los años de gimnasio y de clases de boxeo habían hecho de los brazos de James unas sólidas mordazas de las cuales era imposible escapar.

—Ya te he dicho todo lo que sé.

—¿Adónde ibas? ¿Hacia dónde te llevabas a los chicos?

—¡Te dije que no lo recuerdo! —No quería ponerse a gimotear. Ya había gimoteado demasiadas veces en los últimos meses. Pero fue ver la cara de James convertida en la de un monstruo lo que hizo que finalmente cediera y se largara a llorar como la chiquilla que ya no era —. ¡No recuerdo nada!

—Pues será mejor que empieces a recordar.

Ahora el tono de James había cambiado. Había sido tan abrupto como cuando un huracán deja de soplar en una isla del Caribe. Solo que la calma posterior era engañosa… demasiado engañosa.

—No recuerdo nada. No recuerdo nada, Jam…

¿Por qué no fue capaz de verlo? Ella siempre se había jactado de tener un sexto sentido para esas cosas, para intuir el peligro. Su parte más primitiva, la que nunca había abandonado las oscuras y estrechas calles de Iztapalapa y siempre se mantenía alerta, al parecer se había adormecido durante los últimos tiempos; fue incapaz de siquiera lanzarle una advertencia. Lo cierto es que la mano de James, ahora convertida en un puño apretado e increíblemente duro, se estrelló contra su pómulo izquierdo a la velocidad de un saque de tenista y la arrojó hacia el mueble de teca de la cocina, desprendiendo con el golpe una batería de sartenes y ollas colgadas de ganchos, que cayeron con gran estrépito sobre el suelo de cerámicos.

Itzel se llevó una mano a la parte golpeada: sintió que algo viscoso y tibio se le pegaba a los dedos y le chorreaba muñeca abajo. Miró a James, sorprendida, como esperando que su marido le explicara lo que acababa de suceder. Pero este ya se había dado vuelta y se marchaba rumbo a la habitación del piso superior, profiriendo una serie de maldiciones e improperios que terminaron por aturdirla.

Me golpeó… Mi marido… acaba de golpearme…

Pensó en la antigua Itzel, la que estudiaba periodismo y había jurado, junto con unas compañeras de universidad, que jamás se sometería a los caprichos de ningún hombre. Pensó también en lo orgullosa que se había sentido al formar parte de una marcha en contra de la violencia de las mujeres, que recorrió las calles de la Ciudad de México al grito de «¡Ni una menos, malditos!». Eso había quedado tan atrás… ¿Qué rayos había sucedido en el medio? ¿Cómo había terminado así, despatarrada en una cocina de un millón de dólares, en un país que la despreciaba, con el ojo hinchándose a una velocidad alarmante debido a la feroz trompada que le acababa de dar su millonario marido?

Y estas preguntas, que podrían haber terminado de destrozar a cualquier mujer, en la mente

de Itzel obraron como una especie de luz que se abre inesperadamente en la oscuridad. Porque ella lo supo. Supo la respuesta a esas preguntas. Supo que lo que había sucedido era simple: ella había enloquecido. Había tomado a sus hijos en medio de la noche y se los había llevado hacia el sur, en una camioneta que apenas podía maniobrar, elevando la velocidad por una ruta peligrosa hasta que finalmente ocurrió lo que tenía que ocurrir. James tenía razón: ella estaba loca. Tan loca como su abuela materna, que había terminado en un psiquiátrico tejiendo escarpines para bebés inexistentes.

La pregunta que se desprendía de todo esto era aún más inquietante: ¿por qué había enloquecido? ¿En qué momento su mente había dejado de funcionar con cierta normalidad para convertirse en algo cuya retorcida lógica llevaba a matar a sus hijos y arrancar pedazos de mejilla a los médicos que querían ayudarla?

Se trataba de un misterio, sin dudas. El mayor misterio en la vida de Itzel que más tarde que temprano debería resolver, si es que alguna vez quería salir adelante.

Aunque allí, precisamente, estaba el quid de asunto:

Si es que alguna vez.

Itzel se acurrucó en el hueco conformado por el refrigerador y el mueble de la cocina, y quizá por octava o décima vez durante aquel día, se echó a llorar sin consuelo.

8

Pasaron dos semanas. Dos semanas tremendas en las cuales Itzel no salió de la casa y se sumergió en elevadas dosis de tranquilizantes. Por las noches, apenas podía dormir. Soñaba con Alexander y con Joseph. A ambos, ella les hacía daño, y era incapaz de refrenarse a tiempo. Sus hijos lloraban y le suplicaban que los dejara en paz, pero ella no podía hacerlo. Era como si una parte de su mente estuviera poseída por un ser malvado y aborrecible. Itzel se despertaba a los gritos, con el cuerpo cubierto en sudor y la almohada humedecida en lágrimas. Se tomaba una o dos pastillas de tranquilizantes y trataba de seguir durmiendo, pero siempre en vano.

Alrededor de una semana después, mientras James se encontraba en una convención en Nueva York, recibió un telegrama de su abogado:

Señora Itzel, lamento informar que su esposo ha iniciado los trámites del divorcio. Sugerimos contratar un abogado propio, para afrontar los procesos legales y burocráticos que en un futuro inmediato, por este mismo motivo, usted deberá hacer frente…

Itzel había estado esperando una jugada así. Desde la vez del golpe, James no había vuelto a hablarle. El matrimonio de ellos estaba quebrado. En realidad estaba roto desde hacía bastante tiempo atrás, solo que ella quizá se había negado a verlo. El divorcio era el paso lógico, el siguiente hacia su propia y merecida autodestrucción. Aceptó el divorcio sin poner objeciones.

De nada sirvió que el abogado de Itzel (un hombrecito calvo que constantemente se comía las uñas) le rogara que iniciara un juicio por la división de bienes. Itzel ya no quería nada de James: ni su dinero, ni sus posesiones materiales que le recordaran la vida que ya había comenzado a dejar atrás.

Tampoco la casa de Raccon Street. Intimada por el implacable abogado de James, tuvo que dejarla a finales de febrero. Itzel terminó en un pequeño hotel en las afueras de Pasadena, a pocas manzanas del Bosque Nacional. El lugar era poco más que una pocilga: habitado por marginales, ratas y cucarachas. La mansión en los suburbios de Long Beach, los viajes relámpago a Europa y el Caribe, los coches caros y las cenas en los restaurantes más exclusivos de California habían quedado atrás con la velocidad de una señal de tráfico a la vera de una autopista. A ella, en realidad, no le importó en absoluto.

Lo único que decidió llevarse de la mansión fue a Bip, el gato angora de Joseph.

A James nunca le habían importado los animales. Estaba segura que Bip moriría de hambre a las pocas semanas. O quizá de tristeza. Rescatarlo fue una de las pocas cosas lúcidas que logró realizar en esa época oscura, oscurísima, de su vida.

9

Joseph, mientras tanto, seguía sumergido en un profundo estado de coma. Los médicos le habían dado escasas chances de recuperación. Desde aquella noche del accidente, su condición no había variado en lo absoluto. Parecía detenido en el tiempo, flotando en una isla de quimera conformada por la tecnología y el dinero.

Itzel lo visitaba todos los días, a la mañana en su mayor parte. Evitaba encontrarse con Daphne, de quien sabía visitaba a su nieto durante las tardes.

Para colmo de males, el viaje desde el hotel de Pasadena hasta el hospital era poco menos que eterno. Dos horas y media para llegar en bus a través de la VC Line, dos horas y media para volver a través del mismo medio: un viaje de locura. Y eso si el tráfico de la 138 era lo suficientemente benévolo. Itzel hacía este viaje todos los día, visitaba a su hijo en el hospital, comía algo rápido en algún puesto de comida y regresaba después del almuerzo. Por lo general, llegaba al hotel a eso de las seis de la tarde, donde daba de comer a Bip y luego se sumergía en el bálsamo de sus pastillas.

Sin embargo, no dormía bien. Sus noches eran vigilias interminables en donde se mezclaban los malos sueños y una nerviosa e inútil espera en el comedor, sentada sobre una silla de plástico barato y mirando hacia la ventana que daba a una pared humedecida. Cuando el día comenzaba a clarear, ella se duchaba y se preparaba para un nuevo y agotador viaje hacia el hospital.

Alrededor de un mes después, mientras ella se encontraba adormecida a la vuelta de una de sus visitas a Joseph, escuchó una voz dentro del departamento que decía:

—Debes reaccionar, Itzel.

Ella alzó la cabeza de la almohada, sobresaltada. De inmediato sintió náuseas que la obligaron a recostar su cabeza de nuevo. ¿A quién pertenecía esa voz? Con mirada despavorida miró en derredor, pero solo se encontró con las sombras de la habitación.

—¿Papá? —dijo al cabo de un tiempo—. Papá, no te metas en esto. Me has abandonado. Me has deseado todo este mal.

—¿De qué rayos estás hablando, Itzel? ¿Estás drogada, verdad?

—¿Quién es? ¿Quién…?

Estaba por decir: «¿Quién se ha metido en mi cabeza?», pero entonces se dio cuenta de que estaba sosteniendo un celular. En algún momento, mientras ella dormía su sueño de tranquilizantes sobre la cama, su celular había sonado, y ella por un acto reflejo había atendido. No había voces en su cabeza. Tampoco era muy probable que el autor de la llamada fuera su padre.

—Soy Denis. Denis Nachman. —Ante el silencio azorado de Itzel, la voz agregó—: Tu abogado.

—Déjame en paz, Denis.

—Itzel, no puedes seguir así —insistió el abogado—. Tu dinero se está acabando. Terminarás

en la calle, Itzel.

—A ti no te importa.

En algún lugar remoto de su mente, supo que estaba siendo injusta con aquel tipo. Pero era algo que no podía evitar. Además, Denis se había enamorado de ella, su preocupación por Itzel no era del todo desinteresada.

—Debes conseguirte un empleo, Itzel —insistió el abogado—. Y dejar esas malditas pastillas. Debes hacerlo por Joseph, él aún no está muerto, él te necesita.

—Vete a la mierda, ¿quieres? —aulló Itzel, y cortó el llamado.

Pero sabía, desde algún lugar lejano de su consciencia, que Denis tenía razón. Ella no podía seguir así. Debía hacer un esfuerzo por Joseph. Y también por el gato. No podía dejar a ambos a la deriva. Debía levantar la cabeza, como fuera.

Se dispuso a seguir durmiendo. Aunque sabía que algo dentro de ella había hecho un «clic». Suponía que debía agradecerle por ello a su abogado… Pero al diablo, pensó, él solo quería acostarse con ella. Estaba harta de los hombres. De ser posible, jamás volvería a hablar directamente con uno.

Con un último esfuerzo antes de caer en el sopor, buscó el número de Denis en su celular y lo bloqueó.

Al diablo los hombres, pensó, infinitamente aliviada.

Apagó el celular y siguió durmiendo.

10

Se despertó, al día siguiente, con dos pensamientos claros en su cabeza: deshacerse de las pastillas y conseguir un trabajo.

Lo primero fue relativamente fácil de facer (aunque posteriormente Itzel tendría mucho tiempo de arrepentirse, sobre todo por las noches). Blisters enteros de píldoras de colores tan diversos como el rojo, amarillo, azul y verde desaparecieron por el inodoro, formando un remolino frenético antes de desaparecer de la vida de Itzel. Quedaba ahora lo del trabajo, y fue en ese punto en donde por un momento la mujer pensó que no lo lograría.

Pues ¿de qué podía trabajar alguien al borde de la destrucción como ella?

Estuvo dándole vueltas al asunto durante varios días, pensando en empleos tan diversos como: camarera, ayudante doméstica, lavacopas, etc. Ella no tenía experiencia en ninguno de esos puestos, pero suponía que no era un impedimento para que alguien la contratase. Aunque después lo pensó mejor, y se dijo: ¿por qué no regresar a mi antigua profesión? Después de todo, era la única cosa que sabía hacer bien. No importaba el estado en que su mente se encontrara: siempre había tenido talento para eso. El periodismo era su primera pasión, la razón por la cual había ingresado a la universidad.

Aunque dudaba de que alguien en su sano juicio arriesgara un solo dólar en contratarla.

De todas formas, con probar no perdía nada, e Itzel puso manos a la obra. Dedicó los siguientes días a enviar solicitudes a decenas de periódicos y revistas. No esperaba que nadie le respondiera, por lo que su sorpresa fue mayúscula al constatar que recibía respuestas de muchos de ellos. La mayoría de esos periódicos eran *online*, tenían nulo o escaso prestigio, y contaban con un *staff* de redactores venidos a menos. Pero sus míseras pagas le servirían para costearse el hotel y los alimentos para ella y para Bip. A Itzel, en un principio, le bastó con eso.

—Algo es algo, Bip —le decía al gato, quien la miraba intrigado, siempre refugiado en algún rincón del departamento—. Al menos, no moriremos de hambre.

Durante las siguientes semanas, se dedicó a escribir para revistas como *Vip Yak*, *Cosmo Human* y otras con nombres similares. Los títulos de las notas tampoco variaban demasiado: «Diez cosas que debes saber antes de embarcarte en un crucero», «Los siete secretos de las famosas para lograr la juventud eterna» y cosas parecidas. Por cada nota escrita, le pagaban entre diez y veinte dólares. Si se esforzaba y lograba concentrarse lo suficiente, podía escribir unas tres o cuatro notas en un día, lo que equivalía a unos quinientos dólares por semana. Escribía durante el viaje de ida al hospital, y también durante la vuelta. A veces, si la nota era medianamente interesante, se la leía a Joseph en voz alta. «Sé que no es lo mejor, pero prometo que escribiré mejores cosas en el futuro», le decía al finalizar cada lectura.

Se mantuvo más o menos así durante un mes, pero luego comenzó a tener problemas con las pastillas. Las extrañaba horrores. Cuando llegaba la noche, sus manos comenzaban a temblar. Le costaba concentrarse después de escribir las primeras quinientas o mil palabras. Y ni siquiera

podía dormir por las noches. Su producción comenzó a mermar, primero a dos notas por día, luego a una; al final, debía emplear más de dos días para terminar un solo trabajo. Eso hizo, lógicamente, que sus ingresos cayeran, al punto de que apenas podía costearse el hotel.

Pensó en regresar a las pastillas. Pero supo que eso solo sería el principio de su destrucción. Debía conseguirse otro trabajo, algo que no le demandara tanta atención. Por lo menos, hasta que su mente terminara de recuperarse de esa adicción que sin pedir permiso ni hacer mucho jaleo se había adueñado de su mente. Palabras como «camarera» o «empleada doméstica» regresaron a su lista de posibilidades; no tenía ningún problema en trabajar en empleos como esos. Sabía que tanto Daphne como Mary hubiesen disfrutado de verla refregando suelos. Pero, al diablo, esas mujeres no sabían lo que eran las necesidades económicas y no valían la pena.

Estaba considerando tomar un empleo en una cafetería cercana al hotel, cuando le llegó aquel curioso mensaje a través de LinkedIn.

Era un domingo por la noche, recordaba, y afuera caía una llovizna persistente. Bip se encontraba acurrucado en su sofá, mirando a través de la ventana. Itzel se encontraba frente a la *laptop*, con una taza de té en su mano, tratando de terminar una nota titulada: «Country Glam: ¿el último grito de la moda?».

Lo que en otros tiempos le hubiese llevado menos de media hora escribir, ahora le demandaba enormes esfuerzos de concentración y fuerza de voluntad. Si tan solo tuviera una píldora de Clonazepam, pensaba… solo una sola…

Entonces fue que apareció el ícono de la notificación de LinkedIn en la parte inferior de la pantalla. Al verlo, Itzel de inmediato pensó que se trataba de alguna nueva propuesta de algún periodicucho local. ¿Qué otra cosa podía ser? Ella apenas usaba esa red social, ni siquiera recordaba haber actualizado sus datos en los últimos tiempos. Fue por eso que el mensaje la sorprendió por completo.

Comenzando por el nombre del usuario: «Los Misterios del Unicornio Amarillo». ¿Sería algún tipo de broma? La foto de perfil mostraba a un unicornio color amarillo dorado con ambas patas delanteras levantadas en actitud desafiante. El título del mensaje era: «Propuesta para Itzel Hernández».

—¿Qué rayos es esto, Bip? —le preguntó al gato, que como siempre la miró desinteresado y no le respondió nada.

Sin tener consciencia de que aquel mensaje le cambiaría la vida por completo, Itzel procedió a leerlo.

PARTE DOS

LOS MISTERIOS DEL UNICORNIO AMARILLO

1

Estimada Itzel:

Ante todo, muchas gracias por su atención. Trataré de ser breve (todo lo breve que se pueda ser en este asunto), sin embargo, eso no quiere decir que deba omitir las reglas básicas de cortesía, es decir, presentarme debidamente antes de comunicar el mensaje.

En la vida real, la vida que muestro a diario a mis amigos y conocidos, soy un respetable psiquiatra con un doctorado en psicología clínica, que atiende en su consultorio en una ciudad del sur de California. Esta actividad, que desarrollo desde hace ya tres décadas, es mi principal sustento de vida y la que me ha dado un cierto estatus social; sin embargo, mi verdadera pasión transcurre en una vida oculta y paralela, absolutamente desconocida para mi círculo íntimo, en la cual soy conocido como el licenciado Charles Lévi, o, si lo prefiere, simplemente «Lévi».

El licenciado Lévi, le contaré, se dedica a lo que algunos mencionan con reverencia (y otros tantos con inocultable desprecio) como la «temática de lo sobrenatural», en todas sus vertientes posibles.

En efecto, parte de mi tarea consiste en recorrer el país en busca de casos que desafían la ciencia convencional, tratando, en primer lugar, de encontrar las explicaciones racionales pertinentes (situación que conforma el ochenta por ciento de los casos) aunque, cuando esto no es posible, mi actuación se circunscribe en brindar ayuda a las personas implicadas, conteniéndolas psicológicamente y ayudándolas a superar ese momento de terrible conmoción que implica ser testigo o víctima de hechos paranormales.

Se dará cuenta por qué prefiero que ambas vidas sigan un camino paralelo. Sabrá comprender, también, por qué he decidido mantener mi nombre en el anonimato. Ambas actividades son incompatibles entre sí. Si el círculo de mi vida «real» llegara a conocer las actividades de mi otro yo, es decir, del licenciado Lévi, mi reputación como psiquiatra quedaría arruinada.

En estos últimos meses, por motivos de salud, he debido abandonar momentáneamente mis actividades de investigador paranormal. Situación que, por supuesto, me ha llenado de congoja y ha dejado un hueco en mi vida. Sin embargo, dada mi situación de obligatorio reposo, he creído propicio reflotar un viejo proyecto concebido junto con mi socio, el doctor Simmons Britten (su nombre también es ficticio), que consiste en el lanzamiento de una revista dedicada a la doctrina espiritista, cuyo nombre, como quizá pueda adivinar, será *The Misterys of Yellow Unicorn*.

Para ello, nos hemos abocado a la tarea de reclutar editores y periodistas cuyos estilos puedan estar en sintonía con los lineamientos de nuestro magazine. Es así como, a través de su famoso

artículo publicado en *Beyond the Limits*, titulado «El umbral de la melancolía», de impecable trabajo de documentación —y no menos sorprendente ingeniería de ejecución—, hemos dado con usted.

En concreto, lo que pretendemos es que usted lleve a cabo entrevistas a personas comunes que han o creen haber tenido contacto con experiencias paranormales o sobrenaturales de la más variada índole.

Personas que han sido poseídas por entidades de difícil comprensión. Padres cuyos hijos han sido sometidos a resonantes (y, en muchos casos, polémicas) prácticas de exorcismo. Jóvenes con aparentes habilidades de telequinesia, don de adivinación, etc. Familias atormentadas por manifestaciones desconocidas e inexplicables. Y podríamos seguir enumerando durante páginas y más páginas. Eso es lo que usted debería investigar para nuestro futuro magazine.

Por supuesto, cada una de estas actividades será remunerada a conveniencia, cubriendo los conceptos de viáticos, condiciones excepcionales, etc. Encontrará usted en los archivos adjuntos un Excel, con sus correspondientes honorarios, e impuestos y cargas sociales desglosadas para su comodidad.

Quedamos a la espera de su pronta respuesta. Demás está decir que ante cualquier duda o consulta (que lógicamente usted querrá esclarecer) estamos a su entera disposición.

Sin más, saluda a usted atentamente:

DR. CHARLES LÉVI, editor

2

–Es solo un viejo loco —dijo Itzel luego de leer el largo y anticuado mensaje—. No sabe en dónde se está metiendo. ¿Estás de acuerdo conmigo, Bip?

Pero el gato ya se había dormido y ni siquiera alzó la cabeza en señal de que la había escuchado.

Afuera, la lluvia había recrudecido y golpeaba los cristales de la ventana. Los faroles de las calles se bamboleaban por el viento. Itzel depositó su taza de té y releyó el mensaje una vez más.

Sin dudas debía tratarse de algún maniático. Los había a montones en el mundo de las publicaciones *online*. Y ese aire de antigüedad que invadía la carta… El tal licenciado Lévi debía tener entre setenta y ochenta años, concluyó Itzel. Debía creer que aún las publicaciones por suscripciones funcionaban; quizá pensaba que aún se encontraban en plena década del ochenta, cuando revistas como *Cosmopolitan* o *Time* habían experimentado sus épocas de gloria. Riéndose para sí, abrió el Excel adjunto, que contenía la propuesta económica del *Unicornio Amarillo*.

Y su sonrisa se borró en un instante. Una señal de alerta, roja y difusa, se iluminó en alguna parte de su mente.

«No puede ser», se dijo de inmediato.

Leyó y releyó el mensaje, intentado encontrar algún error. Pero las cifras estaban claras: porque el licenciado Lévi (o quienquiera que hubiese confeccionado aquel Excel) las había escrito en números y letras para no dar lugar a equívocos:

Pago promedio por trabajo: 5.000 (cinco mil dólares).

—No puede ser —repitió Itzel.

Muy a su pesar, pensó en lo que podría lograr con esa cifra. Por empezar, se mudaría a un lugar más cercano al hospital de Joseph, quizás en Burbank, donde los precios de los alquileres eran casi prohibitivos. Se ahorraría las casi cinco horas diarias de viaje en autobús, y tendría más tiempo para trabajar. Quizás incluso podría abandonar definitivamente su idea de emplearse como camarera en una oscura y sórdida cafetería…

Pero no, espera un momento, se vio obligada a decirse. ¿Realmente crees en cuentos de hadas? Ninguna, absolutamente ninguna revista paga esa cantidad de dinero por una simple nota periodística. Tal vez a reporteros de prestigio, pero ¿a una ignota periodista caída en desgracia como ella?

Vamos, Itzel, se dijo a sí misma, ya estás grande para creer en esos cuentos.

Pensó y repensó el asunto, absolutamente desvelada. Afuera, la lluvia había amainado, pero en su lugar se había levantado un viento lo suficientemente fuerte como para hacer vibrar los vidrios de las ventanas. Los ojos de Itzel iban desde la tormenta hacia el mensaje de Lévi. ¿Y si era cierto? ¿Y si, por algún motivo, el *Unicornio Amarillo* había decidido pagar esa cantidad a sus periodistas? Sin duda jamás recuperarían la inversión. Pero ¿y si a Lévi no le interesaba

ganar dinero?

Itzel había visto casos como esos en varias ocasiones. Había mucha gente abrazada a una ideología en particular (que podía ser política o de índole religioso, daba igual) que editaba sus pasquines sabiendo que perderían dinero, pero consolándose con el hecho de que su «importante mensaje» llegaba a muchos lectores. ¿Y si Lévi era uno de esos tipos? ¿Y si su objetivo era simplemente difundir la «doctrina espiritista» (como él la había denominado) a la mayor cantidad posible de lectores, sin importar la parte monetaria?

En ese caso, debía ser un tipo con dinero. O alguien con unos ahorros abultados que no le interesaba demasiado perder. En ambas posibilidades, la conclusión era la misma: la paga de cinco mil dólares era perfectamente posible.

—Pero si no le preguntas, solo quedarás en suposiciones —volvió a decir Itzel en voz alta.

Esta vez, el gato sí pareció escucharla, porque sus orejas se irguieron y se removió inquieto sobre su posición en el alféizar de la ventana. Como diciendo: «Oh, ya cállate y déjame dormir en paz».

—Lo siento, Bip —dijo Itzel, bajando la voz—. Prometo…

Pero entonces se dio cuenta de que estaba hablando con un gato, y se interrumpió. Regresó su atención a la *laptop*. Colocó el cursor en la caja de respuestas y escribió:

Estimado señor Lévi:

Su propuesta me resulta indudablemente atractiva. Si bien no soy una experta en la temática sobrenatural, puedo investigar y aprender muy rápido. Sin embargo, me resulta muy curiosa la generosa oferta monetaria. He trabajado mucho tiempo para publicaciones de diversa índole, y entiendo que la paga que usted me ofrece es llamativamente superior al promedio. ¿Podría usted responder a qué se debe?

Desde ya, muchas gracias.

Se trataba, por supuesto, de una jugada arriesgada. Lévi podría encontrar ofensivo el hecho de que ella dudara de sus palabras. Pero ¿de qué otra forma podría comprobar que lo que él decía era cierto?

Se alejó de la *laptop* y decidió hacerse otro té. Eran más de las once de la noche. No creía que Lévi fuese a responderle a esas horas. Los editores de revistas, supuestamente, siempre tenían cosas más importantes que hacer. Por eso, se sorprendió cuando, al regresar, se encontró con una respuesta desde LinkedIn:

Estimada Itzel, muchas gracias por su pronta respuesta. Entiendo su natural preocupación por las cifras. Tenemos nuestros buenos motivos para pagar de esa forma a nuestros reporteros. Por empezar, exigimos absoluta discreción de su parte. Usted publicará sus notas con seudónimo, y nadie debe enterarse de que su verdadero nombre está ligado al *Unicornio Amarillo*. Y después, está la cuestión de que el dinero, en este proyecto, no es el primer objetivo. En realidad, queremos que la gente *crea*. Que abandone su estado de permanente ceguera frente a las distracciones impuestas por la tecnología, y abra los ojos frente a una realidad que es mucho más

compleja y rica de lo que la gente suele pensar. La doctrina espiritista tiene las respuestas que muchos durante toda su vida en vano buscan. Con que una persona, una sola, logre abrazar este conjunto de creencias, el objetivo del *Unicornio* estará cumplido.

Vaya, vaya, pensó Itzel, no muy sorprendida. A fin de cuentas, y tal como había sospechado, el licenciado Lévi era uno de esos fanáticos que creen que su mensaje debe ser escuchado por todo el mundo. Ella ya había trabajado para gente así: uno que creía fielmente en Obama (en la época en que fue reelecto) y un grupo de ecologistas que pretendía concientizar a la gente sobre el peligro de los agrotóxicos. En ambos casos, sus revistas habían fracasado desde lo económico, pero ellos creían haber cumplido su misión en la Tierra. Itzel había aceptado esos trabajos porque los había considerado aceptables desde lo moral. Pero quizá con la cuestión del *Unicornio* era diferente.

«Pero son cinco mil dólares», le dijo una voz dentro de su cabeza, que se parecía un poco a la de su madre.

—Sí, pero este tipo está intentado convencer a la gente de que los fantasmas existen, y cosas así.

«¿Y cuál es el problema?»

—Que puede resultar un estafador.

«Como mucho, la gente perderá su dinero en la suscripción de la revista. ¿Cuánto será eso? ¿Diez dólares? ¿Veinte? No creo que eso mate a nadie.»

—Hay muchas otras formas de sacar dinero a la gente. Por ejemplo, dentro de la revista puede haber anuncios sobre falsos mentalistas o videntes.

«¿Y? ¿Acaso las revistas de moda para las cuales has trabajado no muestran anuncios de improbables cremas para el retraso de la vejez?»

La voz, al igual que su madre, parecía tener todas las respuestas. Itzel se removió sobre su asiento, incómoda.

—Lo pensaré —dijo al fin, y cerró la *laptop* con brusquedad. Odiaba que su madre tuviera razón. Aunque solo fuese una especie de representación mental de ella.

Sin embargo, al otro día terminó por aceptar. Fue así como su vida (al menos en un principio) mejoró, lo que le hizo creer que al fin lograba salir del interminable pozo en el cual se había metido.

3

Tal cual lo había proyectado, con la primera paga del *Unicornio Amarillo* (realizada después de una entrevista a una chica de Junction City que había tenido una horrible experiencia con una tabla ouija), Itzel se mudó a un apartamento en Burbank, a menos de quince minutos de Los Ángeles. Por primera vez en muchos meses, su situación financiera dejó de ser preocupante, y tuvo un poco de tiempo para analizar su propia vida.

Y le asustó lo cerca que había estado de la total destrucción. Ella, una joven inmigrante mexicana, había estado al borde del precipicio, haciendo equilibro con las manos y rogando para que un viento fuerte no le diera de sopetón en la espalda. Estaba saliendo de una adicción segura a los tranquilizantes. Su concentración mejoraba con el paso de los días, pero sabía que no podía permitirse el lujo de relajarse demasiado. Comenzó a caminar y a estirar un poco los músculos. Apenas tenía veintiséis años, pero el reflejo le devolvía la imagen de una vieja. El último año había envejecido enormemente y se sorprendió de lo mucho que podía llegar a parecerse a su madre en un futuro no muy lejano.

Fue durante esas caminatas que vio algo que le llamó la atención. Pasaba por la RedPlace cuando un tumulto en la puerta de una librería la detuvo. Vio una fila de chicos de entre ocho y dieciséis años de edad, todos vestidos de brujos, hadas y duendes. Observó el *banner* gigante dispuesto a un lado de la puerta de entrada:

«Hoy, firma de ejemplares: Daphne Collynwood.»

Debajo, había una foto de Daphne, groseramente retocada con Photoshop (a tal punto que casi parecía una veinteañera) sosteniendo su último libro: *La conspiración de los dragones*.

Itzel sintió un inmediato rechazo al ver esa foto. A pesar de que no quería admitirlo, en el fondo odiaba que a Daphne le estuviera yendo bien. A fuerza de publicidades y de cifras de venta infladas, ella había logrado conseguir sus legítimos seguidores.

Pasó rápido por el lugar, molesta por lo que acababa de ver. Sin embargo, al llegar a la vidriera de la librería, no pudo evitar dirigir un vistazo hacia el interior. Y allí, al fondo de un pasillo alfombrado, se encontraba Daphne, magníficamente enfundada en una capa de terciopelo negro, rodeada de unos chicos que parecían seguir sus palabras con absoluta atención.

«Ahora sí que pareces una bruja, Daphne, vieja harpía», pensó Itzel con furia.

Se alejó rápidamente del lugar, perdiendo todo el buen humor que sus últimos logros habían logrado arrancarle.

4

Alrededor de una semana después, o sea, en las primeras semanas de agosto, el primer número del *Unicornio Amarillo* salió a la luz. Para sorpresa de Itzel, la página web decía que contaba ya con setecientos ochenta y dos suscriptores.

Leyó la revista esa misma noche, mientras afuera caía una llovizna persistente y el aire se llenaba de humedad.

Su nota ocupaba las páginas centrales: «Las Crónicas Sobrenaturales de Milena Crow. Episodio 1. Tabla Ouija».

Ella misma había elegido el seudónimo, una mezcla del Titus Crow, el investigador paranormal de Lumley, con *Cartas a Milena*, el libro de Franz Kafka que había leído durante los viajes en el ómnibus. Milena Jesenská fue la periodista nacida en Praga que había enamorado al escritor de origen judío y que años después sucumbió en los campos de concentración nazi.

Le pareció que el nombre «Milena Crow» tenía suficiente fuerza y estaba cargado de significado. Se lo sugirió a Lévi, que aceptó sin oponer quejas.

Releyó el artículo y recordó el viaje a Junction City, la casita a dos aguas que aparecía detrás de unos setos mal cortados. La mirada de aquella chica, Patricia Nores, que constantemente la observaba como si esperara algún tipo de respuesta o consuelo por parte de Itzel.

Ella había hecho el esfuerzo por creer, por comprender el crudo relato de Patricia. Pero no lo había logrado.

Sabía que lo del juego de la ouija podía explicarse por un fenómeno psicológico llamado efecto eidemotor. Los participantes movían, en forma inconsciente, el puntero de la ouija, y se respondían a sí mismos aquellas respuestas que querían escuchar.

En cuanto a lo de la amiga de Patricia… un claro ejemplo de personalidad esquizofrénica. No había espacio para la interpretación paranormal. Ni espíritus errantes, ni posesiones a mitad de la noche. Sin embargo, era obvio que en el *Unicornio Amarillo* (y sus supuestos casi ochocientos suscriptores) estaban dispuestos a creer otra cosa.

Ella no era quien para pretender cambiarles sus creencias. Además, le pagaban para ello. Y muy bien.

En todo lo demás, la revista era un compendio de artículos de todo tipo, infográficos que explicaban diversas teorías esotéricas, un espacio para las preguntas de lectores (que el mismo Lévi respondía), el infaltable horóscopo al final y cosas así. Tenía una buena estructura, y mejor diseño, aunque distaba mucho de ser una publicación revolucionaria o que aportara cosas nuevas.

Y pese a ello, el número de suscriptores fue aumentando. Al segundo día de la publicación, ya eran más de mil. Y luego de una semana, casi dos mil. Al parecer, los licenciados Lévi y Britten sabían algo que el resto de los editores de revistas parecían ignorar.

Itzel se sintió sorprendida y al mismo tiempo aliviada ante este dato. Al menos, su trabajo era sustentable y la revista no corría el peligro de cerrar al tercer o cuarto número. ¿Qué más podía

pedir?

Al noveno día de la publicación del primer número, recibió un mensaje por Gmail de Lévi:

Querida Itzel, la publicación está siendo un éxito. Su crónica en particular ha despertado un marcado interés entre nuestros lectores. Queremos acercarle, junto con el licenciado Britten, nuestras más sinceras felicitaciones. Asimismo, aprovechamos para fijarle su próximo objetivo. Deberá entrevistar a una joven madre de Des Moines, actualmente en la prisión, que desde hace meses asegura ver a su hijo muerto. Encontrará la dirección de la prisión en el *link* de Google Maps adjunto.

Creemos que su testimonio será muy valioso para la comunidad paranormal. El adelanto de sus respectivos honorarios ya ha sido depositado en su cuenta esta misma mañana.

Sin más, saludan afectuosamente:

Editores del *Unicornio Amarillo*

5

Luego de leer el mensaje, Itzel entró a su cuenta y verificó los últimos movimientos. En efecto, un depósito había sido hecho hacía dos horas, por dos mil doscientos treinta y cuatro dólares.

La cifra la hizo sonreír amargamente. Esa mañana, otro periodicucho para el cual trabajaba, el *Viewpoint of Greta*, le había pagado alrededor de veinticinco dólares por un artículo titulado «13 celebridades de Hollywood que se casaron con personas normales». Con lo que le ingresaba del *Unicornio Amarillo* podría costearse el alquiler del departamento y los gastos del mes. Con lo que le había depositado el *Viewpoint*, le alcanzaba para una cena en un restaurante más o menos decente. Al parecer, era su día de suerte.

Dedicó las siguientes horas a organizar el viaje. Había un vuelo directo que salía desde Los Ángeles hacia Des Moines por un módico precio de doscientos cincuenta y cinco dólares. Por supuesto, en clase turista. Luego, alquiló por Booking una habitación en un hotel tres estrellas, por una noche. Desde el aeropuerto al hotel había unos veinte kilómetros, que Itzel pretendía cubrir con una línea de autobús que salía desde el mismo aeropuerto. El alquiler de un coche no representaba ninguna opción para ella. Además del costo elevado, desde el accidente no había vuelto a conducir. Lo había intentado una vez, pero le habían temblado tanto las manos que se había obligado a bajar antes de recorrer una sola manzana.

Una vez organizado todo esto, se acostó a dormir durante unas horas. Soñó, como casi siempre, que tanto Alexander como Joseph la llamaban desde sitios lejanos y ambiguos, y ella nunca encontraba la forma de ayudarlos. Al día siguiente, partió rumbo al aeropuerto. Llevaba consigo una muda de ropa en un bolso de mano, la *laptop* y una vieja grabadora por si su celular se quedaba sin carga.

Dedicó sus horas, durante el vuelo, a investigar un poco sobre la joven madre que supuestamente veía a su hijo muerto.

El hijo, Mike, había sufrido una repentina afección pulmonar que lo había tenido en cama durante varios días. Finalmente, aquejado de una fuerte fiebre, fue internado en el Mercy Medical Center de Iowa, donde murió por un shock séptico. Tenía doce años de edad. Durante el entierro, la madre, Lucille Resposo, creyó que el ataúd se movía y trató de sacar a su hijo del lugar. La sujetaron entre varios y lograron sedarla. Desde entonces, aseguraba que podía ver a su hijo jugando en la habitación.

Itzel no pudo evitar reprimir un hondo sentimiento de angustia mientras leía las notas periodísticas. Sabía perfectamente lo que sentía Lucille. Ella también había creído ver a Alexander durante las siguientes semanas a su muerte.

En más de una ocasión, había entrado a su dormitorio con la convicción de que lo encontraría acostado sobre su cama, jugando con la Nintendo o haciendo la tarea escolar en su Ipad. El deseo era tan fuerte que durante unos segundos realmente podía verlo ahí, vestido con su remera de los Red, el flequillo rubio cayendo como una cascada sobre sus ojos, los pies desnudos y sucios de

tanto recorrer el parque descalzo.

Pero luego la ilusión se evaporaba, su hijo se transformaba en una mancha negra y finalmente desaparecía. Lo que había detrás era peor: una cama perfectamente hecha, con sábanas que jamás volverían a arrugarse.

Creía comprender a Lucille, claro que sí. Lucille era una madre enloquecida por el dolor. E Itzel de inmediato sintió empatía con ella… a pesar de que Lucille era una asesina.

Había sido condenada a veinte años de prisión por matar a una mujer con una piedra.

CRÓNICAS (II)

SERES DE SOMBRA

Milena Crow: ¿Nombre?

Lucille Resposo: Lucille. Aunque todo el mundo me llama Lucy.

MC: Lucy, no quiero preguntarle lo que ya le han preguntado decenas de veces. No quiero que revivamos la enfermedad de su hijo, ni su triste final. Tampoco lo que sucedió durante el funeral. Quiero, en cambio, que vayamos a lo que pasó después. Lo que usted vio meses después, en su habitación…

LR: De todas formas, me hubiese resultado imposible hacerlo. Aún no puedo hablar de eso. Me lo han preguntado, pero nunca lo he respondido. Lo que saben, lo saben de terceros, de testigos de primera línea.

MC: Entiendo. ¿Y cree usted que lo otro…

LR: Eso sí. Aunque no puedo evitar la piel de gallina mientras lo cuento.

MC: Lo entiendo.

LR: Recuerdo perfectamente esa tarde. Fue exactamente a un mes del fallecimiento de Mike. Yo estaba limpiando su habitación. La había dejado tal como estaba desde su muerte, no había tocado ni un solo juguete, ni un solo libro de él. Pero cada tres días entraba a limpiar el polvo. Hay mucho polvo que vuela en Des Moines, sobre todo en el verano. Si uno no se anda con cuidado, la casa puede quedar cubierta de polvo en cuestión de días. Todo queda cubierto de una película blanquecina: los muebles, las paredes, el piso. No quería que la habitación de mi hijo terminara así. La limpiaba con furia, como si alguien acabara de profanar un santuario. Y de hecho, creo que lo consideraba así. La habitación de mi hijo, desde su muerte, se había convertido en un templo, un lugar al que nadie podía entrar excepto yo. Ni siquiera mi marido podía hacerlo.

«Una noche me desperté, sentí ruidos en el dormitorio de Mike y me dirigí hacia allí. Mi marido, Steve, estaba sentado sobre su cama, con uno de los legos de Mike en sus manos. Era una nave espacial, lo recuerdo muy bien. Yo le pregunté qué era lo que estaba haciendo; Steve se sobresaltó, y dejó caer el juguete, que se hizo trizas en el suelo. Yo me transformé. No recuerdo qué fue lo que dije, ni lo que hice. Cuando volví en mí, Steve tenía un arañazo en el cuello y me

miraba como a una loca. Desde entonces, no volvió a entrar en la habitación de Mike.

MC: ¿Y qué pasó aquella tarde, la vez que vio a Mike por vez primera?

LR: Oh, sí, disculpe. Es que tiendo a divagar. No sé por qué lo hago, antes no era así.

MC: Está bien, no hay problema.

LR: Bueno, el asunto es que yo estaba limpiando la habitación de mi hijo, la casa estaba vacía excepto por mí, ya que Steve aún no había regresado del trabajo. Recuerdo ese momento tan bien como si lo estuviera viendo en una película en cámara lenta. Recuerdo que me agaché para limpiar debajo de la cama, y mis vértebras crujieron. Y en ese momento sentí algo… como un chillido en mis oídos. Supe que algo extraño iba a pasar. Traté de obviar esa sensación y metí el plumerillo debajo de la cama. Y fue ahí que una mano pequeña, de dedos largos y finos, lo tomó y me lo arrebató de las manos. El plumerillo desapareció debajo de la cama. Yo lancé un grito y me eché atrás, pensando que me desmayaría. Se escuchó una risita… y luego el plumerillo salió despedido. Para esas alturas ya estaba en el vano de la puerta, chillando como una loca. Cerré la puerta del dormitorio, con llave, y me refugié en el comedor. Estuve ahí un rato, con el corazón en la mano, tratando de encontrarle un sentido a lo que acababa de ver. Al cabo de unos minutos, en la puerta de entrada se escucharon unos golpes, y yo volví a gritar. «¿Señora?», escuché que decía alguien del otro lado de la puerta. «Es la policía. ¿Se encuentra bien? Por favor, abra.»

Comprendí que alguien, algún vecino, había escuchado mis gritos y había llamado a los polis. Abrí la puerta. Vi a dos jóvenes uniformados, poco más que niños, que me observaron con atención. Y detrás de esos polis… los vecinos. Judy Tozier, que permanecía en la puerta de su casa abrazando a sus hijos. El viejo Carpenter, sentado en su mecedora y fumando uno de sus horribles habanos negros. Los Van Persie, los Ward, los Peterson. Todos mis vecinos, observándome. Aguardando el show de la madre loca que finalmente había perdido la cordura y de un momento a otro se retorcería sobre el suelo echando espuma por la boca.

»Decidí no darles el gusto. Siempre fui orgullosa, y me criaron para no ventilar los problemas de uno. Así que, en vez de decir a los oficiales que había visto una mano salir de debajo de la cama, les dije que me había resbalado en la ducha y había gritado. Uno de los oficiales se relajó y pareció creerme. Pero el otro, que era más listo, alzó su vista hacia mi cabello, vio que lo tenía completamente seco e insistió con la pregunta: «¿De verdad, señora, se encuentra bien? Si quiere podemos echar un vistazo a esa… ducha». Y miró por encima del hombro, como esperando descubrir a alguien detrás de mí. Creo que sé lo que pensó: después de todo, los casos de violencia y maridos abusadores son frecuentes en estas tierras. Abrí la puerta aún más, como para demostrarle que no estaba ocultando nada. Puse la mejor sonrisa que pude y volví a repetir la misma historia: que no se preocupasen, que solo había sido un pequeño incidente casero. «Es que soy muy bocazas», les dije, y eso finalmente pareció satisfacerlos. Volvieron sobre sus pasos y se metieron en la patrulla. Los vecinos se dispersaron rápidamente. Créame que vi decepción en los rostros de muchos de ellos.

MC: ¿Le contó lo sucedido a su marido?

LR: ¡Claro que no! En ese entonces, apenas si había diálogo entre nosotros. Nuestro matrimonio siempre había sido una ficción, una mentira sostenida, en parte, por la presencia de Mike. Ahora que él no estaba, la mampostería y las fachadas se habían caído a pedazos.

MC: En ese entonces, ¿supo que era su hijo el que le había arrebatado el plumero?

LR: No sé si lo supe, pero quizá lo intuí. Mike siempre fue de hacer bromas, le gustaba asustar a la gente. Por ejemplo, cuando veía pelis de terror con sus amigos, él siempre era el que se aparecía con una máscara en medio de la película. Era muy travieso, muy inocente. Tenía doce años, sus amigos ya hablaban de novias y de besos, pero él seguía jugando con sus lego y coleccionando figuritas. Lo que había pasado aquella tarde, cuando esa mano me tomó el plumerillo y me lo tironeó… Bien podría haber sido una broma típica de él.

MC: ¿Cuándo volvió a verlo otra vez?

LR: Creo que fue a los tres o cuatro días. De nuevo estaba sola. Me estaba peinando frente al espejo cuando vi una sombra detrás de mí. Era difusa, como si entre ella y yo hubiera algún tipo de velo. Y, cosa rara, volví a sentir aquel zumbido en mis oídos. Me estaba por dar vuelta cuando sentí su voz, tan claramente como ahora yo siento la suya: «No te des vuelta, mamá. No te conviene hacerlo. Mejor hablemos a través del espejo».

MC: ¿Qué hizo usted entonces?

LR: Me eché a llorar. Yo diría que casi de alivio. Estaba convencida de que lo volvería a ver, no podía ser que su última imagen fuese la del ataúd… Se veía tan diferente ahí, ¿sabe? Todo el mundo en el funeral decía que se veía hermoso, pero para mí no era mi hijo. Eso que estaba ahí dentro del ataúd, con algodones dentro de la nariz, *no era mi hijo*…

MC: ¿Qué le dijo aquella vez cuando lo vio en el espejo?

LR: Oh, me dijo muchas cosas. No estoy segura de que deba decírselas a usted. Al menos, no todo. Pero sí puedo decirle que habló de un lugar llano. Así dijo, «un lugar llano». No hay nada en ese lugar: ni gente, ni árboles, ni montañas. Es solo algo llano. Como una línea.

MC: ¿Él estaba ahí?

LR: Estuvo durante un tiempo, dijo. Después alguien lo tomó de la mano y lo llevó a otro lugar. Ahí dijo que vio… a su abuelo. Se abrazaron. Yo…

(Vuelve a quebrarse. Dejo que llore durante un tiempo, mientras afuera la tarde cae y se escucha el bullicio de los niños del vecindario que regresan de la escuela. Luego, limpiándose las lágrimas con la manga de su camisa, Lucille vuelve a hablar. Parece más segura.)

LR: Dijo que lamentaba la broma del plumerillo. No pensó que me asustaría tanto. Yo le dije que no había nada que perdonar, que lo comprendía perfectamente. Tenía ganas de girar de una vez y abrazarlo, pero sabía que no podía hacerlo. Su figura parecía muy frágil en el espejo, como si fuese una bola de polvo que se dispersaría con cualquier viento suave. Hablamos… no sé, durante media hora. Me contó muchas cosas. Cosas buenas y cosas terribles. Como lo del doctor Grecco.

—¿Qué le dijo sobre ese médico, específicamente?

—Dijo que ese doctor había cometido un error. Cuando Mike estaba internado, le había suministrado erróneamente un medicamento que había restado chances a su vida. El doctor Grecco, al darse cuenta del error, borró el medicamento de la historia clínica, en complicidad con la jefa de las enfermeras. Pero el mal ya estaba hecho: habían pasado ya unas tres horas, y el cuerpo de Mike comenzaba a fallar. «No dejes que esto termine así, mamá. No dejes que el doctor Grecco, con su ignorancia, vuelva a matar más niños», fue lo que dijo Mike antes de desaparecer.

MC: ¿Y qué hizo usted?

LR: No pude más y le conté a Steve esa misma noche. Todo, o casi todo. Es algo de lo que luego me arrepentí. Le dije que el doctor Grecco nunca me había despertado simpatías. Parecía alguien que tenía muchas cosas que ocultar. Ahora entendía por qué.

MC: ¿Qué dijo Steve?

LR: Por supuesto, no me creyó. Dijo que me llevaría al médico al día siguiente. Yo me opuse con furia. Yo le estaba hablando de nuestro hijo Mike, de que acababa de decirme el nombre de su asesino, y él hablaba de doctores que me darían pastillas para no volver a verlo. Ahí fue que me di cuenta.

MC: ¿De qué?

LR: Él no quería a Mike, nunca lo había querido. Steve siempre lo vio como una carga, alguien que entorpecía sus planes. Quizá lo quería, pero no con el amor de un padre, sino el de alguien que quiere a su perro, o a un tío. El amor del padre es más profundo. Steve nunca lo tuvo hacia mi hijo.

MC: Pero usted dijo que lo vio llorando aquella noche en su habitación.

LR: No estaba llorando. Solo sostenía su juguete. Quizá quería impresionarme. Era muy bueno actuando, un manipulador con todas las letras. Lo pienso y me convenzo más de ello. Cuando yo me desperté aquella noche, fue por un ruido que él hizo. Quizá fue a propósito. Quizá golpeó la pared con un puño, para que yo me levantara y lo viera en esa pose de padre destrozado…

MC: ¿Con qué fin?

LR: Para impresionarme, ya le dije. Para hacerme creer que él no tenía nada que ver con la muerte de Mike. Yo los vi, ¿sabe? Vi varias veces a Steve y al doctor Grecco hablar en cuchicheos, en los pasillos del hospital.

MC: ¿Qué está insinuando con eso?

LR: No estoy insinuando nada. Solo quiero que saque sus propias conclusiones.

MC: Está bien, volvamos al relato. ¿Qué fue lo que pasó luego?

LR: Creo que usted lo sabe. Debe haberlo leído en el periódico.

MC: Me gustaría escucharlo de su propia voz. Sabe usted que los periódicos a veces tergiversan las noticias.

LR: ¿A veces? ¿Solo a veces?

MC: En muchos casos, sí. ¿Tendría la amabilidad…?

LR: Claro. Aunque no sé si debería estar hablando con usted. Después de todo, usted también es periodista. Puede contar las mismas mentiras que contaron sus colegas.

MC: Esta nota no estará editada ni contendrá espacio para la opinión. Lo prometo.

LR: Está bien. Seguiré, pero solo porque usted me parece diferente. Hay algo en su mirada… Algo que hace que yo me sienta identificada. No sé qué será.

MC: Yo también tengo un hijo fallecido. Pero mejor continuemos con el relato.

LR (Me mira fijo durante unos segundos.): ¿Usted también lo vio? ¿Su hijo también volvió a visitarla después de muerto?

MC: No ha ocurrido nada de eso.

LR: Oh. Bueno, lamento mucho lo de su hijo.

MC: Gracias. Ahora, por favor debemos seguir…

LR: Claro, claro. Le decía que esa noche Steve y yo peleamos. A los gritos. Sabía que los vecinos estaban escuchando, pero no me importó. No esa vez. Al día siguiente, fui al hospital a buscar a Grecco. La secretaria me dijo que no estaba, que acababa de salir. Yo no le creí. Salí al estacionamiento trasero, y allí lo encontré, hablando por celular. Tenía planeado decirle que yo sabía todo, que lo demandaría por negligencia por haber matado a mi hijo. Pero no pude. Vi su rostro, su rubicundo y plácido rostro, la sonrisa despreocupada que exhibía mientras hablaba como si nada por su celular, y no pude contenerme. Me eché sobre él. Él es un tipo fornido, debe pesar sus buenos cien kilos, pero yo ese día estaba hecha una bestia salvaje. Lo derribé y le cubrí

el rostro de golpes, lo escupí. «¡Eres el asesino de Mike!», le gritaba. «¡Tú has matado a mi hijo!» El tipo estaba tan sorprendido que no atinó a hacer nada. O quizá lo corroía la culpa. ¿Usted vio la reacción de la gente cuando la atrapan con las manos en la masa? Algunos fingen malestar y se ponen violentos, pero otros se quedan quietos, quietitos, como un ciervo delante del rifle del cazador. Porque saben que los han agarrado, que no tienen escapatoria. Quizá después, incitados por algún abogado, cambien de actitud y traten de defenderse. Pero es la primera reacción la que cuenta. Y al ver a Grecco debajo de mí, con sus ojos abiertos y llenos de terror, sin capacidad de reacción, sus manos fláccidas a ambos costados del cuerpo… me di cuenta de que era cierto. Él había cometido un error médico, y por ese error mi hijo había muerto. Creo que lo hubiese matado allí mismo. Estoy segura. Pero un guardia de seguridad vio el jaleo e intervino para separarme.

MC: ¿Fue allí que Grecco le inició un juicio por acoso?

LR (dudando): No exactamente.

MC: ¿Cuándo entonces?

LR: Fue… fue unos días después. Yo estaba merodeando por la casa de ese cretino. No pensaba hacerle nada, se lo puedo asegurar. Solo quería ver cómo eran sus días, cómo pasaba su vida de miserable sabiendo que había matado a un niño inocente.

MC: ¿Y cómo la pasaba?

LR: Como un tipo que no ha hecho nada. Como alguien perfectamente inocente. Así de cínico es ese hijo de perra.

MC: ¿Y no se le ocurrió pensar, siquiera durante un minuto, que actuaba así porque realmente *era* inocente?

LR (Se queda mirándome con esa expresión pensativa. Por un momento, creo que voy a perder la entrevista. Pero entonces sigue hablando.): Creí que dijo que no intervendría con su opinión.

MC: No fue una opinión, fue una pregunta.

LR: Me pareció una opinión. Pero no importa, estoy acostumbrada a ese tipo de cuestionamientos. Sé que muchos piensan que estoy loca. Piensan que imagino lo de mi hijo, que todo está dentro de mi cabeza enferma. Pero, si es así, ¿por qué la jefa de enfermeras nunca ha querido hablar conmigo? ¿Por qué cuando aquella vez la crucé en el centro del pueblo, ella se metió en su coche y salió como si acabara de ver al mismo diablo?

MC: Tal vez temía que usted le hiciese daño. Como lo hizo con Grecco.

LR: Pues yo creo que es porque ella sabe que yo sé. Tiene miedo, vive aterrorizada y casi no sale de su casa. No es como Grecco, ella es más débil. Sabe que no podrá soportar un interrogatorio

serio.

MC: ¿También espió a la jefa de las enfermeras?

LR: Por supuesto. Pero no todo lo que me hubiese gustado. Me concentré en Grecco. Me hubiese gustado tener un socio…

MC: ¿Qué pasó aquella vez, cuando estaba detrás del seto de la casa de Grecco?

LR: Alguien me vio y llamó a la policía. Se armó un buen jaleo. Me dejaron libre, pero una semana después recibí una prohibición de acercamiento a Grecco en un radio de ciento cincuenta metros. Fue ahí que confirmé que Grecco también estaba asustado, y temía ser descubierto.

MC: ¿Usted seguía viendo a Mike?

LR: Todo el tiempo, cada vez con mayor frecuencia. Siempre acompañado de ese chillido en mis oídos. Una vez, mientras arreglaba su cama, las sábanas comenzaron a arrugarse y se formó un bulto. Generalmente la presencia de Mike no me asustaba, pero esa vez tengo que admitir que me inquieté un poco. Mike estaba debajo de las sábanas, nunca me dejaba verlo en forma directa, y comenzó a llorar. Le pregunté qué le pasaba, pero él siguió llorando más fuerte. Entonces, siguiendo un impulso que no pude evitar, me acerqué y acaricié ese bulto debajo de las sábanas. Le juro, señorita, que pude percibir su cuerpo que se sacudía en espasmos. Solo que estaba frío, muy frío…

MC: ¿Le dijo algo?

LR: Dijo que lloraba porque su asesino seguía suelto. Que yo no lo amaba y no me preocupaba por hacer justicia. Yo estaba aterrada, temía que a partir de allí no se me presentara más. Le dije que lo amaba, que yo quería que Grecco pagase, pero que la justicia se había vuelto en mi contra, al igual que Steve. Pero el bulto debajo de las sábanas pareció desinflarse, perder consistencia, y yo me quedé llorando como loca mientras abrazaba las sábanas ahora fláccidas de mi hijo. Sabía que le había fallado.

MC: ¿Fue en esa época que los médicos le dieron la noticia sobre el tumor?

LR (niega lentamente con la cabeza, al tiempo que hace una mueca de disgusto): Me hice los estudios contra mi voluntad, empujada por mi hermana. Ella fue la única que siempre me apoyó. Me dijo: «Lucy, ese chillido que dices que escuchas todo el tiempo no es normal, deberías ir a un médico». Y por poco no me arrastró hacia el neurólogo. Me hicieron estudios de rutina y determinaron que tenía un tumor alojado en el hemisferio derecho, un gliobastoma multiforme, horrible palabra que me vi obligada a aprender. Creo que, a partir de allí, muchos de los que me rodeaban parecieron relajarse. Los tumores cerebrales a veces ocasionan alucinaciones: tenían una explicación racional a la que aferrarse. Mike no volvía desde el más allá para comunicarse conmigo, todo era una creación de mi cerebro enfermo. Incluso hasta Steve intentó ser más amable y cariñoso conmigo. Pero todo eso se terminó cuando me negué al tratamiento de la

quimioterapia.

MC: ¿Tenía miedo de no ver a Mike nunca más?

LR: Exacto. Yo estaba convencida (y aún lo estoy, por supuesto) de que el espíritu de Mike que aparecía en mi casa era real. El tumor no ponía en duda los hechos: los confirmaba.

MC: ¿Podría explicar eso un poco mejor?

LR: Claro. ¿Usted nunca escuchó hablar de Leigh Erceg?

MC: ¿No es la mujer que hace algún tiempo se golpeó la cabeza y luego se despertó siendo un genio de las matemáticas?

LR: Ella misma. Bueno, al parecer hubo en la historia muchos casos así, gente que tuvo algún tipo de golpe o enfermedad en el cerebro y a causa de ello se convirtió en alguien con un gran talento o habilidad. Se llama «síndrome del sabio o de Savant». He leído mucho al respecto, ¿sabe? La mayor parte del pueblo opina que lo que veo se debe a mi tumor cerebral. Pero ¿y si es lo contrario? ¿Y si el tumor activó en mí una habilidad para ver a los muertos, exactamente como aquel golpe a Erceg le facilitó la comprensión de las matemáticas?

MC: Es una idea interesante.

LR: Para mí es más que eso. Estuve leyendo mucho sobre el tema… Sé que hay teorías que avalan la existencia de portales interdimensionales que comunican nuestro mundo con el de los muertos. Nadie sabe cómo abrir un portal, pero estoy segura de que mi tumor de alguna forma lo ha logrado. Por eso es que decidí no someterme a la quimio. Si el tumor actuaba como un portal para comunicarme con Mike, entonces al curarme quedaría cerrado. Y no estoy dispuesta a vivir sin volver a ver o escuchar a Mike. De eso estoy segura.

MC: Los médicos dicen que antes era tratable, pero ahora ya es tarde. Dicen que le quedan pocos meses de vida.

LR (señala los barrotes que nos separan): ¿Y a usted le parece que eso me interesa? Me han condenado a perpetua. ¿Usted cree que estoy dispuesta a pasar mucho tiempo aquí? Es obvio que no me importa.

MC: Cuénteme sobre esa noche. La noche en que sucedió lo que la llevó aquí.

LR: ¿Acaso no lo ha leído en los periódicos? Pero está bien, no importa, puedo repetirlo una vez más. ¿Sabe qué fue lo que terminó por sacarme de quicio?

MC: No.

LR: Que Grecco fuera condecorado como «ciudadano ilustre de Des Moines». Lo vi en un periodicucho de aquí. Supuestamente había salvado a mil vidas desde el inicio de su carrera

como médico neurocirujano. Esa noche festejó hasta emborracharse. Él era visto como un ciudadano ejemplar, pero yo sabía que no era así. Conocía muchos de sus secretos.

MC: ¿Eso quiere decir que violó la veda de aproximación?

LR (esboza una sonrisa de triunfo, me mira cómplice): No exactamente.

MC: ¿Y entonces?

LR (ahueca ambas manos y las pone sobre sus ojos): Largavistas, señorita. Unos buenos largavistas usados a ciento cincuenta metros de distancia es como si uno viera a la persona a un palmo.

MC: ¿Qué era lo que quería probar?

LR: ¿No le dije? Quería exponer a ese miserable. Hacerle pagar. Y tuve la posibilidad esa misma noche.

MC: ¿Qué pasó?

LR: Bueno, él festejó hasta las doce de la noche junto a su familia. En la casa había al menos cuarenta personas, entre amigos y familiares. Luego, se fueron yendo y quedaron Grecco, su mujer y sus tres hijos. Se acostaron a dormir. A eso de la una y media de la mañana, el celular de Grecco sonó.

MC: ¿Cómo sabe eso?

LR: Pude ver que la pantalla se encendía. Yo estaba en el tercer piso de un hotel y podía verlo todo. Grecco atendió, habló por un minuto y luego comenzó a vestirse. Su mujer se despertó y supongo que le preguntó qué sucedía, y estoy segura de que Grecco le dijo que era una emergencia en el hospital o algo así. Cinco minutos después, bajó al garaje y se marchó en el lujoso Mercedes que conducía desde hacía varios meses.

MC: ¿Y usted qué hizo?

LR: Lo seguí. ¿Qué otra cosa podía hacer? Estaba segura de que era la oportunidad que estaba esperando. Había alquilado un pequeño Volvo en el aeropuerto. Grecco enfiló hacia las afueras de la ciudad y luego tomó un desvío. No iba hacia el hospital. Condujo unos diez kilómetros y luego se detuvo en una cabaña cercana al lago. Se bajó y llamó a la puerta. Salió una rubia despampanante, de esas que aparecen en las revistas de moda, que se abalanzó sobre él y le comió la boca a besos. Yo entonces lo supe. Supe que era mi oportunidad de vengar la muerte de Mike.

MC: ¿Por qué esto no aparece en ningún periódico?

LR: ¡Pues porque taparon todo! ¿Usted qué cree? Grecco es una parte importante de la ciudad.

Los vecinos creen en él, lo respetan. No iban a hacerme caso a mí, una loca que cree que ve a su hijo muerto en todos los rincones.

MC: ¿Qué fue lo que usted hizo al ver a Grecco y a su amante?

LR: Mi accionar no fue muy inteligente que digamos, debo reconocerlo. Tendría que haberles tomado unas fotografías con mi celular, regresar a casa y enviar las fotografías a la mujer de Grecco. Pero mi genio pudo más. Me parecía injusto: Grecco había matado a mi hijo, y yo debía contentarme con tomar unas fotografías a varios metros de distancia, escondida detrás de unos arbustos. No pude evitar acercarme a la cabaña. Le grité: «¡Greco!». Y ¿a qué no sabe? ¡El hijo de puta se dio vuelta y puso la misma cara que había puesto en el estacionamiento, la del ciervo atrapado, ciego de terror! Eso me enfureció aún más. Salté sobre él y lo abofeteé. Sus mofletes de blanco aburguesado se llenaron del color de la sangre. Sus ojos parecían los de una vaca. Le mostré el celular, donde se veía una foto de él abrazado a su amante. «¡Le daré esto a tu mujer, y tu vida quedará arruinada!», le grité. Creo que estaba a punto de echarse a llorar. Para mí, verlo así ya era suficiente, creía sentir la aprobación de Mike desde algún lugar del bosque. Y todo hubiese terminado ahí de no ser por la puta de su amante.

MC: Ella trató de agredirla, ¿verdad?

LR: No solo trató, sino que me dio un ladrillazo en medio de la frente. No sé de dónde lo sacó. Yo estaba concentrada en Grecco, y de repente sentí ese golpe en la cabeza que me hizo caer de culo sobre el suelo. Mi mano se abrió, y el celular que portaba las pruebas cayó sobre el pasto mojado por el rocío. Creo que estuve aturdida durante unos segundos, porque cuando volví en mí, la mujer había tomado mi celular y estaba borrando las fotos. Grecco permanecía de pie a su lado, incapaz de reaccionar. Cuando comencé a levantarme, la puta me vio y le ordenó a Grecco: «¡Detén a esa loca, haz algo, idiota!». Tiempo después, supe el porqué de su desesperación. Grecco no era el único que cometía adulterio esa noche: el marido de ella se encontraba a unos quinientos kilómetros de distancia, tratando de vender aspiradoras en algún oscuro poblado de Nebraska. Cuando la rubia vio que el médico no haría nada, tomó una piedra con su mano libre y se acercó hacia mí. Estoy segura de que pensaba matarme, estaba fuera de sí. Y yo… yo solo atiné a defenderme.

MC: Usted dijo en el juicio que fue un accidente. Que usted quería detenerla, le arrojó una patada, la mujer cayó hacia atrás y se desnucó contra una de las grandes piedras que bordeaban el camino.

LR: ¡Y exactamente eso fue lo que pasó! Solo que nadie me creyó. La presencia de Grecco no pudo ser probada. Él intentó ayudar a la rubia, pero en cuanto se dio cuenta de que estaba irremediablemente muerta, recogió el celular que había quedado en el suelo y salió pitando.

MC: ¿Usted no hizo nada?

LR: Estaba destruida. Sabía que las cosas se me habían ido de las manos. Cuando la policía

acudió al lugar, solo se encontraron conmigo y con la rubia muerta a mi lado. Grecco ya estaba en el hospital, atendiendo a un paciente. Estoy segura de que le acomodaron los horarios para tener una coartada perfecta…

MC: Lucy, hay registros de que Grecco entró al hospital a la una y cuarenta y cinco de la madrugada, alrededor de una hora antes del fallecimiento de aquella mujer. Hay cámaras de seguridad que lo confirman.

LR: Están falseadas. Hoy en día se puede falsificar cualquier cosa.

MC: Tampoco encontraron huellas de su Mercedes en los alrededores de la cabaña. Solo las de su coche alquilado, Lucy.

LR: ¡Fueron borradas por los peritos! ¿Es que usted no entiende? Todos actuaron en complicidad. Grecco es un ciudadano muy poderoso, tiene influencia en la alcaldía y dona buena parte de su sueldo a la iglesia. ¿Usted es consciente del poder que tiene la iglesia en lugares como estos?

MC: ¿Usted leyó el informe de ese tal George Linderman, el famoso parapsicólogo de la TV de Milwaukee?

LR (visiblemente molesta): Oh, ese es un charlatán. No puede saber nada de mí ni de Mike.

MC: Dijo que es probable que usted no haya contactado con Mike, sino con un ser de sombra que se hizo pasar por él. Hasta brindó una descripción: dice que se trata de una anciana fallecida hace unos años atrás. Una anciana que se movía en silla de ruedas.

LR: ¡Le digo que es un farsante y no sabe nada!

MC: Solo quería saber su opinión. Disculpe si la molesté.

LR: Pues sí logró molestarme. Ningún charlatán de feria me va a convencer de que aquello que me visita durante las noches no es mi Mike. Él… él me sigue hablando, ¿sabe? Sobre todo cuando me siento triste, o sola. Dice que pronto me reuniré con él. Que todo mi sufrimiento terminará. Son palabras dulces, que me consuelan enormemente. ¿Acaso ese idiota de Milwaukee sabrá lo que es el amor entre una madre y su hijo? ¿Podrá imaginárselo alguna vez?

MC: Muchas gracias por la entrevista, Lucy.

LR (no parece haberme escuchado. Habla más bien consigo misma): Es mi hijo Mike. Lo sé. Una madre reconocería a su hijo. Ese charlatán no sabe de lo que está hablando. No sabe. No sabe…

MC: Buena suerte, señora. Hasta pronto.

6

El viaje de regreso no fue todo lo placentero que Itzel hubiese querido que fuera. Tenía cinco mil dólares en el bolsillo, podía asegurarse el pisito en Burbank durante unos meses más, pero la sensación de desasosiego que le había despertado el relato de Lucille Resposo se negaba a abandonarla.

Era evidente que la mujer sufría de alucinaciones visuales y auditivas. También era obvio que había matado a una mujer al azar, creyendo que era la amante de Grecco. Decenas de pericias lo confirmaban. Pero esa explicación racional no bastaba para que dejara de recordar su mirada, la vehemencia con que había soltado cada palabra en los oscuros pasillos de la cárcel de Polk County.

¿Acaso ese idiota de Milwaukee sabrá lo que es el amor entre una madre y su hijo? ¿Podrá imaginárselo alguna vez?

Y sí, ella sabía lo que era el amor de una madre. Sabía que se podía hacer cualquier cosa por un hijo, incluso las más impensadas. Lo que no sabía era si había un límite entre el amor desmedido y la locura descontrolada. Y si lo había, ¿ella sabría reconocerlo?

Pasó el siguiente día editando la entrevista para el *Unicornio Amarillo*. Lo hizo a los tropezones, como intentando olvidar las palabras de Lucille. Cuando creyó que el texto estaba lo suficientemente adecentado, lo envió por correo electrónico a Lévi. Y sintió que un gran peso se liberaba de sus hombros.

—No dejaré que otro relato como este vuelva a afectarme —le prometió a Bip, quien como siempre la observaba desde su posición debajo del fregadero—. Nunca más.

7

El segundo número del *Unicornio* fue más exitoso que el anterior. El número de suscriptores subía en una imparable curva geométrica.

Itzel no lo podía creer. Cualquier otro editor de revistas del país (y sin dudas de cualquier parte del mundo), tampoco lo hubiese creído. Solo Lévi parecía inmune al asombro que despertaba aquel fenómeno. Como si hubiese calculado, con milimétrica frialdad, cada una de las etapas.

«Dígame el secreto de su revista. Prometo no decirle a nadie», le escribió Itzel días después.

«No hay secreto, mi estimada. Solo un buen contenido, y algo de publicidad. De lo primero, usted es una de las indudables estrellas. De lo segundo, el licenciado Britten se ocupa perfectamente de ello.»

«A propósito, ¿por qué nunca he hablado con su colega? Ni siquiera me ha escrito un solo mensaje.»

«Pues porque él no se encarga de contactar a los autores, sino de negociar. Él es muy bueno para eso. Yo solo soy un soñador incapaz de poner los pies en la tierra. Si por mí fuera, la revista no hubiese vendido un solo ejemplar. El licenciado Britten es mi amigo y mi perfecto complemento», aseguró Lévi.

8

Fue durante uno de esos días que sucedió algo inesperado. Ella estaba terminando de corregir otro informe para *Vip Yak* («11 escenas de Pixar y Disney que nos hicieron llorar»), debían ser las seis o siete de la tarde, cuando de repente escuchó un chillido que la sobresaltó.

Jamás lo había escuchado. Tenía una cualidad vehemente, que la sacó de sus casillas. Incluso Bip, arrebujado en su sillón, alzó la cabeza en señal de molestia y se retiró a seguir durmiendo en el dormitorio.

—¿Qué rayos es ese ruido? —se preguntó Itzel desorientada.

Provenía de la cocina. Parecía una especie de… chicharra gigante o algo así.

Armada de un ridículo cenicero de bronce, Itzel se adentró en el lugar.

El chirrido provenía desde algún lugar sobre su cabeza. Buscó cerca de la lámpara del techo y entre unos cables de electricidad. Al fin, escondido en un rincón, vio el origen del ruido: era el timbre de la calle. Nadie jamás hasta ese entonces lo había tocado; Itzel nunca recibía visitas.

Miró a través de la cámara: era una mujer, que miraba hacia la calle y se arreglaba distraídamente el pelo. Cuando dio vuelta la cara, Itzel se dio cuenta, absolutamente desconcertada, de que se trataba de Daphne.

Si era el presidente de los Estados Unidos, Itzel se hubiese sorprendido menos. Daphne, con su vestuario impecable y su maquillaje perfecto, aguardaba con impaciencia allá abajo y parecía algo incómoda, porque miraba hacia atrás a cada rato.

Sin dudas debía sentirse fuera de lugar en aquel barrio de clase media, con casas hechas en serie y edificios que se caían a pedazos. Debía creer que algún negro o latino se le aparecería en cualquier momento por detrás y la asaltaría.

Disfrutando del momento, Itzel dejó que la mujer hirviera en sus temores durante unos segundos más, y luego bajó a abrirle.

—Si me aventuré a venir hasta aquí, fue por mi hijo James y por nada más —fue el saludo que le ofreció la mujer. Dudó un momento y luego dijo—: Me costó mucho seguirte el rastro, Itzel. Tuve que pagar un detective para encontrarte. Has desaparecido del mapa como si nunca hubieses existido. Tampoco volví a encontrarte en el hospital.

—Generalmente, visito a Joseph por las mañanas. Sé que tú vas los martes y jueves, a la tarde. Te he visto. Intento evitarte para no seguir teniendo… enfrentamientos.

—Enfrentamientos —repitió Daphne entre dientes—. Así le llamas. Yo los llamo: «buscar justicia para mi nieto muerto». Es lo que haría cualquier abuela, ¿no crees?

—Si has venido hasta aquí para seguir agrediéndome…

—Aunque no lo creas, vengo en son de paz. O mejor dicho, amparada por una tregua. La tregua no significa que la guerra haya terminado, ¿te das cuenta?

—Perfectamente.

—Como decía, vengo por mi hijo James… —Miró hacia atrás una vez más, pareció recordar

que estaba en un barrio venido a menos y sus ojos se velaron de inquietud—. ¿Podría… pasar por unos minutos?

—No lo creo.

La risa que emitió Daphne, como el graznido de un cuervo, hizo que el encargado del edificio, que se encontraba barriendo las hojas de la calle, le echara una incómoda mirada.

—Entiendo. Está bien, hablemos aquí. Aunque quiero que sepas que te culparé si me llega a ocurrir algo.

—No te preocupes, soy amiga de todos los criminales y mafiosos de la manzana.

Otro graznido de cuervo. Aunque la mirada de Daphne dudaba… como si creyera que la broma de Itzel podía ser perfectamente real.

—Si tú lo dices… Bueno, no me extenderé mucho. Quizá sepas que a James no le va muy bien con los negocios.

—Lo escuché por ahí, sí.

—Sabrás también que ha tenido varios problemas con su anterior exesposa, Mary Smith.

—Siempre tuvo problemas con ella.

—Bueno, pero en estos últimos tiempos se han incrementado… La ambición de esa mujer es desmedida. No solo quiere toda la fortuna de James: al parecer, también quiere su alma. Le pidió la casa de Long Beach, ¿puedes creerlo?

—Daphne, los problemas que pueda tener James con su ex no me interesan. Además, pensé que tú y ella eran… amigas…

—No es la clase de mujer que le convenía a mi hijo— dijo Daphne con brusquedad—. Siempre lo supe y se lo recalqué.

—Tampoco yo lo era, ¿verdad?

Daphne pareció sobresaltarse ante esta pregunta. Entonces Itzel tuvo un extraño presentimiento: tampoco a ella la estimaba. Pero había algo, algo sucedido en los últimos tiempos, que la ensalzaba por encima de Mary.

—James siempre fue un chico muy especial. Las mujeres… él ha tenido muchas. Pero pocas, si alguna, podría llegar a comprenderlo…

—Tu hijo, James, me golpeó el invierno anterior. ¿Sabías eso?

Daphne se removió sobre sus pies, incómoda.

—Es muy impulsivo a veces.

—¿Esa es tu justificación para encubrir a un hombre violento y golpeador? ¿Que es muy impulsivo?

—¡Estaba fuera de sí! Él me contó todo. Estaba muy apenado por lo que había hecho.

—¿Qué rayos quieres, Daphne?

En cualquier otra ocasión, Daphne hubiese reaccionado a esas palabras. Pero era evidente que la traía algo realmente urgente, por lo que estaba decidida a tragarse su orgullo. Comprender esto hizo que Itzel finalmente decidiera escucharla durante un minuto más.

—Es James —dijo al fin—. Intentó suicidarse.

¿Fue legítima preocupación lo que pasó por la mente de Itzel en ese momento? Ella había cerrado todo vínculo con su anterior vida, excepto por Alexander y Joseph. O al menos eso había creído hasta ese instante. Ya no amaba a James, de eso estaba segura. Pero, después de todo, había sido su esposo durante cinco años, habían compartido muchas cosas juntos.

—¿Cuándo fue eso? —atinó a decir.

—Hace una semana. Danna Bowers, quien suele limpiar la casa, regresó porque se había olvidado un abrigo. Llamó a la puerta y, como nadie le contestó, abrió con su copia. Algo le llamó la atención, no sé si algún ruido o quizá fue un presentimiento. Subió al dormitorio de James y lo encontró semiinconsciente sobre la cama. Se había tomado un frasco entero de píldoras para dormir. Por fortuna, Danna llamó a emergencias y le hicieron un lavaje de estómago. Se salvó de milagro.

—¿Dónde está ahora?

—En la casa de Long Beach. No quiere hablar conmigo. Ni con nadie, que yo sepa. Sus amigos creen que es por lo de Alexander y la quiebra de su negocio, y esa bruja de Mary que no lo deja en paz. Pero yo creo que hay otros motivos. El asunto es que ni siquiera responde mis WhatsApp. —Alzó la vista, e Itzel se sorprendió al percibir un rastro de súplica en sus fríos ojos azules—. Pensé que, quizá, tú podrías…

—No.

—Eres la única de sus mujeres que nunca le pidió dinero. Debo reconocer eso en ti. También debo admitir que me sorprendió, porque pensé que eras una vulgar cazafortunas. Cuando me enteré que renunciaste a los bienes de James… bien, fue una grata sorpresa para mí.

—Me siento hondamente conmovida por tus palabras, Daphne.

—Sin dudas eres mejor que Mary —dijo Daphne, ignorando el sarcasmo de Itzel—. James también lo sabe.

—Creo que me orinaré de la emoción.

—Si existe alguien que pueda hablar en este momento con James, entonces creo que eres tú.

—Pues yo no lo creo. No tengo ganas de hablar con él. Y creo que él tampoco conmigo. No es el único en tener problemas. Yo también tuve…

—¿Intentaste suicidarte?

—No —dijo Itzel. Aunque de inmediato recordó los frascos de Xanax conseguidos de manera ilegal en un oscuro callejón de Compton, y se preguntó si eso era del todo cierto—. Pero también estuve agobiada por lo que pasó. No estoy en condiciones de consolar a nadie. Mucho menos a quien no se lo merece.

El rostro de Daphne se encendió. Pero fue solo durante un segundo. El control que aquella mujer ejercía sobre sus emociones era admirable.

—Entiendo. Bueno, al menos lo intenté. Aunque sabía que sería inútil. —Se dio vuelta, alejándose unos pasos. Pero luego pareció recordar algo y se dio vuelta—. ¿Sabes una cosa, Itzel? Te vi. Aquella vez en la librería. Sentí tu odio llegarme directo al corazón. Pero estoy blindada. Recuerda eso: no podrás ganarme. Ten cuidado con tus próximos movimientos.

Se alejó taconeando y se introdujo por la puerta trasera de un gran coche color blanco, ubicado a unos cincuenta metros, que durante toda la conversación sin dudas la había estado esperando.

9

Durante los siguientes días, Itzel estuvo tentada de llamar a James. Pero la desconfianza se lo impedía. Había algo raro detrás de la forma de actuar de Daphne. Pedir ayuda a alguien que consideraba inferior no estaba dentro de su repertorio de actuaciones. Buscó noticias que pudieran dar cuenta de lo que había sucedido, pero, previsiblemente, no halló nada.

Otra cosa que no le cerraba era la forma en que James había intentado suicidarse. Tomar pastillas no era algo propio de él. Demasiado pasivo, demasiado poco espectacular. James se dispararía un tiro en la sien o se arrojaría desde un décimo piso. Iba más en concordancia con su forma de ver la vida.

Pero no, tampoco era probable. James no era de los que se suicidaban. O, al menos, no de los que dejaban este mundo en soledad. Si lo hacía, sería luego de dejar un tendal de cadáveres detrás. Tanto en sentido figurativo, como no. De eso, Itzel no tenía dudas.

Cerca de dos o tres días después, mientras se encontraba pensando en estas cuestiones, le llegó el tercer encargo del *Unicornio*.

Para Itzel, fue un alivio, una excusa elegante para alejarse de las desconcertantes palabras de Daphne. El trabajo siempre había sido una pasión para ella, un punto de escape frente a una realidad que muchas veces la superaba. Observó el mensaje y la cifra que prometía por la nueva entrevista: se sorprendió al constatar que era significativamente mayor a las dos anteriores pagas.

—¿Qué rayos? —le dijo a Bip, sorprendida.

Estaba por escribirle a Lévi cuando una segunda ojeada al mensaje le hizo entender: su tercera entrevista debía realizarse en México, en el DF. La paga incluía el pasaje en avión, además de una estadía de cuatro días en un hotel tres estrellas, el Levoiseur. Las instrucciones eran, como siempre, sucintas pero sin lugar a equívocos:

«Ludmila Yáñez. Caso: Nahual. Mapa de Google Maps adjunto.»

10

Por primera vez, Itzel se sintió a disgusto con las peticiones del *Unicornio*. Cuatro días en México le parecía muchísimo, algo inaceptable para las condiciones dadas. No pensaba alejarse tanto tiempo de Joseph. Y además, México, ¿por qué México habiendo tantos casos irresueltos de aparentes fenómenos paranormales en todo Estados Unidos?

Se contactó con Lévi y le explicó la situación. Lévi no pareció muy a gusto con el requerimiento, pero terminó aceptando rebajar la estadía a tres días.

«Es que este caso es muy complejo, me hubiese gustado que usted investigara un poco más a fondo», le escribió Lévi.

«Créame que tres días bastarán para investigar lo que haya que investigar. Llegaré al fondo del asunto y usted quedará satisfecho con el resultado final», trató de convencerlo Itzel.

«El tema, mi estimada, es que no son tres días, sino dos en realidad, porque hay que descontar las horas de viaje.»

«Aun así me las arreglaré, se lo prometo.»

«Está bien. Confiamos en usted, Itzel. Pero cuando logre hablar con la señora Ludmila Yáñez, recordará mis palabras», fueron las conclusiones finales de Lévi.

11

Antes de partir hacia México, Itzel fue al hospital. Hizo prometer a la enfermera que habitualmente cuidaba de Joseph que la llamaría ante cualquier eventualidad.

Pudo ver que la mujer la miraba alarmada, como si intuyera que Itzel estaba a punto de tomar una decisión drástica.

«No se preocupe, viajaré un par de días por motivo de trabajo, volveré enseguida», le prometió.

La enfermera, de origen hondureño, era una de las pocas que le tenía cierta consideración. Los demás integrantes del personal médico cuchicheaban cuando Itzel aparecía en los pasillos. «Esa es la madre de Joseph, la que lo condenó a pasar el resto de su vida como un vegetal», imaginaba que decían. «Y también mató al hermano de Joseph. Iba drogada al volante, ¿lo sabías?»

La enfermera pareció relajarse. Le prometió que la llamaría a su celular si sucedía cualquier cosa. Itzel agradeció sus palabras y se acercó a la cama de Joseph. Besó con suavidad la frente del niño.

«No te abandonaré, hijo. Prometo que estaré aquí hasta el día que te despiertes. Puedo asegurártelo», le susurró.

Ya no derramaba lágrimas. Las derramaría, se había prometido, el día que Joseph abriera los ojos y le dijera de nuevo, después de tanto tiempo, la palabra «mamá».

12

Se alejó del hospital con las piernas flojas, el corazón latiéndole fuerte en el pecho.

En ese momento, un joven paseador de perros pasó a su lado, y uno de los canes le olisqueó las manos.

Eso le hizo pensar en Bip. Lo había dejado al cuidado de una de sus vecinas del piso. Se preguntó si no sería un error dejarlo en manos extrañas. La otra alternativa era llevarlo en el avión, pero suponía demasiado estrés para el pobre gato. Además, en los últimos tiempos no había estado bien de salud. El veterinario había dicho que eran los achaques propios de la edad (ya tenía ocho años), pero Itzel sospechaba que había otro motivo detrás. Quizás el gato extrañaba a Joseph.

Sería una locura llevar el gato a la sala de terapia intensiva, siquiera escondido en el bolso… pero Itzel lo había pensado en más de una ocasión.

13

El viaje en avión fue largo. Itzel pasó gran parte del tiempo pensando. Estaba segura de que había cosas que estaban mal con el *Unicornio*. Pero, exactamente, ¿qué?

No conocía a Lévi, tampoco a su socio, Simmons Britten. De hecho, en los últimos tiempos Itzel estaba convencida de una cosa: que tanto Lévi como Britten eran una misma persona. Un invento del viejo para dar aires de importancia a su revista. Decir «trabajo con un socio» no era lo mismo que decir «estoy completamente solo». El viejo truco de la legitimación por manada, pensó Itzel. Sin embargo, tenía la sensación de que había algo más. Aunque de momento eso se le escapaba.

Pensó también, durante aquel interminable viaje, en su familia. ¿Debía aprovechar el viaje a Ciudad de México para visitarlos? Las reglas de cortesía familiar, nunca declaradas explícitamente, decían que sí, que si iba a estar tan cerca de ellos, debía tomarse unas horas para aunque solo fuese a saludarlos. El problema era que estaba todo mal con su familia.

La relación con su madre, por empezar, estaba deteriorada. Desde aquella visita al hospital de L.A. Francisca no había vuelto a verla. Sus llamadas eran cada vez más esporádicas y cortas. Su padre, por otro lado, parecía cada vez más aislado, y casi no tenía contacto con el mundo exterior. Parecía que nada le importaba, solo él y su religión que seguía practicando en soledad al fondo de la casa.

También estaba Renata, su hermana mayor… Pensar en ella hizo que Itzel se sintiera extraña. Hacía por lo menos cinco años que no la veía. No escuchaba su voz, apenas tenía noticias de ella. Sabía que se había casado y luego divorciado. Su matrimonio había durado apenas seis meses, pero de él había surgido un niño, al que luego dio en adopción. Cuando Itzel se enteró de todo esto, por boca de un antiguo amigo de la familia, fue como si le contaran sobre alguien que viviese en Afganistán, o en Corea. Alguien desconocido, al que nunca había visto y tampoco tendría la ocasión de ver. Supo que a partir de ahí ya no pertenecía a esa familia. Las distancias y el tiempo lo rompen todo. Renata se había convertido en una completa desconocida para Itzel, al igual que su padre y, en menor medida, su madre. ¿Qué sentido tenía regresar?

«Los quiero, chicos», pensó Itzel entonces, con un vago sentimiento de pesar. «Mamá, papá, Renata: los quiero mucho. Pero no iré a visitarlos. Es mejor dejar todo esto atrás. Quizá no vuelva a verlos. Nunca más.»

Pero se equivocaba.

14

Una vez arribada al aeropuerto de México, se dirigió casi sin levantar la vista hacia el Lavoisier. Temía que una oleada de nostalgia la invadiera y le hiciera flaquear. El hotel, de calidad aceptable, quedaba a unas pocas manzanas, que ella hizo a pie, siempre sin clavar la vista en demasiadas cosas en particular. Cuando llegó al hotel, unos minutos después, se encerró en su habitación y se puso a investigar sobre el caso de Ludmila Yáñez.

Era una mujer joven, según había podido ver en su Facebook, más o menos de su misma edad. Vivía en el barrio Roma. No estaba muy en claro qué era lo que le sucedía: a diferencia de Lucille Resposo (y, en menor medida, Patricia Nores), su caso no se especificaba en los medios. De hecho, había muy poca información sobre ella, casi nada. Solo los datos que podían aportarle algunas fotos de Facebook: una mujer morena, de rasgos mestizos, posando junto a un tipo que podía ser su esposo, o con familiares. Al parecer, según los estados que había subido hacía poco, estaba embarazada.

Tampoco había sacado muy en limpio lo del «nahual». Sabía que era un ser mitológico que podía transformarse en algún tipo de animal, pero no conseguía relacionarlo con la situación de Ludmila.

Decidió llamarla por teléfono. Ya era casi mediodía, e Itzel comenzaba a tener hambre. El día afuera era soleado e invitaba a largas caminatas por la ciudad. Cosa que Itzel, se juró a sí misma, de ninguna forma pensaba hacer.

Ludmila la atendió, para su sorpresa, al segundo timbrazo. Era como si hubiera aguardado su llamada con ansiedad. Hablaron brevemente y quedaron en encontrarse en el domicilio de -Ludmila, después del almuerzo.

«No vaya con cruces ni nada de eso», le pidió Ludmila, enigmática.

Faltaban unas dos horas para el encuentro. Itzel, a regañadientes, tuvo que salir de su cuarto por comida. El hotel tenía un servicio de almuerzo, pero sus precios eran exorbitantes. Decidió ir a comer a la Alameda. De chica, su padre la había llevado muchas veces allí, siempre deteniéndose en uno de los innumerables puestos ambulantes para comer algún burrito.

Cierto que podía sucumbir, como había temido anteriormente, a la nostalgia… pero el estómago podía más.

Tomó un autobús que la dejó en el barrio. Apenas bajó del vehículo, los olores entremezclados de los tacos, los burritos de carne, los camotes dulces a las brasas, las tortillas asadas, las enchiladas, las salsas de guacamole, los tamales, todo eso le produjo un hambre que le crujió en lo profundo del estómago.

Se detuvo frente a un puesto de esquites y pidió una porción con abundante mayonesa y queso canasta rallado. Recordaba haber comido en ese mismo puesto hacía mucho, al lado de su padre y sus hermanos. Habían sido días felices. El vendedor, incluso, parecía ser el mismo de antaño… Pero no, era imposible.

Comió su ración sentada en uno de los bancos de la plaza, sin pensar mucho en nada, intentando mantener su mente en blanco. En un determinado momento, algo le llamó la atención: se trataba de un hombre sentado a unos metros de ella, que la observaba. Vestía una chaqueta de cuero y unos pantalones beige de lino. Itzel no llegó a ver sus facciones, porque estaban ocultas bajo un sombrero de ala. Sin embargo, en un momento determinado el hombre giró rápidamente hacia ella, y cuando descubrió que Itzel lo estaba observando, hizo algo muy extraño: se incorporó del asiento y rápidamente se perdió entre la multitud.

Itzel tuvo el impulso de seguirlo, ver hacia dónde se dirigía. Quizás era algún viejo conocido del barrio. Pero notó que ya eran las doce y media, y debía tomarse el autobús rumbo al barrio Roma.

Posteriormente, tuvo mucho tiempo para arrepentirse de esta decisión.

15

Llegó al departamento de Ludmila pasada la una de la tarde.

Ludmila resultó ser una joven simpática y amable, que se deshizo en atenciones hacia Itzel. Vivía en un pequeño apartamento en un edificio estilo monoblock. Las paredes de la casa estaban revestidas con fotos de familiares y amigos. Un perro chihuahueño iba y venía por las habitaciones. El marido de Lud, Javier, se encontraba en su trabajo en una fábrica de montaje de televisores. No regresaría hasta las seis. Hecho que, según Lud, era una gran suerte para ambos:

—No toleraría tu presencia —dijo, con repentina gravedad—. Cree que eres una especie de parapsicóloga, bruja o algo así.

—¿Él no cree en esas cosas?

—Claro que cree. Pero hemos gastado, en los últimos tiempos, demasiado dinero en esa clase de gente, y todos nos han mentido y timado. Javier ya no quiere saber nada con ellos. Cuando le dije que vendrías a visitarnos, desconfió de la entrevista y dijo que todo se trataba un engaño para sacarnos dinero.

—Puedes quedarte tranquila, Lud, porque yo no pretendo leerte la mente ni nada de eso —intentó calmarla Itzel—. Tampoco cobro honorarios de ningún tipo. Quienes me pagan son mis editores, unos tipos que están en Norteamérica y se dedican al negocio de las publicaciones por suscripción. Mi único interés en ti es saber qué es lo que te está ocurriendo, y tratar de reflejarlo de la manera más fiel posible en la redacción final. Así que relájate, puedes confiar en mí.

Al escuchar estas palabras, Ludmila se derrumbó de repente y comenzó a llorar desconsolada.

Toda su fachada de mujer tranquila cayó, y en su lugar aparecieron lágrimas abundantes, de aquellas que han estado demasiado tiempo contenidas detrás de un dique imaginario. Itzel la abrazó y trató de consolarla, pero Lud solo parecía dispuesta a llorar y a llorar.

Solo después de transcurridos unos quince minutos, la mujer logró calmarse. Y entonces contó todo.

CRÓNICAS (III)

EL NAHUAL

–El asunto empezó hace dos años —dijo Lud, ya un poco más tranquila—. Con la mudanza hacia aquel piso.

Lud y Javier en aquel entonces conformaban un matrimonio joven, con la ilusión y el temor de todo matrimonio recién conformado. El alquiler del piso les había costado una pequeña fortuna; en la zona se pedía el pago adelantado por tres meses más las expensas.

Sin embargo, el piso no era la gran cosa: las paredes se descascaraban; el techo estaba cubierto de unas inexplicables y misteriosas manchas rojas; la ubicación del edificio tampoco era la mejor: se alzaba en un lugar iluminado pero demasiado solitario, lejos de las demás viviendas habitadas.

Ya durante la primera noche tuvieron un incidente muy extraño. Lud estaba acostada mirando la tele, Sergio dormía luego de una larga jornada en la fábrica, cuando escuchó un ruido en la cocina. Era un sonido familiar, aunque Lud en un primer momento fue incapaz de identificar. Solo cuando el sonido se repitió, ella logró relacionarlo: era el de una serpiente cascabel. Sabía que aún podían verse algunas de esas serpientes en la zona. Despertó a Sergio y le contó lo que acababa de escuchar. El marido se calzó unas botas e ingresó a la cocina armado con un palo de escoba. Pero, por más que revisó el lugar de arriba abajo, no logró encontrar nada.

—Creo que pensó que había sido un sueño. Pero yo estaba segura de que me encontraba despierta al momento de oír ese ruido. Sin embargo, para no contradecirlo, dejé pasar el asunto.

Desde entonces, cada vez que ingresaba a la cocina, Lud recordaba a la supuesta serpiente y se armaba de valor para abrir cada cajón de la despensa, cada puerta de la alacena. Temía que aquella serpiente le saltara encima y le mordiera el rostro. Sin embargo, la serpiente no volvió a escucharse, y con el correr de los días Lud logró relajarse un poco. Si realmente había sido una serpiente, ya se había ido. Y si el asunto no había sido más que una confusión, mucho mejor.

—Al principio, todo en el matrimonio marchaba bien. Compartíamos muchas cosas y nos extrañábamos un montón cuando él se iba a la fábrica. Empezamos a buscar a nuestro hijo: nos sentíamos con confianza para encarar nuestra etapa como padres. Mi madre decía que estábamos yendo demasiado rápido. Pero yo sabía que no era así, que los tiempos eran los correctos y no había nada de lo que arrepentirse después.

De lo único que no estaba segura, dijo Lud, era del departamento en sí. Demasiado solitario, muy silencioso. Cuando Javier se iba a trabajar, ella se refugiaba en el dormitorio y veía las series de Netflix, cualquiera, una atrás de otra. En muy poco tiempo, se había convertido en una experta en series norteamericanas. Los *Soprano, House of Cards, Games of Thrones, Breaking Bad, Lost, The Wire, Six Feet Under, True Detective*, en fin, las series emblemáticas de los

últimos veinte años. Veía un capítulo detrás de otro, sin parar, hasta que Javier finalmente regresaba. Entonces, Lud se abalanzaba sobre él y hacían el amor.

—Estuvimos así durante un buen tiempo, hasta que Javier empezó a cambiar su comportamiento. Drásticamente.

En el medio, contó, habían pasado varias cosas inexplicables. En una ocasión, ella se levantó en medio de la noche a tomar un vaso de agua. Encendió la lamparilla y notó que la luz era demasiado tenue, como si estuviera a punto de quemarse. Cuando alzó la mirada hacia el foco, vio que al menos una veintena de mariposas negras se había pegado a la lámpara, conformando una suerte de bola alada y crepitante que le arrancó un grito de asco.

En otra ocasión, estaban acostados mirando una peli cuando escucharon pasos en la cocina. Javier, que había quedado muy susceptible luego de un intento de robo sufrido por unos vecinos, había comprado —pese a las objeciones de Lud— una pistola en el mercado negro. Tomó la pistola del cajón de la mesita de luz y se acercó a la cocina. Lud estaba detrás de él, pensando en aquella serpiente e imaginando que aparecería de un momento a otro y mordería los pies desnudos de su marido. Javier encendió la luz y corrió las persianas de la ventana. Entonces fue que vieron, incrédulos, a un perro de pelaje negro, de gran tamaño, que comenzó a ladrar en dirección a la casa.

Parecía absolutamente fuera de sí. Sus ojos brillaban como dos brasas. Su hocico estaba impregnado en una baba blanca, que caía en goterones al suelo. Sus patas delanteras tenían el tamaño de un puño de un adulto. Temiendo que el perro rompiese el vidrio e ingresase al departamento, Lud instó a Javier a volver a cerrar la persiana. Pero Javier se había puesto muy serio. Apretó aún más la empuñadura del revólver y murmuró:

—Pues deja que entre, a ver si se atreve. —Lud le dijo que se había vuelto loco. Horrorizada, se abalanzó sobre la persiana y la cerró de un tirón. —Es un nahual —creyó que murmuraba Javier a sus espaldas. Entonces Lud se dio vuelta y lo miró espantada.

Ella había escuchado, de chica, varias historias sobre aquel mitológico ser, siempre relatado por los viejos más supersticiosos. Escuchar esa palabra de boca de su marido, que se declaraba ateo y rehuía de todo lo que fuese religión, la sobresaltó aún más.

—¿Qué dijiste? —le preguntó, aún incrédula.

Los ojos de su marido parecían velados por un miedo absoluto. Sujetaba el arma de una manera agresiva. Durante una décima de segundo, Lud lo imaginó llevándose esa arma a la sien y disparándose. Repitió la pregunta, esta vez en voz más alta.

Su marido por fin pareció salir de ese trance y pestañeó varias veces.

—¿Qué cosa, amor? —dijo frunciendo el ceño.

—Pregunté qué dijiste.

—Pues no dije nada.

—Sí lo dijiste. Dijiste algo relacionado con el nahual.

—Un… —pero luego Javier no dijo más nada.

Bajó su mirada hacia la pistola; pareció sorprenderse de tenerla empuñada. Se apresuró a guardarla en el cajón de la mesita de luz. Luego, como si nada hubiese ocurrido, se acostó.

—Vamos, amor, ven a la cama, mañana tengo que levantarme temprano —le dijo.

Lud no insistió en el asunto. Estaba asustada y quería olvidar el tema del perro y de los misteriosos pasos con rapidez. Después se arrepintió de haberlo hecho, según contó a Itzel.

—¿El comportamiento de Javier cambió a partir de ese hecho?

—No fue exactamente ahí. Pero estoy convencida de que algo tuvo que ver.

Se volvió más distante, más frío. Ya no la abrazaba por las noches ni le enviaba largos y apasionados mensajes por WhatsApp diciendo que la extrañaba.

En un principio, Lud creyó que algo andaba mal en el trabajo. Trató de sonsacarle alguna información al respecto, pero Javier solo respondía con evasivas. Llegaba de la fábrica, comía la cena y a veces se iba a acostar sin intercambiar más que dos o tres palabras con ella. Continuaban haciendo el amor, pero ya no de la misma apasionada forma de antes, tampoco con la misma frecuencia. Fue por eso que la noticia de su embarazo la tomó por sorpresa. Pensó que Javier reaccionaría frente a esta nueva realidad y volvería a ser el mismo de antes. Nada más lejos que esto: apenas si se inmutó frente al test de embarazo positivo que le mostró Lud, y se negó a acompañarla al ginecólogo.

—No tengo nada que hacer allí, sabes que no me gustan los doctores ni los hospitales; además, es un asunto entre tú y tu médico, hablarán de cosas que yo apenas entiendo —fue su insólita excusa.

Fue inevitable, entonces, que Lud comenzara a creer en la existencia de una amante. ¿Por qué otro motivo Javier cambiaría tanto? Sabía, por boca de una amiga, que en el trabajo le estaba yendo muy bien y estaba considerado para el próximo ascenso. Por ese lado, él no podía quejarse. Tampoco en lo relativo a lo económico o a lo social: se llevaban bien con sus padres, asistían a fiestas, tenían amigos en común que los apreciaban. En su absoluto desconcierto, Lud terminó por convencerse de que la existencia de una tercera en discordia era la única explicación posible. Decidió investigar.

Debía tener ya unos tres meses de embarazo cuando un día siguió a su marido al trabajo, en taxi. Pero no encontró nada que indicara la presunta infidelidad de Javier.

En otra ocasión, le revisó el celular mientras él se bañaba. Nada de otro mundo: mensajes de su madre, de sus compañeros de trabajo, de un amigo que ella conocía de vista. Se sintió bastante mal después de hacer esto. Pero luego, cuando Javier apenas tocó la cena y se fue a dormir sin decirle nada, terminó por enfurecerse. Se acercó a la cama y lo sacudió por los hombros.

—¿Se puede saber qué rayos te pasa? —le espetó.

—Por favor, Lud, mañana tengo que levantarme temprano.

—Es todo lo que sabes decir últimamente. No sé qué rayos te ha pasado. No hablas conmigo, no hablas del bebé. Es como si ambos no te interesáramos en lo absoluto.

—Créeme, Lud: me interesa más de lo que piensas. Si quieres, hablamos otro día. Pero ahora no. Fue un día muy intenso para mí.

—Me prometiste lo mismo la semana pasada. Y nada.

—Toda la semana ha sido intensa. Lo siento, no es algo que yo pueda controlar.

—¿Me dirás alguna vez qué te pasa?

—No me pasa nada. Ahora, por favor, déjame dormir, ¿quieres?

Diálogos así, con mínimas variaciones, se fueron repitiendo a lo largo del tiempo. El rencor de Lud no hacía más que crecer. El silencio de Javier solo acrecentaba sus sospechas de una amante. No tenía ninguna prueba de ello, no había podido agarrarlo con las manos en la masa. Pero estaba convencida de que había alguien que se estaba interponiendo en su matrimonio. Solo que Javier era demasiado sagaz para ocultárselo (o ella demasiado idiota para descubrirlo).

Llegó el cuarto mes de embarazo. Las cosas cada vez estaban peor. Ella sufría de ataques de ansiedad y temía estar haciendo mal al bebé. Pero, por otro lado, no podía evitarlo: descubrir la supuesta infidelidad de Javier se había transformado en una obsesión. Incluso imaginaba a la mujer y la veía en sueños, una *femme fatale* rubia y de aspecto burlón. Las peleas con su marido se hicieron más frecuentes, más salvajes. Javier incluso amenazó cierta noche con golpearle el estómago y «hacerle sangrar hasta perder al bebé».

Todo estaba mal entre ellos dos, en el matrimonio, en aquel departamento. Entrar a él era como respirar en una densa y ponzoñosa neblina. Una noche, Lud creyó que una voz cascada y seductora la llamaba desde la cocina. A la noche siguiente, el ruido de la serpiente cascabel regresó. Estaba segura de que Javier lo había escuchado, pero actuó como si nada y se rebujó en sus sábanas para seguir durmiendo.

—Luego de eso, hice algo de lo cual me avergüenzo profundamente. Me gustaría que esta parte no salga en la entrevista, señorita Itzel. Por favor. O de lo contrario arruinaría mi vida.

—¿Está segura entonces de querer contármelo?

—Sí. Pero solo como una confidencia. El asunto es que me guardé esto durante casi dos años, no se lo he dicho a nadie desde entonces, pero ya no puedo más.

—Está bien, la escucho —dijo Itzel, apagando la grabadora.

Todo sucedió, según Lud, un fin de semana en el cual Javier se ausentó sin aviso. Ni su madre ni sus hermanos sabían dónde se encontraba. Las llamadas al celular solo daban con el contestador, lo que quería decir que estaba apagado. La suegra de Lud entró en pánico y pensó que a su hijo lo habían secuestrado. Intentó realizar una denuncia, pero Lud sabía muy bien dónde se encontraba. Estaba con su puta, con su amante. Lo sabía. Observó los muebles del departamento, viejos y comprados en una casa de empeños, y tuvo un incontenible ataque de furia. Destrozó los vasos de la alacena, los platos, el televisor del living. Fue al baño y dio un puñetazo al espejo, que se rompió en mil fragmentos tintineantes. Lloraba y reía a la vez.

—Maldito hijo de perra, me las pagarás —se repetía una y otra vez.

Su reacción le era por completo desconocida. Era como si alguien la manejara con hilos invisibles desde algún lugar, tironeándole las fibras más sensibles de su alma. Ella no era celosa, ella no era vengativa; sin embargo, ese sábado se sentía capaz de hacer las cosas más extremas por celos y venganza. Se puso un vestido escotado y unos tacos altos. Vio que la panza se le abultaba debajo del vestido y entonces se lo sacó y envolvió el vientre con una faja bien apretada, demasiado apretada. Volvió a colocarse el vestido y se miró frente al espejo del living: su estómago volvía a ser plano como antes, ya no había rastros de ese ser que Javier había dejado en su interior. Lud volvió a sentirse atractiva por primera vez en mucho tiempo. Pasó un rato más frente al espejo, maquillándose, y luego se dirigió hacia la puerta de salida. Al pasar por la cocina, vio que algo húmedo se removía debajo de la alacena. Se detuvo y miró. Alcanzó a ver la cabeza de una enorme serpiente, de lanceolados ojos verdes que brillaban en la oscuridad.

Lud y la serpiente se miraron durante un largo, largo tiempo. Luego, Lud pestañeó y de repente la serpiente ya no estaba ahí: en su lugar, había un trapo de fregar retorcido sobre el suelo.

—Vete a la mierda —le espetó—. ¡Vete a la maldita mierda!

Salió dando un portazo. Tomó el primer taxi que encontró y le ordenó que la llevara a un bar, a cualquiera. Terminó en una cantina de mala muerte, a unos pasos de una gasolinera

abandonada.

Lud apenas era consciente de sus pensamientos cuando entró al antro. Ni siquiera sabía lo que iba a hacer a continuación, obraba como siguiendo un oscuro impulso.

Se sentó en uno de los taburetes y pidió una cerveza bien helada. No pasaron ni dos minutos cuando un hombre se acercó y la invitó con un trago. Lud nunca vio su rostro, apenas si levantó la cabeza para comprobar que estaba vestido con unos pantalones oscuros, camisa blanca y pañuelo rojo al cuello. Pensando en Javier, en su comportamiento misterioso y terco de los últimos meses y (sobre todo) su desaparición del fin de semana con aquella amante a la cual le había puesto rostro y cuerpo en su imaginación, Lud aceptó. Tampoco supo de lo que el hombre le habló: ella se limitaba a sostener su trago y a sonreír distraídamente. Quizás el tipo le estaba contando que pensaba poner una bomba en el aeropuerto de México, y ella hubiese ignorado por completo sus dichos. Cuando el tipo intentó besarla, ella no opuso resistencia, pero tampoco le correspondió el beso. Fue una señal por completo ambigua, que no obstante el tipo interpretó como un sí rotundo. Quizás en ese entonces ella se encontraba borracha. Intentó pararse de la silla, pero solo consiguió caer en brazos de él. En ese punto, se dio cuenta de que estaba a solo un pelo de cometer una estupidez. Aún no era tarde para retroceder. Aún estaba a tiempo de recuperar su matrimonio. Intentó farfullar alguna excusa, pero el tipo o bien no le entendió o fingió no hacerlo. A rastras, la condujo hacia una habitación al fondo del bar, mientras Lud se debatía y le pedía que la dejase en paz. El tipo era muy fuerte, los golpes que Lud le dio en el cuello y en el pecho no parecieron hacer mella en él. La arrojó sobre una cama y cerró la puerta detrás de sí. En ese punto, gran parte de la borrachera de Lud se había disipado y gritaba a viva voz por ayuda. Nadie acudió a sus gritos. El tipo, increíblemente, sonreía. Quizá creía que todo era un juego. O, lo más probable, pretendía creer que lo era. Con una fuerza absurda, incontenible, la dio vuelta sobre la cama, le bajó la falda y la violó. Luego, consumado el atroz acto, volvió a subirle la falda y la condujo hacia afuera del cuarto. En un gesto de repentina y desconcertante amabilidad, le ofreció un cigarrillo. Lud aprovechó que el tipo se distrajo buscando fuego para dar media vuelta y correr. Atravesó el bar y escuchó varias risotadas provenientes desde las mesas de los rincones. Salió del bar y corrió en cualquier dirección, creyendo que el tipo del pañuelo rojo la seguía. Finalmente, cerca de la estación de trenes, se detuvo y vomitó sobre la acera. Unos chicos sentados en un porche se rieron de ella. Lud recordó las risas del bar y se echó a llorar. Por segunda vez en la noche, y pese a que aquella parte de la ciudad estaba bastante concurrida, nadie acudió en su ayuda.

Por algún motivo pensó en la serpiente. Pensó que debía encontrarla y matarla. Ella era la que había ocasionado todos los males de los últimos tiempos. Algo maligno se había adueñado de la casa, de su matrimonio, de su vida. También de Javier. Estaba a punto de perderlo. De repente, una sensación de pánico la embargó. Sintió la urgente necesidad de regresar al departamento. Intentó parar un taxi, pero estaban todos ocupados o parecían no verla. Finalmente, decidió regresar caminando. Había logrado orientarse un poco y creía saber hacia dónde se encontraba. Anduvo durante unas dos horas, sin parar y bajo una noche que había refrescado mucho. Solo tenía puesto el delgado vestido, además de los tacos (que se sacó a la media hora de caminata). En algún punto del trayecto, sintió un dolor agudo en el estómago que la dobló en dos; se detuvo durante unos segundos para recuperar el aire, y luego siguió caminando. Tenía que encontrar a la serpiente, pensaba. Tenía que hacerlo antes de que

terminara por destruir su vida.

Debía estar a unos seis kilómetros del departamento cuando volvió a sentir aquellos retorcijones. Esta vez no pudo continuar. Lud terminó tendida en la calle, aferrándose el bajo vientre y gruñendo de dolor.

Un matrimonio que pasaba por el lugar llamó a la ambulancia. Lud terminó internada en el hospital: había tenido pérdidas y el feto se encontraba en condiciones delicadas. Cuando abrió los ojos, la mañana del siguiente lunes, Javier se encontraba al lado de ella. Parecía haber estado llorando.

—Quiero que empecemos de nuevo —le dijo su marido—. Por favor, quiero que me perdones y empecemos otra vez. Seamos un matrimonio feliz y tranquilo, como antes.

Ella aceptó. Pero ya nada volvería a ser igual.

Ambos guardaban un secreto, ambos creían adivinárselos mutuamente, y aun así no se atrevían a preguntar nada. Pasaron la siguiente semana en una especie de alto el fuego, en donde evitaron hablar del último fin de semana. Pero, aun así, el tema estaba presente en cada silencio, en cada mirada solapada que intercambiaban en las habitaciones de la casa. Lud no tenía dudas de que su marido le había sido infiel, y Javier, de que ella había salido sola en la noche y podía haber hecho cualquier cosa. El bebé, mientras tanto, parecía estar recuperándose. El médico le había dicho que probablemente nacería prematuro. Le aconsejó a la madre absoluto reposo durante las siguientes semanas. Y nada de estrés o situaciones angustiantes.

—Pero dos semanas después viví la noche más aterradora de mi vida.

Para ese entonces, Javier había vuelto a sus andanzas. Alegaba que en la fábrica lo obligaban a hacer horas extras y regresaba tarde, cada vez más tarde. La noche en que todo sucedió, Lud se encontraba sola en el departamento. *Sabía* que algo iba a suceder. Se encerró en su habitación y se prometió a sí misma que no volvería a salir hasta el inicio del día. A eso de las doce y media de la noche todavía no había rastros de Javier. Lo llamó y le envió mensajes, pero su celular se había apagado otra vez. En algún punto de la noche, se durmió y soñó con una misteriosa y enorme puerta negra, de la cual salían criaturas horripilantes.

—¿Una puerta negra? —la interrumpió Itzel en este punto del relato.

—Sí, lo recuerdo muy bien. ¿Por qué? ¿Es un detalle importante?

—No. No lo creo.

—Pareces de repente asustada.

—No lo estoy. Por favor, continúa con el relato.

Ajena a los verdaderos sentimientos de Itzel, Lud siguió con el relato.

—Cuando me desperté, un ruido de inmediato me llamó la atención. Provenía de la cocina.

Lud bajó el volumen del televisor (había estado mirando *Cars* antes de dormirse, de eso no se olvidaría nunca) y escuchó. Casi se había olvidado de respirar. Al cabo de un tiempo, el ruido se repitió. Esta vez acompañado por algo que le puso la piel de gallina: el ruido de un cascabeleo. La serpiente había vuelto.

—Vete —murmuró entre dientes Lud, sujetándose por instinto el estómago abultado—. Vete de aquí, maldita.

La serpiente parecía arrastrarse en dirección a la puerta cerrada del dormitorio. El ruido del cascabeleo se intensificaba más y más. Lud observó intranquila la luz que había entre el piso y la parte inferior de la puerta: era lo suficientemente grande como para que una serpiente pudiese

pasar a través de ella.

Estaba a punto de levantarse, decidida a colocar algún obstáculo debajo de la puerta (algo tan endeble como una almohada, reconocería avergonzada tiempo después), cuando unos golpes la sobresaltaron. *Golpes a la puerta misma*. Había alguien del otro lado. Alguien que no era la serpiente. O quizá lo era, solo que se había… transformado.

—Fue en ese entonces que recordé las palabras que pronunció Javier aquella noche donde ocurrió lo del perro. «Es un nahual», había dicho. Los nahuales son espíritus que pueden transformarse en animales y viceversa. Una serpiente no podría golpear a la puerta. Pero un espíritu sí.

—¿Estás diciendo que una joven inteligente como tú, de educación avanzada, cree en los fantasmas? —no pudo evitar preguntar Itzel.

—Después de lo que vi esa noche, al abrirse la puerta, puedo creer en cualquier cosa. Incluso en dragones y unicornios.

—¿Qué viste?

—Vi… —dijo Lud, tragando saliva y rememorando.

El cuerpo de Lud temblaba entero. Un sudor frío, tan frío como el hielo, le recorría la espalda y le provocaba náuseas. Estaba segura que todo aquello era un sueño. Sin embargo, ¿por qué no podía despertar?

La puerta se terminó por abrir.

Del otro lado de la puerta irrumpió algo que hizo que Lud se hiciera pis sobre la cama. Profirió un grito y se acurrucó contra la cabecera. Se trataba de una horrible anciana, vestida de negro, que se deslizaba sobre una silla de ruedas. La mujer tenía un velo negro sobre el rostro, que le ocultaba los rasgos. Pero algo brillaba detrás: algo parecido a dos ojos de color plata.

Sobre su falda traía un bulto envuelto en una manta de lana.

Lud se acurrucó aún más contra el respaldo de la cama, llorando. Le gritó que se fuera, que diera media vuelta y regresara por donde había venido. Pero la anciana no pareció escucharla: siguió avanzando en su silla de ruedas, imperturbable. Lud pudo escuchar claramente cómo los ejes oxidados chillaban. Pensó que era demasiado real para ser un sueño.

La anciana se detuvo a su lado, al costado de la cama. Sin decir una palabra, estiró uno de sus brazos esqueléticos y comenzó a alzar el velo.

Lud pensó que no debía mirarla. Tuvo la certeza de que si lo hacía enloquecería sin remedio. Pero, aun así, miró. Miró y por un momento creyó de verdad enloquecer, porque aquella mujer no tenía rostro, en su lugar solo había un hueco negro, y en el medio del hueco dos círculos plateados en lugar de los ojos.

Con movimientos lentos, casi pesadillescos, la anciana depositó el bulto sobre la cama, a un palmo de distancia de los muslos de Lud. Luego giró sobre su silla, y los ejes de las ruedas chillaron. De algún lugar de su cuerpo manó un olor a podrido, tan intenso que provocó arcadas a Lud. La anciana comenzó a marcharse. Por un momento, Lud creyó ver que la piel de las manos de la anciana ondulaba, cambiaba de color al café o marrón, se convertía en la piel escamada de una serpiente de cascabel. Luego, antes de que tuviera tiempo a convertirse del todo, la anciana desapareció por la puerta.

Lud quedó temblando sobre la cama, llorando en silencio, esperando que la anciana de la silla de ruedas volviera de un momento a otro. Esperó durante una media hora, rígida en su

posición contra el respaldo, las piernas encogidas para evitar tocar el bulto que la anciana había dejado sobre la cama. Si volvía a escuchar el quejido de los ejes de las ruedas, pensaba, sin dudas enloquecería. Pero transcurrieron los minutos y no volvió a escucharse nada. Tampoco el cascabeleo de la serpiente.

Su atención se concentró, a medida que fue pasando el tiempo y comenzó a resultar evidente que la anciana no regresaría, en el bulto sobre la cama.

Debía tener unos quince centímetros de largo. No se movía, aunque eso no quería decir que debajo no hubiese algo vivo. Quizás era una serpiente, pensó con horror. Quién sabe cuánto tiempo estuvo contemplando aquel bulto, acuclillada sobre su cama, vestida apenas con una camiseta y unas bragas viejas, mientras afuera transcurría la noche con lentitud. Durante unos instantes pensó en esperar a Javier, contarle todo lo sucedido y dejar que él se encargara del bulto. Pero de inmediato desechó el pensamiento: aquel bulto era para ella, no debía dejar que Javier interviniera en el asunto.

Así que, luego de dudar y de temblar durante unos instantes más, tomó el bulto con ambas manos y lo abrió.

—Era un feto —dijo Lud con voz temblorosa—. De cuatro o cinco meses. Era mi bebé. Quedé sobre la cama, llorando y llorando, hasta quedar dormida. Cuando desperté, Javier dormía a mi lado, y el feto ya no estaba. Lo busqué por todos lados, pero había desaparecido.

Dos días después de esa horrible noche, Lud volvió a sentir retorcijones y perdió el embarazo. El médico sacó al feto muerto de su interior. Lud supo que la anciana-serpiente se lo había arrebatado. Quedó destruida, presa de una honda depresión. Durante varios meses pensó en matarse. Si no lo hizo, fue por Javier.

—Él cambió rotundamente a partir de la pérdida del bebé. Se volvió el marido cariñoso y atento que había sido cuando lo conocí. No volví a escuchar el cascabeleo de la serpiente, y estoy segura de que una cosa tuvo que ver con la otra. Con el tiempo, llegué a perdonarlo. Volvimos a armar nuestro matrimonio con mucha paciencia, como alguien que se toma el trabajo de unir los pedazos de un jarrón que considera valioso. Viajamos, volvimos a conocernos, a formar un diálogo. Ninguno de nosotros habló de sus aventuras, tampoco nos preguntamos nada sobre ellas. Simplemente lo dejamos estar. Pensamos que las cosas se arreglarían con el tiempo.

—¿Y lo lograron?

—Por un momento, sí. —En los ojos de Lud había dolor. Dolor y mucho miedo—. Pero entonces, ocurrió algo.

—¿Quedaste embarazada?

Lud asintió, los ojos de repente anegados en lágrimas.

—Fue ahí que la serpiente volvió —dijo—. La escuchamos por las noches, casi siempre después de la una de la madrugada. Lo bueno es que ahora estamos mejor preparados y evitamos pelearnos, estamos muy unidos con Javier. Pero tengo miedo, señorita Itzel. Tengo miedo de que aquella mujer en sillas de ruedas vuelva a arrebatarme a mi bebé. Por eso es que contratamos infinidad de sacerdotes, parapsicólogos y sanadores. Todos nos han cobrado dinero, pero ninguno ha podido sacar a la serpiente de mi casa. Estamos desesperados. Pensamos en mudarnos de aquí, pero tenemos problemas financieros y no estamos en condiciones de afrontar semejante gasto. Ya estoy en el cuarto mes, y la presencia se hace cada vez más fuerte… Hace tres noches escuché que golpeaban a la puerta. Exactamente como sucedió dos años atrás. Una

bruja sugirió a mi madre retirar todos los crucifijos de la casa. «Los objetos religiosos no los protegerán, a menos que estén bendecidos por alguien poderoso como un papa. Y solo hace que la entidad que se ha posesionado del lugar se enfurezca aún más», nos dijo. Fue por eso que le advertí a usted de no entrar con crucifijos a mi vivienda. La bruja también nos sugirió rezar, todas las noches, los salmos 23 y 91 de la Biblia. Con Javier lo hemos venido haciendo. ¿Qué otra cosa podemos perder? Rezar un salmo solo lleva dos o tres minutos. Y hasta ahora parece haber funcionado, porque la anciana de silla de ruedas aún no se me ha presentado. Aunque vivo temiendo ese momento. Ya casi no puedo dormir. ¿Sugiere usted alguna cosa, señorita Itzel?

—Como le aclaré anteriormente, solo soy una periodista, Lud —dijo Itzel, cautelosa—. No tengo poderes espirituales de ningún tipo. No soy médium, ni parapsicóloga ni bruja. Lo siento.

—Oh. —Se la notaba decepcionada—. ¿Eso quiere decir que… —Miró su reloj y pareció sobresaltarse—. Javier volverá en cualquier momento. Creo que será mejor que se marche, Itzel. Mañana si quiere puede volver a visitarme. ¿O acaso ya se marcha hacia Estados Unidos?

—Me quedaré un día más. Y sí, claro que me gustaría volver. El caso es realmente muy interesante. Me ha dejado… shockeada.

—A todos les pasa. ¿De verdad promete volver a visitarme? Me siento muy sola por las tardes, ¿sabe?

—Lo prometo —dijo Itzel, tomándola intempestivamente (y sin saber muy bien por qué) de la mano—. Mañana a la misma hora, no se preocupe. Hasta pronto, Lud, y mucha suerte.

16

Eran más de las seis cuando Itzel salió del humilde apartamento de Lud. Estaba atardeciendo y empezaba a hacer frío.

Muchas cosas daban vuelta por la mente de la joven: desde el desesperado pedido de ayuda de Lud (que Itzel intuía no podría otorgar) hasta la mención de aquella misteriosa puerta negra.

Itzel recordó que, inmediatamente después de escuchar por boca de Lud esas palabras, ella se había sentido horrorizada. Un sudor había corrido por su espalda, como si la acariciara el dedo de un muerto. Aunque había tratado de disimular.

¿Qué rayos había sido eso? Itzel tenía la sensación de que había un significado oculto detrás de esa «puerta negra», algo que quizás ella conocía pero que por algún motivo había decidido olvidar.

De hecho, recordó que en la casa de Long Beach *existía* una puerta negra, la que daba al altillo. Alexander había pasado mucho tiempo jugando allí, revolviendo cajas cubiertas de polvo. ¿Acaso una lejana asociación le había despertado sentimientos encontrados?

Pensando en todo esto, recorrió un par de manzanas a pie, cargando con el estuche de su vieja *laptop*, con la *laptop* y el grabador de mano dentro. Su sombra sobre la acera se alargaba hasta límites surrealistas.

Echó un vistazo alrededor. Pensó que Ludmila tenía razón con respecto a lo del barrio: era muy luminoso, pero había muchos departamentos vacíos que creaban una sensación de abandono. A dos o tres manzanas de allí, Itzel encontró una plazoleta, donde casi sin darse cuenta se sentó sobre un columpio.

Necesitaba pensar, ordenar sus pensamientos. ¿Dónde había escuchado antes lo de la puerta negra? ¿Por qué de repente se encontraba tan angustiada respecto a ese asunto?

Recogió un puñado de arena y jugó durante un momento con ella, pasándose los gruesos granos de una mano a la otra. Al cabo de un rato, recordó que su madre siempre le advertía sobre la arena de las plazas, le decía que tenían los gérmenes y las bacterias de las cagadas de perros y orines de niños. Itzel de inmediato dejó caer el puñado.

«La puerta negra», pensó Itzel. «¿Qué diablos significaría eso?»

También había otra cosa. Algo relacionado con lo de la anciana en silla de ruedas. ¿Acaso Lucille Rasposo no había mencionado algo así durante la entrevista del mes anterior?

Estaba pensando en todas estas cuestiones, absorta, cuando de repente se percató de que había olvidado (en un descuido imperdonable para una periodista de escasos recursos como ella) su libreta de anotaciones en el departamento de Lud. Así que regresó sobre sus pasos y llamó a la puerta.

Nadie la atendió. Las sombras se habían adueñado de aquella parte de la ciudad. Un viento frío corría a través de los ángulos de los edificios. Itzel estaba por repetir el llamado cuando escuchó, desde el interior del edificio, un estrépito de cosas cayendo. Parecían platos de vidrio

que acababan de romperse contra el suelo. Itzel se dirigió a una ventana y espió hacia adentro.

Se quedó inmóvil por el espanto.

Una sensación de angustia la recorrió de pies a cabeza.

«No puede ser», pensó Itzel, con el corazón de repente acelerado.

A la mente de Itzel llegó aquel puñetazo que le propinó James la noche en que la acusó de haber comido el dedo de su propio hijo.

Volvió a mirar, como para cerciorarse de que no estaba alucinando. Pero no: en el interior del apartamento, Lud estaba luchando con un hombre. Ambos habían caído al suelo y se arrojaban manotazos y patadas. La lucha era feroz y silenciosa. La cara de Lud, como una máscara, estaba cubierta de sangre.

«Javier», pensó Itzel sin motivo alguno. «Ese hombre es Javier. Acaba de llegar del trabajo, y ahora decidió dedicarse a moler a palos a su propia esposa.»

17

Volvió a recordar el puñetazo de James. En ese entonces ella se había quedado congelada, sin capacidad de reacción. Pero desde entonces se había jurado que no volvería a ocurrir. Ni con Itzel ni con ninguna otra mujer cercana a ella.

Tenía que hacer algo. No podía quedarse allí inmóvil mientras a Lud la mataban a golpes. Podría llamar a la policía, pero quizá llegaría demasiado tarde. Así que Itzel se acercó a la ventana y la golpeó con violencia, varias veces, hasta que le dolieron los nudillos. Gritó: «¡Hey, qué haces!», pero increíblemente, ni Lud ni Javier parecieron escucharla.

Ambos se encontraban trenzados en una lucha desigual en el living, Javier a horcajadas de Lud, intentando llegar a su cuello. La chica se defendía y giraba el cuerpo de un lado a otro, pero era evidente que muy pronto perdería la batalla.

Itzel golpeó el vidrio varias veces más, desesperada, hasta que se dio cuenta de que ninguno de los dos la escucharía. Entonces se dirigió a la puerta de entrada e intentó abrirla. Estaba cerrada. Del otro lado se seguían escuchando los ruidos de la lucha: gruñidos, golpes, muebles que se corrían de lugar y cosas que se caían. Itzel comenzó a desesperarse. Golpeó la puerta, le arrojó una patada. La puerta no se movió.

—¡Aguanta, Lud, ahí voy! —gritó.

Miró en derredor, en busca de ayuda. El lugar estaba desierto. Ni siquiera pasaban coches por la calle. Las luces de las farolas iluminaban el parque y le conferían un aspecto de total abandono. Entonces Itzel tuvo una certeza: la ayuda no aparecía hasta que, para bien o para mal, todo hubiese terminado.

Sin que se le ocurriera otra cosa, se dio vuelta para seguir aporreando la puerta. No parecía de muy buena calidad y quizá los goznes cederían luego de unas cuantas patadas. Estaba por arrojar un nuevo golpe, tomando carrera para otorgarle un mayor poder, cuando vio, por el rabillo del ojo, que una sombra aparecía a su derecha. Miró en esa dirección.

Su aliento de repente se entrecortó.

«Oh, Dios, y ahora qué», pensó aterrada.

De nuevo, pensó que las cosas se estaban dando de tal manera que parecían organizadas por una improbable fuerza diabólica. Porque allí, parado sobre el jardín, a unos cuatro o cinco pasos de ella, había un perro enorme, de pelaje negro. La miraba fijamente. Su hocico se había contraído y dejaba a la vista unos dientes blancos y afilados. Su garganta emitía un gruñido bajo, apenas perceptible, lo que significaba que el perro pensaba atacar de verdad.

¿De dónde había salido ese perro? Ni siquiera tenía collar. Y era grande, aterradoramente grande… casi tanto como un lobo.

«El perro de Lud», pensó Itzel automáticamente. «Es el perro que ella vio aquella noche, y que Javier aseguró era un nahual.»

Pero no, era imposible.

Lo de Lud era solo una fantasía. Los nahuales no existían, solo eran leyendas de viejas. Aquel perro debía haberse escapado de algún lado. Itzel no podía permitir que el delirio de sus entrevistados se colara en su propia vida. Podía ser muy peligroso.

Itzel retrocedió lentamente. Miró en derredor, buscando algún objeto con el cual defenderse del perro. Vio un rastrillo con mango de madera, pero se encontraba a unos tres o cuatro pasos de distancia, recostado contra la pared. Volvió a observar al perro.

—Tranquilo —le dijo—. Tranquilo, sshhh.

Los torpes intentos de calmar al animal no dieron resultados. Por el contrario, parecieron enfurecerlo aún más. Itzel volvió a observar el rastrillo, de reojo. Podía alcanzarlo si corría hacia él y se estiraba. Pero ¿y si el perro llegaba primero?

Estaba considerando estos detalles, haciendo cálculos en su mente, cuando el perro dio un gañido y se echó sobre ella.

Itzel, que había estado esperando el ataque, se echó hacia atrás y logró que el perro pasara de largo. El problema fue que su talón resbaló sobre el polvo del patio y perdió equilibrio. El perro, mientras tanto, patinaba sobre la tierra y trataba de darse vuelta para emprender un nuevo ataque. Sus uñas dejaban un surco en la tierra, levantando una estela de polvo. Itzel observó desesperada a su alrededor. Supo que, si nadie o casi nadie había pasado en los alrededores en la última hora, difícilmente pudiera pasar en ese momento y salvarla. Tampoco podía esperar nada de Lud y su marido, ya que estaban enfrascados en su propia contienda. Comprendió, con horror, que estaba sola. Sola frente a ese perro que parecía haber salido de ningún lado y tenía intenciones de morderla y hacerle todo el daño posible.

«¿Y por qué rayos me he quedado aquí, en vez de regresar al hotel?», pensó con súbita amargura.

Pero era tarde para lamentaciones. El perro había ganado la lucha contra la inercia y estaba listo para otro ataque. Su baba goteaba sobre el suelo y dejaba pequeños círculos del tamaño de monedas.

Itzel regresó su atención al rastrillo. Ahora, debido a la maniobra de evasión realizada segundos atrás, ella se encontraba más cerca de él. Extendió un brazo, a ciegas, y dio un manotazo hacia el mango. Pero falló.

El perro volvió a la carga.

Dice Itzel que, de no ser por el estuche de la *laptop*, que usó a modo de escudo, el perro sin dudas le hubiese arrancado un pedazo de brazo. Tenía fuerza y era pesado, tanto que logró derribarla en el empellón. La *laptop* se partió en dos, e Itzel cayó de espaldas.

El perro, con escalofriante decisión, se arrojó sobre ella y le buscó la garganta. Esta vez Itzel usó los brazos para defenderse y sintió que los dientes del perro penetraban la piel de sus antebrazos y la desgarraban. La mujer gritó de dolor.

El perro, enardecido por la sangre, rodeó a Itzel en busca de un punto débil por el cual atacar. La mujer tomó el rastrillo con ambas manos y lo empuñó como si fuese una pica. En ese momento, el perro saltó. Su estómago se incrustó en los dientes del rastrillo y soltó un gañido. Itzel volvió a caer de espaldas, esta vez con el perro ensartado encima. Y ni siquiera en sus últimos segundos de vida el enfurecido animal intentó dejar de morderla.

Itzel terminó lastimada en ambas manos, en las muñecas y en los antebrazos. Finalmente, el perro lanzó una última dentellada, sus patas traseras excavaron la tierra y luego su cuerpo quedó

laxo.

Itzel se quitó el perro de encima y se incorporó. Estaba llorando. Pensó que se desmayaría. No podía creer lo que acababa de suceder. ¡Un maldito perro, del tamaño de un lobo, había intentado matarla!

Le dolía todo el cuerpo. Quizá debería ir al hospital, pensó con amargura. No quería observarse las manos heridas, porque sabía que el perro le había hecho mucho daño. Sin dudas la coserían y quizás intentarían dejarla internada. Pero Itzel se opondría con todas sus fuerzas, ya que no podía permitirse perder el tiempo en un hospital. No estando Joseph a miles de kilómetros de distancia.

Sin embargo, aún no podía marcharse. El recuerdo de Lud la obligó a hacer un último esfuerzo. Volvió a acercarse a la ventana y miró hacia el interior del apartamento. No había nadie allí. La casa estaba en silencio, totalmente quieta. Lejos de tranquilizarla, eso le provocó un ominoso escalofrío.

«Dios mío, ya es demasiado tarde», pensó.

Estaba por volver a golpear la puerta cuando un grito a sus espadas la paralizó:

—¡¿Qué has hecho, hija de puta?!

18

Itzel no podía creerlo. ¿Qué nuevo contratiempo le esperaba ahora? Se dio vuelta hacia la voz, sabiendo que le aguardarían nuevos problemas.

Y apenas vio a esa mujer de grandes ruleros envuelta en una bata que había conocido mejores días, supo que no se equivocaba. La mujer tenía una correa rosa en la mano. Chillaba y la señalaba, al tiempo que farfullaba algo sobre un llamado urgente a la policía.

—No entiendo —dijo Itzel, impaciente—. Señora, no estoy entendiendo nada de lo que dice.

—Voy a llamar a la policía. ¡Lo juro!

—Señora, escuche. ¿Conoce a la mujer que vive aquí? Creo que pudo haber ocurrido un asesinato. Es necesario que…

—¡Usted mató a mi Benito, hija de puta!

Itzel se detuvo al escuchar esto. Miró a la mujer, creyendo comprender.

—¿Benito?

—¡Mi perro, sí! ¡Lo ha matado! ¡Le ha clavado ese jodido rastrillo!

Señaló hacia el rastrillo, que Itzel, sin darse cuenta, aún sujetaba.

—¿Su perro? —Itzel de repente había encajado las anteriores palabras. Sintió que algo parecido a la indignación surgía de alguna parte de su pecho. Dejó caer el rastrillo sobre el césped—. ¿Quiere decir que esa bestia es su perro? ¿De verdad?

—¿Benito? —dijo la mujer, confundida—. ¿A quién está llamado bestia?

—¡A su perro! ¡Por si no lo sabía, acaba de atacarme, me mordió por todo el cuerpo!

—Es imposible.

—¡Créame que es totalmente posible! ¡Por eso es que tuve que matarlo! ¡Esa cosa debería estar con correa!

—Es imposible —repitió la mujer, ahora reflexiva. Pareció recordar algo y de repente alzó la voz, furibunda—: ¡Mi Benito es un chihuahua inofensivo, maldita loca de mierda!

—¿Un chihuahua? —Rió incrédula Itzel—. ¿De verdad? ¿Llama usted chihuahua a…?

Y se dio vuelta para señalar al perro muerto. Aunque de inmediato quedó inmóvil, con la palabra a medio decir en su boca.

Porque, en lugar de un enorme y terrorífico perro negro, Itzel se encontraba señalando la minúscula figura de un perro chihuahua, de pelaje color canela, tumbado inerte sobre el césped.

19

El cerebro de Itzel estaba a punto de explotar. ¡No podía ser! El perro que la había atacado era enorme, casi del tamaño de un lobo, y su pelaje era negro. ¿Dónde estaba ahora?

—Llamaré a la policía —repitió la mujer de los ruleros—. ¡Ahora mismo!

—¿Itzel? —intervino una tercera voz—. ¿Sucede algo malo, Itzel?

Era Lud. Estaba parada bajo el umbral de la puerta, mirando la escena con ojos desorbitados.

—¡Lud! ¿Estás bien? ¿Dónde está Javier?

—Él… —Observó a Itzel con repentina cautela—. ¿Estás bien? ¿Qué te sucede?

—Tuve un altercado… con un perro. Pero creo que ya se fue.

—¿Conoces a esta mujer, Lud? —La mujer regordeta se había acercado y miraba a las otras dos con desconfianza. Aún tenía la correa rosa en su mano—. ¿Conoces a esta maldita loca?

—La conocí hoy, Vane. Es una periodista. ¿Alguien me puede decir qué es lo que está ocurriendo?

—¡Pues que tu amiga la periodista asesinó a mi perro! ¡Con ese rastrillo!

Señaló al chihuahua tendido sobre el césped. El perro tenía dos pequeños orificios en su abdomen, de los cuales brotaban hilillos de sangre.

—Lud, te juro por Dios que no sé qué es lo que acaba de ocurrir. Yo vi a un perro negro que me atacó. Me hirió en los brazos…

Itzel alzó los brazos para mostrar las mordidas del perro. Las tres mujeres se quedaron contemplando, azoradas, los minúsculos raspones que marcaban la piel del brazo de Itzel.

—La periodista está loca. ¿Lo comprendes, Lud? Tendré que llamar a la policía.

—No entiendo —dijo Itzel—. Estoy segura de que… —Miró a Lud, que a su vez la miraba de brazos cruzados, con el ceño fruncido—. ¿Tú estás bien?

—Yo sí, perfectamente. Pero, Itzel, ¿qué es lo que acabas de hacer? ¿Qué hacías aquí? Dijiste que regresarías al hotel.

—Es difícil de explicar. Ahora, escúchame, Lud. —Bajó la voz para que la mujer regordeta no la escuchara—. ¿Qué rayos es lo que acaba de pasar ahí dentro? Te vi, Lud. Estabas… estabas peleando con tu marido.

Ahora, la expresión de Lud era de sincera alarma. Miraba a Itzel exactamente como la miraba la mujer regordeta. Dio un par de pasos hacia atrás, como intentando escudarse tras la puerta.

—Yo… no entiendo.

—¡Maldición, Lud, los vi por la ventana! ¡Tu marido te estaba golpeando, intentaba ahorcarte!

—Estás loca, ¿verdad? Vanesa tiene razón. Estás viendo cosas, Itzel. Mi marido todavía no regresó. Estoy sola en la casa.

—No es posible…

—Itzel, creo que será mejor que regreses al hotel. Estás muy cansada. Quizá mañana…

—¡No me trates como a una loca! ¡Te vi, los vi a ambos! ¡Tu marido te estaba agrediendo y parecía a punto de… matarte!

Los ojos de Lud se agrandaron aún más. Miró a Vanesa, quien a su vez la miraba con expresión de triunfo. Como diciendo: «¡Te lo dije!».

—Hasta luego, Itzel. Mañana seguiremos hablando. Aunque… no sé si estaré disponible. Tengo que… hacer recados…

Le cerró la puerta. Itzel entonces comprendió que la entrevista estaba perdida.

Aunque ese detalle, por el momento, era lo que menos le preocupaba.

20

Después de ese extraño suceso, Itzel optó por marcharse. Atrás dejó a la mujer regordeta llorando sobre su perro muerto y sus amenazas de llamar a la poli: sabía que podía meterse en líos graves si había una denuncia de por medio.

Arribó al hotel a la noche, cuando la ciudad era un hervidero de luces y de personas que regresaban de sus trabajos.

Decidió llamar a Lévi. Pensaba decirle lo que había ocurrido. Su temor mayor era que la mujer regordeta decidiera hacer una denuncia por el asesinato de su perro. Itzel se vería enormemente afectada, y quizá se retrasaría su regreso a los Estados Unidos. Quizá debía irse cuanto antes, pensó. Tal vez esa misma noche. Ella amaba a los animales, pero no pensaba dejar que la muerte de un perro la separase un día más de su hijo Joseph.

Llamó varias veces al número de Lévi, pero este no atendió. Algo ofuscada, Itzel le escribió un largo y detallado WhatsApp, en el cual le contó lo que había sucedido. El mensaje, a Lévi, le llegó al instante, pero los tildes nunca llegaron a ponerse azules.

Comenzó a armar las valijas. Pensaba irse esa misma noche. Los vuelos hacia Los Ángeles salían cada cuarenta minutos. Ella se tomaría el primero a disposición y huiría como si la persiguiera el diablo.

Pero ¡había matado a un perrito inocente! ¿Acaso ella no merecía algún tipo de castigo?

—No —dijo Itzel a la habitación vacía, mientas ultimaba los preparativos de su regreso—. Yo no he hecho nada malo. Solo me estaba defendiendo. Vi al perro negro. Estoy segura de ello.

También estaba convencida de que había visto a Lud trenzada en lucha con su marido. No podía haber sido su imaginación, ella incluso había escuchado los ruidos de la pelea. Sin embargo, Lud estaba perfectamente bien cuando salió del apartamento. ¿Qué demonios había sucedido en realidad?

Estaba pensando en estas cuestiones cuando a su celular llegó un mensaje. Pensando que por fin era la respuesta de Lévi, Itzel lo abrió.

No era de Lévi, sino de Arthur Sachs, el abogado de James:

Por petición de la señora Daphne Miller, tengo la desafortunada misión de informarle que, en la madrugada de ayer, su ex esposo James Miller falleció en su mansión de Long Beach. Sus restos serán enterrados mañana a las nueve, en el cementerio local…

21

Fue como un mazazo para Itzel. Sintió que gran parte de la frágil estructura mental que había tratado de construir en los últimos meses se derrumbaba sin remedio.

Pensó en aquella visita de Daphne, la semana anterior. Itzel había sospechado que podía tratarse de algún tipo de estrategia, pero al parecer Daphne no había exagerado su preocupación.

El mensaje de Sachs no aclaraba los motivos de la muerte de James. Pero la cuidadosa ambigüedad del mismo daba a entender que su ex finalmente había llevado a cabo el suicidio.

Itzel terminó de armar las valijas y partió rumbo al aeropuerto. Los vuelos estaban agotados, pero finalmente consiguió uno a las once y media de la mañana. Volvió a escribirle a Lévi, contándole de las últimas novedades y alertándole de que se volvía antes de tiempo. Pero el muy maldito ni siquiera había leído los mensajes anteriores.

El vuelo fue agotador; extrañaba a Joseph y a Bip, quería estar con ellos, besar las mejillas de su hijo y acariciar y sentir el ronroneo del gato. Era una estupidez, pero se sentía en paz concretando esos actos mínimos. Aunque aún la esperaba una parada: la mansión de Long Beach. De alguna forma, debía despedirse de su ex. Aunque solo fuese a través de un insulto susurrante.

Pero no, debía comportarse. No podía arribar a la casa haciendo un escándalo. ¿Cómo había dicho Daphne, aquella vez de su visita al apartamento? Aquello era una tregua, pero eso no quería decir que la guerra hubiese terminado.

De todas formas, cuando finalmente llegó a la mansión de Raccon Street, a eso de las seis y media de la tarde, se encontraba totalmente exhausta y dudaba que tuviese las energías para iniciar una nueva batalla.

La puerta principal estaba abierta. Unos amigos de James hablaban en el patio. Al ver llegar a Itzel, hicieron silencio y se apartaron para dejarla pasar.

Luego de que James prácticamente la expulsara el año anterior, era la primera vez que Itzel ponía un pie en la casa. Al igual que había hecho con su visita a ciudad de México, blanqueó su mente y evitó cuidadosamente cualquier sentimiento de nostalgia.

Con paso decidido, se adentró en la mansión.

Nada había cambiado. Los muebles seguían en la misma posición de antes. Incluso el cortinado, que la misma Itzel había elegido hacía ya dos años, permanecía en su lugar dándole a la casa un perpetuo aire veraniego. La mujer se acercó a la repisa de mármol ubicada sobre la chimenea. Para su sorpresa, casi todas las fotos de antaño seguían allí. Recogió una que tenía el marco plateado. En esa fotografía, casi resplandecientes bajo el sol californiano, se encontraban los tres: Joseph, Alexander y la propia Itzel. Los tres sonreían de idéntica forma, mostrando los dientes perfectos y entornando un poco los ojos, como aguantando la carcajada. A la derecha, estirada sobre el césped prolijamente cortado, se veía la sombra de James, quien había tomado la fotografía. James había sido un buen fotógrafo; tenía la habilidad de captar momentos como

esos: momentos en los que sobrevolaba la felicidad y el tiempo parecía estancarse como una luz brillante en la propia consciencia.

Antes de que la nostalgia le ganara, Itzel se apartó bruscamente de las fotografías. De inmediato, notó que una pareja de ancianos, sentada sobre los sillones del living, la miraban con dureza. Itzel los reconoció de inmediato: el marido había sido un socio de James. Ellos había cenado cierta vez en su casa, una mansión en las afueras de Long Beach. La mujer los había agasajado con una estupenda comida. Habían pasado una buena velada, riendo y contándose viejas anécdotas. Itzel incluso recordaba que se había pasado con las copas y se había retirado de la casa envuelta en un agradable sopor. Probablemente había hecho el amor con James al regreso.

Ahora, sin embargo, la cosa era muy distinta. Ambos ancianos la miraban como si nunca la hubiesen conocido. O, mejor: como quien mira a un antiguo enemigo que se ha escapado antes de que puedan ajusticiarlo. La mirada de la anciana, especialmente, era mortífera. Intentando evadir el acoso, Itzel salió de la habitación y se adentró en la contigua, la que daba a la sala de estar.

Y se detuvo.

Se detuvo y reprimió el impulso de salir corriendo de allí.

El ataúd de James se hallaba colocado sobre un soporte de mármol y hierro. Cientos de flores cubrían las paredes del cuarto, impregnando el aire de un olor dulzón insoportable. El ataúd se encontraba abierto: Itzel alcanzó a ver el perfil nacarado de James, rodeado de unas gasas de aspecto antiguo y prácticamente espantoso.

Pero no fue esto lo que provocó que Itzel retrocediera horrorizada, tampoco la visión del repulsivo abogado de James, erguido en medio de la sala con una taza de café en la mano. Una sensación de irrealidad la invadió de pronto. «Esto no puede estar pasando», pensó.

Ubicada al lado del ataúd, sentada sobre una silla de ruedas, había una anciana. Una anciana completamente vestida de negro, con un velo que le ocultaba gran parte del rostro. Parecía mirar hacia abajo. Su cuerpo se sacudía como si sollozara, o contuviera una risa inoportuna. Sus manos, posadas sobre los propios muslos, se hallaban contraídas en forma de garra. Una especie de cadena o medallón brillaba en su pecho hundido. Su vestido, algo elevado en la parte de las pantorrillas debido a su posición, solo dejaba al descubierto sus manos y sus raquíticas pantorrillas, cubiertas por gruesas medias de nylon de color marrón.

Itzel jamás la había visto. Conocía a todos o casi todos los parientes de James, y estaba segura de que esa anciana no era ningún familiar de él. Y había algo en ella… algo que hacía que Itzel se sintiera inquieta. Había algo malo en aquella figura. Algo que hacía que uno sintiera la necesidad de apartar la vista de ella. Al pensar en esto, Itzel inmediatamente recordó las palabras de Lud: «Supe que, si llegaba a observar su rostro, enloquecería…».

Pero claro que no era la anciana que había visto Lud. Tampoco lo que había insinuado Lucille. Era imposible. Tanto Lud como Lucille deliraban; eran mujeres con muchos temores, y quizás algo paranoicas.

Sin embargo, las similitudes en la descripción de Lud eran muy grandes: una anciana sobre una silla de ruedas, completamente vestida de negro, y un velo que le ocultaba las facciones…

«Pero no», insistió una parte de su mente. «No es la misma. Lo de Lud son solo cuentos.»

Pero ¿y lo del perro? ¿Y lo de la lucha de Lud con su esposo dentro de la casa? ¿Qué diablos

había sido eso?

«No», volvió a decirse Itzel.

Retrocedió un paso, y luego otro. No podía quitar la vista de aquella anciana. De pronto, tuvo urgencias por salir de ahí. Ya no quería ver a su esposo muerto, tampoco quería seguir viendo a esa horrible y extraña anciana que parecía custodiar el ataúd mientras reía o sollozaba. Necesitaba alejarse lo más posible de Long Beach. Y quizá no regresar nunca más.

Y estaba iniciando la huida, dando media vuelta su cuerpo con lentitud, sin quitar la vista de la anciana, cuando esta de repente comenzó a alzar la cabeza. En su dirección.

«¡No la mires», le gritó una parte de su mente. «¡No la mires, o enloquecerás!»

Sin embargo, Itzel no podía apartar la mirada. Había quedado quieta, sin posibilidad ya de moverse. Los ancianos sentados sobre el sillón a sus espaldas debían estar mirándola atónitos, pero Itzel en ningún momento pensó en ellos. Su mirada, como la de una serpiente hipnotizada, no podía apartarse del rostro de la anciana. Ni siquiera por un centímetro.

La anciana terminó de alzar la cabeza. Sus ojos eran dos monedas de plata. Sus labios se curvaron en una suerte de sonrisa demencial. Era lo más maligno que Itzel había visto en su vida.

—Itzel —dijo la anciana, estirando uno de sus brazos hacia ella—. No deberías haber venido, Itzel. Perra inmunda…

«¿Cómo sabe mi nombre?», pensó Itzel aterrorizada. «¿Cómo es que…?

Una mano se posó sobre su hombro. Sobresaltada, Itzel giró su cabeza. Pensó, sin saber por qué, que se encontraría con Lud, o quizá con su marido. Pero, en vez de eso, se halló contemplando a Davis Smith, uno de los primos de James.

—Será mejor que te vayas, Itzel —dijo Davis.

La presión sobre su hombro daba a entender que lo de Davis no era una sugerencia. De reojo, Itzel vio que la pareja de ancianos la miraba fijamente. El aire parecía espeso, enrarecido. Muchos otros deudos se acercaban de distintas partes de la casa para ver la escena. Entonces Itzel regresó su mirada a la anciana… y ya no estaba allí. Solo el abogado de James, y en el lugar de la anciana de negro, sentada sobre una silla, Daphne.

La madre de James tenía el rostro crispado en un rictus de dolor y de furia. Gran parte de su belleza se había perdido, y por primera vez Itzel la vio como a una mujer de casi sesenta años. Señalaba hacia Itzel y gritaba:

—¡Saquen a esta escoria de aquí! ¡Sáquenla! ¡No deberías haber venido, Itzel, perra asquerosa!

—Vamos. —La mano de Davis presionó aún más—. Vamos, Itzel.

—¡Mira lo que has hecho con mi hijo! —seguía gritando Daphne, quien tenía la cara surcada en lágrimas—. ¡Está muerto por tu culpa! ¡Te pedí ayuda, y no me la has dado! ¡Te pedí…

De repente, su voz se quebró y su cuerpo cayó hacia adelante. Sachs se apresuró a sujetarla antes de que cayera al suelo. Daphne se agarró a uno de los bordes del ataúd… y por un momento pareció que lo derribaría. Dentro del cajón, el cuerpo de James pareció moverse, oscilar levemente.

—Vamos, Itzel —repitió Davis, y esta vez la empujó en dirección a la puerta de salida—. Vete de una vez, maldición.

Itzel obedeció. Con la cabeza gacha y la mirada perdida, pasó entre una docena de deudos que la miraron sin decir nada. De fondo, los gritos de Daphne volvieron a escucharse:

—Lo has matado… has matado a mi hijo. ¡Has sido tú, perra asesina! ¡Perr…!
Itzel abandonó la casa a paso raudo, sin mirar atrás y pensando que jamás regresaría. Pero, una vez más, estaba errada.

22

Itzel se encontraba ya en la calle cuando escuchó que una voz la llamaba por su nombre:

—Señora Itzel…

Quizá pensando aún en la anciana, Itzel apuró el paso sin mirar atrás. En su mente aún parecía escuchar los gritos de Daphne: «¡Lo has matado tú, perra inmunda!».

Lo peor era que Itzel pensaba que podía tener razón. Quizás ella lo había matado. Había matado a Alexander, ¿no? Una madre que mataba a sus hijos era capaz de cualquier cosa. Ella estaba loca. Después de todo, ¿qué era lo de las visiones del perro negro, de Lud luchando con su marido, ahora lo de la anciana, sino síntomas de una locura desenfrenada?

—Señora Itzel… —repitió la voz.

—Déjame en paz —murmuró Itzel sin darse vuelta y apretando el paso—. ¡Déjame en paz!

—Señora Itzel, soy yo, Danna…

Por un momento, aquel nombre le resultó desconocido. Pero luego algo en su interior se iluminó y dejó paso al recuerdo. Danna Bowers, la mujer de la limpieza. Había trabajado con ellos en los últimos cinco años. Era una mujer hondureña de muy buen corazón, que se había encariñado mucho con los chicos.

Itzel se detuvo y miró hacia atrás. Danna venía corriendo con dificultad, jadeando como si acabara de correr una maratón, aunque probablemente solo había recorrido unos pocos pasos.

—Itzel… —dijo Danna, jadeante—. Disculpe que la moleste.

—No… no hay problema, Danna —dijo Itzel, y miró hacia la casa. Habían cerrado la puerta principal, como para asegurarse de que ella no volviera. Por suerte no había nadie en los jardines delanteros—. Me has dado un buen susto…

—Pensé que no la alcanzaría —dijo Danna, aún bufando. La observó con detenimiento y pareció ver algo, porque sus ojos se pusieron en alerta—. ¿Está bien, señora Itzel?

—Sí —se apresuró a decir Itzel—. Es solo que…

Y volvió a mirar hacia la casa, cosa que Danna pareció comprender.

—No hace falta que diga nada, señora —le dijo con voz suave—. Yo también, durante un tiempo, y al igual que todo el mundo, estuve enojada con usted. La culpaba por el accidente, por la muerte de Alexander… por la suerte sufrida por Joseph. Yo los quería muchísimo a esos chicos, ¿sabe?

Los ojos de Itzel de repente se llenaron de lágrimas.

—Lo sé —fue lo único que pudo decir—. Lo lamento. Yo… sé que fui la culpable. Pero no soy el monstruo que muchos dijeron que era. Daría… por Dios, daría lo que fuera por mis hijos…

—Le creo, señora. Ahora le creo. Por favor, no llore.

—No estoy llorando. —Pero al pasarse la mano por las mejillas, descubrió que sí, que estaba llorando. A mares. Era como si un dique acabara de romperse—. Danna, debo irme. No puedo

estar en este lugar durante mucho más tiempo.

Pero la otra mujer pareció no oírla.

—Yo lo encontré —dijo—. Dos veces. En la primera, logré salvarlo a tiempo. En la segunda, ayer a la noche… ya no. Tuve un presentimiento, ¿sabe? Fue por eso que lo llamé a las dos y media de la madrugada. Sé que el señor James siempre estaba levantado a esa hora, era un trasnochador. Nadie atendió ni al celular ni al teléfono. Entonces le dije a mi hermana que me trajera hasta aquí. Golpeé la puerta varias veces, pero nadie atendió. Era como revivir lo de la última vez, ¿entiende? Solo que de alguna forma yo sabía que el final sería distinto. Logré entrar por la puerta trasera. Subí hacia su habitación y… Dios mío, ahí estaba. Colgado de una de las vigas. El señor James, que siempre fue tan guapo, tenía la cara…

—Dios mío, Danna.

—Lo siento. Es que… No pensé que fuera a terminar así. Pensé que se sobrepondría. ¿Qué tan acorralado debió haberse sentido para tomar una decisión como esa?

—No lo sé, Danna —dijo Itzel, y estaba enunciando la verdad—. Yo tampoco entiendo mucho lo que pasó. Es solo que… las cosas están ocurriendo demasiado rápido.

—Lo comprendo. Lo comprendo mejor de lo que usted cree. —El rostro de Danna de repente se cubrió de sombras. Miró hacia la casa, como quien observa un peligro que lo acecha desde la oscuridad—. Mi vida también ha cambiado. Ahora no tengo trabajo. La señora Daphne me despidió esta misma mañana. Tendré que volver a empezar. Como cuando llegué a este país, hace quince años.

—Lo lamento mucho, Danna.

—Esa mujer… Daphne… es una bruja. Todo lo malo de James viene de ella. Es una maldita psicópata. Odia a todas las personas que no piensan o que no son como ella.

—Danna…

—Me insultó, ¿puede creerlo? Cuando la llamé y le dije que había encontrado a James muerto, me agredió por el celular. Me dijo que todo era culpa mía. Que yo debía haberlo cuidado mejor, que para eso me pagaban: para cuidar a mi amo. Así dijo: que él era mi amo. Como si estuviéramos en la época de la esclavitud…

—Sé que es capaz de eso y de mucho más. Pero creo que, en el fondo, es solo una pobre mujer que vive aterrorizada.

—Pues a mí no me merece ni lástima ni comprensión. La odio. Cuando me dijo todas esas cosas horribles, decidí callar lo que sabía. Ella no se merecía conocer las últimas palabras de James. De todas maneras, no las comprendo demasiado.

Danna echó un vistazo furtivo, por sobre su hombro, y retiró un papel arrugado de su bolsillo.

—Estaba dentro del puño apretado de James —dijo—. Me costó bastante sacarlo, porque sus dedos formaban una especie de… garra.

Le extendió el papel, que Itzel tomó con horror.

—Buena suerte, señora Itzel. Le deseo lo mejor. Para usted y para Joseph.

—Muchas gracias, Danna. Lo mismo digo.

La mujer le dedicó un leve saludo con la cabeza y luego se marchó sin mirar hacia atrás.

Itzel quedó sola, parada sobre la acera. Las luces de las calles se habían encendido. Vio que se producía un movimiento en la entrada de la casa: habían llegado unos parientes lejanos de

James. Sin dudas, con el correr de las horas, llegarían más familiares y conocidos, alertados por la muerte de un millonario que dejaba a la deriva una inmensa fortuna.

Itzel se apresuró a alejarse del lugar, temerosa de ser descubierta. No fue hasta que estuvo a unas diez manzanas que se sintió segura. Y, aun así, echó una mirada hacia atrás (tal cual había hecho Danna) antes de leer el papel que la mujer de la limpieza le había dado.

Reconoció, de inmediato, la letra de James. Un poco temblorosa y puntiaguda, como si hubiese garabateado aquel mensaje a último momento, instantes antes de colgarse de la viga del techo. Pero no cabían dudas de que lo había escrito él.

Aunque a Itzel se le escapaba por completo su significado: «ERA JOSEPH».

23

Mientras Itzel regresaba a la casa de Long Beach y se despedía (si es que puede decírselo así) de su ex marido, algo sucedía a tres mil kilómetros más al sur, en el corazón de México. Algo relacionado con su padre, don Armando Esquivel López, quien meses después tendría una actuación destacada en esta historia.

El hombre, de ochenta y dos años, acababa de tener una horrible visión. Se encontraba en el fondo de su casita en Iztapalapa, agachado frente a un espejo roto, la mano ensangrentada, las pupilas dilatadas por el miedo. Trataba desesperadamente de descifrar lo que el caracol-oráculo acababa de decirle.

Ignoraba, por completo, que su hija Itzel había estado en la Ciudad de México apenas unas horas atrás. Quizá, de haberlo sabido, hubiese hecho el esfuerzo de contactarse con ella, ya que Itzel lo tenía muy preocupado. Sabía que una horrible tormenta se estaba formando por encima del destino de su hija. Necesitaba ayudarla antes de que fuera demasiado tarde.

Este desvelo, sin dudas, hubiese sorprendido enormemente a Itzel: al igual que todos los demás miembros de la familia, pensaba que don Armando estaba demasiado inmerso en los secretos de su religión, a tal punto que se había aislado de la realidad.

Pero nada más lejos que eso: don Armando había seguido atentamente el caso de Itzel desde su tele de veintiuna pulgadas, siempre en silencio y sin emitir ninguna opinión. Había visto, por los informativos de la TV, cómo a Itzel la maltrataban y le endilgaban todo tipo de (malas) cualidades: madre irresponsable, drogadicta, incluso asesina. La ola de xenofobia que su caso había desatado en los sectores más conservadores de Estados Unidos había sido apabullante. Itzel había pasado, de un día para otro, a representar lo peor del inmigrante latino. Y eso había destrozado a don Armando. Aunque se había cuidado muy bien de no demostrarlo frente a los demás.

Era por eso que Francisca, su esposa, habitualmente le recriminaba y se había alejado de él.

—Tu hija está siendo descuartizada en Gringolandia y a ti lo único que te importa es jugar con esos caracoles inservibles —le decía.

Don Armando agachaba la cabeza y no decía nada. Sabía que sería inútil enredarse en explicaciones.

Comenzó a recluirse con mayor frecuencia en el santuario erigido al lado del gallinero. Al final, ni siquiera aparecía en los multitudinarios cumpleaños de sus parientes. Tampoco lo hizo en las últimas navidades. Esto desató la desaprobación general y dio pie a un rumor que se fue extendiendo entre familiares y vecinos: don Armando estaba loco, irremediablemente loco, y había que alejarse lo más posible de él.

Esto a don Armando no le preocupó: más bien todo lo contrario. Quería estar a solas y tratar de desentrañar el caso de Itzel. En numerosas ocasiones había consultado a sus caracoles la verdad de los hechos, pero en todas ellas había ocurrido algo curioso: los caracoles habían caído

en posición absurda, algunos erguidos sobre sus espiras, otros formando figuras imposibles de descifrar. En una ocasión, uno de sus caracoles rodó tres metros fuera de la alfombrilla y terminó perdido en el canal de desagüe. Era evidente que un velo cubría el accidente de Itzel; don Armando estaba seguro, casi al cien por cien, de que una fuerza oscura obraba tras las desgracias de su hija predilecta.

—Pero yo la derrotaré, Itzel —se dijo con decisión don Armando, la tarde del espejo roto y la horrenda epifanía—. Con ayuda del señor Eleguá, anularé la sombra impuesta sobre tus hombros, y te ayudaré a abrir tus caminos. Ya lo verás.

Aprovechó que no había nadie en la casa para preparar el ritual. Rebuscó en un baúl del altillo hasta encontrar una muñeca sin cabello, otrora propiedad de Itzel. Eso a Eleguá le gustaría, ya que sentía predilección por los juguetes. Luego bajó a la pequeña bodega, donde recolectó una botella de aguardiente a medio tomar y un puro cubano envuelto en una cápsula de plástico. De la cocina sacó las siguientes cosas: una naranja, azúcar, manteca, un frasco de miel de abeja y un poco de aceite. Con todos esos objetos se dirigió al santuario ubicado en el fondo del patio, donde se sentó frente al pequeño espejo de plástico que usaba para afeitarse.

Puso todos los objetos sobre una alfombrilla y luego partió la naranja con su viejo cuchillo de nácar. Tomó una de las mitades y la vació con la hoja del cuchillo. Dentro, vertió el azúcar, la miel, el aceite, la manteca y el aguardiente. A la muñeca la ubicó a la derecha de la naranja y el puro a la izquierda. Cerró los ojos y comenzó a recitar una vieja oración para invocar al antiguo mensajero.

El día era soleado, aunque fresco. Pequeñas motas de polvo caían desde el techo hasta el hombro del anciano, que permanecía inmóvil en posición de cuclillas. Las gallinas del corral habían dejado de picotear la tierra y se agrupaban en torno a la puerta de malla metálica, a la espera de su ración diaria de maíz.

Al cabo de un rato, don Armando volvió a abrir los ojos. Su cuerpo temblaba incontrolado. De uno de sus bolsillos arrojó los caracoles. De inmediato estos se agruparon formando un círculo cerrado, lo que significaba que la información que había solicitado le estaba vedada. Don Armando los recogió y volvió a arrojarlos.

—Por favor —murmuró entre dientes—. Por favor, Eleguá, ayúdame a abrir este cofre oscuro. Sé que tú tienes la llave.

Los caracoles cayeron sobre la alfombrilla y chocaron entre sí con un tintineo. El mismo círculo, las mismas proporciones.

—Por favor —imploró don Armando—. Por favor, sé que no soy digno de este conocimiento. Pero quiero, al menos, ayudar a mi hija. Y aún no sé cómo.

Estaba por arrojar los caracoles por una última y tercera vez cuando algo en el espejo le llamó la atención.

En un principio, don Armando se quedó quieto. Tan quieto como si de repente hubiera muerto en posición sentada, como los jefes de algunas antiguas tribus. Sus ojos se fueron agrandando y su respiración se entrecortó. Extendió la mano en dirección al espejo.

—¿Quién eres? —murmuró con voz trémula—. ¿Qué haces aquí?

En el reflejo, sobre sus hombros, había un rostro. Un rostro pálido y arrugado, envuelto en un velo oscuro. Parecía sonreír. O quizá solo mostraba los dientes.

Don Armando sintió el poder maligno de aquella presencia, las ondas de oscuridad fría que

emanaba. Resistió la tentación de girar la mirada; si lo hacía, perdería el contacto y todo aquel ritual habría sido en vano.

Las manos de don Armando temblaban al arrojar la tercera rueda de caracoles. Sentía aquella presencia oscura cada vez más cerca; incluso imaginaba el aliento pútrido sobre su nuca. Ya no se atrevía a levantar la vista en dirección al espejo. Le fallaría el coraje y rompería la invocación al chillar como un niño. Tal vez incluso le daría un paro cardíaco. No sería la primera vez que alguien moría tratando de correr el velo de la información prohibida.

Observó, en cambio, las figuras que los caracoles habían trazado sobre la alfombra.

Era el círculo, otra vez. Pero estaba abierto en uno de sus extremos. El caracol que faltaba se alejó rodando en dirección al corral de las gallinas, donde un gallo viejo lo trituró con su pico.

En un gesto reflejo, don Armando alzó la vista hacia el espejo.

Lanzó el grito que sospechó que lanzaría, y rompió el espejo de un puñetazo.

La presencia estaba sobre él. Había extendido su velo negro, como las alas de un cuervo gigante, y lo había sumergido en una oscuridad absoluta, como de petróleo. Don Armando se alejó a rastras de la alfombrilla y vomitó una sustancia pútrida. Por un momento, su corazón avanzó trastabillando y los latidos se hicieron irregulares. El anciano quedó tendido en el suelo, jadeando y aferrándose la mano herida por el espejo.

—Mi Dios —murmuró con voz cascada.

El enemigo era más poderoso de lo que había imaginado. Debía ayudar a Itzel. Pero, sobre todo, a Joseph. Supo que, la fatídica noche del accidente, el chico había visto algo que lo había aterrorizado, y desde entonces había decidido ocultarse dentro de sus propias sombras. Pero eso también era peligroso. Porque en las sombras habitaba también la presencia oscura que acababa de entrever. Debía ayudar a su nieto, pero ¿cómo?

Fue esa misma noche que doña Francisca, quizás alertada por algún tipo de pesadilla, se acercó al cuarto donde dormía su marido. Se encontró con la cama vacía y una nota en donde don Armando explicaba (en forma bastante nebulosa) los motivos de su partida.

«Es posible que no regrese vivo. Es posible que estas sean las últimas palabras que te dirija. Hasta siempre, Francisca», finalizaba así la sucinta carta.

El largo viaje de don Armando había comenzado.

24

Luego del fallido funeral de James, Itzel regresó a Burbank. Era demasiado tarde para visitar a Joseph, por lo que fue directamente a su apartamento. Allí, se encontró con Bip, que parecía muy delgado y falto de energía. «Casi no comió nada, creo que te extrañó demasiado», le dijo la vecina que había quedado al cuidado de él. Itzel le agradeció y llevó a Bip al departamento, donde lo mimó un poco y le dio algo de comer. Pensó que no debería volver a dejar solo al gato por mucho más tiempo, o de lo contrario moriría. Bip era un gato de mediana edad pero parecía mucho más viejo; probablemente el estrés de los últimos meses lo estaba afectando.

Concertó una cita, al día siguiente, con el veterinario, que le recetó unas vitaminas y le aplicó una inyección con antibióticos. Esto pareció mejorar un poco al gato, por lo que Itzel se tranquilizó y tuvo más tiempo para meditar sobre los sucesos de los últimos días.

Las cosas parecían haberse desmadrado otra vez, tuvo que admitir con cierta alarma. Por empezar, la última entrevista había resultado un desastre. Su *notebook* estaba rota, aunque por fortuna había podido grabar las palabras de Lud en su celular. ¿Y qué diablos había sido lo del perro negro y aquella visión que había creído tener a través de la ventana del departamento de Lud? Lo que había terminado sucediendo con aquel perrito chihuahua, propiedad de la mujer de los ruleros, era lamentable, muy lamentable… Pero Itzel tenía otras cosas en qué preocuparse.

Como, por ejemplo, el suicidio de James. Y la misteriosa nota que decía: «ERA JOSEPH».

¿Qué cosa era Joseph? Parecía algún tipo de acusación. Pero ¿de qué se podía acusar a un chico de cuatro años en coma?

Itzel estaba en la minúscula cocina del aparamento cuando pensó en todas estas cosas. Consideró la posibilidad de que James no estuviera en sus cabales al momento de escribir aquel mensaje. No era una idea descabellada, dada la situación de constante estrés a la que se encontraba sometido. Él era un hombre que no estaba acostumbrado a sufrir reveses en su vida. Era algo que siempre había recriminado a sus padres: «me protegieron demasiado, me encerraron en un mundo ficticio de dinero y bienes materiales, y cuando tengo que enfrentar la realidad me doy cuenta de que no estoy lo suficientemente preparado», solía quejarse.

Eso no le había impedido, por supuesto, armar un negocio millonario de importación y exportación, y convertirse por lo tanto en un hombre respetado por la sociedad… pero el talón de Aquiles siempre había estado presente.

Sin embargo, había otra consecuencia de su muerte, todavía más preocupante, que comenzó a quitarle el sueño: ¿en qué condiciones había dejado sus finanzas James? En otras palabras: el dinero de la hospitalización de Joseph, ¿estaría garantizado?

Consultó más tarde al abogado de James, que le aseguró que había suficiente dinero asignado como para que, según palabras textuales, «Joseph pasara en coma los siguientes noventa años».

Fue una afirmación torpe y carente de diplomacia (cosa muy rara en un abogado, tuvo que reconocer Itzel), que el propio Sachs luego se encargó de suavizar, asegurando que los gastos en

la salud de Joseph estarían cubiertos de por vida, «sin importar sus condiciones».

Solo después de reasegurar esta afirmación a través de su propio abogado, que más o menos repitió las palabras de Sachs (aunque con un mejor uso de los eufemismos), Itzel se sintió tranquila al respecto.

25

Una cosa llevaba a la otra, y pensar en las finanzas de Joseph la llevó a pensar en las suyas propias. Después de todo, era de suponer que no heredaría un centavo de James (tampoco lo quería), y tenía que mantener el alquiler del apartamento de Burbank, el mismo que le había posibilitado estar a menos de veinte minutos del hospital de Joseph.

Eso quería decir que tenía que volver a contactar con el *Unicornio*, su principal fuente de ingresos. Si perdía ese empleo, se vería en graves dificultades financieras en cuestión de meses. El problema era que no tenía noticias de Lévi desde el caso de Ludmila Yáñez. Había transcurrido una semana sin recibir nada de él, ni siquiera un e-mail. Los WhatsApp que ella le enviaba ya no llegaban a destino. Lo cual significaba que, o bien Lévi la había bloqueado o su celular estaba siempre apagado. Cualquiera de las dos posibilidades, advirtió Itzel, podía ser cierta. Si la había bloqueado, Lévi ya no tenía interés en hablar o seguir negociando con ella. Se trataba de una salida por completo infantil, pero ¿acaso ella no había fallado estrepitosamente en la última entrevista, dejándose llevar primero por el cruento relato de Lud y su extraño nahual, para luego salir disparada hacia el aeropuerto de la Ciudad de México, sin siquiera un intento de explicación? Lévi bien podría haber interpretado estos movimientos como una absoluta falta de profesionalismo por parte de ella, decidiendo por lo tanto cortar el vínculo de la forma más fácil (y aterradora) que existía hoy en día.

La posibilidad de que su celular estuviera siempre apagado, suponía Itzel, era mucho más complicada. Detrás de ese detalle podía esconderse un sinfín de eventualidades: desde una simple rotura del aparato, hasta la mismísima muerte de su dueño, fuese cual fuese el motivo.

Aunque la hipótesis del celular roto, pensó, no tenía mucho sustento. Lévi podría haberlo reemplazado por otro, utilizando siempre el mismo número. Además, existían otros medios de comunicación; la pérdida o rotura del celular no explicaba, en forma alguna, el silencio absoluto de Lévi. Debía haberle ocurrido otra cosa. Una grave enfermedad, un accidente, incluso el fallecimiento. Itzel sabía, por boca del propio Lévi, que era un tipo viejo y estaba enfermo. Si Lévi realmente había muerto, ¿debía Itzel dar por perdido el empleo en el *Unicornio*? Dado el cerrado silencio de los últimos días, era de suponerse que sí. Tampoco podría obtener información alguna de su supuesto socio, el licenciado Britten, ya que no contaba con ningún dato en relación a su persona.

Como fuere, Itzel se encontraba pensando en todas estas cuestiones, un lunes caluroso de agosto, cuando un llamado inesperado le hizo olvidar todo este asunto. Ocurrió cuando regresaba del hospital donde estaba internado Joseph. Debían ser las seis y media de la tarde, quizás un poco más. Cuando ella escuchó el pitido del celular, su corazón dio un vuelco; comenzó a buscar frenética el aparato dentro de su bolso. Había estado hablando con la jefa de enfermeras, dijo, y esta le había dicho que Joseph había sufrido una pequeña arritmia durante la mañana, rápidamente controlada por el médico de turno. Esto no había tranquilizado en absoluto a Itzel,

de hecho, le había puesto los nervios a flor de piel, por lo que se entiende que el llamado la haya alterado tanto.

Pero cuando finalmente consiguió retirar el celular del bolso y observó el número, se quedó perpleja.

No era, como en un principio había temido, un llamado del hospital, sino de Ludmila Yáñez, el objeto de su última entrevista.

26

Dados los acontecimientos de los últimos días, Itzel casi no había vuelto a pensar en ella, en Lud. Sí había pensado (y mucho) en el perro muerto y en aquella escena de violencia que creía haber visto a través de la ventana de Lud. Había pensado sobre todo en su propia salud mental: sabía que lo que había ocurrido era muy grave. Algo había pasado, algo había funcionado mal dentro de ella. ¿Algún brote psicótico, algún tipo de alucinación visual y auditiva? No podía descartarse nada de ello. Lo que realmente la aterraba no era lo que había sucedido, sino la posibilidad de que *volviese a ocurrir*.

De la entrevista en sí, en cambio, casi no había vuelto a pensar. Consideraba las palabras de Lud no muy diferentes a las de Patricia Nores o Lucille Resposo: relatos contados por gente al borde de los límites, susceptible y supersticiosa, que proyectaba sus problemas emocionales en la supuesta existencia de fenómenos paranormales.

Atendió el llamado. Oyó la voz ansiosa y algo apresurada de Lud, que le decía algo relacionado con el regreso de la mujer en silla de ruedas. Itzel estaba tan sorprendida que tuvo que pedirle que repitiese sus palabras.

—Todo está saliendo mal, Itzel. Ahora Javier ha vuelto a caer bajo su influjo, el influjo de la serpiente. Sé que todo está relacionado: la anciana en silla de ruedas, la serpiente, el comportamiento de Javier, todo: incluso lo que has creído ver en mi jardín hace una semana atrás. Te pido disculpas por haberte cerrado la puerta. Pero es que estaba asustada y no sabía qué hacer. Por favor, Itzel, ahora necesito tu ayuda. No me dejes sola en esto. Por favor —fueron los desesperados ruegos de la mujer.

—Lud, lo siento, pero es que ahora no puedo ayudarte. Han ocurrido cosas. Tuve que abandonar México y ahora estoy de nuevo en Los Ángeles. Créeme que…

Pero Lud no la dejó continuar. Un llanto desgarrador comenzó a escucharse desde el otro lado de la línea, un llanto tan triste y desolado que hizo que Itzel permaneciera quieta sin mover un dedo mientras duró. Cuando finalmente logró tranquilizarse, Lud le dijo que temía por su bebé.

—Sé que esa mujer ha vuelto para llevárselo. Como hizo con mi primer hijo. Pensé que esta vez estaba preparada para enfrentarla, pero ahora Javier ha vuelto a comportarse raro, está distante como aquella vez hace dos años, y estoy sola otra vez. Pedí ayuda a mis padres, pero creen que estoy loca y alucino. Tú misma lo has visto, Itzel. Has visto al perro, lo sé. El mismo perro que vimos aquella noche con Javier. No puedes negarlo.

—Pues resultó ser un perrito chihuahua al que maté sin contemplaciones —argumentó Itzel.

«Y eso, sin mencionar a aquella maldita anciana en silla de ruedas que vi en el funeral de James», pensó casi sin darse cuenta.

—El nahual te hace ver cosas —dijo Lud—. Como la noche en que creí ver a la serpiente y solo era el estropajo bajo el fregadero. Lo hace para confundirte, para aislarte de los demás. Y

ahora se hace cada vez más fuerte. Escucho el cascabeleo a todas horas. Y sueño. Sueño con esa puerta negra. Sé que eso tiene un significado para ti.

Itzel se puso rígida sobre el asiento del transporte público al escuchar esto.

—¿Por qué dices eso? —le preguntó.

—Pues porque lo vi en tus ojos, Itzel. Vi cómo te sobresaltabas cuando te hablé de esa puerta negra. Por favor, dime la verdad: ¿sabes qué es lo que significa?

Itzel aseguró que no, que no tenía idea de lo que significaba. Lud se echó a llorar otra vez. Finalmente, mediante ruegos y más llantos, logró arrancarle a Itzel una vaga promesa de ayuda.

—Trataré de investigar, pero no tengo los recursos de antes, mucho ha cambiado desde la vez que nos vimos —le advirtió Itzel—. Así que no puedo prometerte mucho.

Lud le dijo que cualquier tipo de ayuda serviría, le agradeció efusivamente durante los siguientes dos minutos, mezclando el pedido de perdón con promesas inalcanzables, y luego cortó.

27

Si bien Itzel no tenía verdaderas intenciones de ayudarla —ya que consideraba prioritarios otros asuntos— debía admitir que Lud tenía razón en un aspecto: aquella misteriosa puerta negra la había afectado de una forma inexplicable.

La puerta debía tener algún significado. Ya no tanto para Lud, sino para ella misma.

—Debería regresar a la casa de Long Beach —le dijo dubitativa a Bip, la tarde en que decidió todo—. No puedo dejar pasar esto. Se supone que soy periodista y me dedico a llegar al fondo de este tipo de cuestiones. ¿Qué clase de periodista sería? Además, ya he dejado pasar demasiadas cosas. ¿Estás de acuerdo, amor?

El gato, echado sobre un cojín del sofá, la miró sin emitir un solo maullido. Pero Itzel imaginó que sus ojos de repente brillaban entusiasmados.

Además, había otra cosa: ella estaba empezando a creer que lo de la puerta negra estaba, de algún modo, relacionado con el accidente.

¿De qué manera? Bueno, eso era algo que debía averiguar. Algo había asomado a la superficie de su memoria, pensó. Y era momento de sujetarlo y tirar de él.

Lo hizo esa misma noche. De repente, por primera vez desde mucho tiempo, actuaba como una mujer decidida. Tomó un autobús hasta el centro de Long Beach y luego recorrió el resto a pie. La calle entera parecía dormir. Sabía que estaba corriendo enormes riesgos. Muchos vecinos la reconocerían y no dudarían en denunciarla si la llegaban a ver.

Itzel se acercó bordeando el seto e ingresó por la puerta de atrás. No le resultó difícil abrirla: sabía que Danna guardaba una copia dentro del macetero en forma de cisne, detalle que evidentemente ni Daphne ni ninguno de los familiares de James conocían.

Entrar a esa casa oscura, repleta de recuerdos, fue una gran prueba de temple para Itzel. Una cosa había sido ingresar a ella a plena luz del día, con gente paseándose por las habitaciones y hablando en voz baja. Pero ahora, con la caída de la noche, la situación era completamente diferente. Itzel casi pudo verse a sí misma cocinando alguna comida rápida en el horno, mientras en el living James y Alexander jugaban un partido de básquet en la Play. Joseph andaría alrededor de ellos, mirando fascinado la pantalla y manoseando de vez en cuando algún juguete Lego a medio construir. La visión fue tan nítida que por un momento se sintió capaz de tocarla.

Tuvo que hacer un esfuerzo enorme para seguir avanzando. Pasó frente a la habitación en donde apenas una semana atrás había estado el ataud de su marido muerto («y la anciana en silla de ruedas, no te olvides de eso») con toda la rapidez que pudo, sin atreverse a levantar la vista. La noche era despejada y las farolas de la calle daban suficiente luz a las habitaciones vacías. No obstante, Itzel tuvo que encender la linterna de su celular al llegar a la parte más alta de la casa, es decir, el altillo.

Abrió la puerta. Un olor a moho y a cartón podrido bajó del lugar y le azotó en la cara. A Itzel le resultó increíble que, apenas una veintena de meses atrás, Alexander había pasado sus

buenas horas allí arriba, rodeado de polvo y telarañas.

Guiada únicamente por la luz de su celular, se encontró con montones de ropa vieja, juguetes rotos, carpetas escolares, recibos de impuestos, vajillas, adornos desechados. Vio que debajo de una funda de guitarra, sin la guitarra, había una caja de madera.

La retiró y quitó el polvo de la tapa. Se trataba de una caja de habanos cubanos, seguramente traídos por James desde alguno de sus viajes a Centroamérica. A ella no le gustaban los habanos. Pero sí se sentía atraída por su olor: madera vieja, hierbas secas y tierra húmeda.

Abrió la caja. El ceño de Itzel se contrajo en una mueca de confusión: dentro no había ningún habano.

En su lugar, se encontró observando una tabla delgada de madera, escrita en los bordes por letras y números dispuestos en forma secuencial. Itzel reconoció de inmediato ese objeto: se trataba de una tabla ouija.

Se imaginó a Alexander jugando con ese estúpido juego en la soledad del altillo: la idea no le hizo gracia en absoluto.

Sabía que ese juego tenía un innegable poder sugestivo sobre algunas mentes. Sobre todo en los chicos y las personas sensibles. ¿Acaso la amiga de Patricia Nores, esa tal Beatriz, no había enloquecido a causa del juego?

Retiró la tabla de la caja. Quién sabe de dónde Alexander habría sacado esa cosa, pensó. Quizá la había comprado en alguna tienda, ya que en algunos lados se vendían como si fueran juguetes. Alexander tenía sus propios ahorros y podía permitirse comprar algunas cosas, no muy caras.

La tabla estaba confeccionada en una madera tipo aglomerado. Las letras y números estaban impresas sobre un adhesivo, que había comenzado a despegarse.

Cuando Itzel dio vuelta la tabla, un papel amarillento cayó aleteando.

Itzel lo atrapó en el aire. Reconoció una de las hojas tamaño A3 cuadriculadas que Alexander usaba para las tareas de matemática de la escuela. Pero la hoja, observó, no contenía los cálculos y operaciones propios de un chico de ocho años que recién comienza a adentrarse en los territorios vastos y a menudo sombríos de las matemáticas. No: se trataba de anotaciones en letra prieta, que Iztel reconoció enseguida como la del mismo Alexander.

Apuntó la linterna del celular hacia la hoja y leyó.

«No.»

«No.»

«Real.»

«Sí.»

«Muy vieja.»

«Detrás de la puerta negra.»

«No.»

«Vete.»

«No.»

«No.»

«Joseph.»

28

Durante dos días enteros, Itzel estudió aquella tabla y la analizó de arriba abajo, sin lograr sacar nada en limpio. A excepción de una cosa: recordó que Patricia Nores también había hablado de una puerta negra. Aunque, en realidad, había dicho: «puerta oscura». Quizás era por eso que ella se había sentido familiarizada con el término. ¿Sería casualidad? Itzel comenzaba a sospechar que no, que difícilmente dos de sus tres entrevistados hablaran de una misma cosa.

Pero ¿qué significaba?

Lud volvió a escribirle días después, preguntándole si había conseguido averiguar algo. Itzel le contestó con la verdad: que había una puerta negra en su antigua casa, y que durante un momento había creído que de alguna forma estaba relacionada con sus sueños. Pero resultó ser una pista falsa, dijo, allí no había encontrado nada. Omitió decirle lo de la ouija de Alexander (también lo de la «puerta oscura» de Patricia Nores), ya que pensó que el asunto requeriría de demasiadas explicaciones… Y ella no se encontraba con ánimos para darlas.

Lud se manifestó algo decepcionada con esta respuesta. Aunque recalcó que seguía soñando con esa bendita puerta. «Y algo está por ocurrir. Lo presiento», agregó.

«Lo siento, Lud, de momento es lo que tengo para decirte. Si surge algo nuevo, volveré a escribirte. Lo prometo.»

29

El *Unicornio Amarillo*, al parecer, no iba a volver. Eso le sumaba nuevos problemas: porque el departamento de Burbank no se pagaba solo. Iztel aún tenía algo de dinero ahorrado, pero se gastaría en un par de meses. Si no encontraba una nueva fuente de ingresos, se vería obligada a abandonar el piso y alejarse de Joseph otra vez.

Fueron días difíciles. Los cupos para trabajos *freelance* al parecer se habían agotado de repente. Envió varias propuestas a diferentes periódicos y revistas para las cuales había trabajado tiempo atrás, pero solo recibió evasivas o directamente silencio.

Bip, mientras tanto, había recuperado el ánimo y comía un poco más. Como Itzel tenía pocas cosas que hacer, ambos pasaban parte del día encerrados en el apartamento, mirando series viejas del cable y comiendo a toda hora *snacks* y comida chatarra.

Fue durante uno de esos días, a principios de septiembre, que recibió el llamado de su madre. En un primer momento, Itzel (quien se encontraba abotargada tras una siesta improductiva), fue incapaz de encajar en su mente lo que Francisca le estaba diciendo. O quizá tampoco podía creerlo.

Se incorporó del sofá (despertando con su movimiento al gato, que la observó malhumorado) y le pidió que repitiese sus palabras.

—Tu padre, niña —dijo Francisca elevando la voz, como si hablara con un hipoacúsico—. Desapareció. Se fue. Dejó una nota en la que dice que tiene que hacer no sé qué cosa para descubrir el velo. Parece una despedida. Tu padre siempre fue un idiota, querida niña, pero nunca pensé que lo era tanto… Ahora la policía lo está buscando.

30

–Madre, ¿cuándo ha ocurrido eso? —preguntó Itzel, con la mente de repente despejada.

La voz de su madre se escuchaba nasal y entrecortada. Parecía haber estado llorando. Itzel trató de recordar la última vez que la había visto llorar: no consiguió hacerlo.

—Pues fue hace una semana más o menos —dijo Francisca—. No quisimos decirte nada antes, Itzel, para no alarmarte. Pensábamos que lo encontraríamos enseguida, que iba a estar caminando por ahí en el centro de Iztapalapa. ¿Qué tan lejos podía llegar un viejo? Pero al parecer nos equivocamos. Ya han pasado seis o más días, mi niña, y tu padre ha desaparecido…

Se echó a llorar después de eso. Itzel, que quería gritarle de enojo, se mordió los labios y en cambio le brindó a su madre palabras de consuelo.

—Probablemente tuvo un achaque, pero ya aparecerá —trató de asegurarle—. Ni los narcos ni los criminales se interesan en los viejos, así que en ese sentido, podemos quedarnos tranquilas. Tampoco puede tratarse de un secuestro, porque, ¿qué le pueden sacar a un viejo como él? Yo creo que solo está perdido, madre. Es una suerte para él que el clima sea benévolo y los fríos del invierno aún estén lejos.

—Sí —reconoció tímidamente Francisca—. Eso es cierto.

—Lo mejor que podemos hacer es esperar el accionar de la policía —siguió Itzel, animada porque sus palabras surtían efecto en su madre—. Y mientras tanto, difundir su foto. Por Facebook, por todas las demás redes sociales, incluso pegando carteles en las calles. Como en los viejos tiempos. ¿Qué te parece, madre?

Esta sugerencia, de dudosa utilidad, pareció calmar un poco a Francisca. Sin embargo, no estaba del todo convencida de que el viejo don Armando estuviere perdido. Había un propósito en sus movimientos, dijo. No lograba entender lo que había querido decir en aquella ambigua carta, pero el viejo parecía dispuesto a algo. Aunque nadie sabía a qué.

—También existe otra posibilidad —agregó Francisca después de una pausa.

—¿Qué cosa, madre?

—Que tu papá… que tu papá se haya ido con otra vieja…

Y eso dio pie a un nuevo ataque de llanto, que hizo que Itzel por un momento reconsiderara, con gran sorpresa, la relación entre sus padres. Siempre había pensado que tanto su madre como don Armando habían dejado de quererse hacía mucho. Ambos seguían juntos, pensaba, más por costumbre que por otra cosa. Toleraban la presencia del otro como quien tolera que un sillón descuajeringado permanezca en un living: no es gran cosa, no hay dinero para comprar otro, pero al menos sirve para aliviar las asentaderas.

Y, sin embargo, su madre lloraba como una colegiala por la ausencia de don Armando… Eso le dio mucho para pensar aquella tarde.

Se despidieron con la promesa de volver a llamarse en cuanto hubiera más novedades.

Itzel quedó naturalmente preocupada. Su situación económica no le permitiría un nuevo viaje

a México. Pero, si su padre seguía sin aparecer, de una forma u otra tendría que hacerlo. Aunque fuese en uno de esos interminables viajes en autobús que todos los fines de semana organizaban los inmigrantes pobres para ver a sus familias.

No mucho tiempo después, mientras veía la tele sin ver, se dio cuenta de un detalle: su padre había desaparecido más o menos al mismo tiempo que ella estaba en la Ciudad de México entrevistando a Lud. ¿Alguna cosa tendría que ver con la otra? Itzel al menos en ese entonces no lo supo, pero agregó un motivo más a la lista para sentirse culpable y deprimida.

31

Llegó el fin de semana sin otras novedades. Itzel se mantenía en contacto con su madre a través del WhatsApp. Los informes que daba la policía no eran muy alentadores, pero al menos dejaban abierto un resquicio para la esperanza. En México había una gran cantidad de personas perdidas, explicaban los federales. Los expedientes se amontonaban en las atestadas comisarías del distrito. Era cuestión de tener paciencia: don Armando tarde o temprano aparecería. «Pero yo quiero que aparezca vivo», dice que dijo Francisca, luego de hablar con un tipo de bigotes del GEBI. «Ah, bueno, señora, eso ya es otro precio», contó que dijo el tipo, y luego se alejó riendo entre compinches.

—Los odio —dijo su madre—. Odio a todos esos monigotes del Estado que cobran un sueldo para mantener los culos sobre las sillas.

Itzel no sabía qué hacer. Se daba cuenta de que no podía permanecer inactiva durante mucho tiempo más. Joseph la ataba, pero se sentía inquieta sabiendo que su padre vagaba por las calles de la capital de México, sin más ropa que la que llevaba puesta y sin un centavo en los bolsillos.

—Pero eso sí, se llevó sus jodidos caracoles —le había dicho su madre—. Seguramente cree que lo alimentarán en cuanto el hambre le empiece a picar: siempre fue un viejo necio y estúpido.

32

Estaba pensando seriamente en comprar un pasaje de avión, para el siguiente lunes, cuando recibió un mensaje. A través de LinkedIn.

Era la noche del sábado. Esa misma tarde, Itzel había visitado el mercado para comprar café y comida para Bip. Cuando pasó por la góndola de los licores, se sintió tentada de comprar una botella. Dos horas después se encontraba sobre el sillón junto a Bip, bebiendo un trago detrás de otro. Lo hizo en forma lenta, dijo, saboreando el licor de menta y tomándose su tiempo entre copa y copa. Pero fue un proceso ininterrumpido. Cuando recibió el mensaje de LinkedIn, estaba algo borracha y su mente giraba con lentitud, como una de esas lámparas para niños que proyectan una galaxia de estrellas sobre el techo. Recibir el mensaje la alertó un poco.

Porque así era como el *Unicornio Amarillo* se había comunicado en un principio con ella.

No es que estuviera ansiosa por regresar a comunicarse con Lévi, dijo. En realidad, y aunque sonara algo cruel, poco le importaba la suerte del anciano. Después de todo nunca lo había visto, no le conocía la cara ni la voz, nunca habían hablado más que de estrictos motivos profesionales. Pero quizás algo de gratitud le despertaba. Gracias al empleo del *Unicornio Amarillo* había conseguido mudarse a Burbank y estar un poco más cerca de Joseph. Se dio cuenta entonces de que nunca antes había agradecido a Lévi por ello.

Si era finalmente Lévi, pensó, no dejaría pasar la oportunidad de saldar la deuda. Abrió el mensaje.

Pero no era de Lévi, sino de un tal L.S.B. La foto de perfil mostraba el rostro de un hombre de mediana edad, con bigotes a lo Ned Flanders y anteojos ahumados. Su expresión era seria aunque no amenazante. Miraba fijamente hacia la cámara. «L.S.B», pensó Itzel sin mucha curiosidad. «¿Las siglas de alguna revista o publicación *online*? ¿Algún periodicucho al cual había enviado un currículum?

Luego, en la medida que se lo permitía su cerebro abotargado, se dio cuenta de lo que podía significar: Licenciado Simmons Britten.

Su estado de laxitud alcohólica pareció disiparse de repente. Se apresuró a abrir el mensaje.

Hola, Itzel. Soy Simmons Britten, el coeditor del *Unicornio Amarillo*. Nunca hemos hablado, pero seguramente el licenciado Lévi me ha mencionado en alguna de las conversaciones que has tenido con él. Lamentablemente, la salud de mi amigo y socio ha empeorado mucho en la última semana. Sus familiares han debido hospitalizarlo, y los médicos temen lo peor. Uno de los deseos más firmes de Lévi (y que yo pienso cumplir a rajatabla, pase lo que pase) es que nuestra preciada revista continúe viva y no perezca con la muerte de uno de sus fundadores. Por ello es que te contacto a través de este medio. No poseo ni tu número de celular ni tu casilla de e-mail, por lo que te agradecería que me los facilites con prontitud. Tal cual el deseo de mi amigo, estoy preparando el próximo número del *Unicornio Amarillo,* por lo cual necesitaré contar nuevamente

con tus servicios. Si estás interesada, házmelo saber y te adjuntaré los datos de tu próxima entrevista. Por favor, contesta lo más pronto que puedas.

Afectuosamente,

LIC. SIMMONS BRITTEN

33

Se tomó sus buenas horas para contestarle.

Por un lado, por supuesto, se alegraba de tener noticias del *Unicornio* (y de los ingresos que representaba), pero por el otro se encontraba demasiado preocupada por su padre y no sabía si estaba en condiciones de empezar un nuevo trabajo.

Sin embargo, al final siempre primaban las necesidades económicas (era una lección que había aprendido hacía mucho tiempo, cuando en su casa en Iztapalapa escaseaba la comida y debían conformarse con cenar trozos de pan remojados en leche), por lo que escribió a Britten. Le dijo que lamentaba lo de Lévi, y que se sentía honrada de seguir integrando el *staff* del *Unicornio*. Esto último era una mentira diplomática; en cambio, lo de Lévi no estaba tan lejos de la verdad. Se sorprendió al descubrir que le daba un poco de lástima la noticia del viejo. Era, de lejos, el mejor editor que había tenido en mucho tiempo. Alguien comprensible, alguien que parecía escuchar de verdad. Sobre todo, era alguien que parecía tener un cierto bagaje cultural, en contraposición a la mayoría de los editores de esas revistas *online* que solían contratarla por temporadas, que al parecer nunca habían leído un libro.

Britten le contestó al día siguiente. Dijo que Lévi estaba un poco mejor, pero que aún no recuperaba la consciencia. Dijo también que se alegraba de que Itzel decidiera seguir trabajando para ellos. Le adjuntó a continuación los datos de su próximo entrevistado: un tal Danny Rosen, un lugareño de Orchid Bay (Florida) de setenta y dos años de edad. Vivía con su nieto de diecinueve, ya que sus padres habían fallecido en un accidente cuatro años atrás. Según lo que se rumoreaba, Frank, el nieto de Danny, sufría de un caso de posesión maligna. Había intentado quemar una iglesia y se lo había visto caminando desnudo por las calles gritando blasfemias y babeando una asquerosa baba negra. El señor Rosen había pagado la fianza por el delito de su nieto (además de los arreglos de la iglesia) y desde entonces se había encerrado con él en su casa en las cercanías del santuario de Turkey Creek. Se decía que lo mantenía en un sótano, alimentándolo a base de pescado y vegetales. No dejaba que nadie ingresara a su propiedad. Algunos vecinos habían llamado a la policía, pero al parecer los oficiales de Orchid Bay, increíblemente, pensaban que lo que ocurría dentro de cada casa era algo personal y privado, y que la ley no debía inmiscuirse a excepción de que se tratara de algo realmente grave, como un asesinato o una agresión. Si Rosen consideraba que la mejor forma de enderezar a su nieto era castigándolo y encerrándolo en la casa, decían, pues entonces estaba en todo su derecho de hacerlo.

La parte más increíble de todo era que, luego de estos intentos (tibios) de denunciar a Rosen, los vecinos habían callado. Al parecer, temían al nieto de Rosen, y la atroz decisión que había tomado el viejo los había alejado de él. Había, por lo tanto, que callarse la boca y hacer como que nada estaba pasando.

Toda esta información, a Itzel, le cayó como una losa dentro del estómago. Demasiada

oscuridad, demasiada estupidez y negligencia en unas pocas líneas. Por un momento, reconsideró la posibilidad de rechazar el trabajo. Ya había dado su palabra, pero el caso de Rosen… sencillamente parecía demasiado. ¿Qué se suponía que debía hacer, escuchar a un viejo loco y fingir que creía en posesiones y entidades demoníacas, mientras su nieto evidentemente desequilibrado se encontraba encerrado en un sótano? Era una locura.

Transfirió estas preocupaciones a Britten, quien le respondió que actuara de acuerdo a sus principios. «Por empezar, hay que comprobar que la información que tenemos sea verdadera», le dijo. «Y si resultara cierta, pues entonces deberás obrar en consecuencia. El *Unicornio Amarillo* te apoyará en lo que decidas hacer.»

«¿Y si decido denunciar el caso a las autoridades pertinentes?»

«Pues entonces te ayudaremos a que tu voz se escuche lo más lejos y lo más fuerte posible.»

Esta respuesta le gustó. Los casos de la ouija y de Resposo hablaban de tiempos pasados y poco se podía hacer sobre ellos. El caso de Lud era un poco más complejo: hablaba de cosas ocurridas dos años atrás, pero ahora parecía haber empezado de nuevo. En cambio, este en particular era diferente porque se estaba desarrollando en el presente, su conclusión aún era ambigua y podía existir un grave caso de maltrato detrás. Exigía de Itzel otra responsabilidad, otra actitud en su rol de periodista. ¿Más compromiso? Seguro que sí. Pero ¿qué hacer con su padre?

«Debes viajar a Florida», pensó entonces. «Estarás, por lo tanto, cerca de México. Ante cualquier novedad sobre Armando, podrás volar y en dos horas estarás allí. ¿Qué más quieres?»

Pensar de esta forma le hizo sentir cierto alivio. No era el momento adecuado, pero suponía que así se daban las cosas. El tormento constante que representaba la idea de perder el apartamento de Burbank la impulsaba a cosas que ni siquiera hubiese considerado tiempo atrás. Sin dar más vueltas a la cuestión, ese mismo día preparó las maletas y compró el pasaje de avión. También compró una jaula para Bip: no pensaba volver a repetir el error de su viaje a México.

Previa visita a Joseph, tomó el vuelo al atardecer del día siguiente.

34

Llegó a Florida a la mañana siguiente, el martes 23 de agosto. Itzel estaba recogiendo el equipaje cuando recibió un nuevo llamado de su madre. De inmediato, supo que se trataba de algo urgente, porque de lo contrario su madre le hubiese enviado un WhatsApp. Se apresuró a responder.

Las noticias eran, tal cual lo había temido, bastante graves: habían visto a Armando en la estación de ómnibus de Durango, a unos ochocientos kilómetros de la capital mexicana. Las cámaras lo registraban en actitud serena y segura, aguardando un autobús en dirección al norte. No parecía un tipo extraviado o fuera de sí. Llevaba una maleta descuajeringada en una mano.

—Seguro que allí guarda sus caracoles —dijo Francisca con amargura.

En la grabación, se lo ve hablando brevemente con un joven, aunque al parecer es una conversación casual, porque luego el joven se aleja y se toma un autobús en dirección contraria. Era el último rastro que se había encontrado de Armando, y los de procaduría suponían que había seguido viajando. Francisca no sabía explicarse de dónde sacaba el dinero para comprar los pasajes, pero quizá tenía algo ahorrado.

—Seguramente escondía los billetes en las bolsas de alimentos para pollos —dijo Francisca —. Ahí guardaba muchas cosas. Incluso una colección de revistas asquerosas que le descubrí cierta vez, y que no le eché en cara por pena propia y ajena.

Esta noticia desestabilizó el ánimo de Itzel. Si antes dudaba de su capacidad de llevar a cabo la entrevista, ahora lo consideraba casi imposible. Pese a que había intentado meterse en la historia de Rosen, sus otras preocupaciones le daban un orden de importancia cercano al cero.

Además, las características propias del caso no la entusiasmaban demasiado. No tenía ganas de enfrentarse, al menos en esos días, a la peor muestra de estupidez e ignorancia humanas.

Lo único bueno era el calor de Florida; odiaba el frío, dijo, y recibir aquella oleada de calor húmedo y casi tropical al salir del aeropuerto le alegró un poco el ánimo. Pero no mucho.

El *Unicornio* le había reservado un hotel a pocos minutos del aeropuerto. Era, como todos los anteriores hoteles reservados por sus editores, un edificio a medio camino entre las tres y cuatro estrellas, más ladeado hacia el tres que hacia el cuatro. Una cascada de potus y plantas colgantes decoraban la fachada. Atravesar la entrada fue similar a adentrarse en una selva. Una empleada no muy predispuesta, concentrada en sus conversaciones de WhatsApp, le tomó los datos y luego la despachó hacia una habitación del primer piso. Observó a Bip en su jaula y le indicó que poseían una bandeja higiénica para mascotas. Itzel aceptó, y la empleada sacó de detrás de una puerta ubicada a sus espaldas una asquerosa bandeja de plástico, manchada de orines y excrementos de otros animales. Itzel le agradeció, tomó la bandeja con la punta de los dedos y partió rumbo a la habitación.

Quince minutos después, Itzel ya había desempacado y estaba preparándose para viajar rumbo a la casa de Rosen. Cosa que (como se encargó de recalcarme por tercera o cuarta vez), no

le hacía gracia en absoluto. Su mente iba de un lado a otro, indecisa, incapaz de concentrarse en una sola idea. La desaparición de su padre, los enigmas encontrados en los últimos días, con la ouija de Alexander y el mensaje de James incluidos, atentaban una y otra vez con su capacidad de atención.

Y todo pareció confabular en su contra, dijo, al recibir aquel mensaje de Lud, momentos después de que ella saliera del hotel en busca de un taxi.

En un principio pensó en no leerlo. Estaba comenzando a enojarse con esa chica. ¿Qué quería de ella? Itzel se había encargado de aclararle que no era médium ni bruja ni tampoco ayudaba a quienes creían ser atacados por entes sobrenaturales. Ella era solo una periodista. «Y ni siquiera creo en todo esto: lo hago simplemente por dinero», se vio tentada de decirle en alguna ocasión. Pero luego recordó la conversación con Britten. Todo aquel rollo de que el caso de Rosen podía afectarla «psíquica y moralmente». Que exigía un tipo mayor de «compromiso profesional». ¿En dónde quedaría todo eso si no contestaba los mensajes de Lud? Porque era evidente que la chica necesitaba ayuda. Y por algún motivo, había visto en Itzel un resquicio de esperanza. Debía, por lo tanto, contestar ese mensaje. Más que nada por una cuestión de principios.

«Dios mío», suspiró Itzel resignada. «Un ciego guiando a otro ciego.»

Leyó por fin los mensajes. Para ese entonces, había conseguido un taxi que la llevaba hacia la casa de Rosen. El día era veraniego, la gente andaba con remeras y pantalones cortos por la calle, y ella no podía creer que tuviera que tratar con temas tan oscuros en un día como ese. Era como si una atmósfera negra la rodeara. Como en esas caricaturas en donde una nube de lluvia seguía al protagonista. Solo que en su caso no le resultaba tan gracioso.

«Estoy por perder al bebé», decía uno de los tantos mensajes de Lud.

«Ayer llegó Javier borracho a casa. Me pegó en el estómago varias veces. Logré escapar a tiempo. Ahora estoy en la casa de mis padres. Presentamos una denuncia a la policía. No saben dónde está Javier, desapareció desde ayer a la noche. No fue al trabajo. Sé que está escondido por ahí, y pronto regresará a verme.»

«Por favor, Itzel, sueño todas las noches con esa puerta negra. La mujer de la silla de ruedas aparece detrás. Tiene la cabeza de una serpiente. Algo debe significar. No sé a quién pedir ayuda.»

«Por favor.»

«¿Me ayudarás?»

35

No supo qué responder al mensaje. No se esperaba algo así. Supuestamente Javier (según el propio relato de Lud) no era de los tipos violentos. Supuestamente la estaba apoyando en todo eso. ¿Qué habría pasado?

Fue inevitable pensar en aquella visión experimentada frente a la ventana de Lud, durante su viaje a México. Javier la estaba matando a golpes en el living. ¿Realmente había sido solo una visión? ¿Y si Lud le había ocultado la verdad? Pero no, era imposible: después de todo, la chica se encontraba en perfectas condiciones cuando se asomó a la puerta.

El taxi estaba llegando a las cercanías de Turkey Creek. Itzel pensó que sería un error responder a Lud en forma apresurada. Lo más lógico sería completar la entrevista primero y luego dedicar algún tiempo a su caso. Por otro lado, Itzel no se imaginaba de qué manera podía ayudarla. Las palabras de la chica eran horribles, estaban cargadas de tristeza y malos presagios. Maldición, ¿por qué en los últimos tiempos estaba condenada a cumplir el papel de un simple espectador?

Guardó el celular dentro del bolso y trató de olvidar (al menos de momento) las pavorosas cosas que acababa de contarle Lud. Si se concentraba en la entrevista, más pronto la terminaría y por lo tanto tendría más tiempo para dedicarse a esa pobre chica.

Turkey Creek era un santuario de tortugas y aves. Se suponía que también podían verse algunos grandes lagartos. Lo surcaba un arroyo de aguas tranquilas que podía recorrerse en balsa. No era un lugar muy visitado; las indicaciones escaseaban y el taxista por un momento se manifestó perdido. Finalmente, luego de consultar el GPS, la llevó a una callejuela que se internaba a pocos metros de la entrada del santuario. Recorrieron unos dos kilómetros y luego se detuvieron.

—A partir de aquí tendrá que seguir el camino a pie, señorita —le advirtió—. No queda muy lejos, pero si desea puedo esperarla. Le cobraré tarifa preferencial.

Itzel le agradeció el gesto, pero se vio obligada a rechazarlo. Bajó del taxi y recorrió la distancia que faltaba para llegar a la casa de Rosen.

Era un lugar sombrío y al mismo tiempo cálido. El silencio era casi absoluto. El camino estaba circundado por una espesa pared de vegetación húmeda. Lejos, se escuchaba el murmullo de un arroyo. Los mosquitos se abalanzaban sobre sus brazos, e Itzel tuvo que apresurar el paso.

Terminó frente a una casa de piedra y madera, con techo a dos aguas. Una enorme buganvilla se había apropiado de las columnas del porche. Un perro atado a un árbol la miraba y gruñía por lo bajo. «Nada bueno puede esperarse de un hombre que ata a sus perros», pensó Itzel.

De repente, se dio cuenta de que podía correr ciertos peligros: estaba sola en medio de la nada. Solo el taxista sabía de su paradero. Quizá también Britten, pero ¿cuánto tiempo podía transcurrir hasta que se percatara de que algo andaba mal y decidiera enviar ayuda?

Por otro lado, trató de calmarse, no creía que Britten la enviara a un lugar peligroso. Se

suponía que debía velar por su seguridad. Después de todo, ella no era una corresponsal de guerra o algo así, sino una simple periodista que trabajaba para una revista. Si algo le pasaba, Britten se vería envuelto en serios problemas.

«Pero si ni siquiera sabes si realmente existe», pensó desanimada. «Pensabas que era una invención de Lévi hasta no hace mucho tiempo. Y Lévi, ¿quién rayos es Lévi? No conoces su verdadero nombre. Solo sabes que es psicólogo. Y ni siquiera de eso puedes estar segura, porque pudo habérselo inventado. Podrías haber estado hablando en los últimos tiempos con un terrorista, y tú ni enterada.»

No eran momentos adecuados para detenerse en eso, así que Itzel llamó a la puerta. Salió al rato un hombre mayor, bien mantenido, con ropa de trabajo. Le dijo que había estado ocupándose del jardín. Se limpió la mano derecha con la tela del pantalón y se la ofreció. Itzel se la estrechó y se encontró tocando una piel dura y áspera, propia de un campesino o alguien que ha pasado su vida trabajando al aire libre. Rosen abrió la puerta aún más y la invitó a pasar. Quizá siguiendo un instinto de conservación, Itzel observó su celular: no se sorprendió demasiado al constatar que no recibía señal alguna. «Los condimentos propios de una película de terror barata», pensó antes de ingresar resignada al humilde hogar de Rosen.

Durante la charla, que duró unas dos horas, le costó concentrarse en lo que aquel hombre tosco aunque aparentemente bienintencionado le decía. Su mente regresaba una y otra vez a lo que le había dicho Lud. «Ayuda», era su desesperado grito a través de un mensaje del WhatsApp. «Por favor, necesito ayuda.»

¿Y cuántas veces en los últimos tiempos las personas se habían acercado a ella, justo a ella, para solicitar su ayuda?

Daphne había sido una de las primeras, quizá la más sorpresiva. Lucille Resposo, a su manera, también había solicitado auxilio. Y ahora Lud. A todas ellas, Itzel las había ignorado sin contemplaciones. Siempre encontraba alguna excusa u otra para dar. Que estaba confundida, que tenía problemas, que se le había muerto el ex y vaya uno a saber cuántas cosas más. ¿Era aquel un comportamiento propio de ella? ¿Algo de lo cual sus padres lograrían enorgullecerse?

Sus padres, o mejor dicho: su padre. Era en él quien Itzel encontraba un modelo a imitar. Menospreciado por muchos y burlado por otros, don Armando siempre había obrado en consecuencia a sus principios. Eso era algo que Itzel siempre había admirado de él. Lo había odiado cuando decidió no concurrir a su boda, sí. Lo había odiado también cuando al parecer se había refugiado en sus caracoles cuando ella más lo necesitaba. Pero al menos nunca se había vendido, nunca había recurrido a la hipocresía para obtener algún beneficio a cambio. ¿Qué pensaría su padre al verla a ella en esa casa en Florida, escuchando los cuentos de un viejo supersticioso mientras una mujer pedía su ayuda? Sin dudas decepción. No le diría nada (las palabras no eran la especialidad de don Armando), no le daría ningún discurso cargado de falsos valores. Solo la miraría. Como solo él sabía mirar: fijamente, casi sin pestañear, como quien observa algo bello y al mismo tiempo peligroso. Y su mirada diría mucho más que una hora de sermones y reproches.

CRÓNICAS (IV)

LA POSESIÓN DE FRANK

Al principio del relato de Rosen, dijo Itzel, casi no escuchó lo que el viejo le decía. Y si lo registró, lo hizo en un segundo plano, como escuchando un silbido en el viento. A cada rato miraba su celular, esperando que la señal apareciera, pero siempre en vano. Mientras tanto, Rosen contó muchas cosas; parecía ansioso por hablar.

Si uno lo miraba desde lejos, parecía un viejito dulce que vivía en soledad y pasaba sus días cuidando de su huerto y de los conejos que criaba en la parte de atrás. Pero lo que decía era terrible. Mezclaba elementos del folklore indio con enseñanzas de la Biblia; emitía dictámenes, hacía de ángel y Dios y demonio al mismo tiempo. Contó que su nieto siempre había tenido predisposición hacia el mal, y que sospechaba que había matado a sus padres en aquel accidente. «Estoy seguro de que algo hizo con los frenos del coche», dijo. Su nieto, Frank, tenía habilidades para la mecánica y tranquilamente podría haberlo hecho. Pero su moral desviada se remontaba a muchos años atrás, cuando era un crío, aseguró. Había envenenado al gato de la familia. Sus padres salieron en su defensa diciendo que había sido un accidente, pero Rosen dudaba. «En aquel entonces tenía siete años, y cualquier crío a esa edad sabe que meterle lejía al animal por el gaznate termina en muerte. Pero Frank lo hizo igual, porque le daba lo mismo si el gato vivía o no. Disfrutaba viendo cómo los demás sufrían. Cuando la vez que me caí del tejado y me quebré la pierna, Frank simulaba tropezar a cada rato conmigo, y me la pateaba. Y vi que sonreía durante el funeral de su abuela Meghan. Estaba hecho para el mal, sí señor, y yo debía haberlo detenido hace mucho tiempo. Si lo hubiera hecho, probablemente mi Tom, es decir, su padre, ahora estaría vivo.»

Todo empeoró, dijo, durante el año anterior, cuando Frank comenzó a sufrir convulsiones. Le hicieron unos estudios y le diagnosticaron epilepsia. Recibió un tratamiento que no lo mejoró mucho, y fue entonces que apareció una tal señora Parker para empeorarlo todo.

La señora Parker, explicó Rosen, era una especie de curandera, una mujer que andaba de un lado a otro en las regiones profundas de Florida, ofreciendo curar males de amores, enfermedades, quiebras espirituales y económicas, incluso (se rumoreaba) la muerte. Alguien del pueblo convenció a Rosen de tratar a Frank con los métodos de la señora Parker, y por algún motivo que ya no recordaba a Rosen le pareció bien. «Llegó esa mujer una tarde del verano anterior, arrastrando un carrito lleno de botellas y papeles. Era la vieja más sucia y fea que vi en mi vida. Realmente parecía una bruja, de esas que se ven en los dibujitos de Disney. Y olía mal, terriblemente mal…»

A menos de cinco pasos de distancia, dijo Rosen, ya podía percibirse ese olor que era una mezcla de queso rancio, sudor viejo y podredumbre. La señora Parker usaba una falda larga, al

estilo de los gitanos (aunque no parecía gitana). Cuando en un momento se giró para buscar algo en su carrito, su falda se elevó un poco, y un viento horroroso, el más nauseabundo que Rosen sintió en su vida, se alzó desde allá abajo en dirección a sus narices. «Casi vomité», reconoció Rosen, con evidentes gestos de asco.

La cuestión es que la señora Parker, olorosa o no, parecía conocer muchos secretos «del más allá», no era una de esas falsas pitonisas que te cobran diez dólares en las ferias para adivinarte el futuro. En cuanto vio a Frank, pareció entrar en un estado de trance y sus ojos se pusieron en blanco. «No es epilepsia lo que tiene este chico», dijo después de un tiempo. «Sino al mismo diablo.»

Dio entonces a Rosen una serie de instrucciones para curarlo, que luego Rosen evitó mencionar a Itzel. Pero, básicamente, se trataba de sacrificar un animal y ofrecérselo a la entidad que rondaba a Frank para apaciguarla. Rosen, impresionado por la aparente sabiduría de la mujer, llevó a cabo el ritual. Mató a uno de sus conejos y siguió las indicaciones que le había dado la señora Parker. Y a partir de ahí todo empeoró.

«Cada día me convenzo más de que esa vieja lo hizo a propósito. Ella debió ser un enviado del diablo, y las instrucciones que me dio no servían para ahuyentarlo de la vida de mi nieto, sino para liberarlo.»

Para ese entonces, cuando el infierno se desató en la casa de Rosen, la vieja Parker debía estar lejos, en algún lugar que nadie podría asegurar. Riéndose a carcajadas mientras dejaba aquella inolvidable pestilencia a su paso. Ya era tarde para lamentaciones. El mal ya estaba hecho.

Fue en la segunda noche después del ritual cuando sucedió, dijo Rosen. Debía ser la una y media de la madrugada, él estaba mirando la televisión en su cama, cuando escuchó un gruñido proveniente del dormitorio de Frank. Al principio, dijo, él pensó que uno de los cerdos de la granja de Sokoll había escapado y se había refugiado en la casa, porque el gruñido era exactamente igual al de un cerdo. Rosen sabía que esos animales podían ponerse peligrosos cuando se escapaban. Podían morder, y su mordida era más fuerte y más dolorosa que la de un perro bulldog. Recogió un bate de aluminio que guardaba bajo la cama y se acercó a la habitación de Frank. Estaba totalmente a oscuras, y Rosen extendió la mano para encender la luz. Pero entonces se detuvo. Vio algo sobre la cama que le puso la piel de gallina. Retiró la mano lentamente y la usó para aferrar el bate, como si estuviera a punto de conectar un jonrón. «¿Frank?», dijo, pero lo que había visto no se movió. Fue entonces que recordó a la vieja Parker. Supo entonces que todo aquello estaba de alguna forma relacionado. Tuvo miedo, tanto o más que cuando se encontró accidentalmente en medio de un ataque de napalm-B en el delta de Mekong, hacía ya como un millón de años atrás. Repitió el nombre de su nieto, y aquellos ojos no se movieron. Porque era eso lo que había visto Rosen, en la negrura del dormitorio: un par de ojos del color del fuego, grandes y malignos, que relucían en la oscuridad.

Retrocedió un par de pasos, y aquellos ojos comenzaron a moverse. En su dirección. Los gruñidos volvieron a escucharse, pero esta vez Rosen no pensó que se trataba de un cerdo escapado de la granja vecina. Sabía que era Frank. En algún punto de aquella larga noche, mientras dormía, se había transformado en otra cosa. Algo horrible e imposible de ver.

El anciano retrocedió hasta la cocina, siempre con el bate en la mano, esperando que aquella cosa saliera de la oscuridad. Podía verlo cerca del umbral, una sombra de ojos rojos, erguida al

lado de la cama. Lo miraba fijamente. Rosen, con el cuerpo temblando incontrolado, buscó la mesa para apoyarse sobre ella. No quería apartar la mirada de aquellos ojos. Tenía la horrible certeza de que, si lo hacía, siquiera por un segundo, aquella cosa se abalanzaría sobre él. Apoyó el trasero sobre la mesa, para afirmarse mejor. Por un momento, pensó en retroceder hasta la puerta, meter la llave en la cerradura y salir. Todo sin apartar la mirada de aquella cosa. Él conocía la casa de memoria, podría hacerlo. El punto que finalmente lo detuvo era el siguiente: ¿qué hacer luego? La noche allá afuera era cerrada. La camioneta estaba a unos cuarenta pasos de distancia, dentro del viejo granero. Cualquier movimiento en falso, cualquier pozo o rama con la que tropezar y estaría perdido. La opción de una llamada telefónica tampoco era muy viable. Porque ¿quién en sus santos cabales acudiría en ayuda de un viejo loco que vivía en medio de la nada? Quizás algún policía podría apiadarse de él… pero el asunto es que Rosen pensó que no debía hacerlo. No debía llamar a nadie. Aquello que ocurría en su casa era un tema privado. Algo entre él y su nieto. Y quienquiera que se había interpuesto entre la vida de los dos. Él debía encargarse de solucionarlo.

Así que Rosen se quedó allí, en la cocina en penumbras, recostado contra la mesa, el bate en alto, observando a la figura de ojos fulgurantes refugiada en las sombras. Pasaron varias horas. El cuerpo del anciano estaba rígido y temblaba al borde del agotamiento. Durante unos momentos pensó que no lo lograría. Cuando los primeros rayos de sol al fin despuntaron sobre los árboles, la criatura pareció vacilar, luego retrocedió hacia la cama y los ojos de Rosen se humedecieron de alivio. Dejó escapar un largo suspiro, y su cuerpo cayó laxo sobre el sillón del living. Durmió unas seis horas. Cuando despertó, tenía el cuerpo convertido en una sola y enorme contractura. Pero su nieto dormía en la habitación, como si nada hubiese ocurrido.

Ese fue solo el comienzo. Hubo después más noches aterradoras y largas, desesperados e inútiles rezos hacia un dios que parecía ciego, sordo y mudo, llamadas a religiosos, líderes espirituales y conocidos en general. Pero nadie en apariencia quería brindar su ayuda. Una psicóloga fue cierta tarde a ver a Frank, y salió huyendo despavorida a los pocos minutos. Rosen, un anciano de ochenta y dos años que apenas había terminado la primaria, se vio desbordado por la situación y no supo qué hacer. Cuando una noche Frank escapó de su habitación y mató a una docena de cerdos en la granja de Sokoll, supo que las cosas se le estaban yendo de las manos. Y ni hablar cuando ocurrió lo del incendio de la iglesia: ahí la comunidad entera lo señaló como principal culpable. «Hazte cargo de tu nieto, de ese engendro que escondes en tu casa», le dijeron los vecinos más antiguos, «o lo haremos nosotros.»

Así que Rosen decidió encerrar a su nieto en el sótano.

Fue una solución en principio provisoria, dijo, pero luego, por diversos motivos, se fue extendiendo en el tiempo. «Que quede claro, señorita: yo no disfruto viendo a mi nieto encerrado ahí abajo, con cadenas en los pies», dijo Rosen con expresión de repente compungida. «Pero, por otro lado, ¿qué podía hacer? Los vecinos habían amenazado con matar a Frank, hacerlo desaparecer. Las autoridades me daban la espalda. Solo un pequeño grupo de jóvenes me apoyó al principio. Dijeron que tramitarían ayuda social desde el Estado. Unas semanas después de esto, llegó a mi casa un dúo de chicas recién salidas de la universidad, que se presentaron como asistentes sociales. Pidieron ver a Frank. Yo, que sabía que podía meterme en graves problemas si veían su real situación, lo había dejado liberado en la habitación, claro que con la puerta cerrada con llave. Cuando esas pobres chicas vieron a Frank, palidecieron al punto de que una de

ellas estuvo a punto de desmayarse. Frank ya no hablaba, y en cambio, emitía esos gruñidos de cerdo que me ponían los pelos de punta durante la noche. Pero eso no era lo peor. Lo peor era esa mirada que tenía… como la de un gato a punto de cazar un ratón. Una mirada divertida y malévola al mismo tiempo. Una de las chicas, quizá compadecida de él, extendió una mano para acariciarlo… y entonces Frank sonrió. Sonrió y la miró de reojo. Abrió la boca y comenzó a sacar la lengua. Yo ya había visto ese numerito, por lo que le advertí a la chica que se apartara. No sé si la joven no me escuchó o simplemente no pudo moverse del susto. La lengua de Frank era negra, como si estuviera podrida, y larga, condenadamente larga. Sacó su lengua unos treinta centímetros, casi hasta llegar a la altura del ombligo. Y comenzó a gruñir. Fue entonces que las chicas dieron media vuelta, tropezándose entre sí, y salieron corriendo exactamente como lo había hecho la psicóloga. Después de eso volví a encerrar a Frank en el sótano, porque sabía que a la noche era cuando se ponía más peligroso. Las asistentes no volvieron a aparecer. Los chicos que en un principio me ayudaron comenzaron a esfumarse. Al parecer, detrás de ese desistimiento estaban sus padres, que querían a sus hijos lo más lejos posible de mi casa. Como última medida, prometieron conseguir a Frank un lugar para que lo tratasen. Un manicomio, en resumidas cuentas. Pero ya los rumores se habían extendido a lo largo y a lo ancho de estas tierras, y nadie, ni siquiera los médicos más curtidos, querían saber nada con este caso.

Queda, señorita, una última carta: la del Vaticano. Sé que un sacerdote local ha remitido una carta al papa, pidiendo por su ayuda. Pero, o bien el papa tiene muchas cartas para leer, o bien la leyó y le ha interesado un bledo. Porque han pasado ya seis meses, y yo sin novedades.

Mientras tanto, Frank sigue ahí, abajo en el sótano. Le doy de comer, lo aseo, le suministro vitaminas para que no se debilite. Aun así, su aspecto es horrible… Le puse un televisor para que pueda mirar sus series favoritas. Aunque no sé si realmente puede verlas. Está mal, realmente muy mal, y yo ya no sé a quién acudir en ayuda…».

36

«Ayuda.»

Ahí estaba de nuevo esa palabra. Parecía seguirla a todos lados. «Ayuda, ayuda, ayuda…»

Rosen había concluido su horrendo y disparatado relato. Observó a Itzel con atención, como esperando algo de ella.

Itzel carraspeó y dijo que le agradecía sus palabras, que ya tenía todo lo necesario para la entrevista. Al igual que Lud, una sombra de decepción pareció surcar los ojos del anciano. Pero solo fue por unos segundos. Luego, su mirada se iluminó como si recordara algo. Extendió un brazo y tomó las manos de Itzel. La mujer reprimió el deseo de encoger el brazo y lo miró interrogante

—¿Quiere que vayamos a verlo? —le dijo Rosen.

—¿A quién?

Pero ella ya sabía la respuesta.

—A mi nieto, por supuesto. —Quizás Itzel dudó un instante, porque Rosen se apresuró a aclarar que no correría ningún riesgo—. A esta hora siempre duerme y es inofensivo —dijo.

Itzel, casi sin alternativas, asintió. Quería terminar con esa entrevista de una vez y hablar con Lud. Quería saber qué había pasado con su marido y con el bebé. Unas horas antes le había importado un pepino, pero ahora de repente estaba preocupada.

Abandonaron la cocina y descendieron los escalones del sótano.

Abajo, había olor a vómito y a detergente de pino para pisos. Una tele encendida mostraba un noticiero económico vespertino. Itzel dudó que un joven de diecinueve años se interesara por la subida en dos puntos de la tasa del bono a diez años del Tesoro de los Estados Unidos. Se preguntó cuánto del relato de Rosen había de cierto. Parecía un viejo legítimamente preocupado por la salud de su nieto… pero aquello parecía una cárcel de Jalisco.

—Ahí está —dijo el anciano, señalando hacia una cama herrumbrada.

Pese a que Itzel no quería hacerlo, igual miró. Y reprimió un grito de angustia.

Lo que había sobre esa cama apenas podía identificarse como humano. Heridas y escoriaciones en gran parte de la piel de la cara y los brazos. Huesos que sobresalían como espigas. Una respiración entrecortada y dificultosa. Pensó, al borde de las náuseas, que era increíble que una situación como esa ocurriera en pleno siglo XXI, a plena vista de todos y en el país que se consideraba uno de los más avanzados del mundo.

¿Cómo había ocurrido aquello? ¿Hasta dónde llegaban los límites de la superstición y las falsas creencias?

Itzel pensó que el caso de Frank era una denuncia segura para la Secretaría de Derechos Humanos. A su abuelo le corresponderían diez años de cárcel, mínimo. Nada justificaba aquella escena dolorosa y dramática que se desarrollaba frente a sus ojos. Absolutamente nada.

37

Salió de la casa de Rosen minutos después. Estaba furiosa. Furiosa con Rosen, pero también con aquel pueblo que miraba hacia otro lado, con la sociedad misma.

¿Y qué se suponía que debía escribir para el *Unicornio*? ¿Una crónica en donde se daba a entender que el nieto de Rosen estaba poseído por un demonio? ¿Era eso lo que pretendían sus lectores?

Era una locura. No pensaba hacer algo así.

Inmersa en estos furiosos pensamientos, atravesó el camino de tierra a toda velocidad. Estaba atardeciendo y muy pronto las luces naturales caerían. Cuando llegó al punto donde la había dejado el taxista, consultó su celular. Había vuelto a tener señal, por lo que se detuvo para contestarle por fin a Lud.

Estuvo un buen rato concentrada en los mensajes, que envió uno detrás de otro, como quien realiza una desesperada catarsis.

Le dijo, entre otras cosas, que la perdonara. Que ella había sido insensible en los últimos tiempos, y que estaba dispuesta a ayudarla en lo que fuera. Que tuviera cuidado con Javier, que explicara todo a la policía, absolutamente todo. Si era posible, que pidiera custodia policial hasta que la situación se resolviera y encontraran a su marido.

Luego, una vez desahogada (aunque fuese mínimamente), llamó a una compañía de taxis.

Le dijeron que llegarían en unos veinte minutos. Itzel preguntó si no podía ser antes, los de la compañía le dijeron que no, y entonces Itzel aceptó resignada.

Comenzó a caminar otra vez. Aquel camino era realmente desértico y no creía que pasara mucha gente por día.

Algo delante de ella se movió. Itzel se paró en seco.

No era más que una tortuga de agua, que se dirigía deprisa hacia las humedades de la reserva.

Itzel se quedó observando el andar del pequeño animal. La tortuga, con su paso rápido aunque desmañado, se internó en unos pastizales y se perdió de vista. Después de un minuto, reapareció del otro lado de la alambrada, el cuello estirado y las patas moviéndose como si nadara en un estanque. Ahí debía haber un agujero en la alambrada, pensó Itzel.

Siguió caminando. Pensó que no estaba muy lejos de la entrada, quizás a un kilómetro de distancia. Mientras más caminara, más pronto se encontraría con el taxi.

Había oscurecido muy rápido. Itzel de repente apenas podía ver más allá de cinco o seis pasos del camino. Consultó su celular: Lud aún no había respondido, ni siquiera había leído los mensajes. También pensó llamar a la policía estatal de Florida, denunciando el caso de Frank… pero eso lo haría en cuanto llegara al hotel.

No quería reconocérselo a sí misma, pero aquella súbita oscuridad la había puesto nerviosa. Y el maldito taxi que se demoraba.

Había caminado unos treinta o cuarenta pasos cuando un ruido a sus espaldas la detuvo.

Parecía… el gruñido de un cerdo.

De inmediato, recordó el relato de Rosen. Su piel se contrajo de miedo. «Debe ser uno de los animales salvajes de la reserva», pensó. «Quizás un caimán.»

El gruñido se repitió. Esta vez más fuerte.

«Es un cerdo. Definitivamente, es un cerdo.»

De súbito, fue consciente de lo vulnerable que parecería allí, parada en medio de una calle de tierra, en medio de un pantano.

Se dio vuelta para mirar.

No era un caimán ni un cerdo.

Era la figura de un hombre. Una figura parada a unos veinte metros de ella. Parecía un chico grande, o un hombre desnudo. Sus brazos colgaban laxos al costado del cuerpo.

No podía verle la cara. Había demasiada oscuridad. Pero estaba segura de que era Frank. Se había escapado de su sótano. O quizás (y esta posibilidad era la más aterradora de todas), su abuelo lo había dejado escapar. ¿Con qué motivo? Eso era lo que más espantaba a Itzel.

—¿Frank? —dijo en voz alta—. ¿Eres tú, Frank?

La sombra no respondió. Se movía lentamente de un lado a otro, como si apoyara su peso primero en un pie y después en otro. Su pecho subía y bajaba rítmicamente.

¿Y podía ser que sus ojos brillaran, como dos brasas de cigarrillos?

Pero no era posible.

El chico solo tenía un evidente desequilibrio mental. Nada de posesiones ni entidades demoníacas. Itzel no estaba dispuesta a aceptar eso.

— ¿Frank? —volvió a preguntar.

Esta vez sí recibió una respuesta: un largo, bronco y espantoso gruñido.

El rostro de Frank (o quien fuera que estaba ahí) se elevó hacia el cielo. Como un lobo aullando en la noche.

Comenzó a correr en dirección a Itzel.

La chica no esperó a ver de quién se trataba. De todas maneras, casi no tenía dudas de que era Frank. Se dio media vuelta y huyó por la calle desierta.

38

Se acercaba. Era mucho más rápido que ella.

Muy pronto tenía al chico pisándole los talones. Itzel sintió que algo le aferraba el dorso de la camisa. Perdió el equilibrio. Las piernas de su perseguidor se enredaron en las suyas, y ambos cayeron sobre la tierra reseca.

Sintió que unos dientes trataban de morderle los muslos. Pataleó desesperada y su pie izquierdo, por simple casualidad, dio en el rostro de su atacante.

Se escuchó un horrible crujido. Quizá le había roto la nariz al desgraciado. Sin molestarse en ver los resultados, Itzel se incorporó y siguió corriendo.

Al cabo de unos pocos pasos de loca huida, se dio cuenta de algo espantoso: estaba corriendo en dirección contraria. Hacia la casa de Rosen. La caída y las volteretas que había dado en el suelo la habían desorientado.

Pero ya era tarde para retroceder: la sombra que podía ser Frank acababa de incorporarse, e iba tras ella.

Jamás supo Itzel de qué parte de su subconsciente surgió el recuerdo de la tortuga. El animal había logrado pasar la valla de alambre a través de un agujero ubicado al lado de un poste. Era eso o verse obligada a regresar a la casa de Rosen. Si es que, claro, Frank no lograba atraparla antes.

Vio que el poste estaba a unos pocos metros y se abalanzó sobre él. Se arrastró a toda velocidad entre el barro, buscando el famoso agujero del alambrado. «Dios mío, si no lo llego a encontrar o es demasiado pequeño para pasar por ahí, estaré perdida», pensó tardíamente.

Sus manos tantearon la malla del alambre con desesperación, buscando un punto de discontinuidad. Mientras tanto, detrás de ella, Frank se internó en los pastizales y comenzó a buscarla. Itzel lo supo por los gruñidos cada vez más cercanos que emitía. Eran cortos y secos, casi divertidos. Pensó que había sido un gran error seguir los pasos de aquella tortuga. ¿A quién rayos podía ocurrírsele algo así? Era evidente que no estaba pensando con coherencia. Creyó que algo le tocaba los pies (pudo haber sido la mano de Frank o quizás un gusano, ella nunca lo supo), y entonces encontró el agujero. Al parecer, era bastante grande para pasar a través de él; seguramente otros animales además de la tortuga lo utilizaban como paso aduanero. Itzel se arrastró hacia el lugar y traspasó hacia el otro lado. Sintió que algo le arañaba la espalda y pensó que era Frank, que finalmente la había alcanzado y había posado sus dientes (o sus uñas) sobre ella. Pero enseguida se dio cuenta del error: acababa de herirse con los alambres en punta de la malla cortada. Se incorporó del lugar, jadeante y cubierta de barro, y corrió en dirección a las profundidades de la reserva.

39

Perdió el rastro de Frank muy pronto. Ignoraba si la había seguido al interior de la reserva. Los continuos ruidos que se desprendían del interior de la selva la sobresaltaban y la obligaban a marchar continuamente.

Quizá se trataba de animales, de caimanes que chapoteaban en el arroyo o de monos que trepaban por las ramas en busca de alimento o refugio. Pero Itzel no podía conformarse con esa explicación. Sabía que su vida estaba en peligro.

Para colmo, la señal del celular se había vuelto a perder, y no podía pedir ayuda a través de él.

Se maldijo a sí misma por haber sido tan poco precavida. Pero, sobre todo, maldijo a Britten. Aquel hijo de puta la había enviado a la boca del lobo. Frank y su abuelo estaban mal, muy mal de la cabeza.

Decidió marchar en línea recta, siguiendo el arroyo sin detenerse. Supuso que, tarde o temprano, se encontraría con alguien. Un empleado de la reserva, algún turista, alguien. Después de todo, no se encontraba en una selva africana, sino en una parcela estatal de los Estados Unidos.

Caminó y caminó. Pasaron las horas. Una niebla húmeda bajó desde los árboles y la temperatura descendió unos diez grados.

Itzel estaba aterida. Tenía la horrible impresión de que Frank la observaba desde las sombras, su mirada imposible fija en ella, en sus movimientos.

A eso de las seis de la mañana vio que una balsa se acercaba a través del arroyo. Un tipo que resultó ser el encargado de la reserva se acercó para ofrecerle ayuda. Creyó que ella era una turista que había quedado dentro cuando todas las puertas habían cerrado. Fue por eso que al principio se mostró algo molesto:

—Señorita, las indicaciones son bien claras, no debió haberse alejado del contingente en ningún momento. —Como pudo, encontrándose aún conmocionada, Itzel explicó lo que realmente había ocurrido. Habló de Rosen y su nieto chiflado. Habló de la persecución que había sufrido a la noche. En ese punto, la expresión del encargado se transformó. Sus facciones se suavizaron, como comprendiendo. Le dio una manta térmica y la condujo de regreso a la entrada —. Tuvo muchísima suerte, hoy podría estar muerta —dijo, innecesariamente. Se ofreció a llevarla hasta el hotel, pero Itzel dijo que prefería ir en taxi. Mientras lo aguardaban, en el puesto de información, le ofreció un café bien cargado y le contó que todos los lugareños temían a Rosen—. De joven, siempre fue un tipo muy violento. Tenía una escopeta cargada con municiones de sal, y no dudaba en dispararla a quien se atreviera a acercarse a su casa. Me lo topé varias veces, cuando era un crío, y casi me morí de miedo —contó. Miraba a Itzel con una mezcla de reproche y admiración. Quizá todavía no podía creer que hubiese podido sobrevivir al ataque del nieto de Rosen—. Dicen que está endemoniado —agregó al cabo de un rato, con

cautela.

Pero Itzel prefirió ignorar este último comentario. No quería saber nada con explicaciones paranormales ni nada de eso. Mientras bebía su café (un horrible brebaje que sabía a cuero sucio, pero que al menos le calentó el cuerpo y le revivió un poco el alma), le dijo lo que recordaba de Rosen: que había sido un ex combatiente de Vietnam y parecía saber mucho sobre la vida de campo.

El encargado pareció sorprendido de esto.

—Jamás fue a una guerra, que yo sepa. Siempre vivió aquí. Es un viejo mentiroso.

—¿También es mentira que los padres de Frank murieron en un accidente? —quiso saber Itzel.

La expresión del encargado volvió a cambiar.

—Oh, no, eso es cierto, absolutamente cierto. —Después, le preguntó si estaba segura de no llamar a la policía—. Todos sabemos que ese hijo de puta encerrado en el sótano es peligroso, nadie quiere acercarse por miedo. Pero esto se pasó de la raya. Es hora de encerrarlo en algún lugar más seguro. O incluso, Dios me perdone, darle pena de muerte… —dijo el encargado, reflexivo.

Itzel volvió a aclarar que prefería encargarse del asunto ella misma. Pero pensó: «Dios mío, esta es una tierra de palurdos».

El taxi llegó diez minutos después. Itzel agradeció la ayuda del encargado y prometió devolverle la manta en cuanto lograra controlar un poco la situación.

—No hay problema, se la regalo, después de todo, sale del presupuesto del condado —dijo el tipo. Itzel volvió a agradecerle y se subió al taxi.

El taxista, un tipo de apariencia afroamericana, se dio vuelta para observarla de arriba abajo. Itzel era consciente del aspecto que debía ofrecer: la ropa embarrada, los pelos y la cara pegoteados de mugre, quizás unas pintitas de sangre en la espalda de la remera. El tipo regresó la vista hacia el volante y no preguntó nada, cosa que Itzel agradeció infinitamente.

—Al Costa Hotel —le ordenó.

En menos de quince minutos ya estaban ahí.

40

Lo primero que hizo al llegar a su habitación fue darse una larga ducha; tenía barro en el pelo, en los dedos de los pies e incluso dentro de sus partes íntimas.

Cuando procedió a enjuagarse, un caracol de agua dulce, del tamaño de un garbanzo, cayó desde su cabello.

El cuerpo de Itzel temblaba entero. Su respiración se volvía agitada por momentos.

Fue al salir del baño y ver a Bip, durmiendo en un rincón del dormitorio, que algo dentro de ella comenzó a derrumbarse.

Había olvidado el gato por completo. El animal estaba muerto de hambre y había hecho sus necesidades sobre la alfombra. Acunó a Bip entre sus brazos mientras afluía un torrente de lágrimas y sollozos que se detuvo recién después de unos diez minutos.

Fueron lágrimas gordas y calientes, de esas que parecen quemar la piel y no se detienen nunca. Lloraba por la noche de mierda que acababa de pasar, pero también lloraba por su padre, por Joseph, por todas las cosas horribles que había visto y experimentado en las últimas semanas, como el feroz ataque del perro negro, en el jardín de Lud, que al final al parecer no había sido tal. Tenía sus sospechas (incipientes y algo débiles, sí, pero sospechas al fin) de que se estaba volviendo loca, y por eso también lloraba, como por todos aquellos misterios que de alguna forma u otra la angustiaban: el mensaje de James antes de morir, las anotaciones de la tabla ouija de Alexander, los enigmas del accidente del año anterior.

Le llevó unos diez, quince minutos recuperarse. Quizá más. Le dio de comer al gato y se quedó observando a través de la ventana. Una oleada masiva de luz blanca y cálida había inundado las calles. El aire de Florida resurgía en todo su esplendor. Los turistas, envueltos en prendas chillonas de verano, habían comenzado su continuo peregrinar hacia ningún lado.

Itzel envió un mensaje a la enfermera de Joseph, preguntándole lo de siempre: si estaba bien, si habían surgido novedades. La enfermera le respondió lo de casi todos los días: no había cambios, todo seguía igual. Eso obró como un bálsamo para Itzel: al menos, las cosas no habían empeorado.

Había aprendido a conformarse con eso: simplemente, que las cosas no empeoraran.

Pensó, ahora sí ya más calmada, que tenía muchas cosas por hacer. Averiguar lo de su padre. Lo de Lud. Realizar la denuncia correspondiente por el caso de Frank.

Y, sobre todo, hablar con Britten.

De todas estas cosas, la más urgente (quizá por una cuestión de rencor, o de simple y llana furia acumulada), le pareció lo de Britten. Era hora de llamarlo. Era hora de sacar al *Unicornio* de sus misteriosas sombras. No es que pensaba lograr grandes avances con un simple llamado telefónico, pero, al menos, conocer la voz de Britten quitaría un misterio al problema.

Recogió el celular. Se dio cuenta de que su mano temblaba sin control. Parecía la mano de otra persona. Casi como si estuviera… bien, poseída. Era una palabra que Itzel comenzaba a

odiar. Pero, después de todo, ¿qué era la posesión sino un intento de la psiquis primitiva y salvaje de dominar al resto del cuerpo?

Buscó el número de Britten y llamó. Tuvo la certeza de que si el llamado era ignorado o directamente no contestado (como le había pasado con Lévi), elevaría un grito irreprimible de frustración y arrojaría el celular por la ventana. Por eso, se sorprendió al constatar que alguien del otro lado de la línea atendía al tercer llamado.

Una voz fuerte y enérgica, para nada correspondiente con un anciano, se elevó a través de la bocina del aparato. La voz retumbaba y producía ecos, como si el dueño se encontrara en una recámara vacía, o quizás en un baño:

—¿Diga?

Itzel supo que se trataba de un momento especial. Muchas cosas podían develarse a través de ese llamado. Era la primera vez que hablaba de voz a voz con el *Unicornio Amarillo*. ¿Por qué rayos no lo había intentado antes?

Suponía que algo de eso tenía que ver con Lévi. El viejo la había llevado a un terreno neutral, asegurándose de que las comunicaciones siempre fueran a través de WhatsApp o e-mail. Itzel había pensado al principio que Lévi era de esos tipos que se sienten seguros hablando a través de la palabra escrita, pero que dudan demasiado o resultan ser un fiasco en persona. Aunque ahora no estaba tan segura de que ese fuera el verdadero motivo.

—¿Britten?

—Sí, soy yo. Itzel, ¿verdad?

—Sí, Britten, habla Itzel.

—Es muy temprano, Itzel. ¿Ha pasado algo?

Itzel iba a contarle toda la historia del viejo Rosen, de su nieto Frank y del posterior intento de agresión que había sufrido, para finalmente realizar un feroz descargo en contra de aquel trabajo… pero entonces se detuvo. Un destello de lucidez se encendió en su cerebro. En ningún momento supo Itzel de dónde surgió esa idea, pero, una vez que fue consciente de ella, ya no pudo apartarla y cualquier otra alternativa le pareció un error. «El *Unicornio* me ha ocultado cosas», pensó en ese instante de luz. «Ni siquiera sé dónde está Lévi, ni quién diablos es Britten. Es hora, por consiguiente, de ocultar algunas cosas yo también.»

Así que, en vez de contar la verdad, se vio diciéndole a ese tal Britten que ella tenía muchas dudas sobre la entrevista, porque dudaba de la ética moral de la misma. No había podido dormir en toda la noche pensando en eso, dijo.

—Pero ya has entrevistado a Rosen, ¿verdad? —la voz de Britten era indudablemente cavernosa, con ecos que reverberaban en el celular. Itzel lo imaginó sentado en medio de una habitación vacía, mirando hacia una pared desnuda.

—Claro, fui ayer a la tarde. Y créame que fue horrible. El nieto de Rosen, Frank, vive encerrado en un sótano pestilente, en condiciones infrahumanas. Creo que, más que un caso para el *Unicornio Amarillo*, es una causa segura para la intervención policial. Lo más lógico sería realizar una denuncia. Y eso por empezar.

Contra todo pronóstico, Britten se manifestó comprensivo con el tema. Quizás Itzel suponía que actuaría como un fanático religioso o algo así, defendiendo la postura de la posesión y demás explicaciones mágicas. En realidad, Britten se comportó más bien como un abogado que escucha las vicisitudes de su cliente. La contuvo, le explicó que desde la editorial ellos se encargarían de

que el caso se difundiera a través de todo el territorio.

—Si las autoridades son necias, entonces también las expondremos frente a los ojos del mundo —prometió. Itzel poco a poco se dejó llevar por sus palabras. Parecía un tipo seguro de sí, alguien que sabía lo que quería.

Recordó lo que Lévi cierta vez había dicho: «Yo soy un soñador, y Britten el encargado de poner los pies sobre la tierra. Sin él, la revista no hubiese vendido un solo ejemplar». O sea que Britten se trataba, en definitiva, de un hombre de negocios. Todo lo que él decía parecía tener sustento, no desvariaba, no prometía cosas que después serían imposibles de llevar a cabo. Eran las palabras, pensó Itzel, de un hombre justo pero a la vez duro. Y se notaba que estaba acostumbrado a influir sobre los demás. Itzel no se dejó engañar por todas sus promesas (tampoco ella era una niña de pecho), pero al menos quedó más tranquila, con la sensación de que era apoyada en la causa.

Luego de unos quince minutos de charla, quedaron en lo siguiente: ella escribiría la crónica tal cual había sucedido, incluyendo, por supuesto, el intento de agresión que había sufrido en las cercanías de Turkey Creek. Mientras tanto, Britten se encargaría de las denuncias judiciales. El caso saldría en primera plana en el número siguiente del *Unicornio Amarillo*.

—Haremos escuchar nuestra voz, Itzel, y prometo que se escuchará hasta los recintos más oscuros del Congreso si es necesario.

41

Una vez concluida la conversación, Itzel se sentó sobre la cama y suspiró. Por fin aparecía alguien para aliviarle los compromisos. Ella aún tenía que lidiar con el asunto de su padre y de Lud. Por si fuera poco, no había dormido en toda la noche, y estaba agotadísima. Aquel día sería largo, tan largo como la noche que acababa de extinguirse.

Pasó gran parte de la mañana entre llamados telefónicos, mensajes de WhatsApp y algún que otro intento de escribir la crónica de lo de Rosen. Bip iba y venía por el cuarto, refregándose contra su pierna y jugando con una pelotita de tenis que había encontrado debajo de la cama. Parecía bastante animado, y eso a Itzel la puso contenta, ya que todavía le perduraba la culpa por haberlo olvidado durante todo un día.

A eso de las diez, su madre llamó. Seguían buscando a don Armando en el noreste de México. Su madre pensaba que don Armando pretendía llegar a Sonora, ya que tenía parientes allí. «Aunque no los ve hace décadas y no imagino por qué querría verlos justo ahora», agregó Francisca.

Estaba un poco más calmada desde que le habían mostrado el video de su marido en la estación de autobuses. Al menos, sabía que seguía vivo. Sus pensamientos ya no estaban enfocados en la negrura de un funeral, sino en los regaños que arrojaría sobre la cara de don Armando en cuanto lograran encontrarlo.

Itzel, por primera vez en mucho tiempo, estuvo de acuerdo con ella. Al igual que Francisca, pensaba que lo de su padre era una travesura, o (más grave) un acto animado por una incipiente enfermedad neuronal, como el Alzheimer. En cualquiera de las dos posibilidades, la realidad era mucho menos temible que un secuestro o un asesinato, como habían llegado a pensar no mucho tiempo atrás.

Pero fue lo de Lud en realidad lo que terminó por preocuparla. No había leído ninguno de los mensajes que le había enviado la tarde anterior. Volvió a escribirle, pero sin ningún resultado. Aguardó unos minutos y luego la llamó. Nada. El celular de Lud sonaba y sonaba, pero nadie atendía. ¿Estaría internada en el hospital?

Ella había dicho que su marido le había golpeado el estómago. Quizás estaban haciéndole estudios o algo así.

Para despejarse del asunto, Itzel intentó escribir la nueva crónica de Milena Crow. Parecía tan ridículo ese trabajo, tan ficticio, que le resultó difícil concentrarse. Pero luego recordó la promesa de Britten, el deseo compartido de ayudar a Frank y exponer su caso ante el mundo, y entonces logró cobrar impulso.

Volvió a escuchar, muy a su pesar, la voz de Rosen. Ahora que las escuchaba bajo una nueva perspectiva, cada una de sus palabras sonaban a mentira, a intento desesperado (y bastante hábil, debía admitirlo) de disfrazar una realidad que era mucho más espantosa que lo que pretendía aparentar. Los hechos parecían resumirse en la siguiente frase: Frank era un muchacho

desequilibrado, necesitado de tratamiento, y Rosen, un viejo maniático y embustero amparado por una comunidad igual de hipócrita. ¿Qué otra cosa necesitaba para dar sentido al informe?

Pues eso, nada más: la sensación de que el mundo era injusto y se caía a pedazos.

Pasó las siguientes dos horas escribiendo. Primero hizo una transcripción bastante fiel a los dichos de Rosen, y luego contó la verdad, *su verdad*, incluyendo el horrible incidente de la noche anterior. A diferencia de las otras crónicas, no se esforzó en imprimir a los hechos una cierta pátina de esoterismo, sino que directamente atacó la esencia de la psiquis de dos personas enfermas. Quizá los lectores del *Unicornio Amarillo* se disgustarían al leer eso, pensó. Quizás actuarían como las personas que se sienten indignadas cuando el mago revela sus trucos. Pues bien, al diablo con ellos, pensó Itzel. Que se quejaran y patalearan. Que la acusaran a voz de grito «atea» y lo que les viniera a la cabeza. Ella seguiría con su postura. Y si Britten llegaba a insinuar la más leve edición del relato… pues al diablo con él también. Aunque eso significara su despido.

Cuando terminó, a eso de las dos de la tarde, tenía sobre la *laptop* unas cuatro mil palabras de la crónica más honesta y pura que había escrito para el *Unicornio Amarillo*. Quizás incluso que todas las otras crónicas que había escrito a lo largo de los últimos años para revistas y sitios web. Seguramente no era su mejor trabajo, seguramente pecaba en algunos pasajes de exceso de moralismo y presunción literaria, pero sin dudas era uno de los más viscerales. Si Britten rechazaba el informe, sería por la incompatibilidad de la línea editorial (claramente a favor de las explicaciones esotéricas) y no por su calidad. Itzel estaba segurísima de eso.

Pasó la siguiente media hora ordenando el texto y corrigiendo algunos párrafos.

La tarde era calurosa. El aire acondicionado de la habitación parecía funcionar a medias. Bajó durante unos minutos al restaurante del hotel y pidió un sándwich de jamón y lechuga. Luego, regresó a la habitación, dio de comer a Bip y comenzó a preparar las valijas. El vuelo de regreso salía a las nueve de la noche. Aún tenía tiempo, pero quería regresar lo más pronto posible y había comenzado a ponerse ansiosa. Aquel pueblo había comenzado a darle asco. Ya no quería respirar el mismo aire que respiraban sus habitantes. Preparar las valijas le ayudaba a calmar un poco esa ansiedad.

Y estaba acomodando la ropa de la noche anterior (sucia de barro y con ramitas secas), metiéndola en una bolsa de nylon y ubicándola en un rincón apartado de la valija, cuando la pantalla de su celular se iluminó. En un principio, Itzel pensó que se trataba de Britten, con novedades sobre la denuncia de Rosen. Pero no: era el número de Lud. Leyó con incredulidad el WhatsApp que acababa de llegarle:

«¿Quién eres?»

Itzel dudó en responder. No porque no quisiera implicarse en el asunto, sino porque dudaba del autor del mensaje. Lud seguro no era. ¿Quién? ¿Acaso Javier? Y si era así, ¿por qué respondería a través del celular de Lud? El alcance de esa posibilidad era aterrador. Pero, por otro lado, ¿por qué siempre ella pensaba en lo peor?

«Tal vez porque es lo que he aprendido en los últimos tiempos», pensó con amargura. «A esperar lo peor.»

Decidió responder con la verdad. Quizá la situación no era propicia para jugar al gato y al ratón. Respondió al mensaje y dijo que se llamaba Itzel Guadalupe, y que era una periodista que había entrevistado a Lud hacía poco tiempo. «¿Con quién estoy hablando?», agregó al final.

Una breve pausa. Luego, el usuario que hablaba a través de la línea de Lud comenzó a escribir. Escribió durante unos segundos, luego se detuvo, volvió a escribir y a detenerse otra vez. Itzel observaba el celular, incapaz de hacer otra cosa. Sabía que aquello no era bueno. Había comenzado a acelerársele el corazón. Con su mano libre, distraídamente acarició a Bip, que también había comenzado a manifestarse nervioso.

Finalmente, las respuestas llegaron. Una detrás de otra, como un cuchillo hundido repetidas veces en el corazón de Itzel:

Soy la madre de Lud, Yuli.

Vi que le dejaste varios mensajes a mi hija, hablándole del caso de Javier. Pero, en el medio, ha ocurrido algo terrible.

Ayer a la tarde, Lud dijo que se iba a comprar unas gaseosas en la tienda de la esquina. Pero nunca regresó. Con mi marido hicimos la denuncia.

La encontraron hoy a la mañana, en un campo baldío. Mi chiquita estaba muerta. Estaba embarazada de cuatro meses.

La policía está buscando a Javier. Todos sabemos que fue ese hijo de puta el que me arrebató a mi hija.

Estoy destruida.

Dice usted ser periodista y que habló con mi hija. Cualquier pista o información que tenga, por favor tenga a bien suministrarla.

Sepa usted también que daré su número a la policía, para que puedan hacer las averiguaciones correspondientes.

Por favor, si no es para ayudarnos en la búsqueda de Javier, no vuelva a escribir.

Muchas gracias.

42

El vuelo de regreso a Los Ángeles fue horrible. Itzel no paró de llorar en todo el viaje. Los demás pasajeros la miraban incómodos. La azafata primero intentó tranquilizarla con palabras suaves, y luego directamente le ofreció un sedante. Itzel lo rechazó. No quería meterse más drogas que atontaran su consciencia. Cuando el avión finalmente aterrizó, muchos de los pasajeros suspiraron aliviados. Que una mujer llorara en un avión sin parar no era socialmente aceptable. Quizás alguno pediría un resarcimiento económico a la compañía aérea. «Viva la empatía de la sociedad posmoderna», pensó Itzel con rabia.

Durante los siguientes días siguió el caso de Lud lo más cerca que pudo. Leía las noticias, consultaba por Internet, incluso llamó por teléfono a diversos organismos de justicia de la Ciudad de México. Aprovechando la conexión que aún tenía con algunos periódicos mexicanos, supo que la policía tenía cercado a Javier. Las cámaras urbanas lo habían visto todo, en una secuencia que era tan horrenda que Itzel prefirió no terminar de ver: primero se la ve a Lud caminando por la calle, en dirección a una tienda, a continuación, un coche para y el conductor le dice algo que hace que Lud gire la cabeza sobresaltada. El coche se abalanza sobre ella y le golpea la pierna. Lud cae y se golpea la cabeza contra el bordillo de cemento. Queda atontada, porque apenas se mueve y no atina a pedir ayuda. El conductor del vehículo (que es claramente Javier), sale del coche y arrastra a Lud hacia el interior. Regresa al coche y se va a toda marcha. Todo esto sucede a plena luz del día, a las cuatro y media de la tarde. Ningún coche pasa durante ese período de tiempo (que debió durar no más de diez segundos), pero sí varios peatones que ni siquiera alzan la cabeza de sus celulares. No había testigos, tampoco denunciantes: solo las cámaras apostadas en lo alto de los postes de luz. Si no fuera por ellas, quizás el crimen hubiese resultado impune.

Tal cual había solicitado la madre de Lud, Itzel no volvió a escribir a ese número. Sí la llamaron varias veces, desde la fiscalía de México. El fiscal a cargo, un tipo apellidado Giménez, le hizo preguntas de rutina y quiso saber si tenía alguna relación con Javier. Itzel respondió con la verdad: que nunca lo había visto. Aunque estaba al tanto de lo que sucedía en el matrimonio de Lud, porque ella misma se lo había dicho. Le contó que era periodista, le facilitó un *link* para que pudiera leer la crónica que había escrito con respecto al caso. Giménez le agradeció y luego dijo que tal vez llamaría más tarde.

Dos días después, cumplió con su promesa: aunque esta vez no fue tan amable y rutinario como en la primera ocasión.

Dijo que había leído el artículo y que le había parecido bastante bueno, «aunque el resto de la revista es pura basura, no sé cómo usted puede creer en esas cosas». Parecía francamente enojado.

A Itzel le sorprendió la virulencia de su reclamo: después de todo, el grueso de los policías (y todas aquellas personas que a diario trabajan cerca de la muerte) era sumamente supersticioso y

creía en el más allá, en los ángeles, en los espíritus y en el poder de protección de las vírgenes. «Por Dios, justo viene a tocarme un ateo», pensó. Le explicó entonces que ella tampoco creía en nada de eso, pero que por una cuestión económica había aceptado el empleo. Solo se trataba del simple y vil metal. Giménez pareció aceptar la explicación, aunque muy pronto Itzel se dio cuenta de que su dureza iba más allá de eso. «Resulta que ayer estuve hablando con una vecina de Lud, una tal Vanesa Segovia», agregó al cabo de un rato Giménez. «¿La conoce usted?»

Itzel, sintiendo un escalofrío en la espalda, dijo que sabía quién era. Sabía que había habido un incidente con el perro de la mujer. «¿Podría usted ser más específica al respecto?», inquirió Giménez. Itzel supo que se estaba jugando quizá su misma libertad (o la posibilidad de un pedido de deportación) en ese mismo momento. Con la voz más calmada y firme que pudo adoptar, hizo un racconto de lo que había sucedido aquella tarde: desde la larga y escalofriante entrevista a Lud, hasta el enfrentamiento final con el perro, pasando por el tiempo que ella estuvo sentada sola en la plaza del barrio.

—Pero ¿de verdad usted creyó que un perrito chihuahua podía hacerle daño? —preguntó Giménez.

—Vuelvo a repetir lo que dije, señor fiscal: no era un perrito chihuahueño. Al menos, no fue eso lo que creí ver. Era un perro enorme, del tamaño de un mastín napolitano, quizá más grande. Y era negro. Me atacó ferozmente y tuve que defenderme con el rastrillo.

—Señora Itzel, ¿usted tiene problemas de visión?

—Veo perfectamente, señor.

—¿El lugar en el que usted se encontraba era demasiado oscuro como para no ver más allá de sus manos?

—No, señor fiscal.

—Y entonces, ¿cómo es posible que usted haya confundido un perro de cincuenta kilogramos con un perrito chihuahua?

Entonces Itzel, por primera vez, apostó por una verdad a medias. Se encontraba sentada en la cocina de su apartamento y la mano que sostenía el celular temblaba sin control. La idea de mentirle a un fiscal no le agradaba en absoluto, pero era eso o verse obligada a alejarse de Joseph durante un tiempo indefinido, lo que durara la requisa de la justicia mexicana. Mentirillas por una causa mayor, a fin de cuentas. Puso un rostro de piedra y dijo que ella, en realidad, estaba *asustada*. Asustada por el relato de Lud. De chica, había escuchado muchas cosas sobre el nahual, mintió, y las palabras de Lud no habían hecho más que revivir un viejo miedo que creía sepultado desde sus tiempos de la infancia.

—Creo que todo fue un caso de sugestión. Exactamente como le ocurrió a Lud cuando creyó ver la serpiente debajo del fregadero. Usted leyó esa parte de la crónica, ¿verdad? —A regañadientes, Giménez reconoció que sí, que lo había leído. Y también a regañadientes, agregó que él también había escuchado muchas leyendas sobre el nahual. Y que siempre le habían parecido una idiotez, aunque si alguien las contaba de noche, las cosas podían cambiar drásticamente—. En todo caso, no creo que el incidente del perro tenga algo que ver con la muerte de Lud —dijo Itzel, de repente a la ofensiva—. ¿O cree que yo tuve algo que ver con eso?

Giménez no se dejó amedrentar:

—Estuve leyendo algunas cosas sobre usted. Usted es esa famosa periodista que mató en un

accidente a uno de sus hijos.

—Sí, soy esa misma.

—Y también veo que su padre, don Armando Esquivel López, está desaparecido desde hace dos semanas.

—Eso también es cierto —reconoció Itzel.

—Perdóneme que le diga, señorita Itzel, pero su vida es como un culebrón venezolano, ¿se puso a pensar en ello?

—Vaya descubrimiento acaba de hacer —dijo Itzel, poniendo los ojos en blanco. Situación que por fortuna el fiscal no vio, ya que se encontraba al otro lado de una línea telefónica.

—Todo esto es raro, muy raro —dijo Giménez después de una pausa—. ¿Estaría usted dispuesta a viajar a México, en caso de que la fiscalía lo solicite?

—Por supuesto —se apresuró a contestar Itzel—. Aunque no sé en qué podría ayudar al caso de Lud.

—Claro, claro —dijo el fiscal. Había morigerado un poco su tono. Ya no se lo escuchaba tan ofuscado. Itzel supo que había logrado desembarazarse de la situación. Aunque no podía bajar la guardia: Giménez ya había posado sus ojos sobre ella—. Quizá más tarde vuelva a llamarla —volvió a decir el fiscal y cortó.

43

No hizo honor a su segunda promesa. El fiscal no volvió a llamarla. Dos días después, lograron aprehender a Javier: estaba oculto en una casa de un familiar en Jalisco. Él mismo, al saberse cercado por la policía, se entregó. Sus declaraciones posteriores fueron bastante confusas: reconoció haber golpeado a Lud la noche anterior a su crimen, pero no recordaba lo siguiente. No recordaba ni el secuestro ni el asesinato de Lud. Había permanecido como en un estado de trance, dijo. Cuando volvió en sí, se encontraba manejando un coche robado y llevaba a su mujer muerta en el maletero. «Tenía la cabeza cubierta con una bolsa», dijo. Fue entonces que Javier se asustó y perdió el control. Supo que, al no tener una coartada firme, su destino sería la cárcel de por vida. Decidió arrojar a su mujer en un terreno baldío, y luego huyó en dirección a la casa de unos primos que siempre le habían dado una mano cuando se encontraba en dificultades. «Y eso es todo lo que puedo recordar de momento», dicen que dijo, lo más tranquilo.

Por supuesto, nadie le creyó. El juicio se llevó a cabo en tiempo récord, al igual que su sentencia: cuarenta y cinco años a la sombra. Durante el juicio, la estrategia de Javier (sin dudas pergeñada por su abogado), fue cambiando y adaptándose al sentimiento del jurado. Primero dijo que no recordaba nada, después que estaba arrepentido y lloraba todos los días por su mujer, después que consumía drogas y tenía las facultades mentales enfermas. Ninguno de estos argumentos convenció o conmovió al juez. Aunque hubo uno en particular, esgrimido a solo dos días de la sentencia, que llamó la atención de la prensa y los curiosos. Casi como quien está contando una anécdota de aventuras frente a sus amigos, Javier dijo que en realidad había sido obligado a cometer el crimen. Él había intentado resistir, pero el presunto instigador era muy convincente y Javier no había podido luchar contra su enorme poder de persuasión.

—Ah, mire usted —dijo el juez encargado de la causa, en absoluto convencido—. ¿Y se puede saber quién es esa persona que lo obligó a matar a su mujer?

—No sé si es una persona —dijo Javier, de repente sombrío—. Al menos, no como nosotros creemos que son las personas. Es una *cosa*. Una cosa con forma de mujer. De mujer vieja, mejor dicho. Se mueve sobre una silla de ruedas, porque no tiene piernas. Y durante muchas noches visitó mi cuarto y me susurró al oído: *mátala, mata a tu mujer, mátala*…

44

Pero esto ocurriría meses, al menos siete meses después de los hechos principales, por lo que no conviene adelantarse demasiado a ellos. Debemos retroceder hasta los terribles momentos en que Itzel estuvo a punto de ser acusada por el fiscal Giménez. Había conseguido librarse de él, pero por otro lado no podía sacarse el caso de Lud de la cabeza. Era increíble que esa chica con la cual había hablado hacía menos de un mes estuviese muerta. Releyó una y otra vez la crónica que había escrito sobre su caso, pero no pudo sacar nada en limpio de ella. Los extraños sucesos relacionados con el perro, con la serpiente, con la anciana en silla de ruedas, con aquella enigmática puerta negra, no parecían arrojar mucha luz sobre el asunto.

En esos días, habló mucho con Britten. A veces mediante llamadas telefónicas, otras tantas mediante chats por WhatsApp. Britten también estaba al tanto de lo de Lud, y se manifestaba preocupado por la situación. En ningún momento dio a entender un entusiasmo amarillista (del tipo «saquemos rédito a esta muerte vendiendo más ejemplares»), por lo que se ganó unos cuantos puntos en la consideración de Itzel.

«Por cierto, la salud de nuestro amigo por fortuna está mejorando», escribió Britten cierto día. «Muy pronto estará en condiciones de regresar a sus labores, y volverás a hablar con él.»

Itzel le dijo que eran excelentes noticias… Aunque en el fondo creía que Britten mentía. Había algo en él que le generaba desconfianza. Además, seguía con el presentimiento de que tanto Britten como Lévi eran una misma persona, alguien que por algún motivo había decidido llevar a cabo un confuso juego de personalidades ocultas. ¿Con qué motivo? Eso era difícil de discernir. ¿Podía Itzel hacer algo al respecto? Bien, estaba segura de que podía. Pero ¿acaso no tenía ya demasiados enigmas para resolver como para adoptar uno más que en realidad no le preocupaba demasiado?

Sin embargo, fue durante una de esas charlas que ocurrió lo inevitable. Britten le estaba hablando de lo ocurrido en Orchid Bay. La denuncia estaba avanzando a nivel estatal, dijo. Era probable que le quitaran a Rosen la tenencia de su nieto y fuera enjuiciado por abusos y privación de libertad. Si todo salía como ellos esperaban, el siguiente número del *Unicornio* estaría dedicado íntegramente a ese tema. Mientras tanto, dijo, deberían avanzar en la siguiente crónica. Lévi ya había otorgado el nuevo objetivo: una mujer enferma de cáncer que al parecer podía mover objetos sin tocarlos.

Sin poder reprimir el impulso, en ese punto de la charla Itzel sugirió realizar una videollamada para seguir hablando.

—¿Para qué? —dijo Britten, luego de una pausa.

—No lo sé. Creo que es hora de vernos las caras. ¿Por qué no?

Itzel había comenzado a divertirse. Estaba convencida de que Britten pondría mil y un pretextos para esquivar la propuesta.

Por eso, se sorprendió frente a la respuesta positiva de Britten:

—En un minuto la estaré llamando.

45

Ni siquiera tuvo que aguardar un minuto entero. Ya que, a los veinte o treinta segundos, Britten la estaba llamando por Skype.

La imagen era clara y con buena definición, por lo que Itzel pudo hacer una apreciación bastante precisa de su rostro.

Había esperado encontrarse con un anciano; en cambio, Britten era un hombre de mediana edad, bien conservado y en aparentes buenas condiciones físicas. Su barba recortada le confería un aspecto más de leñador que de intelectual. Su figura maciza se recortaba contra una biblioteca bien nutrida. Hablaron durante unos minutos, de diferentes temas: el caso de Rosen, el del Frank, el que vendría a continuación; también hablaron de los sorprendentes números del *Unicornio* en cuanto a ventas. Luego, alegando una reunión, Britten se despidió y cortó. Su vozarrón siguió retumbando en los oídos de Itzel durante unos cuantos instantes más. No quería admitirlo, pero Britten la había impresionado. Era tal cual lo había imaginado: alguien seguro de sí, carismático, que sabía apretar los botones de la gente para ganársela y metérsela en el bolsillo.

Pero, aun así, seguía sin poder fiarse de él. Quizá jamás volvería a confiar en otro hombre, pensó. No después de lo de James. No después de lo de aquel golpazo que aún le dolía en sueños.

De su padre, mientras tanto, no habían vuelto a tenerse noticias. El rumbo que don Armando había tomado era un misterio. Itzel había releído la carta que había dejado, una y otra vez: hablaba de un velo, de un monstruo en el espejo, de un ser querido que necesitaba ayuda. Prácticamente era incomprensible. Habían contactado con los parientes de don Armando que vivían en Sonora, pero ninguno sabía nada de él. Suponían que tarde o temprano volverían a aparecer pistas, pero de momento había que tener paciencia. Para Francisca, era como si le pidieran que pusiera huevos: Itzel la imaginaba caminando por la casa de una habitación a otra, blasfemando por lo alto y maldiciendo el nombre de su esposo. «Más le vale tener una buena excusa a mano», repetía una y otra vez. «Más le vale decir que lo raptaron los narcos o algo así.»

Una semana después, Itzel completó su quinta entrevista para el *Unicornio*. El cuarto número no había salido aún, pero Britten le aseguraba que sería un éxito. El número de suscriptores había aumentado exponencialmente en las últimas semanas. «Y cuando el caso de Rosen salga a la luz, todo el mundo se fijará en ti, Itzel», le prometía.

Itzel no se sentía muy entusiasmada con aquella promesa. Prefería seguir trabajando desde las sombras, ignota e ignorada, una periodista más en las inmensas constelaciones del mundo *freelance*. Volver a los medios grandes equivaldría a revolver su pasado. Los lectores y cibernautas la reconocerían como a la inmigrante mexicana que había matado a su hijo. Los e-mails y las amenazas regresarían. Cierto era que ella podía ocultar su identidad, escudarse obstinadamente en Milena Crow… pero siempre había alguien, con los suficientes conocimientos en redes, dispuesto a desentrañar ese tipo de misterios. Mejor seguir así, sobreviviendo con tranquilidad y sin tanta exposición.

Llegaron los primeros fríos de octubre. Ese frío amable y nunca punzante de la costa oeste, pero que se torna un poco más serio con los vientos oceánicos y la llegada de la noche. El cuarto número del *Unicornio Amarillo* finalmente se publicó. Y, si bien obtuvo cierta repercusión, no logró la masividad que Britten esperaba. Para Itzel, fue todo un alivio. Además, la crónica sirvió para que los jueces tomaran nota de la gravedad del caso Rosen, acelerando los procesos judiciales. Frank fue destinado a una institución psiquiátrica, y Rosen terminó encarcelado por unos meses. Se esperaba que la condena fuera más severa, pero para ello se debía atravesar una maraña de juicios y testimonios de una y otra parte. Para Itzel, de momento, eso le bastaba. Se sentía un poco más útil que antes. Su trabajo en su mente adquirió otra dimensión, más acorde con sus principios. Ahora no solo escribía relatos semificcionales para una revista de corte pseudocientífica: también ayudaba a quienes de alguna forma u otra habían terminado como víctimas de las dudosas creencias de los demás.

Sin embargo, no todo marchaba viento en popa en el *Unicornio*. Al parecer, Lévi había desmejorado otra vez. Britten se manifestaba preocupado por su salud. También parecía algo alicaído, como si de repente fuera consciente de que podía terminar solo en aquella aventura editorial. «Sin él, el *Unicornio* perdería gran parte de su magia», le escribió cierta vez. Esto a Itzel le hizo bajar un poco la guardia frente a él, porque por primera vez lo notaba vulnerable. Había dejado de ser ese hombre de negocios arrollador para transformarse en alguien sensible. Eso habría sido imposible de imaginar en James, se descubrió pensando una noche.

Últimamente, pensaba demasiado en él. Sobre todo en su suicidio. Y en la nota que había dejado dentro de su puño. Itzel a veces tenía la impresión de que conocía los secretos para armar el rompecabezas. Solo que estaba oculto en alguna parte de su interior, y ella aún no se atrevía a nadar en esas aguas tan profundas.

46

Dos o tres días después de pensar en esto, mientras se encontraba dándole de comer a Bip, le llegó una nueva información desde México. Era sobre su padre: según su madre, los federales habían encontrado su rastro cerca de la frontera de Tijuana.

Lo que parecía una locura, de repente había tomado forma: don Armando había cruzado hacia los Estados Unidos. ¿Con qué objetivo? ¿Acaso pensaba visitar a Itzel? Pero, si era así, ¿por qué no había dicho nada?

Francisca estaba hecha una furia. Lo que nadie podía explicarse era cómo un anciano de ochenta y dos años había logrado traspasar la militarizada y dura frontera de la costa oeste. Sin dudas había recibido ayuda de algún tipo. Quizás había cruzado junto con un contingente de inmigrantes ilegales. En una camioneta o algo así. Tampoco podía descartarse una loca y peligrosa travesía a través del mar, en una de esas lanchas que también se utilizaban para transportar drogas. Las posibilidades eran casi infinitas, y una más alocada que otra.

Itzel aún no salía de su asombro. No podía entender qué era lo que pretendía su padre. Se suponía que estaba inmerso en los cerrados dogmas de su religión, incapaz de levantar la cabeza o de salir de su cerrado caparazón. ¿Acaso no lo decían sus parientes y vecinos? ¿O había sido todo una grotesca y apresurada interpretación de los hechos?

Itzel estaba tratando de digerir estos datos cuando otra noticia, esta vez surgida desde Florida, sacudió su alma.

Fueron días realmente agitados para ella. De nuevo, tuvo la sensación de caminar sobre una cornisa. De repente, todo parecía volverse contra ella, las cosas más cotidianas adoptaban tintes surrealistas o directamente oscuros. Una idea fue tomando forma en su cabeza: la muerte estaba empeñada en seguirla. Lo hacía a través de sus conocidos y familiares, de sus seres queridos, incluso acechaba a Bip, su mascota. Ella era una especie de rey Midas de la perversión: todo lo que tocaba, se transformaba en podredumbre.

Pero eso fue solo el principio. Estas ideas dieron paso a nuevas formas de ver las cosas. Una terrible sospecha comenzó a abrirse paso en sus pensamientos. A medida que más meditaba sobre el asunto, los caminos de sus reflexiones se hacían más oscuros e inquietantes. Todo parecía confluir en una sola y gran conclusión: nada, nada de lo que le había pasado en los últimos tiempos podía ser casualidad.

Concretamente, estaba pensando en el *Unicornio Amarillo.*

Todo esto fue a raíz del suicidio de Frank. Porque de eso se trataba, era eso lo que la había mortificado tanto y le hizo abrir los ojos: el chico había aparecido muerto en su cuarto, colgado de un ventilador de techo. El caso apenas si había tenido trascendencia en los medios. Itzel se había enterado por casualidad, a través de un portal de noticias local. Ella había cubierto los casos de Frank y Lud, y ambos ahora estaban muertos. ¿Qué podía significar eso? Quizá nada. O tal vez todo. Presa de sus horribles presentimientos, Itzel corrió hacia la *laptop* y se puso a

investigar.

Era el tercer domingo de octubre cuando ocurrió esto. Afuera caía una lluvia persistente y los relámpagos iluminaban los árboles. Bip parecía inquieto frente a la tormenta y se paseaba de un lado a otro por las habitaciones. Con dedos de súbito temblorosos, Itzel escribió en el buscador de Google las siguientes palabras: «Patricia Nores Junction City».

Le apareció un listado de sitios webs que mencionaban esos términos. Uno de ellos era el *link* que llevaba al perfil de Facebook de Patricia. Se veía su foto de perfil, de amplia sonrisa y exagerada vestimenta de fiesta. No era lo que esperaba encontrar, pero una corazonada le indujo a entrar a la red social. Examinó el muro de Patricia: nada en un principio le llamó la atención. Fotos de la chica con algunos amigos en un bar, un par de posteos sobre política, algunas publicaciones compartidas sobre chistes de la vida cotidiana. Itzel cliqueó sobre su foto de perfil, la que mostraba a una Patricia engalanada como para una fiesta de casamiento, el maquillaje quizás un poco chillón y la sonrisa forzada de una *selfie* ejecutada a desgano. La había subido el 6 de agosto, o sea, más de dos meses atrás. Tenía más de treinta comentarios, cosa que de inmediato le llamó la atención, ya que cada posteo de Patricia no se ganaba más de cuatro o cinco:

«Muy linda, amiga.»

«*Wow*, ¡hermosa!»

«Felicidades, Patri.»

A partir del sexto comentario, el índole de esas palabras fue cambiando drásticamente. Itzel sintió un escalofrío que le recorría la espalda de arriba abajo, como el rasguño de una navaja, mientras los leía:

«No lo puedo creer.»

«Te extrañaremos.»

«QEPD.»

Itzel se quedó observando estos mensajes durante unos segundos, incrédula. Patricia Nores, al igual que Lud y Frank, también estaba muerta.

47

Regresó al buscador. Esta vez, la búsqueda fue más minuciosa, más directa, ya que sabía exactamente qué era lo que estaba buscando. Afuera, la tormenta recrudecía y las gotas de lluvia golpeaban los vidrios de la ventana como un millón de nerviosos dedos. Itzel terminó muy pronto en el periódico local de Junction City, en donde por unos pocos dólares logró acceder a sus archivos históricos. Los comentarios de pésame vistos en la foto del perfil de Patricia comenzaban el 10 de agosto, por lo que Itzel decidió comenzar por el día anterior. No tardó mucho en hallar lo que buscaba: en la parte final del periódico, en sus necrológicas, aparecía el nombre de Patricia. Al parecer, su muerte se había sucedido durante un accidente de tránsito en una carretera secundaria. Su coche había dado un vuelco o algo así. Itzel no necesitaba saber nada más. Recogió su celular y llamó a Britten. Pero, tal cual se lo había dicho un presentimiento, nadie le respondió.

Optó entonces por enviarle una serie de mensajes de WhatsApp. Le dijo que necesitaba hablar de manera urgente con él. Hubiese deseado no mencionar nada sobre las muertes de sus entrevistados, pero fue incapaz de hacerlo, la ansiedad le ganó. Y ya que había metido la pata una vez, pensó, por qué no hacerlo dos veces: le dijo que aquello era raro, demasiado raro. Cinco entrevistados, tres muertos. Imposible que fuera casualidad. ¿Y qué mierda era lo que estaba sucediendo?, se exaltó al final de esos mensajes. ¿Qué era lo que el *Unicornio Amarillo* pretendía hacer?

Se sentía en una de esas novelas de misterio que tanto odiaba, en donde el protagonista se ve inmerso en una trama de conspiraciones y sociedades secretas. Solo que ella siempre había odiado a Dan Brown. Quería una explicación por parte de Britten. ¿Y por qué diablos no respondía al teléfono? ¿Por qué el *Unicornio* nunca respondía a sus mensajes cuando ella más los necesitaba?

Necesitaba desahogarse. Se sentía una estúpida, furiosamente impotente dentro de su departamento alquilado, mientras a su alrededor sucedían cosas que ella era incapaz de comprender.

Como Britten no daba señales de vida, siguió buscando en la red. Tipeó el nombre de Lucille Resposo. No halló nada significativo sobre ella, ni en las noticias de periódicos ni en las redes sociales. Pero eso no quería decir que no le hubiese sucedido algo. Después de todo, Lucille estaba en la cárcel y la información que podía surgir de un lugar así era naturalmente limitada. Intentó hallar algo sobre Johanna Peterson, la chica enferma de cáncer, pero lo mismo: no había noticias recientes sobre ella. La desesperación de Itzel aumentaba conforme pasaban los minutos. Afuera, la lluvia parecía replicar sus sentimientos, empatizar con ella: había arreciado, y un viento huracanado la acompañaba y la hacía caer en forma de remolinos. En algún lugar de la ciudad, el tendido eléctrico debió caer porque el apartamento quedó a oscuras, únicamente iluminado por la pantalla de la *laptop*, que funcionaba a baterías.

Y entonces fue que sucedió.

Sucedió a eso de las once de la noche, mientras Itzel se paseaba, al igual que el gato, de un lado a otro por la habitación. Sucedió mientras su mente era un torbellino de ideas y confusiones. La oscuridad seguía reinando en el apartamento, únicamente iluminado por la luz de la pantalla led de la *laptop.* Itzel fue a la cocina para hacerse un té y, cuando regresó, vio que la cualidad de luz de la habitación había cambiado. Antes reflejaba un tono azulado (el mismo del fondo de pantalla), ahora parecía más oscuro. Como si alguien se hubiese interpuesto en el medio… Miró hacia la *laptop*. Un estremecimiento recorrió su cuerpo y la obligó a detenerse. Los dedos que portaban la taza se aflojaron y el recipiente de vidrio cayó y se rompió en varios pedazos, derramando el líquido caliente sobre la alfombra.

«No puede ser», pensó Itzel durante esos segundos de vértigo. «Esto no puede estar pasando.»

En la pantalla, ocupando casi todo el espacio, había un rostro. El rostro de una chica que la miraba sin decir nada. Sus ojos eran grandes y húmedos, su piel, tirante y macilenta, como la de un enfermo de gravedad que se resiste desesperadamente a morir. Itzel había visto ese rostro unos tres o cuatro meses atrás, en fotos: pertenecía a Bea, la amiga de Patricia Nores fallecida de un paro cardíaco en la soledad de su habitación en Junction City.

Solo que no podía ser. Itzel se negaba con todas sus fuerzas a admitir lo que veían sus ojos. No puede ser, no puede ser, pensaba al borde de la locura. Si ese rostro de verdad estaba ahí, aparecido por algún motivo en la pantalla de quince pulgadas de la computadora, entonces eso quería decir que el relato de Patricia Nores era verdad. Y los otros, los de Lucille Resposo, los de Lud, etcétera, también lo eran.

Claro que había una segunda posibilidad, que paradójicamente le resultó más aterradora que todas las anteriores: que ella se estaba imaginando todo. En la pantalla no había ningún rostro, sino el fondo aburrido y convencional de Microsoft. Se lo estaba imaginando de la misma forma que había imaginado el ataque del perro negro o a la anciana en el funeral de James. Si esta posibilidad era la que más se acercaba a la realidad, entonces quería decir una sola cosa: ella estaba loca.

No había vuelta atrás ante una posibilidad así. Era negarlo o recluirse voluntariamente en un manicomio. Pero ella no se iba a alejar de Joseph de buenas a primeras. Antes muerta, pensó.

De un furioso golpe, cerró la *laptop* y se alejó a la cocina como si quisiera huir de sus propios pensamientos. Bip, refugiado debajo de una silla, la observaba como si se hubiese vuelto loca. Esta idea, la del gato dándose cuenta de todo antes que ella, le hizo lanzar una histérica risotada. «No estoy loca. Sé que no. Tiene que haber una mejor explicación a todo esto.»

Tomó la pala de plástico y un estropajo y se dedicó a limpiar el desastre que había hecho con el té. Evitaba mirar hacia la *laptop*. La imagen de Bea se le aparecía cada vez que cerraba los ojos: ese cabello lacio y descuidado, el óvalo indiferente de su rostro que bien podría haber pertenecido a un maniquí. Cuando terminó, arrojó los fragmentos de la taza a la basura y se sentó a pensar. Su corazón latía sordo en su pecho, pum pum pum. La lluvia había comenzado a amainar, aunque por momentos se levantaba un viento fuerte que hacía ulular los canalones de zinc del techo. Piensa, Itzel, piensa, se repetía una y otra vez. Algo debía significar todo aquello. Algo que no terminara en el callejón devastador de la locura. Estuvo unos diez o quizá veinte minutos así, sentada en medio de la cocina, aferrando el estropajo sucio y con el gato

remoloneando alrededor de sus pies. Cuando volvió a levantarse, tenía una idea clara de cómo obrar a continuación. Con paso seguro y rápido (quizá para asegurarse de que no se arrepentiría), se acercó de nuevo a la *laptop*. «No dejaré que esta mierda me gane. Fue solo una ilusión. Los fantasmas no existen. La ouija no es más que un juguete. El nahual es solo un cuento de viejas.»

Abrió la *laptop.*

El rostro seguía ahí. Mirándola impertérrito. Solo que había cambiado, se había transformado en otra cosa, en el rostro de un hombre. Itzel retrocedió y por poco no tropezó con Bip, que la había seguido a desgano.

Era Britten.

En la pantalla, el rostro que aparecía era el de Britten.

48

El rostro de Britten se acercó un poco más a la pantalla. Sus ojos parpadearon. Su ceño se frunció en un inequívoco gesto de extrañeza.

—¿Itzel? —dijo—. ¿Estás bien, Itzel? —agregó pasando a tutearla.

Itzel no respondió. Miraba la fantasmagórica aparición, incapaz de hacer otra cosa. Retrocedió otro paso. Su espalda se pegó a la pared.

—¿Itzel? —repitió el rostro de Britten—. ¿Qué está pasando ahí? ¿Por qué te encuentras a… oscuras?

—¿Britten? —reaccionó por fin la mujer—. ¿Es usted? ¿De verdad?

—Pues claro. —Britten la observaba con preocupación. Su mirada recorrió el entorno de la habitación de Itzel, como buscando alguna situación extraña que pudiera justificar el comportamiento de Itzel—. ¿Quién sino?

—¿Qué hace en mi *laptop*? ¿Cómo…?

Itzel se detuvo a mitad de la frase. Acababa de observar que el rostro de Britten se encontraba enmarcado en la caja de llamada de Skype.

—Se le conoce como Internet 2.0, mi estimada. Se trata de una herramienta muy poderosa. Puedes interactuar con otras personas ubicadas a miles de kilómetros de distancia. Y todo sin moverte de tu casa. Te encuentras bien, ¿verdad?

—Sí, claro —dudó Itzel. A medida que se iba recuperando de la sorpresa, comenzó a comprender lo ocurrido. Britten había llamado por Skype, y ella, al abrir la *laptop*, sin darse cuenta había presionado el botón que aceptaba la llamada entrante. Esta situación, por supuesto, no explicaba lo que había visto anteriormente… pero al menos sentía que estaba recuperando el control. Y eso era bueno, porque había estado a un pelo de ponerse a gritar histérica.

—Vi que tenía una llamada perdida de tu número y decidí comunicarme contigo —explicó Britten—. Jamás pensé encontrarme con ese rostro tan aterrorizado, Itzel. Parecía que habías visto… un fantasma o algo así.

—No —se apresuró a decir Itzel—. Es que… fue una confusión. Pensé que era otra persona.

—¿Por qué estás a oscuras? ¿Estabas durmiendo o algo así?

—Se ha cortado el suministro eléctrico. Por la tormenta.

—¿Por la tormen…? Oh, entiendo. Itzel, ¿ha ocurrido algo? Puedes ser sincera conmigo.

«Y lo seré», pensó Itzel, recuperando poco a poco la furia inicial. Se le estaba yendo el susto y volvía a sentirse como cuando había descubierto lo de la muerte de Patricia Nores. Aún estaba confundida, sabía que había pasado algo extraño en su *laptop* minutos atrás… pero el raciocinio por fortuna había regresado.

Así que le dijo. Todo. Sin rodeos, sin detenerse a pensar en las implicancias de sus acciones. Le dijo lo de las muertes de Lud, de Frank y de Nores. Le dijo que aquello de ninguna manera podía tratarse de una coincidencia. También le comunicó su certeza de que el *Unicornio* ocultaba

segundas intenciones. Ella no sabía cuáles eran, al menos de momento, pero no pensaba seguir trabajando para ellos hasta que conociera la verdad. «No estamos en una jodida novela de conspiraciones», dijo ya furiosa. Era consciente de lo ridículo que podía sonar eso, pero de todas maneras no podía evitarlo. Era lo que ella sentía. Era lo que ella quería que Britten supiera. «No estamos en ninguna de esas jodidas novelas que odio tanto», repitió.

Britten escuchó todo esto sumido en una seriedad absoluta. Cuando Itzel le habló de la muerte de Patricia Nores, se llevó una mano a la barba y se la rascó pensativo. Enarcó las cejas al escuchar lo de la teoría conspiranoica que supuestamente envolvía al *Unicornio*. Pero no mostró más reacciones que esas. Cuando Itzel finalmente concluyó su descargo, Britten permaneció en silencio durante un minuto entero. Se había alejado de la cámara. Ahora, se lo veía unos dos pasos más atrás, sentado sobre una silla de cuero negro, de respaldo alto. Podía verse parte de un escritorio de madera de cedro, o caoba, con un lapicero de metal y algunas hojas sueltas, y la biblioteca de pared a sus espaldas. Britten se recostó pensativo sobre el respaldo y llevó ambas manos por detrás de su nuca. Emitió un sonoro suspiro.

«Ahora se burlará de mí», pensó Itzel. «Me ridiculizará por mis ideas, y ese será el fin de mi relación con el *Unicornio*. Al diablo todo, al diablo las crónicas y los honorarios que me generan: de alguna forma, podré arreglármelas sin ellas.»

Sin embargo, y no por primera vez, Britten volvió a sorprenderla:

—Pues tienes razón en casi todo —dijo al fin.

Itzel sintió que la sangre se agolpaba en sus sienes. Evitó el impulso de gritar a la pantalla. Vio que Bip se encaramaba sobre el alféizar de la ventana pero apenas le prestó atención: estaba concentrada en las palabras que le diría a continuación a Britten. Quería decirle las cosas más terribles que una mujer podría decirle a un hombre. Pero no se le ocurría ninguna. Su madre sin dudas hubiese sabido qué decir. Por primera vez, quiso ser como ella. Al menos por unos minutos.

—Está loco —fue lo que finalmente dijo, y se sintió tan decepcionada por esa respuesta que fue incapaz de seguir hablando.

Britten extendió las palmas de sus manos, como un mago antes de efectuar un truco.

—No es lo que crees.

—¿Ah, no? Pues me encantaría escuchar sus explicaciones. Me han usado. Y lo peor es que no entiendo para qué.

—Te hemos usado, es cierto… de la misma forma que tú nos has usado a nosotros. Son distintas formas de ver las cosas. Por lo general, la gente no tan imaginativa como tú llama a esto «contrato laboral».

—No me tome de estúpida. De verdad. No se atreva, Britten.

De nuevo aquellas palmas en primer plano. Palmas de manos que nunca al parecer habían conocido el trabajo duro. Palmas que transmitían seguridad y una curiosa sensación de suavidad. Aun en su rabia y desconcierto, Itzel notó que los dedos de Britten no portaban ningún anillo.

—Jamás se me ocurriría hacerlo. Dices que nosotros te usamos, y yo te doy mi versión sobre los hechos. No te hemos usado más que cualquier otro empleador usa a sus empleados. Y han habido pagos de por medio, por lo general bastante generosos. Así que no creo que hayamos incurrido en ninguna falta hacia tu persona, Itzel.

—No me estoy refiriendo a eso.

—Lo sé. Solo estoy tratando de comprenderte.

—¿Usted sabía de la muerte de Patricia Nores?

—En efecto, estaba enterado de ello.

—¿Y por qué no me dijo nada?

—No pensé que hiciera falta. Tampoco vi la oportunidad de hacerlo. Después de todo, no tenías relación alguna con ella. Solo la habías entrevistado durante un par de horas, y nunca más habías vuelto a verla.

—¿Cómo sabe eso?

—Es solo una suposición. ¿Me estoy equivocando?

—Pues… no —tuvo que admitir Itzel—. En todo caso, ¿no le llamó la atención las coincidencias? ¿Cinco entrevistas, tres personas muertas? Y de las otras dos no tengo noticias, así que tampoco podría descartarlas. Si fuera así, todas las personas que entrevisté están muertas. ¿No le parece, por lo menos, una situación anormal?

Britten esbozó una sonrisa. Fue durante unos segundos, pero Itzel se sintió muy incómoda frente a ella. Después, supo el porqué: nunca antes había visto a Britten sonreír.

—Pues claro que lo pensamos. Lévi estaba muy angustiado por todo eso. Es por ello que me dio gracia tu comentario, Itzel: porque Lévi, con distintas palabras, me había dicho lo mismo. - Pensaba que, de alguna forma, nosotros habíamos… no sé, marcado el destino de esas personas. Como si fuéramos dioses que señalan quién debe morir y vivir. Y, por supuesto, eso no es así: solo somos editores de una revista de tirada muy discreta.

—O sea que de verdad cree que todo es coincidencia…

—¿Por qué no? Es la explicación más sencilla. La famosa navaja de Occam. Tres de cinco no es una probabilidad tan descabellada.

—¿En solo tres o cuatro meses?

—Piénsalo bien: las personas que entrevistaste están inmersas en problemas grandísimos, se encuentran desesperadas y superadas por una situación que no comprenden muy bien. Sé que no crees una palabra de lo que te han dicho, pero tu profesionalismo ha conseguido disfrazar la contradicción muy bien. Dejemos de lado, si quieres, las explicaciones paranormales: Lud era una mujer casada con un marido violento, Frank tenía severos problemas psicológicos, Lucille estaba depresiva y se encontraba en una cárcel con condena de al menos veinte años. No eran casos precisamente fáciles. ¿Por qué es de extrañar que ahora estén muertas?

—Dios mío. O sea que Lucille también…

Britten, de repente algo incómodo, recogió una pluma y garabateó algo sobre un cuadernillo.

—Murió durante un motín la semana anterior —dijo—. Las autoridades taparon todo. Por eso es que no salió nada en los periódicos.

—¿Y cómo lo sabe usted?

—Contactos —dijo Britten, dejando el bolígrafo sobre el papel y elevando su mirada hacia la cámara—. En algún tiempo fuimos editores muy prestigiosos. Si conociera mi verdadero nombre, se daría cuenta de por qué digo esto. El prestigio sin dudas se ha perdido con los años, pero no así algunos contactos. Y eso es todo.

—Patricia Nores —dijo Itzel, decidida a no cejar—. Ella no estaba atravesando ninguna crisis. No estaba rodeada de un marido o familiar violento. Vivía en un tranquilo barrio en Junction City.

—La gente buena muere igual, Itzel. Fue un accidente lo que ocurrió con Patricia. Puede ocurrir con cualquier ser humano. Un día estás bien, sin más preocupaciones que decidir qué cenar a la noche, y al día siguiente estás muerto. Es aterrador, pero también inevitable. Es parte del juego de la vida.

—Maldición, Britten, no me hable así, como si fuera una chiquilla que no entiende nada. Es que… Es raro. Todo esto es muy raro. Y además, acaba de sucederme algo…

Pero se mordió los labios inmediatamente después de decir esto. No debía contar lo que había visto (o había creído ver) a Britten. Un instinto se lo decía.

Los ojos de Britten, sin embargo, parecieron brillar durante unos segundos. Se inclinó por encima del escritorio, como si quisiera atravesar la cámara.

—¿Qué fue lo que sucedió?

—Nada.

—Dímelo. Quizá pueda ayudarte.

—No quiero hablar de eso.

—Está bien. —La mirada de Britten había vuelto a bajar hacia el bolígrafo. Comenzó a garabatear otra vez. Estaba haciendo círculos—. Es una lástima.

—También quiero decirle otra cosa. No estaba segura de ello, pero ahora que lo pienso, es lo mejor que puedo hacer.

—Pues dime.

Itzel tragó saliva. Pensaba en su departamento en Burbank, pensaba en Joseph. El temor a perder las comodidades que había conseguido en los últimos tiempos era grande. Pero la convicción de que lo que diría a continuación, aún mayor. Así que miró con decisión a la cámara, rebuscó coraje dentro de su alma y dijo:

—No quiero seguir trabajando para el *Unicornio*.

Britten no movió un músculo de la cara. Siguió garabateando en su cuadernillo, como si no le importara lo que Itzel acababa de decirle. Más tarde, reflexionando sobre los hechos, Itzel llegó a otra conclusión: Britten se esperaba ese movimiento. Por eso no había logrado sorprenderle. Sobre las hojas del cuadernillo, primero hizo círculos y luego una serie de rayas. Más círculos otra vez. Era como si estuviera escribiendo en un lenguaje secreto, incomprensible para los demás excepto para sí mismo. Finalmente, emitió un suspiro y alzó la mirada. Sus ojos, habitualmente serenos y transparentes, mostraban un cierto brillo burlón. Y de repente Itzel no se sintió tan segura hablando con él. Había algo… algo que le recordaba a James. Semanas atrás había pensado que Britten no se le parecía en nada, pero al parecer se había equivocado. En ese momento lo supo. Supo que ambos compartían un vicio que ella siempre había detestado, porque los volvía idiotas, incluso peligrosos: ninguno de los dos sabía perder.

—Itzel, mi querida Itzel —dijo al fin Britten. Tamborileaba los dedos sobre la mesa. Parecía tocar una histérica y repetitiva melodía sobre un piano invisible—. ¿De verdad te puedes dar el lujo de salirte de un empleo como el del *Unicornio*?

—Eso a usted no le interesa.

—No sabes si no me interesa, Itzel.

—Pues debería no interesarle. Son asuntos míos.

—Y de Joseph. —La mención de su hijo en boca de Britten la sobresaltó, le causó una repulsión inmediata.

—No se atreva a mencionar a mi hijo —alzó la voz en la soledad del departamento. Bip, que seguía en el alféizar de la ventana, dormitando, giró la cabeza hacia ella y la miró alarmado—. Es injusto. ¿Qué cree que está haciendo? ¿Acaso se trata de… algún chantaje emocional o algo así?

—No he hecho más que empezar. —De nuevo esa sonrisa inesperada y misteriosa, que parecía fuera de lugar en el rostro de Britten—. En realidad, te tengo una propuesta mejor que algo de buen dinero. Sé que no podrás rechazarla.

—No esté tan seguro de ello.

—Primero escúchame y luego dime si aceptas o no. Mientras menos preguntas hagas, mejor. Aunque te conozco y sé que eso es inadmisible para ti.

—Por primera vez en la conversación, creo que tiene toda la razón del mundo.

—Pues bien, ahí va: ¿qué te parece si, a cambio de que decidas seguir en el *Unicornio*, nosotros mejoramos la salud de Joseph?

No fue furia lo que sintió Itzel en ese momento. No: fue algo más visceral. Algo que palpitaba al ritmo de la sangre de sus venas. Algo que salió de ella como el aire viciado y milenario de una tumba recién abierta, urgido de contagiar con su ponzoña a todo aquel que se encontrara a su alrededor. Los puños de Itzel se apretaron tanto que algunas de sus uñas se rompieron. Sintió dolor. Un lejano y casi placentero dolor, que hizo que su boca se crispara en un rictus.

Quería matarlo. Quería matar a Britten. Si lo hubiese tenido cara a cara, sin dudas lo hubiese intentado. Con los puños, con un cuchillo, con lo que tuviera a mano.

—Es usted un idiota —dijo con una voz que no era su voz, sino la de una mujer diferente. Una mujer que acababa de nacer desde la furia y el espanto. «La voz, la verdadera voz de Milena Crow», pensó, sin saber por qué—. No quiero hablar más con usted. No quiero volver a tener noticias de su maldita revista. Lo denunciaré a la policía si vuelve a escribirme o llamarme. ¿Me escuchó?

Increíblemente, la sonrisa de Britten se ensanchó. Lo que confirmó los peores temores de Itzel: aquel hombre era peligroso. Incluso más que James.

—Creeme: podemos hacer eso —dijo con calma—. Podemos hacer que Joseph mejore. Tenemos… ciertos conocimientos. Deberías darnos una oportunidad.

—Aléjese de mi vida —dijo Itzel en un susurro envenenado—. No vuelva a llamarme. Lo lamentará. Lo juro.

—Entiendo tu furia, Itzel. Entiendo también que no podrás creer en mis palabras de buenas a primeras. Después de todo, los milagros no existen, ¿verdad?

—Maldito hijo de…

—Pero espera, espera un minuto. —Britten acababa de darse cuenta de que Itzel estaba por cortar la comunicación. Ahora hablaba más rápido, urgido por el momento—. Te haré una pequeña demostración. Gratis. La próxima vez que veas a Joseph, recordarás mis palabras. —Se acercó a la cámara. Itzel sintió el deseo de retroceder ante la intensidad de esa mirada. Britten parecía un niño. Un niño ansioso por enseñar el último truco aprendido a su madre. Un niño que quizás aún no sabía diferenciar entre el bien y el mal—. Verás un pequeño milagro. De los que ya no crees. Entonces volverás a llamarme. Te lo prometo, Itzel.

Dicho esto, extendió una mano hacia un sitio que la *webcam* no podía captar y cortó.

49

De más está decir que, inmediatamente terminada la conversación, Itzel dio por concluido el contrato con el *Unicornio*. Se quedó todavía unos segundos más mirando la pantalla vacía, estupefacta y rabiosa, pensando en la clase de tipos con que había estado trabajando. Por necesidad, en los últimos tiempos había trabajado para muchos lugares deleznables, vergonzosos incluso, pero lo del *Unicornio* superaba todo. Resultaba ser que Britten era un demente que se creía con poderes divinos. Que chantajeaba, que trataba de apretarte por el lugar que más te dolía. ¿Lévi era exactamente como él? ¿Otro cínico lunático que jugaba con los sentimientos de la gente? Se dio cuenta de que ya no le interesaba, ya no quería seguir pensando en eso. Lo bueno era que la paga había sido excelente. Era lo único que podía rescatar de esa horrible experiencia.

Eso fue lo que pensó aquella noche, la noche del apagón de luz y la llamada de Skype con Britten. Al día siguiente, cuando fue a visitar a Joseph, una de las enfermeras la aguardaba en la puerta de la habitación.

—No está aquí, Itzel.

—¿Cómo que no está? ¿Dónde está?

Trató de que la voz no le oscilara por el pánico. Había llegado al hospital completamente distraída, aún pensando en lo de Britten. Le resultaba imposible apartar sus pensamientos de la conversación de la noche anterior. Incluso había soñado con eso: un confuso y ominoso sueño en que Britten se aparecía en su ventana vestido de niño, con las ropas de Joseph.

Que aquella enfermera llegara y le dijera que Joseph no estaba en la habitación ocasionó un gran sacudón emocional en Itzel. Miró, como si aún no creyera en sus palabras, por encima del hombro de la mujer. Vio las odiadas máquinas expendedoras de vida, resoplando y emitiendo pitidos. También alcanzó a ver la cama de Joseph: estaba vacía. Sintió que las piernas le fallaban. Las paredes del pasillo de repente parecieron estrecharse, como en una de esas trampas medievales diseñadas para reventar el cuerpo del enemigo. La enfermera, una mujer cincuentona, se percató de los temblores internos que estaban a punto de acabar con Itzel. La sujetó del brazo.

—Tranquila —le dijo—. Estará bien. Fue solo una arritmia. Lo llevaron para realizarle estudios y una tomografía. Volverá pronto, ya verás.

La media hora siguiente que pasó Itzel en la sala de espera, sentada sin saber qué hacer, fue una de las más horribles de su vida. Vio que su madre le envió un WhatsApp, pero no quiso abrirlo. No quería hablar con nadie. Quería estar a solas con su miedo y su dolor, sin que nadie se interpusiera. Debían ser las diez y media de la mañana. Afuera, el día era cálido e intenso: el verano se resistía a marcharse. La temporada de lluvias había comenzado. El aire era casi irrespirable debido a la alta humedad. En la sala, Itzel se paseaba de un lado a otro, incapaz de mantenerse un rato quieta. Un par de mujeres conversaban en voz baja y de vez en cuando le echaban comprensivas miradas. Ellas también debían saber. Estaban acostumbradas a lidiar con

la incertidumbre, la desesperación y el miedo. Cuando finalmente la enfermera volvió a aparecer en la puerta, Itzel se abalanzó sobre ella. «No se preocupe, ya está todo bien», la tranquilizó. Pero Itzel no se conformaba con esa explicación, quería ver a Joseph, tocarlo y abrazarlo, comprobar por ella misma que el chico seguía estando ahí, sumergido en un sueño neblinoso e interminable, pero *ahí*. La enfermera, muy sabiamente, se hizo a un costado e Itzel ingresó casi tropezando a la habitación. Y cuando vio a su hijo tendido en la cama, un cuerpito menudo envuelto en unas sábanas blancas, con los ojos siempre cerrados y el ceño ligeramente fruncido, se arrodilló frente a la cama y apoyó con suavidad la cabeza sobre su pecho. Escuchó los latidos del corazón de Joseph, fuertes y regulares. Y se echó a llorar.

50

Permaneció así durante unos minutos. Las máquinas pitaban y resollaban a su alrededor. Flotaba en el ambiente un olor a alcohol y lejía, aromas a los cuales Itzel forzosamente se había acostumbrado. La enfermera se había retirado sin decir palabra. En la habitación, además de Joseph, había un niño de su edad que al parecer estaba en su etapa terminal de cáncer. Itzel no sabía cómo se llamaba. Al principio, en las primeras semanas de hospitalización de Joseph, había hecho esfuerzos por conocer a sus compañeros de cuarto, hablar con sus padres, interiorizarse sobre la salud y las perspectivas de esos chiquillos. Pero luego se había dado cuenta de que estaba cometiendo un grave error. Los chicos tarde o temprano terminaban por retirarse de la habitación, la mayoría de ellos mejorados… Aunque algunos no lo lograban. El único que permanecía allí, firme con el paso del tiempo, era Joseph. Todos los demás eran como actores secundarios que entraban en la película, hacían uno o dos cameos y luego se marchaban. Itzel había comenzado a acumular un injusto rencor hacia ellos. Era por eso que ya en los últimos tiempos ni siquiera los miraba. Apenas saludaba a sus padres. «Hola, adiós, buen día, hasta pronto.» Cuanto menos conociera de ellos, mucho mejor.

Luego de unos minutos de permanecer así, recostada sobre el pecho de Joseph, alzó la cabeza. De repente, tenía la sensación de que algo había cambiado en el ambiente. Observó los indicadores de las máquinas y vio que estaba todo en orden. Miró a su hijo. Su respiración se detuvo durante unos segundos.

«No puede ser», pensó Itzel entonces. «Creo que de nuevo estoy sufriendo alucinaciones.»

Acercó su rostro al del niño, con el corazón acelerado. Si era una nueva alucinación, pensó, era la más cruel de todas. *Porque el chico tenía los ojos abiertos.*

Miraba a Itzel con fijeza, sin pestañear. Itzel vio comprensión en sus ojos. No se trataba de un movimiento reflejo: estaba segura de que Joseph de verdad la estaba observando.

—¿Joseph?

El chico no respondió. Sus ojos, azules y cargados de una inédita sabiduría, como un caminante al regreso de un viaje por el fin del mundo, no se apartaban del rostro de su madre. Itzel extendió una mano y le tocó la frente, le acarició el cabello. Se limpió las lágrimas para observarlo mejor, para que nada se interpusiera entre la mirada de ella y la de su hijo.

—¿Joseph? —repitió—. ¿Me escuchas? ¿Puedes escucharme?

Los labios de Joseph parecían moverse, temblar. ¿O se trataba de una expresión de deseo de Itzel?

Estaba por repetirle la pregunta, quizás en un tono más elevado del debido, cuando una mano se posó sobre el hombro de Itzel, sobresaltándola.

—¿Itzel?

Era el médico de guardia. Un tal doctor Nielsen, un tipo rubicundo y con el aspecto de ser un recién egresado de la universidad. Había ingresado al pabellón sin que Itzel lo escuchara. Ella se

dio vuelta y lo sujetó del brazo. Quizá presionó demasiado, porque el médico la observó con cierta alarma.

—¿Qué…?

—Despertó —susurró Itzel—. Acaba de despertar.

Señaló hacia Joseph. Para su sorpresa y decepción, vio que el chico había vuelto a cerrar los ojos. Pero estaba segura, segurísima de lo que acababa de ver.

—Abrió los ojos —se apresuró a explicar—. Recién tenía los ojos abiertos.

El médico observó a Joseph. Vio que seguía con el mismo aspecto de siempre y las expresiones de su rostro se volvieron neutras.

—Itzel —comenzó con lentitud—. Pudo haberse tratado de un movimiento reflejo. Es muy común…

—¡No! ¡Le digo que había abierto los ojos y me miraba! No era un reflejo. Estoy segura de ello.

—Itzel…

—¿Puede hacer el favor de examinarlo? ¿Por favor?

El médico la miraba cauteloso. Sin dudas, al igual que todos en aquel hospital, había escuchado las historias sobre la Itzel-zombi que había atacado a aquel médico en el hospital de San Diego. Quizá pensaba que sus ansias de carne fresca habían regresado. Echó un rápido vistazo hacia la puerta, como esperando conseguir alguna ayuda salvadora. Pero ambos se encontraban a solas en el pabellón (a excepción, claro, de los niños), y si Itzel finalmente había enloquecido tendría que arreglárselas en soledad. Por lo menos hasta que llegaran los guardias. La mirada del médico se puso vidriosa. Se inclinó para examinar a Joseph, sin decir nada. Le abrió los párpados y examinó las pupilas con una linterna. Luego, tomó un bolígrafo y acercó y alejó el objeto a la vista de Joseph. Hacia adelante y hacia atrás, de izquierda a derecha. Le controló el pulso y apoyó su estetoscopio sobre el angosto pecho del niño. Finalmente, exhaló un suspiro y se incorporó.

—Lo siento, Itzel —dijo, exagerando su pesar—. Fue solo un movimiento reflejo. No tengo dudas profesionales al respecto.

—Pero no puede ser. Estoy segura de que vi entendimiento en su mirada. ¡Estaba a punto de decirme algo!

—Itzel…

—¡No me hable como si estuviera loca! ¡Sé lo que vi, no puede decirme que no conozco a mi hijo!

—Itzel, creo que será mejor que…

—Maldito matasanos…

Cuenta Itzel que quizás ella se adelantó un par de pasos, y el médico, de repente espantado, retrocedió otros tantos, por lo que tropezó con una bandeja de acero inoxidable ubicada a su espalda. El médico trastabilló, y el bolígrafo que había guardado en el bolsillo de su bata cayó al suelo. Fue un incidente casi insignificante, pero debido a los antecedentes de Itzel, debió adquirir las dimensiones de un ataque con todas las de la ley a ojos del médico. Hubo algún que otro grito y un llamado a los guardias, que acudieron prietos. Itzel abandonó el hospital por propia voluntad, sin dejar que los guardias pusieran una mano sobre ella. Pero ya el personal de enfermería se había reunido en los pasillos y observaba su andar en un azorado silencio. Ella

volvía a estar en el centro de todas las miradas. Por una estupidez.

Pero claro que no era una estupidez. Itzel estaba segura de que la mirada de Joseph reflejaba lucidez y consciencia. No era la mirada de un chico que está en un limbo. Por un momento, le había parecido ver al viejo Joseph, el Joseph introvertido y brillante que correteaba por los rincones de la casa en busca de nuevas aventuras. El que adoraba a su hermano y prefería jugar con el gato en vez de los juguetes. Un Joseph totalmente diferente al que casi se había acostumbrado a ver sobre la cama, inmóvil, desvalido. No podía haberse equivocado al respecto.

51

Y fue regresar al departamento, ver la *laptop* sobre la mesa de la cocina, para recordar automáticamente la conversación con Britten. Y comprender, con la certeza que le brindó una intuición poderosa e irresistible, que no había sido casualidad.

Nada, en realidad, era casualidad.

Todo de alguna forma estaba conectado: el accidente, la muerte de Alexander, el empleo en el *Unicornio Amarillo,* el suicidio de James, las posteriores muertes de las personas entrevistadas. Solo que ella era incapaz de ver la conexión. O quizá sí podía hacerlo, solo que no quería. Porque aceptar aquellos hechos, otorgarles una razón que iba más allá de la simple coincidencia, equivalía a *creer*. Creer en cuestiones que hacía rato Itzel había decidido darles la espalda. Creer en el destino, en la existencia de una fuerza superior que regía gran parte o la totalidad de nuestras vidas. Creer en algo por lo cual Itzel se creía abandonada desde el mismo momento en que su camioneta había salido disparada dando trompos.

Nada era casualidad, se repitió. Nada.

Tampoco la promesa de Britten. Sin dudas era un patán, un tipo que estaba acostumbrado a salirse con la suya. Pero algo sabía. Algo le estaba ocultando. ¿Cómo había logrado influir sobre la salud de Joseph? ¿Existía tal posibilidad?

«No», pensó Itzel obstinada. «Me niego a creer en esas cosas. ¿Qué sigue después? ¿Creer en el nahual, en los fantasmas, en los caracoles de mi padre?»

Su padre. Su padre aseguraba saber cómo curar el dolor de cabeza, el dolor de muelas, incluso hacer que una quemadura cicatrizara más rápido con un simple pase de sus grandes manos. Itzel, junto a sus hermanos, lo había visto realizar todo tipo de rituales, siempre con su aire de solemnidad consumada, como el de un viejo jefe indio tratando de ver el futuro a través de las volutas de humo. Ella se había criado en un ambiente en donde los males de ojo, las ataduras de amor, los *trabajos* de magia negra eran moneda corriente. Eran los temas inevitables en esas noches de puros, alcohol y barajas entre vecinos. Jamás se le hubiese ocurrido encontrar algo similar en la costa oeste de los Estados Unidos. En California. Se suponía que en estas tierras no había lugar para los milagros. Para creencias sin sentido y fundamento.

Pero estaba ocurriendo.

52

¿O todo se trataba de un juego? ¿Un intrincado movimiento de ajedrez, en el cual no solo influía la razón y los cálculos matemáticos, sino también la casualidad, los hechos azarosos? Y si era así, ¿quiénes eran los jugadores y qué papel desempeñaba ella en el tablero?

Si todo se trataba de un juego, concluyó Itzel, era perverso y muy inteligente. Si Britten pretendía que Itzel creyera (fuera cual fuese el motivo), había sido muy astuto al accionar las palancas adecuadas. Si crees, tu hijo mejora. Si no crees… bueno, que tengas buena suerte.

Era, a fin de cuentas, el truco que todo supuesto cura sanador utiliza para arrancarles dinero a sus pacientes. Montones de dinero. Pero Britten no pretendía sacarle rédito económico a esa actuación. Después de todo, sabía que Itzel estaba en la ruina.

A menos, claro, que creyera que estaba a punto de heredar la fortuna de James. Pero eso era hilar demasiado fino, suposiciones sobre más suposiciones. Si Britten realmente estaba detrás de todo eso y su fin último era la obtención de una fortuna… pues se llevaría una gran decepción. Itzel estaba segura de ello.

Así que, después de pensar todo esto (e Itzel asegura que fue en una noche agitada y cargada de nerviosismo como pocas), la conclusión parecía evidente: ella debía seguir con todo eso. Aun a pesar de sus convicciones. Aun a pesar de tener la sensación de meterse en una trampa, en la boca del lobo. Debía hacerlo, una vez más, por Joseph. Pero antes, por supuesto, debería negociar. Establecer las condiciones del nuevo contrato. Ella sabía que iba a tratar con el diablo. Tenía muchas posibilidades de perder.

Pero si con eso conseguía que Joseph mejorara, aunque sea solo un poco, habría ganado.

53

Unos pocos minutos después, alrededor de las once y media de la noche, llamó finalmente a Britten. Y terminó estableciendo un acuerdo que, más pronto que tarde, ocasionaría su ruina (tanto física como espiritual) de la cual nunca más lograría salir.

54

Dicen aquellos quienes lo han visto que no hay fenómeno más aterrador y avasallante que el de una madre desesperada. Se dice que, con tal de ver a sus hijos salvados, son capaces de anular sus sentidos, su dolor, sus miedos más profundos. Se convierten en fuerza pura. En energía concentrada. Se tornan capaces de levantar pesos imposibles, correr durante kilómetros sin descansar un segundo, enfrentarse a enemigos mucho más grandes o numerosos que ellas.

Quizás, es cierto, solo se trata de una interpretación romántica de las cosas. Un loable intento de los poetas de darle una forma estética a lo que tal vez solo sea un instinto tosco y primitivo. En todo caso, los resultados siempre son espectaculares, inolvidables. Lo sé por experiencia: cuando te encuentras con una mujer inmersa en esas circunstancias, más te vale apartarte de su camino.

Itzel, en aquel entonces, era una de ellas. Al momento de formalizar su nuevo pacto con el *Unicornio*, Itzel se había transformado en una madre aterrada y decidida. Quizás esto explique su posterior accionar, la manera casi implacable con que se cegó al raciocinio para avanzar en pos de sus metas.

Acordó con el *Unicornio* tres entrevistas más. Y, a cambio, el *Unicornio* le prometió que su hijo despertaría. ¿Cómo es posible ese salto al vacío, esa contradicción aparentemente insalvable entre sus creencias personales y una promesa que exigía *creer*? ¿Cómo firmar un pacto con Dios (o con el diablo) si no crees en ninguno de ellos? La única explicación posible es que Itzel dejó de pensar. O (más probablemente) se engañó a sí misma. Se creó para sí un mundo en el cual existían los milagros, pero no las fuerzas que lo originaban. Un mundo en que alguien como el misterioso Simmons Britten podía curar, de alguna manera, a su hijo…, pero al mismo tiempo solo podía ser un tipo con delirios místicos. Una contradicción detrás de otra, que para acallarlas Itzel debió refugiarse en las más profundas oscuridades de su ser… y por supuesto, en las drogas.

En efecto, durante esas semanas de locura y pesadillas, se atiborró de píldoras. Apenas si recordaba lo vivido. Recordaba un viaje a Houston, donde entrevistó a un chico que (se suponía) podía ver las vidas pasadas. Era cuestión de tocarte y *voilà*, sabía dónde habías estado, a quién habías conocido, en qué época habías vivido y cómo habías muerto. Sus conocidos lo evitaban, y lo pasaba muy mal en la escuela. El chico había intentado hacer el truco con Itzel, pero justo ese día no se encontraba muy receptivo. «Solo veo una gran mancha gris, como la que hay en las paredes que tienen mucha humedad», dijo. Lo curioso era que Itzel no recordaba haber escrito su crónica. Suponía que lo había hecho al regreso, en su apartamento, mientras Bip se acurrucaba a sus pies. Pero estaba tan atontada por el Clonazepam que ese episodio se había borrado de su mente. No obstante, la crónica apareció en el sexto número del *Unicornio*, firmada por ese fantasma cada vez más sólido que era Milena Crow. Lo mismo ocurrió con la séptima crónica, solo que al revés: recordaba haberla escrito, pero no haber hablado con sus protagonistas, una familia entera que decía vivir en una casa embrujada.

Lo más increíble de todo era que, luego de cada entrevista (y tal cual había prometido Britten) Joseph parecía mejorar. Primero fueron sus signos vitales: se volvieron tan estables como los de un niño saludable que se encuentra durmiendo luego de un día agotador. Luego, su sistema respiratorio: increíblemente, de un día para el otro dejó de necesitar el pulmotor para inhalar y exhalar en forma natural. Ninguno de los médicos podía explicarse semejante mejoría. Se suponía que Joseph permanecería en estado vegetativo de por vida. Los neurólogos lo daban por muerto hacía rato. Que el chico cambiara su condición de un día para el otro los desconcertaba, les llenaba la boca de palabras extrañas y técnicas que solo eran excusas para disimular que no sabían nada. Pero Itzel sabía. Sabía y callaba. Sabía y evitaba hacer preguntas. Mientras menos tiempo hablara con el *Unicornio*, mientras menos comprendiera todo el proceso, más fácil sería ignorar lo que había detrás. Lo que importaba era el resultado final. Evitaba leer los periódicos, porque temía encontrarse con el nombre de sus últimos dos entrevistados en la sección de necrológicas. Mejor no saber, mejor mirar hacia otro lado. Y hundirse en un mar de ansiolíticos y antidepresivos para acallar la conciencia.

55

Pudo haber funcionado. Quizás aquel plan demencial —y absolutamente falto de raciocinio— pudo haber llegado a buen puerto. Después de todo, Joseph estaba mejorando. Los análisis clínicos lo confirmaban. No se trataba de una alucinación (como bien pudo haber ocurrido cuando Itzel vio que su hijo abría los ojos). No: ahora los mismos médicos se lo estaban certificando. Se suponía que restaba una última entrevista, y luego Britten, si no faltaba a su palabra, curaría del todo a Joseph. El cómo no era algo que le preocupara a Itzel. Estaba fuera de sí. Apenas si recordaba darle de comer al gato. Su madre de vez en cuando le enviaba mensajes acerca del destino aún enigmático de su padre, pero ella los leía y los desechaba, sin llegar a contestarlos. Esperaba el último nombre de Britten, el que daría pie a la entrevista que supuestamente finalizaría todo. Quizá, si todo salía bien, ella luego trataría de razonar sobre lo ocurrido y llegar a la verdad, por más increíble que resultase. Pero solo quizás. En ese momento solo importaba el próximo nombre. Britten le había prometido que se lo enviaría en los primeros días de diciembre. Pero llegó el 10 de diciembre, luego el 11, y Britten aún no le enviaba nada. Itzel comenzó a desesperarse.

Su angustia se profundizó cuando le envió un mensaje a Britten, y este no le respondió. Intentó contactarlo por Skype y por teléfono: nada. Itzel recordó lo que había sucedido con Lévi y entonces entró en pánico. ¿Dónde se había metido ese maldito? ¿Acaso la había engañado? ¿Había jugado con ella todo este tiempo, solo para obligarla a concretar unas malditas entrevistas para el jodido *Unicornio*? Eran los peores miedos, los que no habían dejado dormir a Itzel en las últimas semanas, desde que había concretado el pacto. Era el miedo a saberse cruelmente engañada, como un burro al que le muestran una zanahoria para que siga marchando. Si todo había sido una mentira, entonces no había posibilidad para Joseph. Absolutamente ninguna. Pero ¡no podía ser, Joseph había mejorado! ¿O todo había sido una simple y gigantesca coincidencia, una obra del azar que desafiaba las leyes probabilísticas?

Itzel no quería conformarse con esa explicación. Se había jugado al todo o nada, se había hundido por propia voluntad en el fango de la locura. Incluso podía haber personas muertas debido a su accionar. No se quedaría de brazos cruzados como cuando había desaparecido Lévi, decidió. De alguna forma tenía que encontrar a Britten. Se sometió a una abstinencia de pastillas y de sueño durante las siguientes cuarenta y ocho horas. Durante ese tiempo, apenas si comió unas frutas y bebió algo de líquido. Necesitaba pensar. Necesitaba estar lo más lúcida posible para lograr encontrar a Britten. Al cabo de esas cuarenta y ocho horas, en las cuales analizó todas las posibilidades que se le ocurrieron y gastó sus dedos buscando en Google, apenas si había avanzado en ningún sentido. Itzel lanzó un grito de frustración y arrojó la *laptop* al suelo. Restos de plásticos y de componentes electrónicos se esparcieron por el piso. Era la segunda *laptop* que despedazaba en aquel año. Itzel rompió en llanto y se sentó sobre el sillón de la cocina. Inmediatamente quedó dormida. Era el 13 de diciembre y hacía mucho frío. Durmió durante unas

siete horas seguidas, acurrucada en ese viejo sillón, sin más abrigo que el suéter y los vaqueros que llevaba puestos. Cuando despertó, Bip estaba durmiendo sobre sus piernas, y ella tenía una nueva idea en la cabeza. Nunca pudo asegurarlo con convicción, pero creía que había soñado con una mujer alta, de pelo largo y lacio, que con una mano firme y delgada señalaba hacia la *laptop* destruida. Itzel creía que se trataba de una proyección de su subconsciente, la imagen que con el correr del tiempo le había otorgado a su seudónimo, Milena Crow. Sin dudas Milena era más astuta y más fría que ella, porque acababa de darle una pista que había pasado por alto: la maldita *laptop*. Más concretamente, el llamado que había efectuado a través de ella con Britten, la vez del corte de energía eléctrica.

Sabía, por el código de área del número de Britten, que aquel prestidigitador de pacotilla vivía en el norte de California. Esa noche, la noche del llamado, la energía había fallado en muchos lugares, pero en otros había permanecido estable. Itzel recordó la lámpara que iluminaba la biblioteca de Britten desde un ángulo de la cámara. Eso quería decir que, desde el lugar que Britten había llamado, el suministro eléctrico no había fallado. Al menos, claro, que Britten tuviera un equipo autónomo… Tenía una pista por dónde empezar. Había dejado de estar a ciegas.

No le llevó mucho tiempo comprobar las zonas que habían quedado a salvo del corte generalizado: los datos se encontraban a disposición en los registros de la página web de la usina eléctrica. Luego, dividió cada zona en las calles correspondientes, y finalmente les otorgó el número asignado en rangos. Itzel trabajaba a todo ritmo, rodeada de papeles y de anotaciones que obtenía a través del buscador de su celular. Cuando más o menos tuvo organizado esta especie de *mapa de la luz*, consultó en la web de la Asociación Californiana de Psicólogos Profesionales. Fue eliminando a aquellos psicólogos que atendían en las zonas en donde el tendido eléctrico había fallado. Quedó, al final, una lista de veinte psicólogos en actividad, con su correspondiente número telefónico. Itzel sabía que su investigación no era perfecta, podía tener un montón de baches, pero estaba segura de que tenía grandes posibilidades de hallar a Britten. Tomó el teléfono y comenzó a llamar.

Descartó a los diez primeros. Ninguno de los psicólogos que la atendió tenía la voz de Britten. Había consultorios que eran atendidos por secretarias, por los que dejó una cruz al lado de los nombres. Pero hubo un número en particular que le llamó la atención: el teléfono sonaba, pero nadie atendía. Lo intentó varias veces, en distintos horarios, pero siempre terminaba saltando el buzón de voz. El tipo se apellidaba Dempsey. Su consultorio se encontraba en el 35 de Preston Way. A juzgar por sus datos fiscales, el tipo también vivía allí.

Itzel partió hacia el lugar al día siguiente. El día era ventoso y gris. Las nubes circulaban a toda velocidad sobre los edificios; muy pronto comenzaría a llover. El consultorio de Dempsey estaba ubicado en un edificio de oficinas comerciales, en el séptimo piso. Subió por el ascensor (viejo y con olor a humedad) y luego llamó a la puerta del séptimo «C». Una placa al lado de la puerta anunciaba «P. Dempsey, Psicólogo. Matrícula Estatal F-3559BE». Nadie atendió. Volvió a intentarlo y luego, ante el nuevo fracaso, retiró el celular de su cartera. Llamó al celular de Britten. Del otro lado de la puerta, se escuchó, apenas perceptible, el timbre de un celular que llamaba. Volvió a tocar a la puerta.

—¿Britten? Sé que está ahí. Vamos, salga de una vez, ya lo descubrí.

Pero nadie salió. Itzel regresó a planta baja. Habló con el encargado del edificio, un tipo

rechoncho y de aspecto somnoliento, apoltronado detrás de su escritorio. Miraba una película de samuráis a través de su celular. Le dijo que tenía un turno con Dempsey, pero que nadie la atendía.

—¿Dempsey? —repitió el encargado, como si le desagradara el verdadero nombre de Britten en su boca—. Está de vacaciones. Hace unos días que no lo veo. Les dijo a todos sus pacientes que no estaría en los siguientes días. Seguramente, se habrá olvidado de decirle a usted.

—Pero acabo de hablar con él —mintió Itzel—, y me dijo que me esperaba en su consultorio. Golpeé a la puerta pero no salió nadie. Sin embargo, su celular se escucha en el interior. Estoy segura de ello.

—Qué raro —dijo el encargado. De mala gana, apartó la mirada de su celular—. Si ya regresó, en ningún momento lo vi pasar por aquí. El señor Dempsey es muy cuidadoso con sus horarios. Debe haberle ocurrido una emergencia.

—¿No tiene manera de acceder a él?

El encargado le dijo que llamaría a su consultorio. Se perdió tras una puerta. Al rato, regresó con expresión de extrañeza en su rostro.

—No hay nadie —dijo—. Es muy raro —repitió.

—¿No le habrá ocurrido algo? Estoy segurísima de que escuché su celular en el consultorio —insistió Itzel.

Luego de algunas idas y vueltas por unos minutos más, el encargado llegó a la conclusión de que lo mejor sería subir hasta el séptimo para ver.

—El señor Dempsey vive solo, y… —pero no terminó la frase. De todas maneras no hacía falta. Después de todo, estaban en California, la capital de la gente que moría en soledad en los interiores de sus departamentos alquilados.

El encargado se incorporó de su asiento (no sin antes echar una última mirada de nostalgia a su celular) y la acompañó hasta el séptimo piso.

Tal cual había hecho Itzel minutos atrás, el tipo llamó a la puerta y esperó. Volvió a llamar y dijo en voz alta el nombre de Dempsey. Pegó su oreja a la madera de la puerta.

—No se escucha nada —dijo, dándose vuelta hacia Itzel.

La mujer sacó su celular del bolso y llamó al número de Britten-Dempsey. Esta vez no hubo dudas: aquella parte del edificio se encontraba en silencio, y el tono de llamada del celular se escuchó con toda claridad en el interior del apartamento.

—Tengo una llave —dijo el encargado, dudando—. Creo que tendría que usarla.

—Pues úsela —lo alentó Itzel.

Tenía miedo de que el encargado de repente decidiera llamar a la policía. Si lo hacía, sus chances de descubrir la verdad se reducirían. Para su alivio, luego de unos instantes de dubitación el encargado sacó una llave de su cinturón. La introdujo en la cerradura. Abrió la puerta.

La habitación era amplia y oscura. Había libros y revistas esparcidas por doquier. También había cajas: montones de ellas, apiladas contra la pared. También había un diván, y un pequeño mueble que obraba de escritorio.

—¿Aquí es donde Dempsey atiende a sus pacientes? —se sorprendió el encargado—. Dios, es un asco. Con razón cada vez tiene menos clientela.

Mientras examinaba la habitación, Itzel le preguntó a qué se refería con eso.

—En los últimos meses, casi ni atendió a nadie, si concurrieron diez personas a su consultorio, es mucho —explicó el hombre—. Ahora entiendo por qué. —Miró a Itzel, con una cierta compasión en su mirada—. Le aconsejo conseguirse un psicólogo mejor, señorita. Si puede costeárselo, pues hágalo. No tiene nada que hacer aquí.

Itzel asintió. Se había acercado disimuladamente a una de las cajas. Retiró una de las solapas de cartón: adentro, se apilaban ejemplares del último número del *Unicornio Amarillo*. Debía haber cientos allí. ¿Por qué no habían sido distribuidos?

—¿Dempsey? —volvió a decir el encargado en voz alta—. ¿Se encuentra aquí, Dempsey? —Ninguna respuesta. El encargado parecía muy incómodo—. Es un tipo raro. —Escuchó Itzel que murmuraba entre dientes—. Siempre lo fue, maldita sea. Lo único positivo de él era que pagaba su alquiler a tiempo.

Se adentraron en el apartamento de Britten. Parecía algo abandonado, como si en realidad fuera un lugar de paso. La siguiente habitación estaba por completo vacía, a excepción de un sillón de cuero. Itzel recordó la ocasión que había hablado con él por primera vez: esa resonancia que se escuchaba por detrás de su voz. Había pensado que Britten se encontraba en una habitación vacía, y no había estado tan lejos de la realidad. El encargado no dejaba de sorprenderse. «No entiendo qué es lo que hacía este tipo aquí», decía, una y otra vez.

Llegaron, por último, a la habitación del fondo. La puerta estaba cerrada. El encargado le dio unos leves golpecitos, como otorgando a Britten una última oportunidad de resarcirse de alguna situación embarazosa. Como nadie respondió, abrió la puerta.

Un frío polar avanzó por la alfombra, congelando los pies de Itzel. Muy pronto, descubrieron que el aire acondicionado estaba encendido a tope, en un día invernal que rozaba los siete u ocho grados. Una cama deshecha y vacía ocupaba el centro de la habitación. Más allá, contra el rincón, se encontraba la biblioteca de pared entrevista por Itzel durante la videollamada: era mucho, muchísimo más pequeña de lo que había imaginado. Apenas si ocupaba media pared. Los estantes ni siquiera llegaban hasta el techo. El escritorio se encontraba delante, con la computadora con *webcam*, apagada.

Un olor a rancio, como a pedo, inundaba la habitación. El encargado parecía no haberlo notado. O quizás estaba demasiado acostumbrado a esos olores.

—No está aquí —dijo al cabo de un rato, con cierta decepción en la voz—. Seguramente debió haber olvidado su celular. Debemos buscarlo y…

Pero no dijo más nada. Acababa de seguir la mirada de Itzel, que se dirigía hacia la parte inferior del escritorio. El hombre pegó un respingo. Retrocedió dos pasos hacia la puerta, mientras Itzel adelantaba uno, en dirección a la mano inerte que asomaba por detrás del escritorio.

Rodeó el mueble.

—¿Britten? —dijo, estirando el cuello por encima del escritorio, como alguien que se asoma al abismo—. ¿Brit…?

No bien miró ese rostro ya descompuesto, los ojos hundidos observando sin ver, supo que Britten no respondería ni revelaría ya ninguno de sus intrincados secretos.

56

Logró escabullirse antes de que llegara la policía. El encargado estaba histérico.

—Dios mío, Dios mío, esto es una pesadilla, hace poco murió una abogada del tercero, ahora este loquero del séptimo —decía desconsolado. Se llevaba las manos a la cabeza y cerraba los ojos.

Itzel aprovechó para tomar una libreta sobre el escritorio de Britten. Se la había visto durante una de sus videollamadas. Salió del departamento lo más rápido que pudo, mientras afuera se escuchaban los primeros ululares de una ambulancia.

Quería regresar a su departamento para reflexionar sobre lo ocurrido. Pero un impulso la obligó a permanecer cerca del lugar. Para refugiarse del frío y de las posibles miradas indiscretas, se metió en un bar y pidió un café. Desde su ubicación cercana a la ventana, podía ver la entrada del edificio de Britten. Vio que llegaba la ambulancia; y el encargado, aún histérico y desencajado, explicaba la situación. Al rato, llegó un patrullero de policía. Durante unos quince minutos no sucedió nada, e Itzel aprovechó esa pausa para estudiar la libreta.

Había algunos nombres en ella, no muchos. No estaban ordenados alfabéticamente. A mitad del cuaderno, vio una serie de rayas y círculos sin sentido. Estuvo un rato tratando de descifrarlas hasta que recordó la conversación que había mantenido con Britten aquella noche del apagón. Ella le había manifestado su deseo de salirse del *Unicornio*, y Britten había comenzado a dibujar esas rayas y esos círculos. Dio vuelta la página: el cuaderno estaba en blanco. Lo mismo con las siguientes páginas, excepto al final, donde Britten había agregado un número de teléfono fijo, con la leyenda: R. Dempsey.

Itzel cerró el cuaderno y lo guardó en el bolso. En ese momento, las puertas del edificio se abrieron, y unos paramédicos entraron empuñando una camilla. Alrededor de veinte minutos después salieron con el cuerpo cubierto con una sábana. Los transeúntes que pasaban por el lugar se apartaban o cambiaban de acera. No fuera cosa que la muerte fuera contagiosa y los pillara en la tierra de la felicidad, pensó Itzel con ironía. Había terminado su café. Pidió la cuenta y se retiró del lugar.

Dedicó las siguientes horas a realizar diversos llamados. Ella aún conservaba algunos contactos con funerarias y forenses. Al cabo de dos o tres llamadas, logró ubicar el cuerpo de Britten. Lo habían trasladado a una funeraria ubicada a unas diez manzanas del edificio, sobre la calle Spinoza. El empleado le leyó el parte médico: al parecer, Britten había muerto por causas naturales, de un paro cardíaco. Llevaba unos tres o cuatro días muerto. Itzel le preguntó si creía que podía haber una autopsia. «No lo creo, ya no quedan muchas dudas; además, ya me dieron órdenes para preparar el cuerpo para el funeral», respondió el empleado. Itzel le preguntó dónde se realizaría: «En la capilla de Saint Etienne, mañana a las nueve de la mañana», respondió el contacto. Itzel le agradeció la información y cortó.

Al día siguiente, se tomó un autobús que la dejó a unas cinco manzanas de Saint Etienne.

Completó el trayecto a pie. La capilla era pequeña pero bien arreglada, un pequeño cartel en la fachada anunciaba: «Hoy, misa en conmemoración y despedida al hermano Peter Dempsey, 1968-2017». Itzel entró.

La nave de la iglesia estaba vacía, a excepción de un anciano sentado en las primeras filas. El ataúd se encontraba bajo el altar, rodeado de unas coronas de flores artificiales que la iglesia debía alquilar por hora. Itzel se dirigió hacia el anciano. Sus zapatos resonaron en la iglesia desierta. Pero el anciano nunca la escuchó o no se preocupó en darse vuelta para observarla. Itzel vio que debía tener unos setenta años. Usaba una gruesa chaqueta de lana, ya desvaída y carcomida en la zona del cuello. Un mechón de pelo entrecano sobrevivía en su coronilla, cercado por una calvicie manchada por los años. Estaba en posición de rezo. Pero también (a esto Itzel no lo pudo comprobar) podía estar dormitando. Recién alzó la cabeza cuando Itzel se sentó en el banco de atrás e hizo un leve ruido con su abrigo. Giró la cabeza hacia ella, inquisitivo. En ese momento, Itzel notó que su parecido con Britten era extraordinario. Era como contemplar una versión precisa y escalofriante del futuro de su ex editor.

—Richard Dempsey, ¿verdad? Lamento mucho la muerte de su hijo, señor Richard.

El anciano había terminado de darse vuelta. Abrió la boca para preguntar algo, pero entonces observó a Itzel y quedó inmóvil. Un destello de sorpresa y de miedo asomó a sus ojos. De repente miró hacia atrás, por sobre el hombro de Itzel.

—No se preocupe, señor Dempsey, he venido sola, usted sabe muy bien que trabajo en soledad. *Señor Dempsey*. —Itzel marcó cada sílaba de su nombre, como si hablara con alguien flojo de entenderas—. ¿O acaso debería llamarlo, simplemente, Lévi?

57

Lévi parecía hechizado ante la presencia de Itzel. Había palidecido hasta alcanzar una tonalidad enfermiza. Sus ojos la escudriñaban de arriba abajo, como tratando de decidir si se trataba de un sueño. Sin dejar de observarla, apoyó una mano sobre el respaldo del asiento e intentó incorporarse. Itzel extendió un brazo y lo sujetó firmemente por el hombro.

—Ni se le ocurra marcharse. Primero debemos hablar.

Lévi volvió a abrir la boca como para soltar una queja. Pero luego pareció pensarlo mejor y dejó caer su cuerpo tenso sobre el pupitre de madera, como si acabara de desinflarse. Su aspecto demacrado se intensificó aún más. Una delgada película de sudor cubrió su frente y parte de su calva. Volvió a observar a Itzel, de repente desafiante.

—¿Qué piensa hacer? ¿Golpear a un anciano?

—Sabe que no podría hacer algo así. Pero necesito respuestas. Lo seguiré hasta el infierno si es necesario. No le permitiré descansar hasta que me explique.

—No tengo todas las respuestas. —Lévi había regresado a su posición inicial, levemente encorvado, mirando hacia el altar. En su mano izquierda portaba un rosario. Jugaba con las cuentas de madera, del tamaño de garbanzos, mientras hablaba—. No tengo ni la mitad de respuestas que usted cree que tengo. Por eso es que me salí del *Unicornio*.

—Pero su hijo sí las tenía.

—No, se equivoca. —El anciano señaló con la cabeza hacia el ataúd—. De lo contrario, él no estaría allí. Le advertí. Le dije que nos estábamos metiendo en un lío más grande del que podíamos manejar. Pero siempre fue testarudo, tenía sus propias ideas. Creía estar salvando al mundo.

Emitió una pequeña risita, que reverberó en las paredes de piedra de la capilla.

—Lo han matado, ¿verdad?

—Es posible —admitió Lévi.

—Yo diría que es mucho más que posible. El aire acondicionado estaba puesto a la mínima temperatura en un mes invernal. Es evidente que, quien hizo el trabajo, se aseguró de que no lo descubrieran durante un buen tiempo. Sabía que el frío conservaría el cadáver. Al menos, durante unos cuantos días más.

—¿Eso es lo que usted piensa? —Lévi se dio vuelta hacia ella, observándola sorprendido. Itzel notó las venas reventadas de su nariz. O el viejo tenía una rosácea severa, pensó, o se pasaba con las copas durante las noches. Pero esto no la sorprendió demasiado. Después de todo, cada quien tenía sus maneras de evadirse de la realidad. Lévi con sus copas, Britten con su obsesión con el *Unicornio*, Itzel con las pastillas. Cada uno hacía lo que podía para seguir adelante, pensó—. Tiene una imaginación bastante buena. O mira muchas series de detectives.

—¿Está diciendo que no lo mataron? ¿Que realmente murió de un paro cardíaco?

—Yo solo digo que las cosas pueden ocurrir de muchas maneras. Y mi hijo tenía la

costumbre de trabajar con el aire acondicionado. Él era un hombre muy corpulento y muy… caluroso —dijo esto con cierta sorpresa, e Itzel creyó adivinar sus pensamientos: acababa de llegar a la perpleja y terrible conclusión de que su hijo jamás volvería a sufrir de calor.

—¿Y entonces?

—No sé qué decirle, señorita. ¿Qué clase de respuestas está esperando obtener?

—Usted recién admitió que pudieron haberlo matado. Y si es así, ¿quién o quiénes? ¿Y por qué?

—Usted lo sabe.

—De verdad que no. Si lo supiera, no estaría aquí, hablando con usted.

—La Puerta Negra puede estar detrás de todo esto.

—No sé qué diablos es la Puerta Negra.

—¿Me va a decir que es la primera vez que escucha nombrarla?

—Pues… no. Pero desconozco su significado.

Lévi se removió inquieto sobre su incómodo asiento.

—Yo también lo desconozco.

—Está mintiendo.

—¡Le digo la verdad! —En el silencio de la nave, la voz de Britten sonó como el graznido de un viejo cuervo a punto de morir—. Yo solo he soñado con ellos. Así como he soñado con… los otros siete.

La mente de Itzel trabajaba a toda velocidad. Sentía cómo cada neurona establecía conexiones nuevas y avanzaba al ritmo de la luz. Sin embargo, no era suficiente. Seguía estando tan a ciegas como antes.

—¿Se refiere a las personas que yo tuve que entrevistar? —dijo al fin—. Ellos son siete. Bueno, en realidad, fueron seis. Britten debía darme la última lista…

—Usted es rápida, y muy inteligente —dijo Lévi admirado—. Pero no sabe en dónde se está metiendo. Haga como yo, Itzel: apártese mientras pueda. O terminará como Pete. Él pensó que nunca lo atraparían. Pero la Puerta Negra es más grande de lo que jamás imaginó. Yo le advertí, pero él no me hizo caso.

—Deje de hablar en clave, por favor, y explíqueme de una buena vez.

—Es que no hay mucho que explicar, ¿es que no entiende? —se agitó Lévi. Sus ojos recorrían desesperados el recinto. Como buscando algún tipo de ayuda en las imágenes de santos que poblaban las paredes. Parecía un tipo atrapado en sus propios terrores… aunque también en las amenazas que podían llegar desde afuera—. Mi peor error fue haberle contado a Pete de mis sueños. En realidad siempre los había tenido, pero se intensificaron en los últimos tiempos. Soñaba con la anciana…

—¿La anciana en silla de ruedas?

Al escuchar esto, Lévi pareció sobresaltarse, como si alguien acabara de tocarle el hombro.

—Su nombre es Aradia. No sé mucho sobre ella. Sé que sufrió un accidente, hace mucho, que la dejó paralizada de la cintura hasta los pies. Pero su mente… oh, su mente… Era como un agujero negro de conocimiento. Absorbía todo tipo de información, tanto la que está disponible como la que no. Con el tiempo, creo que ella enloqueció. Fundó una iglesia y tuvo su propio séquito. Al principio eran unos pocos, los pueblerinos más ignorantes de una tierra de ignorantes. Pero luego su poder creció, y se sumaron nuevos miembros, cada vez más poderosos. La

sociedad se hizo secreta y participaron en ella líderes políticos, empresarios, gente rica y con poder que lo había conseguido todo y quería aún más. Ellos creían en…

—¿En qué? ¿En qué creían?

Lévi negó con la cabeza, con evidente pesar.

—No importa en qué creían —dijo—. Mientras menos sepa, mejor le irá.

—No estoy de acuerdo con eso.

—Baste decir que creían en cosas imposibles —se impacientó Lévi—. Aradia parecía cada vez más afianzada en su rol de pitonisa de los últimos tiempos. Se había hecho rica, tan rica como solo pueden soñarlo las personas comunes y corrientes… pero entonces sucedió algo inesperado. Ella murió. Murió y dejó a un centenar de personas ricas y poderosas al borde de un pánico existencial. Sin embargo, antes de morir, ella dejó una lista…

—La lista de los siete.

Lévi asintió. Las luces de las velas bailaban sobre su rostro, confiriéndole el aspecto de una máscara cambiante.

—Se supone que sí. Pero no era tan fácil hallarlas. Aradia solo había dejado sus nombres. Pero ¿cuántas Ludmilas Yáñez hay en el mundo? ¿Cuántas Patricias Nores, cuántos Franks Rosen?

—Dios mío. Esto es una locura.

—Y eso que no sabemos ni la mitad, Itzel. Créame: a veces es mejor no saber. Se lo digo yo, que durante toda mi vida busqué la verdad a través de los libros. A veces, es mejor detenerse y dejar que las cosas sigan su curso.

—Se ha vuelto un cobarde.

—Puede ser —admitió Lévi—. Pero también más sensato. Y me pregunto si una cosa no está ligada con la otra.

—¿Y cuál se supone que era la función de esa lista? ¿Reunir un ejército de dementes? ¿De personas que creían ver cosas? ¿Con qué fin?

—Usted también, Itzel.

Los ojos de Lévi de repente brillaban sagaces. Acarició una de las cuentas del rosario y luego lo guardó dentro de su puño.

—¿Yo también, qué?

—Usted también creyó ver cosas. ¿O me equivoco?

A la mente de Itzel llegaron una serie de imágenes. El perro negro en el jardín de Lud. El rostro de la amiga de Patricia Nores en su *laptop*. Y aquella extraña persecución en las cercanías de Turkey Creek… Los ojos de ese ser habían brillado en la oscuridad. Itzel aún soñaba con eso.

—Se llama sugestión no hipnótica —dijo Itzel con brusquedad—. Ya hace más de un siglo, Freud alertaba sobre los efectos sugestivos que los discursos de los pacientes podían tener sobre sus psicólogos. Clark Hull realizó estudios específicos del tema en la década del treinta. No es nada nuevo, Lévi. Yo soy tan influenciable como cualquier otro ser humano.

—Me conmueve la vehemencia con que defiende su postura. Pero sepa que solo es un intento desesperado por engañarse a sí misma.

Itzel negó con la cabeza, exasperada.

—No me cambie de tema, Lévi —dijo, esforzándose por no alzar la voz—. Aún no respondió mi pregunta. ¿Cuál es el objetivo de esa lista? ¿Y qué rayos tiene que ver esto con el *Unicornio*

Amarillo? Yo hasta ahora solo he escuchado una sarta de idioteces sin sentido.

—No puedo decirlo.

—Puede y debe hacerlo —se impacientó Itzel—. Me lo debe. Por haberme metido en esto.

—Usted no sabe nada.

—Dígame, Lévi.

—¡Es que ni yo mismo lo creo! —El rostro de Lévi se contrajo en una mueca de impotencia —. No pensé que podía ser cierto. Yo solo… soy un soñador.

—¿Se está exculpando de todo lo que está pasando?

—No. Yo solo… —Se llevó las manos a la cara. La cruz de su rosario se bamboleó y reflejó la luz de la mañana que entraba por uno de los ventanales. De repente, alzó la cabeza y se incorporó con evidente esfuerzo.

—¿Adónde cree que va?

—No voy a escapar. No estoy en condiciones de correr, por si no se ha dado cuenta. Venga, acompáñeme.

Se estaba dirigiendo hacia el ataúd. El ruido de sus pasos vacilantes se elevó hacia el techo abovedado de la nave. Lévi subió las pequeñas escalinatas y se apoyó sobre el ataúd cerrado de Britten. Itzel, que lo seguía de cerca, pudo ver que había verdadero dolor en la mirada del anciano.

A un costado del ataúd, sobre un pedestal de falso mármol, habían colocado una foto de Britten junto a una vela encendida. En la foto, Britten se veía unos diez años más joven y sonreía hacia la cámara. De nuevo, Itzel tuvo la sensación de que esa sonrisa estaba de más, como desenfocada. No era una sonrisa que invitaba a la amistad o al buen humor. Era, más bien, una mueca forzada que ocultaba cosas.

—Pete era un hombre impulsivo, encadenado a sus obsesiones —dijo al cabo de un tiempo Lévi. Acarició, con expresión ausente, la lustrada madera del ataúd de su hijo—. Le he dicho a usted muchas mentiras, señorita Itzel, pero no falté a la verdad con respecto a eso: él era el cable a tierra de nuestra sociedad. Era el que negociaba, el que veía el filón económico a nuestros proyectos. Yo nunca serví para ganar dinero. Trabajamos juntos durante décadas. Fundamos decenas de revistas y periódicos. Algunos fueron un éxito, otros, estrepitosos fracasos que prefiero no evocar. Siempre con el mismo pensamiento, la misma línea editorial: investigar fenómenos paranormales y ayudar a las personas que eran víctimas de ellos. —Observó la foto iluminada por la vela. Su rostro, como si viera un recuerdo lejano y apacible, por un momento se suavizó—. Él insistía siempre en esto último: «No debemos dejar solas a esas personas», decía. En el fondo, era más bondadoso que yo. Cuando la llegada de Internet amenazó a todas las publicaciones tradicionales, él no se dio por vencido y siguió insistiendo. Nunca dejamos de investigar ni de difundir nuestros conocimientos. Para nosotros, era más importante esto que el beneficio monetario. Quizá le resulte ridículo, pero pensábamos estar haciendo… un bien a la sociedad.

—¿Difundiendo ideas infundadas del siglo XIX?

Sobre el ataúd, la mano de Lévi se crispó, como si pretendiera rayar la madera con sus uñas.

—Usted no entiende nada —dijo vehemente—. Para muchas personas, las creencias espiritistas representan un único consuelo frente a la pérdida de un ser querido. El mundo actual, lleno de explicaciones científicas y petulantes, no ofrece respuesta para este tipo de cuestiones.

«Tómese esta pastilla», te dicen, «vaya al psicólogo». Pero la gente no se conforma con ahogar sus penas en químicos envasados, tampoco quiere contarle sus tristezas a un académico que solo asentirá y le dirá algunas verdades de Perogrullo. Quiere otra cosa. Quiere que alguien se le acerque y le diga: «No se preocupe, no se angustie tanto, usted volverá a ver a esa persona». Quiere que le digan que no todo se termina con la muerte… —Lévi hizo una pausa. Su rostro se había congestionado al hablar. Era evidente que el tema le apasionaba. Emitió un profundo suspiro y agregó, ya más tranquilo—: Es cierto que la religión promete algo similar. Promete la vida después de la muerte, ¿verdad? Pero cuando alguien pregunta al sacerdote por qué debe creer en ello, el cura se encoge de hombros y dice: «Porque lo dice un texto escrito hace miles de años». No es explicación suficiente. Nosotros, los espiritistas, podemos brindar mucho más que eso. Podemos presentar pruebas.

—No tienen pruebas de ningún tipo. Es todo un engaño.

—Parece muy segura de ello. Sin embargo, su rostro se transformó cuando le recordé que usted había visto cosas.

—Ya le expliqué que…

—Sí, sí, yo también he leído sobre la teoría de la sugestión no forzada. Pero, aun así, usted sabe que esta explicación no alcanza. Usted sabe que hay otras cuestiones…

—No intente convertirme a su religión, o lo que sea que está promulgando, Lévi. No intente hacer eso conmigo.

—Está bien —Lévi esbozó una triste sonrisa, como sabiéndose descubierto por alguien a quien había subestimado—. Tampoco quiero convencerla de nada. Pero es necesario para explicar.

—¿Explicar qué?

—La sensación de terrible alivio que nos produjo el saber que Martha, mi esposa y madre de Peter, tarde o temprano se reencontraría con nosotros. Que nos estaba esperando, del otro lado del umbral. Sin ese tipo de convicciones, difícilmente hubiésemos podido superar su muerte.

—¿Es por ello que se dedicaron a investigar y a fundar revistas paranormales?

—Solo nos dio la confirmación de que estábamos yendo por el buen camino.

—¿Y entonces?

—Todo se empezó a ir al diablo cuando empecé a soñar con esa mujer. Aradia.

—Creo que estoy comprendiendo. No mucho, pero algo empiezo a ver.

—¿De verdad?

—Si lo que dice usted es cierto, entonces puede que sí. Esa mujer, Aradia, dio una lista de personas que debían reunirse en algún lado para cumplir un cierto objetivo. Al mismo tiempo, usted soñó con esa mujer y con la lista. Y, de algún modo, ustedes… se situaron en el sendero opuesto. Se propusieron arruinar los planes de la logia de Aradia…

Lévi la observaba fascinado. Parecía un chico que ve por primera vez la foto de una mujer desnuda.

—Dios mío, cuánto talento. —No parecía haber sarcasmo en su voz, se trataba de una expresión de legítima admiración—. Estuvimos jugando con fuego sin saberlo. Usted… podría habernos arruinado.

—Vuelvo a insistir: ¿qué tiene que ver el *Unicornio* con todo esto?

—¿Aún no ha podido adivinarlo?

—Pues no.

Lévi la examinó con ojo crítico, de arriba abajo. Por primera vez, Itzel se sintió incómoda frente a él. Su mirada era la de alguien que puede ver a través de los sentimientos más ocultos. «Después de todo, estoy hablando con un psicólogo veterano», pensó.

—Puede ver cosas que otros no pueden, pero no lo más evidente —dijo Lévi, reflexivo—. Un claro caso de perspicacia selectiva. Muy interesante.

—No vine aquí para que me psicoanalice, Lévi.

—Es que… —La mirada de Lévi se nubló. Apartó la mirada hacia el ataúd. Parecía avergonzado—. Aún no puedo creer que no se haya dado cuenta de que el *Unicornio* no existe. Nunca existió, Itzel. Es solo una ficción. Una ficción construida entre Peter y yo para obligarle a hacer a usted cosas que de otro modo no hubiese aceptado…

58

Por un momento, Itzel se vio golpeando a Lévi.

Tan claramente como podía ver la foto de Britten iluminada por la vela. Pudo verse alzando el puño y estrellándolo contra su nariz roja de borracho. Pudo incluso escuchar el crujido de su tabique, ver la sangre saliendo a borbotones, sus ojos doloridos girando como locos hacia ningún lado. La caída de su cuerpo, sus manos huesudas intentado aferrarse inútilmente, su boca que se abría en un grito mudo… Finalmente, la caída. Contra el borde de la escalinata. Su cuello se partiría con un horrible ruido. Fue tan real que por un momento Itzel se asustó. Sobre todo porque le dejó una sensación de innegable satisfacción en el alma.

Pero, por supuesto, se abstuvo de hacerlo. En lugar de ello, aferró a Lévi por el brazo. El cuerpo del viejo se tensó. Lévi intentó librarse de Itzel, pero no pudo. Sus facciones parecían las de una momia recién salida del sarcófago.

—Déjeme ir —suplicó—. No me haga daño.

—No le haré nada, no se preocupe. O tal vez sí.

Lévi la observó con ojos aterrados.

—Itzel…

—Dígame la jodida verdad. Dígame, o lo lamentará.

—Suélteme. Está apretando muy fuerte. Por favor.

—Dígame el verdadero propósito del *Unicornio*. O lo meteré en ese cajón junto a su hijo.

No sabía de dónde salían esas palabras. Parecían tan impropias de ella… Era como si su madre hablase a través de su boca. O quizá Milena Crow. Ella sí que era una mujer ruda. Con el correr de los meses, se la había imaginado alta, de rostro endurecido por la vida y las penurias. Milena no se hubiese dejado amedrentar tan fácil por Daphne. Y sin dudas se hubiese cobrado el golpe de James, aquella lejana noche en la casa de Long Beach. No era tan fácil derrotar a Milena. Ella, a diferencia de Itzel, sabía lo que quería. Y sobre todo: *cómo lograrlo.*

—Itzel, ya le dije que sé muy poco…

—Pues dígame lo que sabe. Y no se ande con rodeos.

Cuenta Itzel que, de no ser por el cura que apareció desde algún lugar, mirando petrificado la escena mientras portaba una pequeña biblia forrada en cuero, Lévi quizá le hubiese cantado todo. Pero el maldito sacerdote fue terriblemente inoportuno. Se acercó al féretro y observó la postura inusual de Itzel, sujetando a un anciano por el brazo e interponiéndose en su camino para no dejarlo pasar. «¿Está todo bien por aquí?», preguntó el sacerdote. Lévi, ni lerdo ni perezoso, aprovechó para deshacerse de la mano de Itzel. Le echó una horrible mirada de culpa y luego se encaminó hacia el portal de la iglesia.

Itzel, sin hacer caso a las preguntas cada vez más recelosas del sacerdote, lo siguió. Pero cuando logró alcanzarlo, en el pórtico de piedra, supo que ya no era lo mismo, que el momento había pasado. Milena la había abandonado y ella no tenía el coraje de llevar el asunto hasta las

últimas consecuencias.

—Dígame —de todas maneras insistió.

—Déjeme en paz —dijo el viejo.

Caminaba por la acera a paso rápido, sin mirar hacia atrás. Un viento suave pero frío les aterió las partes expuestas de sus cuerpos. Lévi se subió el abrigo y luego se metió las manos en los bolsillos. No tenía intenciones de detenerse.

—Dígame, maldición.

Había un policía en la esquina. Itzel supo que ya había perdido a Lévi. Detuvo su marcha y observó el andar apresurado del anciano. Todavía alcanzó a soltar un último pedido desesperado:

—Hágalo por mi hijo. Por favor.

No tenía esperanzas de que el viejo se ablandara. Por ello, se sorprendió cuando Lévi aminoró el paso, lanzó un suspiro y luego se detuvo. Giró su rostro hacia ella.

—¿Por qué mete a su hijo en esto? ¿Qué tiene que ver?

—Britten. Él me prometió que lo mejoraría.

—Él no puede hacer eso.

—Pero mejoró. Joseph mejoró. No estoy loca, Lévi. Sé que, de alguna forma, Britten hizo que Joseph mejorara.

Lévi hizo una señal con la mano, como restándole importancia al asunto. Pero su mirada había cambiado: ahora volvía a reflejarse el miedo en ella.

—Debió ser casualidad. Mi hijo no tenía poderes de ningún tipo. Se lo puedo asegurar. Debió ser solo un farol.

—Pero mejoró —insistió Itzel—. Fue como un milagro. Los médicos no pudieron explicarse lo que ocurrió.

—¿Y qué ocurrió?

—Comenzó a respirar por sus propios medios. Los neurólogos habían dicho que, dado su daño cerebral, era imposible que ocurriera algo así.

—Eso es… —Pero se detuvo a mitad de la frase. Los ojos del anciano parecían cada vez más abiertos. Miraba hacia Itzel, pero ella supo que miraba mucho más allá, como buscando en las profundidades de sus pensamientos.

—¿Imposible? ¿Es eso lo que quiere usted decirme? Pues algo lo hizo posible.

—Dios mío.

—No sé si Dios tiene algo que ver con esto. Yo no descartaría nada, pero… apostaría mis fichas a que Britten hizo algo. No sé qué.

—Dios mío —repitió el anciano. Ahora se había dado vuelta hacia ella. Se recostó contra el muro que bordeaba la iglesia, como si necesitara algún tipo de apoyo para no caerse—. Peter fue demasiado lejos.

—¿Qué hizo? ¿Cómo logró hacer algo así con mi hijo?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabe? Él no solo era su hijo: era también su socio.

—Dejamos de hablarnos. Tuvimos una… pelea.

—Fue luego de mi entrevista a Lud, ¿verdad?

El anciano asintió.

—Decidí salirme del proyecto. Me había dado cuenta de que el asunto se nos estaba

escapando de las manos. Peter siguió, pero nunca imaginé que…

—¿Por qué se les escapó de las manos? ¿Tiene algo que ver con las muertes?

Lévi volvió a asentir con la cabeza. Parecía estar hablando más consigo mismo que con ella.

—En el fondo, nunca pensé que funcionaría. Que solo recibiríamos algunas señales y luego nos sacarían del juego. Pero funcionó. De alguna forma, funcionó. —Lévi clavó su mirada en Itzel. Sus ojos parecían los de un muerto en vida. A Itzel se le puso la piel de gallina—. De alguna forma, logramos conjurar fuerzas que no entendíamos. Y esas fuerzas comenzaron a actuar. Primero lo hizo con Patricia Nores. Y luego le siguió Lucille Resposo. Cuando entendí que Ludmila Yáñez sería la próxima, me asusté y salí del *Unicornio*. Sabía que Ludmila estaba embarazada. Era demasiado para mí.

—Pero aun así, usted me asignó el caso.

—Pero es que aún no sabía de la muerte de Lucille. Peter… Peter me lo había ocultado todo. Cuando me di cuenta, discutimos y desde entonces dejamos de hablar.

—Usted dice entonces que esa fuerza… sea lo que signifique eso… ¿fue lo que mató a mis entrevistados?

—Así como usted lo dice, sé que suena ridículo… pero sí. Fue eso lo que pasó.

—¿Y qué se supone qué es esa fuerza? ¿La fuerza del mal? ¿La fuerza de los Jedi? ¿Qué rayos es?

Lévi no dejaba de mirarla de esa manera tan inquietante. Itzel hubiese dado cualquier cosa con tal de que apartara su mirada. Hacia cualquier lado.

—No haga bromas sobre eso. Es algo que ni usted ni yo podemos entender o controlar.

—Al menos dígame qué es.

—¡Es que no lo sé! —Perdió de repente la compostura Lévi—. Durante toda mi vida adulta intenté conjurar distintas entidades. Fuerzas del bien y del mal. Espíritus del pasado. Incluso demonios. Pero nunca había dado resultado. Fue por eso que, cuando vimos que habíamos despertado algo, no supimos cómo actuar. Tampoco detenernos a tiempo.

—¿Esa misma fuerza es la que hizo que mi hijo se recuperara?

—Es posible. O tal vez no. De todas maneras, no sé qué es lo que quiere. Ni tampoco cómo controlarla.

—¿Cómo hago para que mi hijo siga mejorando? Britten me había prometido que podía hacerlo.

Era la cuestión que más le urgía. Una parte de ella sabía que estaba hablando con un lunático. ¿Fuerzas del más allá, poderes incontrolados que mataban gente o que le podían dar salud? ¿Qué rayos era todo eso? Pero, por otro lado, su efectividad era palpable: a esas alturas, era imposible asignar los hechos solo a una sucesión increíble de coincidencias. Si realmente existía algo, a ella de momento no le interesaba saber cómo era. Solo pretendía aferrarse al resultado final, es decir, a Joseph. ¿Hipocresía de su parte? Por supuesto. Pero era la única manera que encontraba de seguir con todo eso y no volverse loca en el intento.

Los labios de Lévi temblaban. Se habían puesto morados por el frío. Ahora observaba a Itzel con una mezcla de compasión y miedo en partes iguales. Su cabeza osciló de un lado a otro, en un lento y apesadumbrado no.

—Lo siento, pero no puedo ayudarla. No sé cómo hacer para que Joseph mejore. Y si Peter sabía, se llevó sus secretos a la tumba.

La desesperación sacudió el cuerpo de Itzel. Si el policía no hubiese estado en la esquina, probablemente se hubiese abalanzado sobre Lévi.

—Algo tiene que haber —suplicó—. Algún indicio. Algo.

Creyó que Lévi ya no le contestaría. Estaba demasiado inmerso en sus temores. Se lo veía demasiado frágil, e Itzel supo que se derrumbaría ante el menor esfuerzo. No obstante, el viejo -murmuró algo entre dientes que Itzel no alcanzó a oír. Le pidió que repitiera sus palabras.

—Busque a la mujer en silla de ruedas —dijo—. Es todo lo que se me ocurre de momento. Quisiera ayudarla más, pero no sé cómo.

—Pero usted dijo que ella estaba muerta —se exasperó Itzel—. ¿Cómo buscar a alguien que ya está muerto?

—Lo sé —dijo Lévi, reflexivo. Había comenzado a marchar de nuevo. Esta vez ya no se detendría—. Lo sé, Itzel. Buena suerte. Y perdón por todo lo que le hicimos pasar. En nombre de mí y de mi hijo Peter. En nombre del *Unicornio Amarillo*.

—Maldición, Lévi.

—Lo siento mucho, señorita.

—El nombre —murmuró Itzel, desesperada—. ¿Por qué el nombre? ¿Por qué el *Unicornio Amarillo*?

—Es solo una variante de unicornio rosado —dijo Lévi por sobre su hombro—. ¿Escuchó alguna vez hablar de él?

—No —dijo Itzel perpleja.

—Entonces… —Pero las últimas palabras de Lévi se perdieron en el viento. Itzel lo contempló marcharse, en dirección al policía que desde hacía rato los observaba con suspicacia. Dobló en la siguiente esquina y luego Itzel ya no lo volvió a ver.

59

Durante los tres siguientes días, Itzel se dedicó a investigar.

Investigar sobre el *Unicornio Amarillo*. Investigar sobre la mujer en silla de ruedas y sobre las actividades de Britten y Lévi. Investigar, en suma, sobre lo que había sucedido durante los últimos tiempos y que ella negligentemente se había rehusado a comprender.

A veces tenía la sensación de estar dando vueltas en un laberinto. Cuando creía vislumbrar una salida, corría esperanzada hacia ella, pero solo para descubrir que era otro callejón cerrado.

Suponía que había hecho avances: después de todo, Lévi había terminado hablando bastante, aunque muchas de sus explicaciones eran poco menos que crípticas. El problema era que, ante cada respuesta que creía encontrar, se abrían paso dos o tres preguntas más. El proceso era tan inútil y desesperanzador como caminar hacia el horizonte. *Podías* tener la sensación de un cierto avance, pero cuando alzabas la cabeza, el horizonte siempre se encontraba a la misma distancia de antes.

Para colmo había comenzado a experimentar los síntomas propios de la abstinencia. Por las noches, apenas podía dormir. La boca se le ponía seca a ciertas horas del día. Pero era durante el atardecer cuando llegaba lo peor: sufría de temblores, de espasmos, tenía la sensación de ahogarse y morir. Los síntomas no duraban más de diez minutos, pero eran tan intensos que Itzel se sentía aterrada en cuanto el reloj pasaba las cinco de la tarde. Sabía que no era casualidad lo del horario: a esas horas, ella solía consumir sus ansiolíticos y pastillas para dormir.

Durante esos días, descubrió que lo del unicornio rosado no era más que una broma. Una vieja parodia hacia las creencias religiosas que habían ideado los agnósticos. Se suponía que el unicornio era rosado e invisible al mismo tiempo. El color de su pelaje se trataba de una cuestión de fe, y su invisibilidad, una muralla perfecta que desarmaba cualquier intento de discusión. Así, los ateos podían sostener con toda la convicción del mundo que el unicornio rosado existía, pero no había nadie capaz de confirmar o descartar su existencia. Si uno reemplazaba el término «unicornio rosado» por «Dios» (o por cualquier otra deidad existente en la tierra), los resultados terminaban siendo los mismos. Lo que demostraba, supuestamente, lo endeble de las creencias religiosas.

Era, por supuesto, una broma hacia Itzel. Ella sin dudas hubiese sostenido la teoría del unicornio rosado. En una cínica y delirante reversión de papeles, le habían puesto las pruebas delante de sus propias narices, pero ella había sido incapaz de verlas. Ella había creído en la existencia del *Unicornio Amarillo* (o rosado), así como los religiosos creían en la existencia de Dios. Pero resultaba que nada de eso existía. El *Unicornio Amarillo* le había dado una dosis de su propia medicina: *había hecho creer a alguien que no creía en nada*.

Este descubrimiento, que llevó a cabo luego de una breve investigación en Internet, apenas la afectó. Había digerido lo del *Unicornio Amarillo* muy rápido y apenas le daba importancia a su engaño. A diferencia de Britten, ella sí sabía perder. Prefería concentrarse en otras cuestiones.

Por ejemplo: qué era lo que realmente habían pretendido de ella.

Lévi había insinuado que la habían usado para contrarrestar los designios de una tal Aradia, la mujer en silla de ruedas. Pero ¿cómo?

—¿Cómo? —dijo Itzel en voz alta, frustrada a más no poder. Estaba en su departamento cuando ocurrió esto. Bip la observó sin mucho interés y luego siguió durmiendo. Sin dudas ya se había acostumbrado a que su dueña hablara en voz alta. Debía estar acostumbrado a muchas cosas excéntricas de ella también. Pobre gato, pensaba Itzel a veces. Cuántas cosas horribles debe soportar de mí—. Debe haber alguna jodida respuesta. Aunque sea algo increíble y delirante. Como todas las creencias de Britten y su padre.

No le estaba hablando a nadie en particular, por supuesto, pero de repente imaginó que dialogaba con Milena Crow. Incluso pudo imaginársela en la habitación, sentada sobre el sillón, la espalda recta, la mirada aguda y despierta, cruzada de piernas. Su poder de seducción era innegable. Tuvo también una leve intuición sobre ella: odiaba a todos los hombres. Al igual que Itzel, Milena era una mujer que había sufrido la violencia de maridos y amantes. Había terminado hartándose de ellos. Su vida sexual, como la de Itzel, era inexistente. Y ambas estaban muy bien así.

—Debe haber alguna pista, Milena —le dijo a la mujer sentada en el rincón, inmóvil—. Algún maldito indicio por dónde empezar.

Milena no movía un músculo de la cara. La observaba como quien observa un insecto atrapado en una aguja. Cruzó y descruzó las piernas, y luego tomó un sorbo de té. Itzel incluso pudo ver el diseño sobre la porcelana de la taza: unas flores delicadas y lilas, entrelazadas en un espino de aspecto amenazante.

—¿No me dirás nada, verdad? Pues bien, me las arreglaré sola.

Le dio la espalda para volver a concentrarse en su *laptop*. Había decidido releer las crónicas que ella misma había escrito. Pensaba que podía haberse dejado algunas pistas allí. Estaba releyendo la tercera crónica, la que relataba los sucesos de Lud, cuando sintió una voz a sus espaldas, serena y algo irónica, que decía:

—Puedes empezar por Orchid Bay.

Itzel se dio vuelta con rapidez, sorprendida. Era la primera vez que Milena decía algo. Hasta ese entonces, solo se había limitado a acompañarla a ciertos lugares. Y a observarla.

—¿Cómo has dicho?

—Orchid Bay —repitió Milena. No estaba moviendo los labios. Ni siquiera los tenía entreabiertos. Se estaba comunicando con ella en forma telepática. No era descabellado: después de todo, Milena solo existía en su cabeza—. Hay algo allí. Lo sabes.

—Pues no tengo idea de qué estás habland…

Pero se detuvo. Sus ojos de repente se abrieron. Claro que había algo. Ella lo había pensado durante unos momentos, pero luego lo había olvidado. Recordó la situación: ella estaba en el hotel, de regreso a su desafortunada aventura en Turkey Creek. A eso de las once de la mañana, ella había hablado por primera vez con Britten. Recordaba que su voz había sonado con ecos, como si Britten se encontrara en una habitación vacía. Semanas más tarde, al ingresar por primera vez en el apartamento de Britten, había descubierto, efectivamente, un cuarto sin más muebles que un sillón viejo, y había creído que de esa manera su teoría se validaba. Pues bien, había algo más: algo que ella había pasado por alto. Había sucedido durante su misma estancia

en Orchid Bay. Horas antes de tomar su vuelo de regreso, Itzel había llamado al alguacil del pueblo. El hombre, que se apellidaba Scott (o quizás ese era su nombre de pila), no se encontraba en la comisaría, por lo que le habían pasado su celular. Ella lo había llamado… y la voz del tal Scott se escuchaba con los mismos ecos. Ella había pensado que se trataba de un problema con las líneas locales, pero ahora que Milena lo mencionaba…

—Maldición —dijo Itzel, apretando los puños—. ¿Cómo pude ser tan idiota?

Desde su rincón, sentada sobre el sillón descuajeringado y bebiendo un sorbo de té tras de otro, Milena la observaba sonriente.

Pensó que eso no bastaba para asegurar nada. Debía ir algunos pasos más allá. Debía… llamar a alguien. Alguien que seguramente no se alegraría de hablar con ella.

—Pero debo hacerlo —dijo Itzel, y miró hacia Milena esperando que la mujer le aprobara la iniciativa—. ¿Verdad?

Milena no dijo nada, no gesticuló ni sus facciones se movieron un centímetro. Pero algo en su postura daba a entender que sí, que ella aprobaba la nueva idea. Así que Itzel se puso en marcha.

Telefoneó a México, al departamento urbano del barrio Roma. Preguntó por la dirección de una tal Vanesa Segovia. Ella era una vieja amiga, dijo, y se había mudado a Los Ángeles y había perdido su dirección. Luego de varias idas y vueltas, se la dieron. Entonces Itzel consultó con la guía *online* telefónica de México, puso el nombre y la dirección de Vanesa, y el número de teléfono le apareció en menos de tres segundos.

La llamó. Era la primera vez que iba a hablar con la mujer después de lo ocurrido con el perro. Descubrió que estaba algo nerviosa. Pero era algo normal: después de todo, Itzel le había matado a su mascota. Cierto que sin intención, pero de todas maneras lo había matado.

Vanesa la atendió al cuarto timbrazo. Itzel se presentó y dijo quién era. Y, tal cual lo había previsto, la reacción de la otra mujer fue virulenta, totalmente agresiva. Itzel aguantó sus insultos con estoicismo, aguardado a que terminara la tormenta. Finalmente, luego de unos cuantos minutos de más maledicencias e improperios, la mujer pareció calmarse un poco. «Y entonces, pues ¿para qué me has llamado? ¿Para burlarte de mí? ¿Para hacerme acordar de mi pobre Benito?», le dijo. Itzel entonces soltó lo que pacientemente hasta ese momento había guardado. Dijo que pensaba ofrecerle un resarcimiento económico por la pérdida del perrito. Que sabía que no era suficiente para recuperar el cariño de su mascota, pero que al menos pretendía otorgarle algún tipo de compensación. «Aunque sea para erigir una tumba en su nombre, en el cementerio de mascotas de Tlalpan», le dijo. «¿Crees que mil dólares serán suficientes para cubrir los gastos?»

Esto pareció morigerar los rencores de Vanesa en un santiamén. Era increíble cómo un puñado de dinero podía cambiar las emociones de la gente, con la facilidad con que el cielo cambia de color en las tormentas de verano. Itzel lo había visto una y otra vez. Vanesa le preguntó, todavía algo desconfiada, cómo pensaba enviarle el dinero. «¿Tienes cuenta en PayPal?», le preguntó Itzel. Vanesa dijo que sí, que tenía, y le dio el nombre de la cuenta. «Pues entonces espérame un minuto que hago la transferencia», le prometió Itzel. Entró a la *laptop*, depositó mil dólares en la cuenta de Vanesa y luego le dijo que corroborara la transacción. Vanesa se tardó unos cuantos minutos en hacerlo. Cuando regresó al teléfono, su voz era totalmente diferente. Incluso parecía un poco dicharachera. El dolor por la muerte de su preciado

Benito había desaparecido como por arte de magia. Itzel dudaba que la mujer asignara un solo centavo a la conmemoración de su perro. De todas formas no le importaba, porque había logrado su propósito: que la mujer colaborara con ella.

Le preguntó entonces si recordaba algún otro episodio extraño, además de lo del perro. «¿Se refiere a lo que pasó con la pobre Lud? Oh, eso fue horrible, pero, al igual que los demás vecinos, no pudimos imaginar que pasaría algo así.» Itzel le dijo que no, que no se refería a eso, sino a algo que hubiese ocurrido minutos u horas después de lo del perro. «Pues no, nada», dijo Vanesa luego de pensarlo un poco. «Aunque creo que su fotógrafo andaba algo perdido.» «¿Mi fotógrafo?», repitió Itzel excitada. «Sí, ese señor que andaba tomando fotografías con esa extraña cámara de fotos. Pensé que era su fotógrafo. Todos los periodistas andan con uno, ¿no es cierto?» Itzel le pidió que lo describiera. «Pues no lo sé, estaba algo alejado. Aunque vi que tenía barba y era de mediana edad. Algo macizo. No muy bien parecido.» A continuación, Itzel le preguntó por qué la cámara de fotos le había parecido extraña. «Pues porque lo era. No era de esas pequeñas, de estilo digital, que usan los turistas hoy en día. Tampoco las que usan los fotógrafos profesionales, que tienen la lente extensible y qué sé yo cuántas cosas más. La que usaba su fotógrafo, era… como esas cámaras viejas. Las que se ponían sobre un trípode y disparaban una luz desde una bombilla que te dejaba ciega. Por eso me llamó la atención: porque nunca, salvo en las películas, había visto algo igual.»

Itzel le agradeció la información y luego cortó. Miró a Milena, que ahora se había cruzado de brazos como si tuviera frío y marcaba con uno de sus pies el ritmo de una canción inexistente.

—Tenías razón —le dijo Itzel—. Britten me siguió. A cada uno de mis viajes. Fue por eso que en muchas ocasiones me sentí observada. Fue por eso que se escuchaba el eco en su llamado: porque ese día él también estaba en Orchid Bay. La pregunta es: ¿para qué? ¿Para qué me seguía? ¿Y qué era esa supuesta cámara de fotos que ha mencionado la vecina de Lud?

Esta vez, Milena no respondió. Pero Itzel supo que cada vez estaba más cerca de la verdad. Y que sería cuestión de tiempo (y quizás algo de suerte) para terminar de alcanzarla.

60

Y resultó que fue más suerte que tiempo, porque Itzel llegó a aquel delirante e ignoto blog de forma absolutamente casual. Habían pasado unos nueve días desde aquella llamada a Vanesa, e Itzel ya estaba entrando en la desesperación porque no lograba avanzar ni un centímetro. Lo había intentado todo: desde interminables búsquedas en Internet hasta entrevistas a supuestos miembros de sectas satánicas o esotéricas que pululan por los suburbios de Los Ángeles. Nadie había escuchado hablar de Aradia ni de ninguna mujer en silla de ruedas o pitonisa inválida. Nadie había escuchado hablar de la enigmática Puerta Negra. Las búsquedas en Internet le ofrecían comprar puertas blindadas, y los miembros de la secta satánica, heroína o metanfetamina de dudosa calidad. Desesperada, Itzel una noche volvió a probar con el Google, por décima o quizá vigésima vez. Aunque en esa ocasión intentó algo diferente: a las palabras «Puerta Negra» les agregó: «Libro». Era tan sencillo que se le había pasado por alto. Porque nadie escribiría un libro sobre una secta ultra secreta solo conocida por unos pocos miembros de la élite norteamericana, ¿verdad?

—Elemental, mi querida Itzel —se burló Milena desde su lugar preferido en la habitación, sentada en las sombras del sillón—. Elemental…

Y lo más evidente, al igual que la famosa carta robada de Poe, resultó ser la clave para llegar a la verdad. Porque, al colocar esas palabras en el buscador, Itzel logró encontrar un blog titulado: «Paul Anderson Mentalista e Investigador Psíquico». Según la apreciación de Itzel, el tal Paul Anderson era un estafador descarado, alguien que lucraba con la desesperación y la ignorancia de la gente. Pero en una de las entradas ponía algo interesante. Se trataba del anuncio de su último libro: *La Puerta Negra*, que solo podía comprarse en el mismo sitio web, ya que era un libro autopublicado, «con envíos a todo el mundo». En la sinopsis de su libro, leyó Itzel, Paul Anderson escribía lo siguiente:

¿Qué es lo que se esconde detrás de la Puerta Negra? ¿Qué implicancias tiene para el destino de la humanidad? Solo Paul Anderson podía desentrañar tal secreto.

Durante años, la secta de la Puerta Negra ha obrado bajo los más impenetrables mantos de oscuridad. Sacrificios rituales. Prácticas sexuales extremas. Dinero, poder, ambición. Sus practicantes, miembros selectos y exclusivos de la sociedad norteamericana, han logrado permanecer ocultos durante mucho tiempo. Pero ya no. Este libro develará una trama en donde el Mal se adueña de políticos, magnates y personalidades famosas. Y en donde su nefasta líder, conocida como «La Pitonisa Lisiada», será presentada en toda su maldad y perversión…

—Lo has encontrado —le dijo Milena desde su rincón en las sombras—. Has tardado más de lo esperado, pero finalmente lo has encontrado.

—Pero ¡no puede ser! Este Paul Anderson es evidentemente un estafador. Se ve desde lejos

su condición. ¿Cómo es posible que tenga la clave para desentrañar el misterio?

—Nadie dijo que la tenga. Pero es evidente que sabe algo que tú no.

—¿Y qué se supone que debo hacer? ¿Comprar su maldito libro y leerlo?

—Pues empieza por eso. Y luego, si las respuestas no te satisfacen, aún puedes ir a preguntarle personalmente.

Y eso fue lo que finalmente Itzel hizo.

Solo que se encontró con un problema: el libro estaba agotado. Había salido a la venta en el año 2014 y no había sido reimpreso desde entonces. Itzel entonces decidió llamar a Anderson. Le explicó brevemente el asunto y le dijo que estaba buscando su libro, además de que pretendía hacerle una especie de «entrevista». Anderson se manifestó interesado en la propuesta y más aún cuando supo que estaba hablando con Itzel Guadalupe López Hernández, la madre mexicana que había sufrido aquel desgraciado accidente hacía ya casi dos años atrás. «He seguido tu caso con atención, y creo que podría ayudarte a resolverlo», le dijo Anderson. «Te regalaré el libro y te explicaré todo lo que necesites, pero antes, debes contármelo todo a mí. De otra manera, no habrá trato.»

Entonces Itzel, sumida en la desesperanza y con sus últimos ahorros, emprendió un viaje a través del país, hacia la oficina de Anderson, en Long Island, y…

61

–Y heme aquí, exhausta y malhumorada, con todo lo que debía contar ya contado —dijo Itzel, para concluir con su extenso y agotador relato.

Le había llevado más de catorce horas completar su historia. A eso de las dos y media de la madrugada, por común acuerdo, hicimos una pausa para descansar un poco. Ella quedó durmiendo en mi estudio, mientras que yo me las arreglé sobre un sillón de la sala de estar. Itzel estaba agotada luego del largo viaje y durmió hasta tarde. Cuando despertó, ya era mediodía y la aguardaba un calórico almuerzo, preparado por mí, que ella devoró en silencio. Luego, una vez satisfecha, regresamos a mi estudio, donde ella terminó con lo que tenía para decirme.

Itzel miró por décima vez mi libro *La Puerta Negra*, ubicado sobre el segundo estante de mi biblioteca. Lo había estado observando durante gran parte de la noche, con avidez, aunque había sabido contenerse. Su mirada por un momento se enturbió, como pensando en malos presagios. Me observó con tal desesperanza que me encogió el corazón.

—Quizá me haya equivocado en venir hasta aquí —agregó al cabo de un tiempo—. Quizás usted no sea más que el charlatán que yo pienso que es. Pero la verdad no sabía qué otra cosa hacer, y si me veo decepcionada por usted, pues no le echaré la culpa de nada. Porque sé que este camino lo he elegido yo. Sin mucha convicción, es cierto, pero elegido por mí al fin. Ahora —volvió a mirarme, con un rastro de innegable súplica en sus ojos—, ¿deberé confiar en usted o solo representará una decepción más a mi larga lista?

Traté de sonreírle, intentando tranquilizarla. Pero esto solo hizo que Itzel se pusiera en guardia. Sin dudas ya nunca más se dejaría engañar por la sonrisa de ningún hombre. Borré entonces la estúpida sonrisa de mi cara y me paré para recoger el libro.

—Muchas respuestas que busca están aquí —le prometí, ofreciéndole el libro—. Pero no todas.

—Lo imaginé —dijo Itzel, tomando el libro sin mucho entusiasmo.

—Las restantes, están aquí.

Y me señalé la cabeza.

Los ojos de Itzel primero reflejaron confusión. Pero luego, durante un brevísimo instante, parecieron brillar. Estoy muy seguro de ello.

—¿De verdad? —preguntó desconfiada.

—De verdad —le aseguré.

—Juro que, si me está mintiendo…

—Lo juro por la memoria de mis ancestros.

—Pues entonces comience a hablar —dijo con repentina y devastadora seguridad—. O de lo contrario, le diré a Milena que lo arroje por esa ventana. *Se lo prometo.*

PARTE TRES

LA PUERTA NEGRA

1

Tenía mucho para decirle a Itzel. Más incluso de lo que me hubiese convenido. Pero lo que ella no sabía era que parte de mi interés en su asunto era personal. Yo andaba en pos de una revancha que buscaba hacía mucho tiempo; tenía el orgullo mortalmente herido. Creo que lo más adecuado hubiese sido empezar por ahí, pero no lo hice. Y fue un error de mi parte, porque no fui honesto con ella. Itzel, apenas sin conocerme, me había contado muchos de sus secretos, pero yo no había podido decirle los míos, que eran infinitamente más intrascendentes. Fue por eso, quizá, que las cosas terminaron de esa manera. Es algo que lamento hasta el día de hoy. Lo cierto es que aquella tarde, hace ya más de un año atrás, en vez de comenzar por lo más básico le hablé de otras cosas. Que eran también importantes, pero yo estaba omitiendo detalles. Por miedo, por cobardía, por lo que fuera. E Itzel no se merecía algo así.

Le dije que esa mañana, mientras ella dormía en mi estudio, yo había estado ocupado haciendo averiguaciones. Lo que hasta ese momento me había contado había despertado sospechas en mi interior, le dije, y necesitaba confirmarlas llamando a ciertas personas. Hablé, más concretamente, con la Oficina del Censo de los Estados Unidos. Podría haber consultado con la página de Ancestry o de Heritagequest, le dije, pero con el tiempo había descubierto que un simple llamado a los del censo podía ser mucho más beneficioso. A veces, ellos tenían información que aún no había sido digitalizada y por lo tanto no estaba en las páginas web. Y no me equivoqué: obtuve, a través de ese simple llamado, una serie de datos valiosos que me condujeron a una verdad desconcertante.

—Pero antes de decirle lo que descubrí, necesito hablarle de lo otro. De lo ocurrido con el *Unicornio Amarillo*. Sé que tiene muchas preguntas al respecto, así que se las iré resolviendo a medida que vayamos haciendo un *racconto* del caso. Por supuesto que para comprender, usted deberá abrir su mente y creer en cosas que generalmente su parte más racional se niega siquiera a considerar.

—¿En fantasmas y esas cosas? —Itzel puso los ojos en blanco. Claro que era una actuación: aunque no lo supiera, ella hacía rato que había comenzado a creer.

—En algo más complejo. Ahora, necesito que se prepare para comenzar un viaje. ¿O prefiere descansar antes de partir?

—¿Un viaje? —se sorprendió Itzel—. ¿Adónde?

—Iremos a Danville, Virginia. Un viaje de unas ocho horas en mi coche.

—Pero ¿para qué?

—Pues para lo que usted vino. —No pude menos que sonreír. Aunque para mis adentros, un miedo horrible comenzaba a escocerme las entrañas—. Para conocer a la famosa Pitonisa Lisiada.

2

–Por empezar, quisiera hablarle un poco más de ese tal Lévi —comencé. Ya estábamos a bordo de mi Toyota y acabábamos de pasar el peaje de la interestatal 278 en dirección a Staten Island. Itzel iba sentada en el asiento del acompañante, en posición tensa; después de todo, mi coche era muy similar al Honda que ella había estrellado en la carretera oceánica del oeste—. En cuanto me dijo su verdadero nombre, Dempsey, me di cuenta de quién era. El mundillo de lo paranormal es muy extenso en los Estados Unidos, pero no tanto como para que no conozcamos a sus principales referentes. Y Dempsey o Lévi (como quiera llamarlo), créame, fue alguien muy importante en la década del ochenta. Sus revistas de suscripción mensual se vendían de a cientos de miles. Yo mismo aún guardo alguno de sus ejemplares, que en su momento atesoré pero que ahora observo con inevitable desdén. Y es que la reputación de Lévi cayó en picada a principio de los noventa. Fue a raíz del fallecimiento de su esposa.

—Déjeme adivinar: intentó contactarla desde el más allá o algo así y terminó haciendo el ridículo.

—Mucho más grave que eso: trató él mismo, con los conocimientos que creía tener sobre las ciencias esotéricas, de curarla. —Escuché que Itzel lanzaba una exclamación de sorpresa o indignación—. Ella tenía un cáncer perfectamente operable, ¿entiende? Pero Lévi se empecinó en tratarla con una serie de brebajes y técnicas de meditación. Él estaba en la cima de su carrera y se creía invencible, capaz de lograr todo lo que su mente se proponía. Lévi pensaba que el cáncer de su mujer, en realidad, era una entidad astral nociva que se había posesionado del cuerpo de su esposa para absorber su energía y vitalidad.

—Dios mío.

—Sé que es una locura, pero muchos hoy en día piensan así con respecto al cáncer. Como sea, cuando Lévi se dio cuenta de que su tratamiento no estaba funcionando y, por el contrario, su esposa desmejoraba, desesperado recurrió a la medicina tradicional. Pero ya era tarde: el cáncer había hecho metástasis hacia el resto del cuerpo, y su mujer murió no mucho tiempo después.

—O sea que, en cierta forma, él mató a su mujer.

—Exacto —asentí—. Fue condenado por negligencia y abandono de persona a dos años de prisión. Una vez cumplida su condena, desapareció del mapa. Ninguno de sus seguidores volvió a tener noticias de él. Ahora sé, por el relato que usted me acaba de brindar, que Dempsey rehízo su vida en la otra costa, donde quizá nadie lo conocía. Supongo que se abrió un consultorio (sé que él tenía estudios de psicología clínica) y con el tiempo logró establecerse en una nueva comunidad. Pero sin dudas siguió practicando, en secreto y bajo seudónimo, su vieja pasión por los estudios paranormales. Debía estar muerto de culpa, tratando de alguna forma de volver a comunicarse con su mujer, quizá para pedirle perdón. En su febril afición, logró contagiar a su hijo, que se volvió su discípulo. Quizás entre los dos trataron de conjurar el espíritu de su madre

muerta, seguramente sin muchos resultados…

—Su locura, por lo tanto, siguió en marcha.

—Entienda una cosa, Itzel: Lévi no era un tipo malvado, un brujo del demonio o algo así. Él simplemente se había dejado cegar por sus pasiones y, a causa de ello, una persona, la que más amaba él en el mundo, murió. Supongo que desde entonces se volvió un ser desdichado. Cuando llegó a sus manos el asunto de la Puerta Negra, quizá pensó que era el momento de reivindicarse. Si él no había podido salvar a su esposa, quizá podría salvar a otros. Y cuando me refiero a otros, no estoy hablando de dos o tres personas: sino al mundo entero.

—¿Qué? ¿De qué rayos está hablando?

—Era eso, al menos, lo que él creía —me defendí—. Fue por eso que se tomó tan en serio el asunto. Fue por eso que creó toda esa enorme ficción de la revista y el contrato suculento hacia usted: porque pensaba que iba a salvar a la humanidad de los designios de la Puerta Negra.

—Dios mío, entonces estaba más loco de lo que yo pensaba.

—No sé si la palabra «locura» sea la más adecuada para designar sus ideas. Pero es, quizá, la más fácil de emplear.

—¿Y cuáles son los designios de esa Puerta Negra? ¿Y cómo es que usted tiene conocimientos sobre esa secta?

—Primero, déjeme mostrarle algo —le dije. Le señalé, con el mentón, hacia el compartimento del salpicadero del coche—. Ahí dentro encontrará un libro. Por favor, retírelo y vaya a la página donde se habla de la «cámara Kirlian».

Itzel obedeció. El libro en cuestión se llamaba *Aplicación de las nuevas tecnologías al tratamiento y comprensión de las ciencias paranormales*, de un tal Edgar Bleis. Un título muy largo y pretencioso (su contenido también lo era y evidenciaba muchísimos errores en principios básicos), pero al menos me serviría para explicarle a Itzel lo que vendría a continuación.

—¿Qué es esto? —dijo Itzel perpleja—. Nunca escuché hablar de la tal cámara Kirlian.

—Ahora le explicaré. Pero primero hagamos un resumen de lo que hasta este momento creemos saber. Punto uno: tenemos, por un lado, una secta o religión o lo que fuere autotitulada: «La Puerta Negra». Está liderada por una mujer, cuyo nombre es Aradia. La mujer muere, pero deja una lista con una serie de nombres, siete en total. Pero la lista es ambigua, porque las personas con dichos nombres se pueden contar de a decenas, quizá centenas. ¿Cómo saber cuál es cuál? Y, sobre todo: ¿para qué quieren completar la lista? Esos son dos enigmas que, por el momento, desconocemos su respuesta.

Itzel me miró perpleja.

—¿Usted no lo sabe?

—No, no lo sé.

—Pero ¿acaso no ha escrito un libro sobre la Puerta Negra?

—Sí.

—¿Y no sabe cuáles son sus propósitos?

Era la hora de decir algunas verdades incómodas, pensé. Quizá debía disfrazarlas, pero no mucho, porque Itzel era una mujer muy inteligente y me descubriría en un abrir y cerrar de ojos.

—El libro… —titubeé—. Bien, desconozco todos los interrogantes. De hecho, ese libro está muy incompleto. Reconozco que gran parte de su contenido es puro relleno.

—Oh, genial —dijo Itzel, y lanzó una estremecedora risotada—. Estoy en manos de un

timador con todas las de la ley.

—No se apresure, espere —traté de calmarla—. Sé que todo el asunto es un gran rompecabezas. Yo tenía algunas piezas, pero usted, con su relato, proporcionó unas cuantas más. El dibujo no está armado del todo, pero hemos hecho grandes avances.

—Espero que sepa lo que hace. —La mirada que Itzel me clavó era incendiaria, casi podía sentir que me quemaba el cuello. Yo la estaba observando de reojo (no quería apartar la vista demasiado de la carretera), pero aun así, me daba cuenta de ello—. Espero que no me esté engañando como Lévi. Lo lamentará. La salud de mi hijo está en juego.

—Lo sé, Itzel, lo sé —me apresuré a decir—. Déjeme terminar con la explicación.

—Está bien.

—Respire profundo y trate de concentrarse en mis palabras.

—¡Le dije que ya está bien!

—Muy bien —dije, al tiempo que pensaba: Jesús, esta mujer es puro fuego—. Le estaba hablando de la lista de los siete. Usted me preguntó si yo sabía cuál era su utilidad, y yo le dije la verdad: que no lo sé. Pero algo quizá puedo intuir. Son solo teorías, pero hay altas chances de que se acerquen a la verdad.

—Pues cuéntemela.

—Están tratando de abrir un portal.

—Ajá.

—Un portal interdimensional. ¿Sabe lo que es eso?

—Dios mío, sí. Es que no puedo creer que usted pretenda que yo crea en esas cosas.

—No le dije que crea. Tampoco le dije que sea verdad. Solo estoy hablando de lo que posiblemente crean los de la Puerta Negra.

—Está bien.

—Además, usted misma está creyendo en algo. No sé bien qué, pero es indudable que cree. Usted bien lo acaba de decir: de este asunto depende la salud de su hijo. ¿Y de qué se trata todo este asunto sino de un montón de creencias que usted durante mucho tiempo ha despreciado?

Itzel, por primera vez, pareció quedarse sin respuestas. Esto me hizo entender que evitaba hablar del asunto, porque no quería enfrentarse a la realidad. Decidí no insistir en ello para que no se sintiera tan incómoda.

—Pues entonces continuemos. Le estaba hablando de esos portales. Si usted busca en Internet, hay millones de páginas con información al respecto. Muchos dicen saber cómo abrir uno, pero la mayoría son patrañas. Yo mismo, durante algún tiempo, intenté construir uno, pero los resultados siempre fueron nulos.

—¿Y adónde conducen esos portales? ¿A otra dimensión? ¿Otro universo? ¿Al pasado?

—No exactamente. No se trata de una puerta común y corriente en donde usted entra y sale cuando le da la gana. De hecho, se supone que es casi imposible atravesar hacia el otro lado sin regresar muerto o completamente loco.

—¿Y entonces?

Traté de elegir bien las palabras. Quería que Itzel terminara de creerme. Odiaba que me mirara de esa manera, como si yo fuera el timador de la peor calaña. Y tal vez lo fuera, pero sentía la necesidad de ganarme su respeto, incluso su admiración. Sabía que era improbable esto

último, pero si lograba que aquella mujer que había sufrido tanto me considerara por un momento un aliado, entonces me daría por satisfecho.

—Estoy casi seguro de que… La Puerta Negra trataba de abrir un paso hacia una entidad oscura. La más poderosa de la que se tiene consciencia. Es por ello que Lévi se tomó el asunto tan en serio: porque creía que la Puerta Negra intentaba convocar al mismo demonio, y ello conllevaría a la inevitable destrucción de la humanidad entera.

3

Por un momento, en el coche, solo se escuchó el ruido de los neumáticos al rodar sobre el asfalto. Estábamos llegando al cruce de la I-70 que llevaba a Filadelfia. Aún faltaba un buen trecho y el viaje prometía ser muy largo. Probablemente tendríamos que parar en algún lugar para refrescarnos y recuperar las energías. Además, Itzel no parecía estar en muy buen estado. Necesitaba urgentemente algunas horas de sueño. Aunque solo fuera en el asiento trasero del Toyota.

La observé de reojo. Después de mis palabras, había quedado en silencio, inmóvil, aún con el libro sobre su falda. Cuando finalmente reaccionó, habían pasado unos cuantos minutos y yo ya estaba empezando a creer que renunciaría al viaje.

—Entiéndame usted que es difícil que yo pueda creer en esto. Estuve intentándolo durante los últimos minutos, pero de verdad que es demasiado para mí.

—Le reitero una cosa, Itzel: no quiero que usted crea en nada. Solo estoy intentando adivinar los pensamientos de la Puerta Negra. Si logramos intuir sus intenciones, pues entonces lograremos entender sus actos.

—No está mal —aceptó por fin a desgano—. Puedo convivir con eso último.

—Entonces vamos muy bien, estamos haciendo grandes avances. Sigamos hablando del portal. Hay mucha literatura al respecto, y cada investigador tiene su teoría acerca de cómo abrir uno. Pero hay una idea que se ha venido repitiendo en los últimos años: la única forma de hacerlo es a través de un grupo de personas. Pero no cualquier persona, sino aquellas que han tenido algún evento paranormal en sus vidas. Supuestamente, cuando uno tiene contacto con el más allá, se convierte por sí mismo en un portal. Las personas que han jugado a la ouija en forma incorrecta saben de lo que hablo: en muchas ocasiones, luego de realizar ese maldito juego, comienzan a ver cosas y a experimentar parálisis de sueños. Esto es porque se han convertido en faros para los seres oscuros que habitan en el otro mundo, ahora los pueden ver y acuden a ellos como los insectos se pegan a las bombillas de luz. Sé que es difícil para usted digerir todo esto, pero le recuerdo que solo estoy describiendo lo que la teoría paranormal cree saber.

—Está bien. Hasta ese punto, estoy entendiendo. Me resulta delirante, pero al menos hay una cierta lógica detrás. Si la Puerta Negra piensa como usted, entonces eso quiere decir que la lista de los siete está conformada por siete personas que han sufrido algún tipo de evento esotérico. O, lo que es lo mismo según la jerga de su pseudociencia, siete portales.

—Exacto. Y de eso se trataba, casi estoy seguro de ello, la finalidad de la lista: pretendían reunir a los siete portales en un solo lugar, al mismo tiempo, para de esa forma crear un único y gran portal, necesario para dar paso a la Bestia.

—Y Lévi y su hijo intentaron destruir estos planes.

—Eso mismo pienso yo. De alguna forma, ellos tuvieron conocimiento de la lista. Pero tuvieron el mismo problema de la Puerta Negra: no sabían con exactitud quiénes eran.

Comenzaron a investigar, caso por caso. Y, en determinado momento, debieron haber dicho: «Mira, aquí hay una Patricia Nores que jugó a la ouija. Ese nombre figura en la lista, pero ¿será ella?». Debían asegurarse de que no estaban tratando con la persona equivocada. Y es aquí en donde usted entra en el juego.

—No entiendo por qué yo.

Era hora de revelarle otro dato que quizás a ella no le caería muy bien. Pero era inevitable no mencionárselo.

—Pues porque usted, mi querida Itzel, es uno de esos siete portales.

4

De nuevo se hizo un silencio. Casi podía oír cómo las ideas de Itzel se entrecruzaban en su cabeza y chocaban furiosamente entre sí, emitiendo dolorosos crujidos. Casi tuve lástima de ella. La mujer estaba llevando a cabo una cruenta batalla contra los dogmas y creencias que siempre había rechazado. Pero no podía permitirme dudar ni compadecerme de ella ni un instante. Si lo hacía, corría el riesgo de que Itzel se echara atrás. Le pregunté qué pensaba hasta el momento de todo eso.

—De todo lo que me ha dicho, es lo que encuentro más difícil de asimilar —dijo luego de una pausa—. Sobre todo porque yo no he tenido experiencias sobrenaturales de ningún tipo.

—¿Está segura de ello?

—Sí.

—Pues yo no lo estaría tanto. Después de todo, hay períodos de su vida que usted no recuerda para nada.

—¿Se refiere a lo del… accidente?

—Claro.

—¿Qué puede usted saber sobre ello?

—Pues son solo suposiciones. Pero supongamos, solo supongamos, que usted sufrió algún tipo de experiencia esa noche. Vio algo, algún ser oscuro, quizás a la misma Aradia, que la asustó y le hizo querer abandonar la casa lo más lejos posible.

—Dios mío.

—¿Qué?

Pero sabía qué era lo que estaba pensando. Su proceso de comprensión era doloroso, pero también admirablemente rápido.

—Las anotaciones de Alexander. En el altillo, debajo de la tabla ouija. Él estaba hablando con una mujer. Una mujer vieja. Él ya podía verla.

—Si mal no recuerdo, algunas de sus respuestas eran incompletas, pero comprensibles: «(Soy) real», «(soy) muy vieja», «(estoy) detrás de la Puerta Negra». ¿Cómo pude haber sido tan ciega?

—Itzel, usted no tiene la culpa de nada. En los últimos tiempos se vio sometida a una presión y niveles de estrés muy grandes. Usted sola logró desentrañar la identidad de Lévi y llegar hasta mí. En su situación, yo creo que me hubiese limitado a dar vueltas como un perro sin cola hasta terminar enloqueciendo. Considero admirable la forma en que manejó toda la situación.

Pero ella no me estaba escuchando. Su rostro se había transformado. Había ocurrido algo que ella jamás se perdonaría: darse cuenta de que no había hecho lo suficiente para socorrer a sus hijos.

—Itzel…

—Dios mío, Dios mío, he sido demasiado ciega…

—Itzel, vamos. Necesito que sea fuerte. Al menos una vez más. Aún tenemos chance de ayudar a Joseph. No se olvide de eso.

Escuchar el nombre de Joseph hizo que Itzel finalmente reaccionara.

—Tiene razón —dijo—. Aún debo comprender muchas cosas. No tengo que dejar ganarme por el desánimo.

—Retomemos nuestras hipótesis, por lo tanto.

—Está bien.

—Sabemos que tanto la Puerta Negra como el *Unicornio Amarillo* intentan ubicar a siete personas. Una para un motivo, el otro para lo opuesto. El *Unicornio* sabe que usted es uno de los portales. El cómo es algo que de momento no revelaré. Pero usted lo sabrá en cuanto descubra la identidad de Aradia, también conocida como la Pitonisa Lisiada. De momento, confórmese con saber esto: Lévi y su hijo saben quién es usted, saben por lo que tuvo que pasar. Pero no conocen precisiones sobre los otros seis de la lista. Entonces le hacen creer que existe una revista, llamada *Unicornio Amarillo*, con el único fin de que usted se acerque, aunque sea uno por uno, a los otros seis portales existentes. Se supone que, al acercarse dos portales, sus auras cambian de color y se vuelven más brillantes. Y es aquí en donde entra en escena lo que intenté mostrarle en el libro: la cámara Kirlian.

—Por lo poco que leí, se trata de una cámara que supuestamente puede captar y fotografiar la ionización del aire que rodea a un conductor cargado —dijo Itzel con desconcertante precisión —. Según las teorías pseudocientíficas en las que usted cree tanto, lo que estas cámaras registran son las corrientes psíquicas o energéticas de nuestro cuerpo. En otras palabras: el aura de las personas.

—Usted debió ser una excelente alumna —no pude dejar de sorprenderme—. Vi que hojeó el libro por no más de algunos minutos. Debe tener memoria eidética. O quizás haya hecho un curso de lectura rápida.

—¿Se está burlando de mí?

—Oh, no, por supuesto que no. Es que… olvídelo.

—Mejor siga hablando.

—Está bien. Como usted diga.

Ahora marchábamos por un tramo de la carretera rodeado de bosques. Había llovido y los neumáticos se deslizaban veloces sobre el pavimento. Un cartel anunciaba que nos encontrábamos a unos setenta kilómetros de Wilmington. «Podríamos parar en alguna cafetería de allí», recuerdo que pensé. El lugar era desolado. La carretera, a excepción de una camioneta ubicada a unos ochocientos metros de distancia, se encontraba vacía.

—Es evidente que Britten usó una cámara de este tipo. Fue por eso que la siguió a cada una de sus crónicas: necesitaba fotografiar a los dos portales juntos, para asegurarse de que se trataba del nombre correcto. Fue por eso, también, que la vecina de Lud, Vanesa Segovia, vio a Britten con su extraña cámara y creyó que era un fotógrafo. Repitió este proceso hasta completar la lista de los siete. Luego, cuando la tuvo definida… bien, no sé exactamente qué ocurrió. Quizá los de la Puerta Negra se enteraron de sus planes y decidieron matarlo. O quizá, simplemente, murió de un paro cardíaco, en el momento menos oportuno. Aunque, si se pone a pensar, toda muerte joven es inoportuna…

—Pero ¿qué pensaba hacer con esa lista? ¿De qué forma planeaba contrarrestar los planes de

la Puerta Negra? ¿Y por qué Lévi se salió del *Unicornio Amarillo* a mitad de camino?

—Recuerde que solo tengo suposiciones —suspiré—. Recuerde, también, que esto no es una ciencia exacta: no es matemáticas o física, en donde si llevo a cabo un determinado procedimiento, obtendré siempre el mismo resultado. En nuestro campo muchas veces trabajamos a ciegas, guiados únicamente por la intuición o algún arcano conocimiento que creíamos extinto. Probamos y experimentamos, acertamos y nos equivocamos, y en muchos casos creemos llegar a una conclusión cuya validez se evapora al segundo ensayo. No hay grandes verdades en la parapsicología, sencillamente porque esa verdad se encuentra del otro lado del velo, asequible solo al momento de la muerte. Desde aquí solo podemos conjeturar e intuir, adivinar y vislumbrar figuras difusas entre sombras siempre cambiantes. Debemos conformarnos con eso.

—¿Todo ese palabrerío para decirme que no sabe qué hizo el *Unicornio*?

—En parte sí y en parte no —reconocí. Estábamos a punto de pasar a la camioneta. Era una vieja Ram, con patente de Nueva York. En su parte trasera tenía una pegatina de la MLB—. Lo que estoy tratando de decir, en realidad, es que Lévi y su hijo debieron haber actuado así, guiándose por intuiciones y creencias que no eran del todo fiables, moviéndose como un ciego por la calle, con cautela, con incertidumbre, sin saber qué era lo que esperaba más adelante. ¿Qué pretendían hacer con esa lista, con esas personas ya confirmadas? Quizá la intención original era sacarlos del juego, alejarlos del brazo de la Puerta Negra, que también debía estar buscándolos. Pero ¿cómo? ¿Cómo quitarlos de sus planes? La solución más efectiva, pero no por eso menos sencilla, era eliminarlos, es decir, matarlos. Pero tanto Britten como Lévi no eran asesinos seriales. Y tampoco estaban en condiciones de serlo.

—Estoy segura que no. Por lo poco que conocí de Britten, sé que era un tipo impulsivo y con un gran carácter. Pero no lo imagino matando a nadie. Lo mismo con Lévi.

—Otra opción era secuestrarlos. Esconderlos del alcance de la Puerta Negra. Pero esto también representaba muchos peligros, amén de que sería una misión delirante, casi imposible de llevar a cabo por dos hombres, uno de mediana edad y el otro un anciano. Quizás en los fervores de sus planes les pareció algo viable, pero luego, al enfrentarse con la realidad, se dieron cuenta de que era una locura. Desesperados y perplejos, debieron preguntarse: ¿y ahora qué? ¿Cómo seguimos con esto? Y entonces ocurrió algo. Algo enorme, algo que estaba por encima de ellos y que ni siquiera podían comprender. Por eso es que Lévi, durante su conversación en la iglesia, habla de un poder, de una fuerza descontrolada. Ellos despertaron algo, probablemente sin saberlo y sin saber cómo. Algo poderoso, algo que manejaba los hilos desde la oscuridad. Ese algo fue el que mató a Patricia Nores. Al principio, el *Unicornio* debió haberse dicho: «Fue una casualidad, fue solo un accidente». Pero luego, Lucille Resposo muere durante un motín en la cárcel, y ahí tanto Lévi como su hijo debieron ponerse en guardia. Si era coincidencia, era de esas que hacen que algunos hombres ganen la lotería. Además, estaba su propio caso, Itzel. Usted supuestamente era el primer portal, y la muerte la había rodeado, llevándose a Alexander, dejando la consciencia de Joseph fuera de este mundo. Ahí, al meditar sobre esto, fue que Lévi debió asustarse. Debió hablar con su hijo y alertarle sobre lo que estaba ocurriendo, la bestia sin nombre que acababan de conjurar. Pero Britten había decidido llevar el asunto hasta sus últimas consecuencias y desoyó las advertencias de su padre. Lévi se sale del *Unicornio*, aterrorizado. Él ya cargaba con lo de su mujer y no estaba decidido a ser cómplice de otras muertes más. Pero

claro que ya era tarde. Y él… Él… Oh, Dios.

—¿Qué sucede? —dijo Itzel, extrañada ante mi repentino cambio de voz.

Pero ya no tenía tiempo de contestar. Acababa de ver algo desconcertante a través de los cristales de la Ram. Estábamos casi a la par y pude ver el interior del vehículo a la perfección. Vi al conductor, un hombre gordo y barbudo con una gorra de los Mets, aferrando el volante con una sola mano mientras que con la otra se acariciaba distraído la cabeza. Pude ver, en esa fracción de segundo que en mi mente duró mucho más, una medalla de San Cristóbal bamboleándose en el espejo retrovisor y una foto de una niña pegada al parabrisas. Pero también vi otra cosa. Algo que me había dejado mudo de espanto. Porque en el asiento de atrás, el tipo iba acompañado por alguien. Alguien que me miraba a través de la ventanilla y me sonreía con enorme malicia.

Era una mujer. Una anciana, para ser más exactos. Tenía un velo sobre el rostro, pero aun así pude ver que sus facciones estaban desfiguradas por el odio y la locura.

«Aradia», pensé entonces.

No tuve tiempo de mucho más. Segundos después, mientras Itzel aún seguía esperando una respuesta, uno de los neumáticos de la Ram explotó. Alcancé a ver que el conductor maniobraba desesperado para controlar el vehículo, pero ya era tarde: la trompa de la Ram dio un súbito giro hacia la izquierda y embistió el lateral de mi Toyota. Ambos vehículos, el mío y el del conductor barbudo, se salieron de la carretera en dirección a los bosques circundantes. Se escucharon ruidos de neumáticos y de cristales que se rompían. Itzel tal vez gritó, y quizá yo hice lo mismo. El mundo comenzó a girar locamente: la Ram había perdido estabilidad y daba vueltas como un trompo.

«Mierda», recuerdo que alcancé a pensar. «Esto es una…»

Y entonces la cabeza de Itzel chocó con la mía, dejándome momentáneamente fuera de combate.

5

Quizá desperté unos segundos después. La camioneta estaba dada vuelta y yo colgaba del cinturón de seguridad. Se escuchaba un siseo que delataba la pérdida de algún líquido. Una rama de algún árbol había ingresado por el parabrisas y cubría casi por entero la visión. Intenté girar la cabeza hacia Itzel, pero un dolor fulminante en el cuello me lo impidió.

—¿Itzel? —alcancé a murmurar—. ¿Está bien, Itzel?

Ninguna respuesta.

Supe que la situación era complicada. Nos habíamos estrellado contra un árbol y quizá teníamos los huesos quebrados. También podía haber cosas peores. El silencio de Itzel me angustiaba. Intenté volver a girar la cabeza, pero de nuevo el dolor en el cuello me lo impidió. Aun así, pude ver fugazmente algo: un cuerpo yacente sobre la tierra. Estaba a unos cinco metros de la camioneta. Pero era demasiado corpulento para tratarse del cuerpo de Itzel. Mediante un enorme esfuerzo de voluntad pude rememorar al gordo barbudo de la Ram. Él tenía una camisa roja. Al igual que el cuerpo tendido sobre el suelo. Sin dudas se trataba de él. Seguramente no tenía colocado el cinturón de seguridad al momento del impacto y había salido despedido de su camioneta. Pero ¿dónde estaba Itzel?

Sentí un ruido de ramas. Alguien se estaba acercando, caminando sobre las hojas secas del bosque. Mi visión por momentos se tornaba borrosa, y mi consciencia iba y venía como montada en una enorme y negra marejada. Por la ventanilla astillada de mi puerta pude ver que unas botas de goma se detenían a mi lado. Las botas dieron paso a unas rodillas y luego a un torso que se había agachado para poder observarme. Un rostro jovial, absolutamente desconocido para mí, estudió el interior del vehículo y luego me sonrió.

—El señor Anderson, ¿verdad? —dijo, casi a los gritos. Miró hacia un punto por detrás mío, hacia el asiento de Itzel—. Y ella debe ser la señorita Itzel, por supuesto.

Su sonrisa se ensanchó. Parecía alguien que acababa de reencontrarse con unos amigos de toda la vida. Solo que yo ni siquiera sabía su nombre.

—Los estaba esperando —agregó, mientras abría la puerta de un tirón—. Ellos dijeron que estarían aquí. Ahora tendrán que venir conmigo, antes de que llegue la policía…

Quizá dijo otra cosa, pero entonces la marejada negra regresó, la oscuridad lo cubrió todo con aterradora velocidad, y ya no volví a tener consciencia de mí mismo.

6

En los largos corredores iluminados por lámparas led, las enfermeras del Hospital de Niños de Los Ángeles murmuraban. Sus temas de conversación, invariablemente, terminaban en el anciano que descansaba en la sala de espera del cuarto pabellón.

Nadie sabía quién era, ni cómo había llegado hasta allí. El hospital contaba con un sistema de estricta seguridad. Nadie podía entrar o salir sin presentar una tarjeta magnética en las puertas automáticas. Incluso los ascensores contaban con ese sistema de seguridad. Sin embargo, el anciano había logrado traspasar no solo la puerta principal de acceso, sino también las tres secundarias hasta llegar al cuarto pabellón. La explicación más sencilla era que contaba con una tarjeta propia… pero eso quedó descartado cuando Julie Cody, la jefa de enfermeras, consultó sobre el tema con el supervisor de seguridad, un tipo de gordas patillas a lo Elvis Presley llamado Wiseman.

Para ese entonces, el anciano hacía ya unas seis horas que estaba allí, sentado sobre uno de los acolchados asientos de la sala de espera. Gran parte del tiempo, habían observado las enfermeras, parecía dormitar. Debía tener unos setenta u ochenta años, aunque las enfermeras más novatas incluso le daban hasta cien. Estaba vestido con un traje de pana verde, antiguo pero de apariencia limpia, unos pantalones de sarga gris y unos zapatos negros de charol. Solo sus zapatos, habían observado las enfermeras, parecían demasiado desgastados como para considerarlos poco más que basura. Tenían la suela deformada, y un agujero en la puntera revelaba las medias blancas de los pies. Pero Cinthia, una de las enfermeras bajo el mando de Cody, había descubierto que el anciano había puesto una capa de betún negro sobre los zapatos, en un conmovedor aunque inútil intento por disimular la apariencia de los mismos.

Completaba su vestimenta un sombrero de fieltro gris, con una cinta negra que rodeaba la copa, y un pañuelo de seda roja anudado al cuello. Todas las enfermeras estaban de acuerdo que era un extranjero. Ilegal, quizá. Julie Cody había intentado hablar con él, pero o bien el viejo no entendía una palabra de inglés o no tenía en absoluto interés en hablar con ella. Fue entonces que Cody bajó al primer piso a consultar con el supervisor Wiseman.

Le explicó el asunto y luego le mostró al anciano a través de uno de los diez o doce monitores que había en la sala de control. En ese momento, el anciano tenía la barbilla apoyada sobre el pecho y parecía dormitar. Wiseman lo observó y, de inmediato, una alarma se encendió dentro de él. Tenía ocho años de experiencia en ese puesto y con el tiempo había aprendido a identificar a los pacientes y familiares que solían concurrir al hospital. Todos de una clase económica al cual él nunca lograría acceder. Incluso los que iban mal vestidos o desaliñados, incluso a esos Wiseman podía identificar. Pero ese anciano dormitando sobre el asiento, observó, no se correspondía con el modelo típico al cual ya estaba acostumbrado. Sin dudas se trataba de un infiltrado, y se lo dijo a Cody.

—Pero antes de hacer algo debemos corroborar que realmente no tiene el pase —advirtió.

Con el pase se refería, por supuesto, a la tarjeta electromagnética que se les daba a los visitantes al ingresar al hospital.

Consultaron con las cámaras de seguridad; estas estaban conectadas a una computadora que almacenaba las grabaciones de hasta treinta días anteriores. Wiseman retrocedió el video que mostraba la entrada del hospital. Las personas entraban y salían por la puerta a un ritmo frenético. De repente, sus ojos acostumbrados al trabajo detectaron algo. Detuvo la grabación.

—Ahí —dijo, señalando al hombre del traje verde. Estaba ingresando con paso lento pero firme por la puerta de entrada. El monitor indicaba las seis y cuarenta y cinco de la mañana. Sin dudas se trataba del anciano—. A esa hora estaba de guardia Frankie. Se puede ver su gordo trasero desde aquí. El anciano deberá pasar a su lado, y entonces Frankie le pedirá los datos. Si todo está bien, entonces le extenderá la tarj… Pero ¿qué demonios?

En la grabación, el anciano pasaba al lado de Frankie sin detenerse. En ningún momento el viejo inútil de Frankie hacía ademán de detenerlo o decirle algo. El anciano mira hacia él y de repente hace una inclinación de cabeza a modo de saludo. Su sombrero de fieltro oscila hacia arriba y hacia abajo, como una boya flotando lentamente en el mar. Frankie lo observa y, cosa increíble, *le devuelve el saludo*.

—Tendré que despedirlo. ¡Ese idiota! —bramó Wiseman. Sus patillas habían comenzado a sudar. El hospital era muy estricto en cuanto a cuestiones de seguridad. Si se llegaba a descubrir que los guardias habían dejado pasar a un extraño, no solo despedirían al empleado, sino a su superior inmediato, o sea , a Wiseman—. ¡Maldito gordo inservible!

—Veamos la siguiente cámara —sugirió Cody—. La que da al vestíbulo con los ascensores. Debemos ver cómo se las arregló para abrir uno sin la tarjeta.

Wiseman obedeció. No tardó en encontrar la grabación correspondiente. En ella, el anciano caminaba con ese paso solemne que lo distinguía en dirección a los ascensores. Se detiene frente a la puerta cerrada y espera. Unos dos o tres minutos, hasta que el ascensor llega a planta baja y se abre.

—Seguro hay alguien allí dentro —dice Wiseman—. Seguro que cuando salga…

Enmudeció. El que sale del ascensor, con una carpeta bajo el brazo y una mano metida en el bolsillo, es el mismo Wiseman.

—¡No puede ser!

Ante sus ojos incrédulos, en el monitor la situación se repite: el anciano inclina la cabeza en un breve aunque respetuoso saludo, y Wiseman a su vez le dedica unos jubilosos buenos días que se adivinan a través de sus labios. Se hace a un lado y deja pasar al anciano. El ascensor se cierra con el anciano adentro, y Wiseman se pierde hacia la recepción.

—No puede ser —exclama Wiseman. Había palidecido. Sus patillas se pegaban sudorosas a la piel del rostro. El labio inferior le temblaba incontrolado—. No recuerdo haber visto a ese anciano. ¡Mucho menos haberlo saludado o dejarlo pasar rumbo al ascensor! Dios mío. Dios mío, Cody, me despedirán. Estoy pagando la hipoteca de la casa. Aún me restan veinte años. Tú…

—Cállate. Yo también estoy metida en problemas.

—¿Tú? Pero tú eres una enfermera. No estás a cargo de la seguridad del hospital. ¿Por qué…?

—Te he dicho que calles. Mira esto.

La mujer había estado manipulando los controles de los monitores. Le mostró una grabación de la planta alta, en donde la misma Cody, que recién llegaba al turno, saluda al anciano y le abre la puerta que lleva al cuarto pabellón.

—No recuerdo haber hecho eso. Jamás lo haría, porque está prohibido. —Cody también había palidecido. Aunque, a diferencia del supervisor de seguridad, lograba conservar mucho mejor la compostura—. Nos despedirán, Wise. A menos que…

Wiseman la miró, levemente esperanzado.

—¿A menos que qué?

—Que no le digamos a nadie. Nadie tiene por qué enterarse de lo que pasó.

—Estás loca.

Cody se volvió hacia el supervisor, con aire enfadado. Wiseman retrocedió un poco sobre su silla giratoria.

—Escucha, no pienso perder mi empleo por un viejo vagabundo que ni siquiera hace daño. No lo permitiré, Wise.

—¿Y qué sugieres que hagamos? ¿Que nos olvidemos de él? ¿Que lo dejemos allí en la sala de espera durante todo el tiempo del mundo?

—Por empezar, debemos eliminar esas cintas. Y luego… Luego tendremos que hablar con él.

—Dijiste que no comprende inglés.

—En mi personal hay chicas que hablan español, francés y hasta portugués. Alguna de ellas debe poder comunicarse.

Así que subieron al pabellón cuarto, ambos tensos y sabiendo que sus futuros pendían de un hilo, y hablaron con una enfermera llamada Elsa, de origen hondureño. Le explicaron la situación, omitiendo por supuesto lo que habían visto en las cámaras. Elsa escuchó atentamente y luego su rostro se contrajo por la inquietud.

—¿Qué pasa? —le preguntó Cody, de repente impaciente.

—Es que ese señor… No sé, me da miedo. Siempre que tuve que pasar a su lado evitaba mirarlo. Tiene una mirada muy inquietante. No dice nada, siempre está quieto y callado… Pero su mirada es muy rara. Es como si pudiera leer lo que guardas en tu corazón.

—En tu corazón, tesoro, no guardas más que el recuerdo de un noviecito aburrido que dejaste atrás, así que no tienes nada que temer —le dijo Cody, empujándola hacia la sala de espera—. Ahora ve y háblale. Pregúntale quién es y qué es lo que está esperando allí. Nosotros te miraremos desde la puerta. Si el viejo se empieza a comportar de forma extraña, entonces Wise entrará en acción y lo sacará de patitas en la calle. Vamos, chica, tú puedes.

Elsa dudó un rato más, pero luego, al ver la determinación en los ojos de su superiora, asintió con la cabeza y se encaminó hacia el anciano que aguardaba del otro lado de la puerta.

—¿Crees que dirá algo? —dijo Wiseman cuando la mujer salió de la habitación.

—No lo sé. No soy adivina. Será mejor que veamos qué es lo que pasa.

Se apretujaron contra la puerta vidriada. Del otro lado, en la sala de espera, Elsa se acercó al viejo y se detuvo delante de él. El anciano parecía dormir, por lo que Elsa lo sacudió por el hombro. Miró indecisa hacia atrás.

—Lo está haciendo bien —murmuró Cody, mostrando el pulgar levantado.

Elsa sacudió otra vez al anciano, esta vez un poco más fuerte. El viejo respingó y por un momento pareció que se caería de la silla. Levantó la vista hacia la enfermera.

—Jesús —murmuró Cody.

Ahora, Elsa le estaba diciendo algo. Utilizaba sus manos y gran parte de su cuerpo para explicar. El viejo la observaba impertérrito. Al fin, Elsa dejó de hablar y quedó a la espera de una respuesta. Parecía muy nerviosa. Constantemente miraba hacia atrás, como para corroborar que no la habían dejado sola.

—No dirá nada —dijo Wiseman, desanimado—. No dirá nada y tendremos que sacarlo a la fuerza, y allí estaremos metidos en un buen lío.

Pero, al cabo de unos segundos, el milagro ocurrió: el anciano se quitó el sombrero con lentitud, lo dejó a un costado del asiento, y comenzó a hablar.

—Dios mío, lo está haciendo —dijo Cody—. ¿Puedes alcanzar a escuchar lo que dice?

—Sí —dijo Wiseman, que tenía su oído pegado al vidrio—. Pero no puedo entender una palabra de lo que dice. ¡Maldición, habla como Antonio Banderas cuando interpretó al gato de *Shrek*!

Cody tuvo el deseo de darle un codazo a Wiseman. Pero a último momento se contuvo.

Aproximadamente dos minutos después, Elsa regresó. Estaba pálida y sudorosa. No dejaba de secarse el sudor de sus manos en el uniforme blanco de trabajo.

—¿Qué dijo?

—Es un brujo —murmuró Elsa espantada.

—¿Eso fue lo que te dijo?

—¡No! Pero es la sensación que tuve al hablar con él. ¡No quiero volver a hacerlo, y usted no puede obligarme!

—Está bien, Elsa, cálmate. Dime qué fue lo que dijo el viejo.

—Dios mío, su mirada… —Elsa parecía no haber escuchado las palabras de su superiora. Pese a que no era una chica muy creyente, comenzó a santiguarse—. Sabía todo sobre mí. Pude darme cuenta. Incluso mis secretos más vergonzosos.

—¡Elsa, maldición, dime qué te dijo!

Ante el grito de Cody, la muchacha se sobresaltó y pareció volver en sí. Miró hacia la sala de espera. Quizás inconscientemente se alejó unos pasos de ella.

—Dijo… Dijo que vino a ver a un paciente. Aunque no fueron exactamente esas las palabras que empleó. En realidad dijo: «Vine a proteger a un paciente».

—¿A quién? ¿Dijo a quién?

—Dijo que está protegiendo a Joseph Miller. Y que él… Jesús, él es Armando López. El abuelo de Joseph y padre de Itzel Guadalupe, la ex mujer del difunto James Miller.

7

Desperté en un lugar frío y oscuro. La espalda y el cuello me dolían horriblemente. Intenté incorporarme, pero me resultó imposible. Tenía las manos atadas a mi espalda; el brazo entero se me había dormido y una desagradable sensación de hormigueo me recorría hasta los omóplatos. Lejos, se escuchaba el sonido de una radio encendida. Intenté incorporarme de nuevo, pero las ataduras eran muy fuertes. Además, el dolor en mi espalda me dejaba débil, incapaz de realizar grandes esfuerzos. Dejé aflojar mi cuerpo y miré alrededor.

Estaba en una especie de granero o cobertizo de chapa. Las vigas se elevaban a buena distancia de mi cabeza. Desperdigados en un caos que dolía a la vista, había decenas o quizá centenas de herramientas de mano, serruchos, martillos, taladros, pinzas, llaves de boca, cables, viejos motores y partes de máquinas fresadoras y torneadoras. Las estanterías estaban repletas de más herramientas y latas de pintura o aceite. En el centro de la habitación había una mesa de metal con una morsa sujeta a una punta. Sobre la mesa había algo que parecía ser un bloque de motor de gran cilindrada. Parecía que habían estado reparándolo, aunque quizás habían dejado el trabajo a medio hacer. Mi espalda, descubrí no mucho tiempo después, estaba recostada contra uno de los postes que sostenían la estructura del cobertizo. Me habían atado las manos con algo que quizás era una soga de nylon o un trozo de cable no muy grueso, aunque resistente.

A medida que mis ojos se acostumbraban a la penumbra, fui observando más cosas. Cornamentas de toros o bueyes colgadas de las paredes. Un antiguo y polvoriento tablero que mostraba una colección de insectos disecados. Fotografías y recortes de periódicos enmarcados en artesanales marcos de madera. Pude leer uno de los recortes: era de un periódico local y hablaba de un lejano triunfo del equipo universitario de básquet del pueblo: «Los Osos les ganan a los Tigres de Filadelfia y se declaran campeones del Estado».

Recordé a Itzel. Aún me sentía atontado pero estaba recuperando la lucidez muy rápido. La busqué con la mirada; no pude hallarla.

—¿Itzel? —pregunté.

Nadie me respondió. Aunque el sonido de la radio de repente bajó en intensidad. Alguien, del otro lado de la puerta, estaba escuchando.

—Itzel… —murmuré.

Sabía que el cobertizo continuaba a mis espaldas. Aunque por el dolor y las ataduras, no podía darme vuelta parar mirar. De repente, tuve la certeza de que Itzel estaba detrás de mí. Incluso casi pude *percibir* su respiración. Contuve el aliento para escuchar mejor, pero entonces una puerta ubicada al lado de la colección de insectos se abrió. La luz intensa me cegó por un momento. Quienquiera que estuviese allí, bajo el vano de la puerta, permaneció parado durante un buen momento, observándome.

Luego, la figura se acercó. Vi esas botas de goma y entonces recordé al tipo del rostro jovial que se había acercado a mi Toyota luego del accidente en el bosque. Se agachó frente a mí y

volvió a sonreírme.

—Los saqué justo a tiempo —dijo. Pese a que nos encontrábamos a escasa distancia, pude percibir el hedor de su aliento: tabaco, chicle y dientes que no se lavaban desde hacía bastante tiempo—. Los cargué en mi camioneta unos minutos antes de que llegaran los bomberos. Pensé que no lograría escapar. Pero tomé un atajo y fiuuu, los perdí de vista.

Hizo un gesto con su mano, como limpiándose unas imaginarias gotas de sudor de la frente. Su sonrisa se amplió. Descubrí, absolutamente inquieto, que se asemejaba a la sonrisa de un niño de unos cuatro o cinco años: franca, curiosa, cargada de inocencia.

—Yo que tú no estaría tan tranquilo —le dije—. La policía en este momento se debe estar preguntando en dónde están los ocupantes del Toyota volcado. Primero realizarán un rastrillaje de emergencia, en los alrededores. Y luego, cuando los resultados sean nulos, comenzarán a buscar en serio. Casa por casa, granja por granja. Nos encontrarán en menos de veinticuatro horas.

No sabía si lo que acababa de decir era del todo cierto. Es decir, sí sabía que la policía nos debía estar buscando. Pero lo que ignoraba era a qué distancia nos encontrábamos del lugar del accidente. Si era de unos pocos kilómetros, entonces casi seguro que nos encontrarían pronto. Pero si aquel tipo de la sonrisa de niño había viajado un buen trecho… ahí las posibilidades bajaban drásticamente.

Fuera o no verdad, la sonrisa del tipo vaciló. Por un momento, sus ojos se velaron. Quedó quieto, absolutamente quieto. Parecía estar efectuando un razonamiento de tal complejidad que le insumía toda la energía disponible. Su sonrisa, ahora, se había transformado en un rictus. Pude ver un brillo de saliva en una de las comisuras de sus labios. Observé todo este proceso sumido en el horror, en la comprensión de que estaba en manos de alguien que padecía un moderado retraso mental. «Debo cuidar mis palabras», pensé entonces. «Debo cuidarlas si es que quiero salir vivo de esto.»

—La policía… —dijo al fin el tipo. Parecía estar despertando de una larga y bochornosa siesta de verano—. La policía no será un problema. El señor me lo prometió.

—¿El señor? ¿Dios?

—No —se apresuró a decir—. Dios no está en esto. Hablo del señor Finney.

—¿Fue él quien te envió a buscarnos?

—Sí. El señor Finney es mi patrón. Yo trabajo para él desde… desde que tengo memoria. Fue muy bueno conmigo. Me dio casa y comida. Quizá muy pronto usted lo conocerá.

—¿Cómo es tu nombre?

El tipo me miró con el ceño fruncido, con expresión de reproche.

—Eso a usted no le interesa.

—Tú sabes mi nombre pero yo no sé el tuyo. Es injusto.

—Yo…

—¿Cómo debería llamarte?

—Finn.

—¿Finney?

—No, Finn. Todo el mundo me dice así. Pero no soy el señor Finney.

—Entiendo. Y, dime, Finn, ¿qué es lo que vas a hacer conmigo? ¿Y dónde está Itzel, la chica que se encontraba junto a mí en mi camioneta?

Finn se quedó mirándome, con expresión vacía. Sus labios se movían lentamente, sin llegar a emitir ningún sonido. Entonces comprendí mi error: acababa de hacerle dos preguntas. «Una a la vez, chico», pensé.

—¿Dónde está Itzel?

Los ojos de Finn rápidamente miraron por encima de mi hombro, confirmando mi intuición. Pero luego, un pensamiento pareció abrirse paso en su mente. Sus ojos se empequeñecieron y al mismo tiempo parecieron brillar. Forzó una sonrisa.

—No te lo diré. No podrías adivinarlo.

—Entiendo. ¿Quieres que juguemos a las adivinanzas?

—¡No! —El rostro de Finn se contrajo en una mueca de ira. Golpeó un puño contra la palma abierta—. ¡Odio ese juego! ¡Siempre pierdo, nunca gano!

—Está bien, está bien —me apresuré a decirle. Sentía el cuerpo cubierto de una película de sudor. Había comenzado a dolerme el estómago—. No lo jugaremos. Si no quieres, no lo jugaremos.

—¡Pues no quiero!

—Está bien, Finn, cálmate.

—Odio que me tomen de idiota. Siempre lo hicieron.

—No te tomo por idiota, Finn.

—¡Lo estás haciendo! ¡Me estás hablando como me habla toda la gente, como si fuera un niño! ¡Pero no lo soy! ¡Soy Finn, y puedo hacer muchas cosas! ¡Se lo prometí al señor Finney! —De repente, como si recordara algo importante, me miró con los ojos muy abiertos. Se incorporó con lentitud.

—Finn…

—Se lo prometí al señor Finney —dijo, ahora reflexivo—. No arruinaré esto. No dejaré que ustedes escapen. «Estaré ahí a la hora convenida, señor Finney», le prometí. Y estuve, ¿verdad? Estuve ahí cuando ustedes volcaron la camioneta. Tal cual lo prometió mi señor. Y los traje hasta aquí sin que me viera la policía. Estoy haciendo las cosas bien.

Me miró con una expresión de repente furiosa. Antes de que pudiera anticiparlo, me arrojó un puntapié que impactó en mi estómago y me hizo doblar del dolor.

—Y no dejaré que usted lo arruine todo. No se le ocurra, Anderson. O lo mataré. Se lo prometo.

Dio media vuelta y se alejó en dirección a la puerta. La cerró detrás de sí con un empellón. Al rato, comenzó a escucharse de nuevo la radio: transmitían «Another Day in Paradise», del gran Phil Collins.

8

No había forma de comprobar su identidad. El anciano no tenía documentos de ningún tipo. Según Elsa, que habló con él durante los dos siguientes días, había llegado a los Estados Unidos luego de un largo e increíble viaje que había durado dos meses. Algunas familias de México lo habían ayudado, dijo. Cruzó la frontera desde Tijuana en la caja de un camión que transportaba chacinados. Luego, caminó junto con un grupo de seis o siete inmigrantes durante un día y medio, hasta que llegaron a un pueblo que tenía una «vista chula». Allí, el grupo se separó, y don Armando había quedado dando vueltas sin rumbo hasta que una familia de granjeros lo acogió y le dio comida a cambio de algunos trabajos en el campo. Don Armando sabía ordeñar cabras y confeccionar cuchillos de hojas de acero y mangos de nácar. Durante cerca de treinta días había fabricado alrededor de seis cuchillos que había regalado al patrón. En agradecimiento, este le consiguió un transporte que lo llevaría a Los Ángeles, el objetivo inicial del viejo. El viaje fue en un camión de Coca-Cola, pero a mitad de camino, algo ocurrió: la patrulla de caminos detuvo el camión, y don Armando tuvo que huir mientras el conductor entretenía a los policías mostrándoles el cargamento. A partir de ahí, según Elsa, el relato del viejo se hacía confuso. Suponía que había estado vagando por ahí, comiendo las sobras de los restaurantes y durmiendo en pórticos y refugios para indigentes. Era un milagro que alguien tan viejo hubiese podido realizar semejante periplo, dijo Elsa. Parecía movido por un motivo más grande que él, que le daba fuerzas extrahumanas y no le permitía rendirse. Estuvo así unas dos semanas, hasta que de alguna forma llegó a la gran ciudad. Allí, una mujer que hablaba español, aunque no era mexicana (don Armando no recordaba ni si nombre ni su nacionalidad), lo vio caminando con expresión perdida por las calles y lo llevó a su casa, lo bañó y le dio comida caliente. También lo vistió, según ella, con la ropa de su marido, ya difunto, que le hacía recordar mucho a él. Quizás era por eso que se había apiadado de don Armando. Según las teorías de Elsa, la mujer había pretendido quedarse con don Armando (en sustituto de su marido). Pero o bien no había sido lo suficientemente clara en sus intenciones o don Armando había entendido pero no le había interesado un bledo. El traje verde y el pantalón gris provenían de esos gestos. No así el sombrero: según don Armando, lo había traído desde México y se había asegurado durante todo el viaje de no perderlo. También desde México había traído una bolsa de tela, pero había rehusado ante Elsa develar su contenido.

Wiseman, el supervisor de seguridad, decidió dejarlo allí donde estaba. No molestaba a nadie, decía, y además no podía sacar a la calle a un hombre de ochenta años que aseguraba ser pariente de uno de los chicos hospitalizados. Su intención, que a simple vista parecía un rapto de humanidad y compasión, en realidad no era tal: solo estaba protegiéndose el trasero. En complicidad con Cody, evitaron elevar un informe de la situación al directorio. A diario, mucha gente entraba y salía del hospital, y la presencia de un anciano en el pabellón cuatro podía pasar perfectamente desapercibida.

Por supuesto, se trataba de una medida provisoria. No podían dejar al anciano allí por siempre. Intentaron contactar a su supuesta hija, es decir, Itzel, pero les resultó imposible. Una de las enfermeras tenía su celular, pero los llamados y mensajes de WhatsApp que envió nunca fueron contestados. Igualmente inútil fue tratar de contactar a los familiares de James. En cuanto la abuela del chico, Daphne, escuchó que le hablaban de un familiar mexicano que había llegado para visitar a Joseph, cortó la comunicación, no sin antes emitir una sarta de blasfemias irreproducibles. Wiseman se dio cuenta de que podía estar en problemas si no llegaba a una solución concreta. No obstante, dejó que el anciano se quedara un par de noches más, cosa que luego, en vistas de los hechos ocurridos, fue el peor error de todos.

Fue durante la cuarta noche que todo se fue al diablo. Hasta ese entonces, el anciano apenas se había movido de su lugar en la sala de espera. Si iba a algún lugar, era para ir al baño, o para probar brevemente la comida que las enfermeras le alcanzaban en la sala de enfermería. Nunca hablaba con nadie que no fuese Elsa, pero incluso con ella había estado parco en las últimas dos noches. La enfermera le había preguntado qué era lo que estaba esperando, por qué nunca había ingresado a ver a Joseph. El anciano se había limitado a encogerse de hombros. «Estoy cumpliendo los designios de Eleguá», había dicho, misterioso.

En el inicio de la cuarta noche, algo pareció cambiar en el aire. El viejo estaba más inquieto que nunca. Afuera, según el servicio meteorológico, se estaba produciendo el famoso «pineapple express», combinación siempre temida en California de ventiscas, tormentas eléctricas y hasta pequeños tornados que convertían a la ciudad en una imagen del apocalipsis. Los árboles y las palmeras se doblegaban ante los vientos cada vez más fuertes. Una sucesión de granizo y lluvia golpeó las ventanas del lado oeste del edificio, donde se encontraba el pabellón cuatro. Las enfermeras se encontraban en su mayor parte agrupadas en la sala de enfermería, tomando café y vigilando los monitores. A las 22:30, con la llegada del primer rondín de la noche, se dispersaron. Una de las enfermeras, Isabel (era la que poseía el WhatsApp de Itzel y había hablado con ella en varias ocasiones), se llevó una pequeña sorpresa al ingresar a la sala de Joseph. Estaba abriendo la puerta cuando sintió un crujido bajo sus pies. Bajó la mirada. Se encontró, para su absoluta extrañeza, con una docena de caracoles puestos en fila, en dirección paralela a la línea de la puerta. Se agachó para recogerlos.

—No lo haga —le advirtió, en español, una voz a sus espaldas.

Isabel casi lanzó un grito. El anciano estaba agazapado en la antesala, recostado contra la pared. Su sombrero gris proyectaba sombras sobre su agrietado rostro. Su cuerpo temblaba, pero su mirada parecía muy decidida. «Casi como el de alguien que ha decidido morir luego de una larga agonía», pensó Isabel, que había visto esa mirada durante incontables veces en su carrera profesional.

—Es una protección —agregó el viejo—. Para Joseph. Los espíritus están tratando de llegar a él. Será una larga noche.

—Claro —dijo Isabel, volviendo a incorporarse y sin llegar a tocar uno solo de esos caracoles—. Por supuesto.

Ingresó a la habitación y, reprimiendo un escalofrío, cerró la puerta detrás de sí.

La noche, tal cual lo había anunciado don Armando, recién comenzaba.

9

–Anderson.

La voz me sacó de mi somnolencia. Había estado dormitando, soñando y regresando a la realidad para luego darme cuenta de que era preferible seguir durmiendo. El dolor en mi espalda era un martirio. Los brazos me hormigueaban y era preferible sumergirse en el alivio de la niebla. Sin embargo, los sueños no eran tan apacibles como me hubiese gustado: estaban cargados de sombras y de oscuras atmósferas que no hacían más que dejarme el cuerpo cubierto de una película de frío sudor.

—Anderson —repitió la voz.

Venía desde mis espaldas. Era la voz de una mujer. Pero, pese a que me resultó algo familiar, no pude en principio identificarla.

—¿Quién… quién es?

Intenté girar la cabeza hacia la voz. El dolor en mi cuello, rápido y furioso como un rayo, me arrancó un grito de agonía.

—No hables tan fuerte. O Finn regresará.

—¿Itzel?

Pero no era su voz, claro que no lo era. La voz de Itzel era aguda, nerviosa. Esta, en cambio, se notaba aplomaba y algo grisácea. Como la voz de una mujer depresiva. O quizá como la de alguien a quien le importaba un pito los problemas del mundo.

—Te dije que bajaras la voz. No quieres que Finn regrese, ¿verdad?

—No —admití—. ¿Lo conoces?

—Tanto como tú.

—¿Tú estás… él te trajo aquí?

—Sí.

—¿También eres su prisionera?

—Estoy atada sobre una cama de resortes. Se me están clavando en el trasero. Tal vez eso responda tu pregunta.

—Escucha, ¿puedes ver a una mujer allí atrás? Tiene unos veintiséis años, aunque aparenta más. Morocha, mestiza. Los ojos de color café claro.

—No veo a nadie más que a mí misma.

—¿Cómo te llamas?

Se escuchó un chirrido, como si la mujer acabara de moverse sobre su cama. Del otro lado de la habitación, ahora se escuchaba una versión de Natalie Cole de «Unforgettable».

—Milena —dijo al fin la mujer—. Milena Crow.

10

Era pasada la medianoche. En el despacho de Cody, las enfermeras se agrupaban y se contaban historias. Era una costumbre que tenían desde hacía años, para matar las largas horas de aburrimiento. La novedad sobre los caracoles del viejo había disparado una serie de relatos sobre brujos y demonios. Ninguna de ellas pensaba tocar esos caracoles. «Que lo hagan mañana las chicas de la limpieza», se decían entre sí, divertidas y al mismo tiempo horrorizadas.

Una de las enfermeras más viejas, Mercedes Parrish (de origen hondureño), contó la historia de un tal señor Moore. Según ella, la mirada del señor Moore le recordaba a la de don Armando. Moore había llegado al hospital a principios de los ochenta, contó, cuando el hospital aún no se había especializado en la atención de niños. Tenía un cuadro agudo de peritonitis. Lo operaron de urgencia y en esa misma operación descubrieron que sus tripas estaban carcomidas por el cáncer. Los médicos cerraron la herida y luego lo pusieron en la sala del pabellón tres, que era donde generalmente iban a parar los pacientes que ya no tenían más remedio.

Nadie quería atender al señor Moore, dijo Mercedes. Las drogas y el dolor lo habían vuelto loco. Era muy agresivo y había tratado de morder a las enfermeras. Lo ataron a la cama, pero aun así trataba de morder si alguien se acercaba demasiado. Sus dientes castañeaban en el aire, y Mercedes aún podía recordar ese ruido escalofriante que hacían al chocar entre sí: «tic tic tic».

Cierta noche en la que ella se encontraba de guardia, escuchó el timbre desde la sala de uno de los pacientes. Al observar el tablero, Mercedes se dio cuenta, para su pesar, de que se trataba de la habitación del señor Moore. Fue hasta el lugar, preparándose para lo peor. Pero entonces se encontró con la sorpresa: la cama del señor Moore estaba vacía. Y había sangre en el centro de las sábanas. Mucha sangre. Mercedes salió de la habitación para buscarlo, pero de repente se sintió embargada por un terror inexplicable. El pabellón tres en ese entonces era un lugar tétrico: la gente moría ahí todos los días, se escuchaban lamentos, llantos, gemidos. Los pasillos estaban mal iluminados y olían muy mal. Mercedes miró hacia abajo y vio que un rastro de sangre se dirigía hacia los ascensores. Siguió el rastro con la mirada: al llegar al pasillo, vio que algo se arrastraba sobre el suelo. Parecía una serpiente, ella dijo que estaba segura de que era una serpiente. Pero luego, con horror, se dio cuenta de que en realidad se trataban de las tripas del señor Moore.

Se le había abierto la herida y arrastraba las tripas como una horrible cola de unos diez metros de longitud. En ese momento, el señor Moore se dio vuelta y le sonrió. Aseguró Mercedes que fue la sonrisa más maligna y demencial que vio en su vida. Los ojos del señor Moore estaban blancos por el dolor o la locura. Tambaleando, entró al ascensor. Apretó el botón de la planta baja, y las puertas del ascensor se cerraron. Pero gran parte de sus tripas había quedado afuera.

—No necesito decirles lo que ocurrió cuando el ascensor bajó, tampoco quiero hacerlo, porque fue repugnante y estremecedor —dijo Mercedes ante el silencio horrorizado de sus

compañeras—. Incluso los médicos más veteranos vomitaban al ver el interior del ascensor. Pero el horror no terminó allí. Alrededor de una semana después, Rita Loomis, quien murió a finales de los noventa en el derrumbe de un asilo, dijo haber visto a un anciano caminando por el pasillo del pabellón tres, arrastrando las tripas detrás de sí. Rita renunció algunos días después, y el mito del fantasma del señor Moore quedó, aunque nadie volvió a verlo.

—Jesús —dijo Isabel, luego de un largo silencio—. ¿Por qué tenemos que contarnos estas historias justo ahora? ¿Por qué no podíamos esperar a la luz del sol?

Miraba, a través de los ventanales, hacia los pasillos desiertos del hospital.

—Pues porque durante el día ya no tendría gracia —intervino la novata del grupo, Jamie Henderson—. Si Mercedes hubiese contado esto durante el turno de la mañana…

—Escuchen —intervino Mercedes. Había comenzado a preparar café instantáneo, pero había suspendido el trabajo parar mirar hacia afuera—. ¿Escuchan eso?

—¿Qué?

—No es gracioso —dijo Isabel.

—Hay un ruido… allá al fondo del pasillo.

Las tres mujeres suspendieron la respiración, para escuchar. Al cabo de un rato, por encima del ruido de la ventisca y de la lluvia sobre las ventanas, escucharon algo. Algo que surgía desde las profundidades del interminable corredor, un ruido muy familiar. Las enfermeras lo escuchaban a diario en el hospital: el sonido de una silla de ruedas al rodar sobre el piso de linóleo.

Solo que en aquel pabellón no había nadie en condiciones de accionar una silla de ruedas. A no ser que contara con la ayuda de una enfermera. Y las tres enfermeras de guardia se encontraban allí, reunidas en la garita sanitaria.

Se miraron entre sí.

—¿Quién demonios…?

—Iré a ver —dijo Jamie, resuelta—. Debe ser alguien que…

—¡No! —La sujetó del brazo Mercedes.

Era una mujer muy supersticiosa. Cuando algún niño en el pabellón moría, ella era la que siempre se tomaba unos minutos para rezar por su alma y «orientarlo hacia la luz». Las otras enfermeras se referían a ella en tono de burla, pero en el fondo la respetaban. Jamie la miró, nerviosa.

—¿Qué? ¿Qué es lo que está pas…?

No pudo terminar la frase. En ese momento, las luces del corredor parpadearon y algunas directamente dejaron de funcionar. Sin darse cuenta, las enfermeras se habían abrazado. Más tarde negarían el hecho, pero lo cierto es que durante unos segundos permanecieron juntas como pollitos asustados, escuchando el chirrido de esa silla de ruedas que se acercaba. Sintieron que la piel de sus brazos se erizaba. Los brazos de Mercedes, que abarcaban las cinturas de sus otras dos compañeras, se cerraron aún más. Comenzó a rezar algo en voz baja. «Aleja el mal de nosotras», alcanzó a escuchar Isabel. «Aléjalo lo más que puedas…»

Algo, algo maligno y perturbador, se deslizaba en ese momento frente los ventanales de la garita. Casi podían verlo: era una sombra espesa, que dejaba un halo de innegable maldad a su paso. «Como las tripas del señor Moore», pensó Isabel con un escalofrío.

Instantes después, las luces de led se normalizaron, y la pequeña sala de enfermeras, que

segundos atrás había parecido el sótano de una película de terror, se llenó de luz y otorgó una cuota de alivio al ánimo de las mujeres.

—Jesús —murmuró Jamie, aún temblando—. ¿Qué fue eso? ¿Nos habremos vuelto locas?

—No —aseguró Mercedes. Se había asomado por la puerta y miraba hacia el corredor vacío —. Fue algo real.

—Parecía dirigirse hacia un lugar en específico.

—Hacia las salas diez a quince —dijo Mercedes, santiguándose.

Isabel y Jamie se miraron. Allí estaba apostado don Armando. También…

—¿Joseph Miller? —dijeron casi al unísono.

Pero Mercedes no contestó, porque en realidad no lo sabía.

No volvieron a contarse historias de terror por esa noche.

11

–¿Itzel? —pregunté confundido—. Vamos, Itzel, no es momento de hacer bromas.

—Itzel no está. Itzel se fue —dijo la voz, de repente furiosa—. Como siempre, tuve que hacerme cargo de la situación en cuanto las cosas comenzaron a ponerse difíciles.

Medité esto durante unos segundos. El dolor en mi cuello me impedía concentrarme lo suficiente. Del otro lado de la habitación, la radio hablaba del clima.

—¿Ya lo habías hecho antes? —dije al fin.

Estaba creyendo comprender. Solo que no podía creerlo.

—Muchas veces.

—¿También cuando ocurrió lo del accidente?

Se hizo un breve silencio. Se escuchó un tintineo. Los resortes de la cama crujieron, y de repente la voz pareció escucharse mucho más cerca de mí:

—Por supuesto. Itzel siempre fue débil. Yo era la que debía lidiar con los problemas.

—Pero no siempre te llamaste Milena Crow.

—Tuve muchos nombres. Itzel ahora piensa en mí de esa forma.

—¿Qué pasó esa noche? ¿La del accidente? ¿De qué era lo que estabas huyendo, Milena?

—Pensé que estaba claro. Pensé que tenías todas las respuestas. Se lo dijiste a Itzel.

—Nunca dije eso —me defendí—. Dije que había conseguido armar gran parte del rompecabezas. Pero aún no tenía todas las piezas.

—Pues creo que tenías las piezas equivocadas, vaquero.

—¿A qué… a qué te refieres con eso, It… Milena?

Tratando de hacer caso omiso al dolor del cuello, me esforcé por mirar hacia atrás. Y durante un momento, durante un desgarrador y fulgurante momento, estirando mi dolor y mis ataduras al máximo, pude hacerlo. Y entreví algo, de reojo, que en un principio me dejó perplejo: *allí no estaba Itzel*. En su lugar, había una figura alta, de pelo largo y lacio, negro como el carbón a la medianoche. ¿Estaría imaginándolo todo?

—Dijiste que ibas a ver a Aradia, la Pitonisa Lisiada —dijo Milena-Itzel—. Dijiste que la conocías. ¿Sabes quién es?

—Creo que sí. Conozco su identidad.

—Pero ella está muerta.

—Lo sé.

—Entonces, ¿a quién pensabas ver? ¿A su hija?

—Sí —reconocí, sorprendido—. ¿Cómo lo supiste?

—Era fácil saberlo. Las cartas estaban sobre la mesa. Solo que Itzel era demasiado estúpida, o quizá demasiado cobarde, como para verlas.

—Entonces, ¿sabes que Aradia es…?

—La madre de Daphne, sí —dijo Itzel-Milena, emitiendo un suspiro de irritación—. Ella está

firmando libros en Danville. Era ella a quien pensabas ver. Solo que nos engañaron. Nos engañaron como a unos chiquillos recién salidos del jardín de infantes. *Vaquero.*

12

Se estaba acercando. Don Armando podía percibirla. Era la misma sombra que había visto a través del espejo, aquella lejana tarde en el galpón de las gallinas. En ese entonces él no estaba preparado para recibirla. Pero ahora sí. O al menos era eso lo que esperaba.

Apenas sintió que la mujer en silla de ruedas cruzaba el último tramo del pasillo, supo que era muy poderosa. Las luces del techo se extinguieron con un crujido y aquella parte del corredor quedó a oscuras. El cuerpo de don Armando comenzó a temblar.

El sonido de las ruedas deslizándose sobre el piso. La respiración de la anciana, lenta y pestilente. Un velo negro le cubría los ojos y parte de la cara. Don Armando supo que tenía muchos trucos para engañar a la mente, para derrotarlo a uno. Pero él también tenía un par de ases bajo la manga. De un movimiento ágil e inesperado para un anciano de su edad, se puso detrás de la línea protectora de los caracoles.

—Por Dios, Eleguá, ayúdame. Ayúdame a hacer frente a este poderoso mal. Ayúdame, y dedicaré el resto de mi vida a venerarte.

La silla de ruedas estaba llegando a la línea de caracoles. Las paredes se humedecían y se descascaraban a su paso. Los relámpagos se colaban por los vitrales y teñían el pasillo de un azul fantasmal. De repente, la silla se detuvo, como frenada por una pared invisible. Sobre la silla, la anciana se retiró el velo y abrió sus ojos plateados.

—Otra vez tú —dijo la anciana, en un siseo de odio—. ¿Quién eres, anciano? Apártate si quieres seguir viviendo.

Los músculos de don Armando se encontraban agarrotados. Su viejo corazón bombeaba a un ritmo frenético. Aun así, encontró las fuerzas para responder:

—Soy don Armando Esquivel López, abuelo del chiquillo a quien vienes a buscar. Y no te dejaré pasar, maldita víbora.

—Ya me parecía —siseó impaciente la anciana—. Sabía que tu sangre me resultaba conocida. Aquella vez, cuando me convocaste, te dejé vivir porque pensaba que había sido un error de tu parte. Veo ahora que estás ansioso por abandonar esta vida. Así que te daré el gusto, viejo. Despídete de tu nieto y prepárate para sentir tu corazón explotar dentro de tu pecho.

De repente, con un rugido de rabia, atravesó la barrera de la puerta. Los caracoles crujieron bajo el peso de su silla. La anciana observó a don Armando, le dedicó una horrible y negra sonrisa de triunfo… y luego se detuvo.

Miró hacia abajo: los caracoles se habían pegado a las ruedas de su silla, conformando una masa dura y afilada que les impedía seguir rodando. Lo intentó una vez más, perpleja, y luego sus ojos plateados se posaron furiosos sobre la figura encorvada de don Armando.

—¿Qué es esto? ¿Qué es lo que acabas de hacer?

—Es un conjuro de red, vieja del demonio. Una trampa. Solo que estabas demasiado concentrada en tu odio como para verla.

Las luces sobre sus cabezas se volvieron a encender y apagar. Uno de los focos de led explotó con un seco crujido. De repente, la temperatura en el lugar descendió unos diez grados, y don Armando comenzó a exhalar vapor por su boca.

—Eres un imbécil, anciano. Veo ahora que el hechizo está sostenido con tu propia sangre. ¿Cuánto tiempo crees que podrás aguantar, antes de que tu cuerpo diga basta?

—El que sea necesario —dijo don Armando, de repente débil y pálido.

Pero se dio cuenta de que no era verdad: había comenzado a dolerle el pecho, y una gruesa gota de sangre cayó desde su nariz hasta el suelo, salpicando sus zapatos de charol.

Don Armando se recostó sobre el borde de la cama de su nieto y se preparó para resistir como fuere, hasta agotar su último hálito de energía. Estaba más que dispuesto a ello. Sabía que era lo último que haría en esta vida.

13

–¿En qué hemos sido engañados, Milena? ¿Por qué estás tan segura de ello?

A mis espaldas, se escuchó una risita. No se parecía en nada a la risa amargada de Itzel; esta tenía cierta cualidad de amargura, sí… pero también de perversa diversión. Milena, descubrí con cierta decepción, me despreciaba y no confiaba en mí. Probablemente me veía como a uno de esos insectos ensartados en el tablero.

—Pues porque lo sé. No hace falta ser un genio para descubrirlo. Itzel, Britten, Lévi, tú… han sido usados y engañados.

—¿A qué te refieres con ello?

—Tu libro… ellos sabían que Itzel tarde o temprano llegaría a ti. Sabían de todas las actividades del *Unicornio*, ¿entiendes? Espiaban a Lévi y a Britten. La información que recogían les servía para sus propios fines. Gracias a Itzel y al trabajo del *Unicornio*, supieron quiénes realmente eran los integrantes de la lista. Una vez obtenidos los suficientes datos, eliminaron a Britten. Pero les quedaba un cabo suelto. No sabían quién se escondía detrás del seudónimo de Milena Crow. En una muestra de audacia, quizá la única, el *Unicornio* había escondido muy bien su identidad. Fue por eso que comenzaron a espiarte a ti. Sabían que tarde o temprano Milena acudiría a ti para hablar de tu patético libro. Cuando finalmente Itzel acudió a ti, no lo podían creer: Milena era la ex mujer de James Miller. La habían subestimado por completo, habían creído que estaba acabada y que pasaba sus días sumergida en la depresión. En ningún momento se les había ocurrido pensar en ella.

—Maldición, Milena, no puedes saber todo esto.

—Créeme: puedo. Lo tengo tan claro como que Finn regresará esta noche y me violará, y luego te matará a ti.

Me estremecí, porque momentos antes había pensado lo mismo.

—Y entonces, ¿qué hicieron? ¿Enviaron a la bruja a volcar mi camioneta?

—Algo así. La Puerta Negra tiene muchos vigías apostados en diferentes lugares del país. Finney es uno de ellos. Alguien le avisó que una camioneta como la tuya se estrellaría en un sector de la carretera en dirección a Virginia. Si había sobrevivientes, había que llevarlos antes de que llegara la policía. Finney envió a su hijo idiota a hacer el trabajo sucio.

—¿Crees que Finn es su hijo?

—Por supuesto. Todo el mundo le dice Finn porque su apellido es Finney. Pero quizá su padre nunca quiso tratarlo como a un hijo.

—¿Por qué directamente no nos mataron?

—Aradia no puede hacerlo en forma directa. Puede actuar sobre la mente de otros, como ocurrió con el marido de Lud.

—Entonces… ¿fue ella quien la mató? ¿A todos?

—Quizá sí, quizá no. —Itzel-Milena hizo una breve pausa. Se volvió a escuchar el ruido

tintineante. ¿Estaría encadenada a la cama? Luego de unos segundos, volvió a hablar—. Lo que debes saber es que el *Unicornio* estaba equivocado en una cosa: la lista no era para reunir a las personas mencionadas, sino para matarlas. Se trataba de un sacrificio ritual en masa. Una vez llevado a cabo, la Bestia supuestamente renacerá. Es eso lo que han estado buscando desde hace varios años. Es una de las pocas cosas que has acertado en tu libro.

—¿Y luego?

Me sentía un completo imbécil. Horas atrás creía saberlo todo, pero las revelaciones de Milena-Itzel me dejaban en la posición de un fracasado. Si lo que decía ella era cierto, entonces no ocupaba en aquella historia un papel más significante que el de una marioneta manejada por unos cuantos hilos. Mi carrera no renacería como había creído. Si salía vivo de esa situación, lo que me esperaría después no sería más que un largo y pronunciado declive.

Tragué saliva. Además del cuello y la espalda, también había comenzado a dolerme la cabeza.

—Pues no lo sé. Aún falta el último sacrificio.

—¿El último?

—No eran siete en la lista —dijo la voz—. Sino ocho. La lista estaba conformada por siete personas, porque la Puerta Negra ya sabía quién era el octavo.

—Ocho…

—El siete es un número mágico, pero el ocho significa el comienzo de algo. Representa el infinito. Es el poder del Ángel Caído.

—Por Dios, Itz… Milena, estás hablando como esas psíquicas que tanto dices odiar.

Por un momento, Milena no dijo nada.

—No lo inventé yo —dijo al fin— sino que es lo que la Puerta Negra cree saber.

—¿Y quién es el último sacrificio?

—Eres más idiota de lo que creí, Anderson —dijo con indisimulable desprecio en la voz—. El último sacrificio es el primero, el que fallaron miserablemente, pues yo se los impedí. Se trata de Joseph. A diferencia de los otros siete, Joseph se encuentra en otro plano de existencia, a merced de Aradia. Será ella, pues, la encargada de matarlo…

14

En la garita de enfermeras, las tres mujeres aún temblaban. La mano de Mercedes que sostenía la taza oscilaba perceptiblemente. Incluso pequeñas gotas de café se derramaron sobre el suelo. Aun así, era la que más control tenía sobre la situación.

—Debemos avisar a Cody —dijo Jamie—. Debemos avisar que algo anda mal aquí.

—¿Y qué le diremos? ¿Que creímos escuchar el ruido de una silla de ruedas y unas luces se apagaron en el pasillo?

La voz de Isabel era áspera, pero ella quizás estaba demasiado asustada como para notarlo.

—No. Pero creo que algo va a ocurrir.

—¿Qué?

—Un momento —terció Mercedes.

—¿Estás diciendo que quieres llamar a Cody porque crees que hay fantasmas? —insistió Isabel—. Nos matará. ¿Has visto qué hora es? ¿Has…?

—¡Un momento, maldición! —Mercedes había abierto la puerta y se asomaba al pasillo—. Escuchen. Es una voz. Creo que la del viejo.

Las enfermeras se silenciaron y escucharon. Al cabo de un rato, efectivamente, les llegó la voz cascada y en apariencia horrorizada. Estaba vociferando cosas sin sentido: «No te dejaré pasar, maldita víbora. Regresa del lugar de donde has venido».

—Jesús. Se ha vuelto loco. Lo sabía.

—Llama a Cody, maldición. O mejor a Wiseman.

—O a ambos —dijo Isabel, de repente convencida.

—Primero debemos ir a ver —dijo Mercedes—. No podemos quedarnos aquí. Nos pondrán de patitas en la calle, maldición.

La propuesta fue recibida por un asustado silencio por parte de las otras dos mujeres. Pese a que sabían que Mercedes tenía razón, la perspectiva de abandonar la seguridad de la garita y dirigirse hacia el área del pasillo donde supuestamente se encontraba aquella *sombra* las llenaba de un horror inconmensurable.

—Sí —dijeron al cabo de un momento—. Debemos hacerlo.

Reunieron valor y salieron de la garita. Caminaban con paso fingidamente decidido, pero en el fondo querían tomar el camino inverso y no volver la vista atrás. Pasaron por las primeras salas de urgencia. Algunas de ellas estaban vacías, pero otras contenían a niños enfermos de gravedad. Los pitidos de las máquinas encefalográficas y cardiográficas se escuchaban a través de las puertas entreabiertas.

Llegaron a la sala donde Joseph Miller se alojaba desde hacía ya dos años.

Las luces del techo al parecer habían reventado. Las enfermeras caminaban sobre los fragmentos de vidrio de las bombillas de led. Mercedes se adelantó y trató de abrir la puerta: estaba cerrada por dentro.

—¿Armando? —dijo la enfermera—. ¿Está ahí dentro? ¿Por qué cerró la puerta? Está prohibido hacerlo. Abra, por favor.

Ninguna respuesta.

—Dios mío, se ha encerrado. Estamos jodidas —dijo Jamie.

—Miren —dijo Isabel, con voz sofocada.

Señalaba hacia la parte inferior de la puerta cerrada. Las otras siguieron la dirección de su dedo. Por debajo de la puerta, se colaba una especie de humo o niebla negra. Pero no olía a incendio: más bien a podredumbre.

—Dios mío —dijo Mercedes, santiguándose—. Jamie, ve corriendo a la sala y llama a Cody y a Wiseman. Hazlo ya.

La joven enfermera no esperó a que le repitieran la orden. Dio media vuelta, sin dudas aliviada de alejarse de aquella locura, y corrió por el pasillo en dirección a la garita de enfermeras.

Mercedes, mientras tanto, volvió a acercarse a la puerta. Comenzó a aporrearla con todas sus fuerzas.

—Don Armando, abra de una vez, maldición. ¡Abra ahora!

Lo intentó una y otra vez, hasta que del otro lado recibió una respuesta escalofriante: un grito prolongado, agónico, que estremeció a las dos enfermeras que tuvieron la mala fortuna de escucharlo.

15

–Itzel…

—Te dije que no soy Itzel.

—Perdón, Milena.

—Qué.

—¿Cómo sabes todo lo que acabas de contarme? ¿De dónde lo has sacado?

—Un poco lo deduje. Y otro poco lo soñé.

—Entonces no sabes si es cierto.

—Tampoco lo sabía cuando fueron a buscar a Joseph. Pero mis sueños nunca se equivocan.

—¿Qué pasó esa noche, Milena? ¿Lo recuerdas?

—Por supuesto. Es algo que revivo una y otra vez, cada vez que Itzel duerme. Solo que ella no recuerda nada al despertar.

—Entonces, según entiendo, Daphne sueña con su madre, Aradia, que le dice que tiene que matar a su propio nieto para comenzar con los rituales. Eso quiere decir que Daphne integra la Puerta Negra, quizás al igual que James Miller. Ella va a tu casa, la noche en donde todo ocurre…

Tuve que interrumpirme, sorprendido por una serie de resoplidos muy extraños. Traté de girar la cabeza para ver lo que estaba haciendo Milena, pero de nuevo el dolor y las ataduras me lo impidieron. Sin embargo, al cabo de un momento supe de qué se trataba: Milena estaba riendo.

—Te has equivocado en todo, Anderson. Incluso con lo de Daphne. Ella, por supuesto, integraba la Puerta Negra, al igual que su hijo. Después de todo, ella durante su niñez convivió con una madre que le hablaba del apocalipsis, de la llegada de los ángeles del infierno a la tierra, que fundó una organización que se extendió a lo largo y a lo ancho del país y que fue acogida por personalidades poderosas. Pero ella se negaría a matar a su propio nieto. Es una mujer despiadada, Anderson, pero no al punto de matar con sus propias manos al hijo de su hijo.

—Y entonces, ¿quién fue a visitarte aquella noche? ¿James? ¿Por eso luego se suicidó? ¿Por la culpa que le despertaban sus actos?

—James se suicidó por culpa, sí, pero por no haber podido evitar lo que su abuela loca venía anunciando desde hacía años.

—Pero ¿quién, entonces?

De nuevo esa risita, que de alguna forma (tengo que admitirlo) me sacaba de quicio.

—Eres de verdad idiota, Anderson. No entiendo cómo Itzel pudo haber confiado tanto en ti. Solo eres un timador más en este mundo de falsos especialistas…

16

Los caracoles habían comenzado a despegarse de las ruedas de la silla. Caían uno a uno, rompiéndose contra el suelo en varios pedazos. La silla avanzó unos centímetros en dirección a la cama de Joseph.

—No te queda mucho, viejo. Solo estás postergando lo inevitable —dijo Aradia, triunfal.

Don Armando no contestó. Estaba recostado sobre el pie de la cama, sentado en posición india. Las piernas le temblaban. Sentía que el alma le abandonaba el cuerpo. Le faltaba el aire y los latidos de su corazón se habían elevado. Aun así, tuvo las fuerzas necesarias para sacar otra docena de caracoles, los últimos que le quedaban dentro de la bolsa de tela que había traído desde México. Los colocó, con mano temblorosa, en línea recta delante de la cama de Joseph. Era la última barrera entre Joseph y la vieja. La vida de don Armando se estaba extinguiendo, y junto con él, la efectividad del conjuro de red que retenía las ruedas de la silla de Aradia.

La anciana sobre la silla se sacudía, ávida de alcanzar su objetivo. Tenía la boca abierta y las manos extendidas hacia adelante, como ofreciendo al chico un último abrazo de despedida. Se encontraba a menos de cuatro pasos de la cama. Su boca comenzó a babear. Uno de los caracoles que sujetaban las ruedas se partió con un crujido y la silla avanzó unos centímetros más.

Don Armando emitió un gemido. Su rostro era una máscara pálida de sufrimiento y dolor. Sabía que estaba a punto de ser derrotado. Una vez muerto, la barrera secundaria de caracoles retrasaría a la anciana como mucho un minuto más. Y luego Joseph quedaría a su alcance.

—Joseph —musitó—. Debes despertar, Joseph. Es hora.

Había visto a su nieto solo una docena de veces, pero le había alcanzado para saber que era un chico muy especial. Era muy sensible y podía ver cosas que los demás ignoraban. Luego del accidente, el chico se había asustado y había decidido esconderse dentro de sí. Don Armando lo había intuido desde un primer momento. El problema era que ese mundo también era habitado por aquel demonio en silla de ruedas. Mientras se encontrara dentro de él, la anciana podría alcanzarlo y hacerle daño. Era hora de que Joseph despertara.

—Sé que puedes oírme, Joseph —le dijo. Extendió una mano y tocó su brazo por debajo de las sábanas: estaba tibio—. Te estoy tocando, ¿lo sientes? Ahora te agarraré de la mano. No te sueltes, Joseph. Sigue mi voz y mi mano y no te sueltes.

Tanteó por debajo de la sábana hasta encontrar la mano del chico. La aferró entre sus dedos y la apretó. Creyó escuchar que los pitidos del monitor cardíaco conectado a Joseph se aceleraban levemente. Apretó la mano aún más.

—Eso es, muchacho. Concéntrate en mi mano. No me sueltes. Intenta venir hacia…

No pudo terminar la frase. Un agudo dolor se le incrustó en el pecho y le cortó la respiración. Miró hacia la anciana. Se había liberado de la trampa y ahora le oprimía el corazón con una de sus manos. El cuerpo de don Armando se estremeció. Sus piernas bailotearon a un ritmo frenético. De lo profundo de su garganta escapó un grito de agonía. Pero aun así siguió sujetando

la mano de su nieto.

—Te dije que morirías, viejo. Te dije que te enviaría hacia el otro lado. Ahora suelta al chico. Suéltalo, y te daré una muerte rápida.

La mano del anciano, lejos de obedecer a Aradia, se aferró aún más fuerte a la de su nieto.

—Ven conmigo, Joseph. ¡Rápido!

¿Y podía ser que la pequeña mano de su nieto estuviera apretando un poco?

—Eres un idiota, viejo —dijo Aradia—. Tú te lo has ganado.

Contrajo aún más sus dedos dentro del pecho de don Armando. El anciano emitió un alarido y sus esfínteres se aflojaron. Hilillos de sangre nacían desde su nariz y su boca. Su corazón bombeaba desesperado, tratando de resistir. Pero don Armando sabía que no lo haría durante mucho más tiempo.

Pensó en su esposa, en sus hijos, en todo lo que había dejado atrás. Supo que sus ochenta y dos años se reducían a esto, a aferrar la mano de su nieto de seis años aunque la vida se le fuera en ello. Cada camino tomado, cada decisión, cada sacrificio lo había llevado a ese momento, a ese lugar, y suponía que estaba bien porque no se sentía frustrado o rabioso ante la llegaba inminente de su muerte. ¿Y qué pasaría si fracasaba? Bueno, quizá tendría otras oportunidades en otros tiempos, en otro envase. Al menos lo había intentado. No se arrepentía de nada de lo que en los últimos meses había decidido.

Y mientras pensaba en esto, rememorando también las lejanas noches de juventud y de felicidad que había disfrutado con su esposa, don Armando tomó una honda y difícil bocanada de aire, la retuvo durante unos segundos y luego expiró.

Al mismo tiempo que el anciano dejaba de existir en este plano, Joseph abría los ojos y comenzaba a vivir de nuevo.

17

–Mary Smith —dijo Milena—. Fue ella la que se apareció aquella noche, en la casa de Long Beach, con la excusa de que necesitaba hablar de James. Pero llevaba un cuchillo debajo de su abrigo.

—¿Cómo lo sabes?

—Pues simplemente lo supe. Sus ojos estaban velados y tenía una sonrisa muy extraña. Estaba bajo el influjo de Aradia. Itzel actuó como una oveja asustada, dejando que Mary entrara a su casa, y yo tuve que intervenir. Tomé a Joseph y a Alexander y huimos del lugar. Supe que no bastaba con alejarme unos kilómetros: la Puerta Negra nos seguiría hasta el último confín de la tierra. El esposo de Itzel y Daphne conformaban su mismísimo seno. Mary Smith, evidentemente, también. Itzel estaba en medio de la tormenta y no tenía muchas escapatorias. Decidí viajar hacia el sur. Quizá podríamos pasar la frontera a México y escondernos durante un tiempo en algún pueblito del interior. Los chicos estaban asustados y preguntaban a cada rato qué pasaba, por qué habíamos salido de casa a altas horas de la noche. Yo les expliqué que era un juego, que íbamos a descubrir tesoros mayas en México. A ellos les encantó la idea. Continué manejando por la autopista, y en algún punto del trayecto me di cuenta de que un coche nos seguía. Podía ser el de Mary Smith o el de algún otro que pensaba seguir los dictados de Aradia. Entonces me desvié por aquel maldito camino costero, cosa que luego lamenté amargamente. Iba quizás a demasiada velocidad, y… —Hizo una breve pausa. Por primera vez desde que comenzara a escucharla, su voz parecía haber perdido gran parte de su seguridad—. Los chicos iban dormidos —prosiguió al cabo de un tiempo—. La carretera era oscura pero tranquila. Debí -haber bajado un poco la velocidad, pero no sabía si alguien nos estaba siguiendo con los faros apagados. Podía ver el brillo de la luna sobre el mar… De repente, Alexander empezó a gritar en el asiento trasero. Miré a través del espejo retrovisor: había una mujer allá atrás. Una anciana de velo negro, sujetando la cabeza de Joseph. Yo me asusté, perdí el control del vehículo y… Bien, creo que eso fue todo. Me alejé, dejé que Itzel se hiciera cargo de nuevo. Yo había hecho lo que había podido. Sabía que no había sido suficiente. Fue por eso que, cuando Itzel regresó a su consciencia, actuó perdida y errática: no sabía qué había pasado. No sabía dónde estaba, ni por qué su camioneta se había estrellado contra los pilotes de un puente. Cuando aquel médico la atendió y le explicó que Alexander había muerto, ella apenas escuchó sus palabras. En ese momento, estaba teniendo una visión: en lugar del médico, estaba viendo el rostro de una anciana de velo negro, que amenazaba con llevarse a su otro hijo. Se asustó y reaccionó con furia, pero quien recibió el ataque fue el pobre médico. Y luego… bueno, no queda mucho para contar. Lo demás lo sabes por boca de la propia Itzel.

—Milena… ¿desde cuándo sabes todo esto? Siempre lo has sabido, ¿no es así?

—Sí.

—¿Y por qué nunca has dicho nada a Itzel? ¿Por qué nunca trataste de alertarla?

—Ella… ella no lo merecía. Fue una cobarde. Se dejó golpear por su marido y se quedó llorando en la cocina. La desprecié profundamente cuando hizo eso.

—Pero Joseph. Él va a morir. Pudiste haberlo salvado.

Milena no dijo nada. Me la imaginé sentada sobre la cama, atada de pies y manos, mirando mi nuca y reprimiendo las ganas de golpearme la cabeza. Me pareció un pensamiento lo suficientemente certero y tuve el loco deseo de girar el cuello de repente para intentar sorprenderla en pleno ataque.

Pero no ocurrió nada de esto. Aguardé todavía durante unos segundos más y luego volví a una pregunta que me daba vueltas sin cesar por la mente.

—¿Cómo fue posible que Joseph mejorara? ¿Quién estaba detrás de todo eso?

De nuevo, solo recibí silencio. Pero esta vez creí percibir una oleada de incomodidad, como si acabara de formular una pregunta que a Milena le quitaba el sueño.

—¿No lo sabes? —insistí.

—Es algo que, honestamente, no logro entender. Salvo que alguien… alguna fuerza convocada por Britten, lo haya ayudado. Pero eso… eso es imposible.

—¿Por qué?

—Porque no hay fuerzas que ayudan a la gente, Anderson —dijo Milena, con súbita vehemencia—. No existe un salvador, no existe ningún ángel que cae del cielo a darnos una mano. Solo existe el vacío. La soledad. Y las entidades como Aradia, que solo sobreviven a base de odio. Lo de Joseph… quizá solo fue una casualidad. No lo sé.

—Aceptas la presencia del mal, pero no del bien. ¿No es contradictorio?

—En absoluto —dijo Milena, evidentemente enojada—. La oscuridad puede existir sin la luz. Cualquier astronauta sabe que el vacío y la oscuridad son la norma en este universo. ¿Por qué esperar que alguien bondadoso extienda su aura para protegerte?

—Pues entonces, ¿qué hacemos?

—Nada —dijo al cabo de un rato Milena, exhalando un largo suspiro—. Esperar. Tarde o temprano, Finn o Finney vendrán a buscarnos. Y entonces…

—¿Entonces qué?

—Trataré de sobrevivir. Solo eso. Como lo he venido haciendo desde que tengo memoria. Solo sobrevivir, Anderson.

18

Mary Smith, quien desde hacía algún tiempo se había mudado a un exclusivo apartamento en Echo Park, con vista al lago, despertó al borde de un grito.

Había estado soñando con la anciana en silla de ruedas. Otra vez. Se removió en su cama y observó la hora en su celular: la una y media de la madrugada.

Afuera, el viento soplaba con fuerza. La lluvia caía en diagonal, repiqueteando en los vidrios de las ventanas. Las luces del lago se veían borrosas debido a la tormenta. Como lejanos y débiles faros a través de una espesa neblina.

—Dios mío —murmuró Mary, apoyando la palma de su mano sobre el pecho. Su corazón latía a los saltos—. Dios mío —repitió.

Había soñado que la anciana le pedía que fuese al hospital de niños. «Debes terminar con tu trabajo», le decía. «Ha sucedido algo.» Mary, horrorizada, comenzaba a poner excusas, pero de repente su cuerpo se tornaba laxo, las piernas no le respondían y le hormigueaban. Caía de espaldas sobre una silla. Pero no era una silla cualquiera: era una de ruedas. Intentó incorporarse, pero las piernas no le respondieron. Estaban muertas. Era como si alguien hubiese insertado a su torso unas piernas de plástico. La anciana se acercó y la tomó por el mentón, obligándola a mirarla a sus horribles ojos de plata. «Así terminarás si no obedeces», le dijo. «Y esto solo será el comienzo. Así que ve ahora, puta.»

Aterrada por el recuerdo del sueño, Mary quitó las sábanas de su cuerpo y se miró las piernas. Las movió. Para su alivio, estas se flexionaron y respondieron a sus órdenes. Exhaló un largo suspiro.

—Dios mío —dijo.

Se levantó y se dirigió al baño. En ese momento, un gran relámpago iluminó el interior del dormitorio, revelando las pastillas para dormir que Mary tenía sobre la mesita de luz. Sin ellas (y sin la ayuda de otras sustancias prohibidas), le resultaba imposible dormir por las noches.

Ingresó al baño, se sentó sobre la taza y orinó. El recuerdo de la pesadilla aún estremecía su cuerpo. Sabía que había sido muy real. Quizá demasiado…

Se limpió con el papel, al mismo tiempo que la luz de otro relámpago iluminaba el apartamento. Mary intentó levantarse… y los miedos de aquella pesadilla regresaron con todas sus fuerzas.

No podía despegarse de la taza.

Sus piernas de repente eran dos palos de carne y hueso, perfectamente formados e igual de inútiles.

Mary sofocó un grito. Intentó levantarse ayudada por los brazos, pero tampoco lo logró.

—Dios mío —murmuró. Le faltaba el aire. Pompas negras y movedizas estallaban delante de su campo visual. Quizá se desmayaría—. Dios mío, ayúdenme.

Pero su grito fue apenas un susurro ahogado.

—Mary.

Conocía aquella voz. Era la voz horriblemente hipnótica y exigente de la anciana. Provenía desde el espejo, ubicado sobre la pared opuesta. Pero Mary no quería alzar la mirada.

—Mary, mírame.

Era imposible no obedecer a aquella voz. Mary alzó la vista.

El espejo era una única y lisa superficie negra, interrumpida solamente por el rostro de la anciana. Estaba furiosa. Algo había salido mal. Su velo ondulaba y parecía dotado de una vida propia. A través de él, Mary pudo ver los ojos plateados de la anciana, imposiblemente grandes, del tamaño de dos tazas de café. Expuso sus dientes en una mueca feroz, diciendo:

—Debes ir ahora mismo, Mary. Lleva un arma para matar al niño. O quedarás como yo para el resto de tu vida…

19

Finn entró alrededor de media hora después. Para ese entonces, debía estar ya oscureciendo, porque la luz que se filtraba por debajo de la puerta había cambiado.

Yo estaba adormecido, sumergido en mi propio dolor y desconcierto. Acababa de vomitarme encima. Había esperado algún comentario sarcástico por parte de Milena, pero misteriosamente ella se había sumergido en un inescrutable silencio en los últimos minutos.

La figura de Finn, alta y algo rechoncha, se recortó contra la luz de la habitación contigua. Tenía algo en la mano.

—El señor Finney me llamó. Dijo que debo acabar con todo esto. Que ya me demoré demasiado.

—Finn, escucha… —comencé, pero de repente todas las ideas parecieron abandonar mi cabeza. Finn tenía un martillo en su mano.

—Creo que vieron mi tablero con los insectos —dijo Finn, acercándose con un suspiro—. Lo hice hace mucho, cuando era chico. Me gustaban los insectos. Sobre todo las hormigas. Me pasaba horas viendo cómo cargaban las hojas rumbo al hormiguero. A veces, las ayudaba y les ponía hojas cerca de la entrada del hormiguero. Para que no tuvieran que caminar tanto. Hice el tablero con los insectos que iba encontrando en la granja. Me preguntaron por qué había hecho eso, y les dije que de grande me iba a dedicar a estudiar insectos. Se rieron de mí. Tal cosa no existe, me dijeron. De aquí no saldrás, me dijeron. Pasarás el resto de tu vida ordeñando las vacas y limpiando la mierda de los cerdos. Yo lloré. Era un niño de siete o quizás ocho años. Pero al parecer esos trabajadores no se equivocaron. Han pasado treinta años, y sigo aquí. Ordeñando vacas. Limpiando la mierda de los cerdos. Colgué el tablero en esa pared porque me seguía gustando. Pero cuando alguien me pregunta qué es eso, les digo que no lo sé, que lo encontré por ahí. Ya no puedo decir que me voy a dedicar a estudiar insectos cuando sea grande. Porque ya soy grande. Y porque se van a reír otra vez de mí.

—Finn, no sé adónde quieres llegar, pero podríamos ayudarte. No necesitas hacer esto. ¿Verdad, Milena?

Pero ella no respondió. ¿Se habría dormido? Sabía que cargaba un cansancio malsano, de varias semanas o incluso meses. No lo veía del todo imposible. Inoportuno, sí, pero no imposible.

Finn, sin escucharme, se agachó frente a mí. Comenzó a rebuscar algo en los bolsillos de su pantalón. Allí dentro, había algo que tintineaba.

—Pero hay otro motivo por el cual no quiero volver a hablar del tablero. Recuerdo muy bien cuando lo hice. No todos los insectos estaban muertos. Algunos todavía se retorcían cuando los clavé con un alfiler. Me gustó verlos así, moviendo sus patitas desesperados. Los más resistentes tardaron varias horas en morir. Yo estuve todo el tiempo al lado de ellos, mirándolos. Todavía sueño con eso. Me gustó mucho —repitió.

Sus ojos brillaban excitados. Retiró la mano de su bolsillo: en sus dedos sujetaba una docena de clavos de carpintería de unos ocho centímetros de largo cada uno.

—Finn, por Dios.

—El señor Finney dijo que podía hacer lo que quisiera con ustedes —dijo, claramente agitado—. No habrá castigos. Tampoco se reirán de mí. El señor Finney lo prometió.

Sujetó mi brazo con unas manos increíblemente fuertes. Intenté arrojarle una patada, pero Finn la esquivó con indiferencia. Para asegurarse de que no volviera a atacar, apoyó el peso de su cuerpo sobre mi estómago. Me quedé sin aire, incapaz ya de reaccionar.

Finn apoyó uno de los clavos en mi hombro. Con aterradora destreza, recogió el martillo con su mano libre y lo hundió de un solo golpe en el hueso.

El dolor fue abrumador, escandaloso. Hizo que mi espalda se arqueara, y en el movimiento casi me libré de Finn, que me observó fascinado.

—¡Igual que mis insectos! —exclamó—. El sufrimiento les daba más fuerzas. Igual que a usted. Me gustaría tener un celular con cámara… Pero no importa. Lo recordaré.

Había apoyado la punta de un segundo clavo en mi otro hombro. Volvió a tomar el martillo y dijo algo, pero ya no lo escuché. El dolor lo era todo para mí. No existía otra cosa aparte de esa omnipresente pulsación en mis hombros. Incluso mis otros dolores habían desaparecido. Creo que fue por eso que tardé en darme cuenta de que Finn había detenido su trabajo. Miraba con el ceño fruncido por encima de mi hombro.

—¿Qué estás haciendo? —escuché que decía en medio de mi niebla personal.

—Ven aquí, Finn.

Era la voz calmada y ligeramente burlona de Milena.

—¿Qué estás haciendo? —repitió el hombre. Parecía reflexivo. No dejaba de mirar por detrás de mí con la boca semiabierta—. ¿Por qué te has… quitado la ropa?

—Ven aquí y te lo mostraré. Será mucho mejor que clavar unos cuantos insectos en la madera.

El cuerpo de Finn temblaba. Pude sentir, asqueado, la dureza de su miembro por encima de la tela de mi camisa. De repente, siguiendo una vieja y ancestral orden, se incorporó y se dirigió al lugar donde Milena le prometía un secreto paraíso. Intenté girar la cabeza para ver. Me resultó de nuevo imposible, por lo que tuve que conformarme con escuchar.

Y escuché que Finn preguntaba algo, la voz de repente nerviosa, y Milena lo calmaba con un shhhhh maternal que le aquietaba cualquier tipo de preguntas. Finn pareció emitir un gemido. Luego, ese gemido se transformó en un grito de dolor. «¡Estás haciéndome daño!», exclamó Finn, y a continuación se escuchó un ruido de forcejeo. La respiración de ambos se había tornado agitada. Finn volvió a lanzar un grito, y Milena le respondió con un gruñido gutural. Luego, silencio.

—¿Milena? —la llamé—. ¿Estás bien, Milena? ¿Qué rayos…?

Se escuchaba ahora el ruido de tintineos que había escuchado antes. Las cadenas que probablemente sujetaban a Milena. Ruidos de pasos que se acercaban.

Por fin, Milena apareció frente a mi campo visual. No era, como creía haber entrevisto durante unos segundos, una mujer alta y de cabello lacio y negro. Era Itzel. Por supuesto que era ella. Con su estatura de no más de metro sesenta y sus rizos de color castaño que parecían salidos de una película de los años ochenta. Sin dudas era Itzel, pero era obvio que Milena estaba al

mando de su cuerpo.

—Debemos salir de aquí —dijo, aún agitada—. Creo que Finney regresará muy pronto. Y puede que no esté solo.

Tomó una pinza ubicada sobre la mesa y comenzó a liberarme. Cuando se agachó para cortar las ataduras del cuello, pude ver que tenía sangre en la parte inferior del estómago, a la derecha.

—¿Estás herida?

—Tenía un cuchillo. No pude verlo a tiempo. Pero no es nada —dijo indiferente.

Cortó el último cable que me sujetaba al poste y me ayudó a levantarme. En ese momento, gran parte del mundo tembló frente a mis ojos. Me vi obligado a doblarme en dos por el dolor. Tenía algo en la espalda. Algo muy grave. Me di cuenta de que necesitaba hospitalización de urgencia.

—Vamos —dijo Milena, rodeándome la cintura con un brazo, para ayudarme a caminar—. Debes hacer el esfuerzo. O nos matarán.

Aún me pregunto de qué parte de mi alma encontré las suficientes fuerzas para caminar hacia la salida. Las náuseas subían y bajaban por mi estómago. Cuando llegamos a la puerta, no pude resistir la tentación de girarme un poco para ver hacia atrás.

—¡Vamos, idiota! —me conminó Milena.

Pero yo había quedado paralizado. No podía creer que alguien de la contextura física de Itzel-Milena hubiera hecho algo así. La cama estaba a unos cinco pasos del poste. Sobre ella yacía la corpulencia de Finn, muerto boca abajo. Milena literalmente lo había empalado con uno de los barrotes de hierro de la cama. Según pude saber después, ella lo había aflojado y retirado mientras me explicaba sus teorías sobre lo que había sucedido con Aradia y el *Unicornio Amarillo*.

Pero ¡la fuerza!, pensaba. Se necesitaba la fuerza de un cíclope para poder clavar un barrote romo entre las costillas de un hombre joven. ¿Cómo había logrado Milena realizar algo así? ¡Era casi imposible!

—Vamos —repitió Milena con impaciencia, empujándome hacia la puerta—. Debemos irnos, Anderson.

No me quedó más remedio que obedecer. Pasamos por una pequeña cocina (con la radio aún encendida sobre un mueble) y de allí al exterior. Ya era de noche, pero la luna iluminaba con claridad la estancia. Vi que habíamos estado en una construcción que era poco más que una pocilga. El porche estaba construido con maderas y hierros de segunda mano. Las tejas del techo en su mayoría estaban voladas, y podía verse parte del entramado de madera. Probablemente se trataba de la casa que Finney le había asignado a su hijo para vivir. Más allá, a unos cien pasos, podían adivinarse los establos y los corrales para cerdos. La camioneta de Finn se encontraba a no más de veinte pasos, estacionada bajo un enorme sicomoro. Itzel me empujó hacia el lugar.

—Vamos, Anderson, camina, maldito inútil.

—Pero no tenemos las llaves, Milena.

—¿Por qué crees que me tardé con Finn? Estaba buscando las llaves en sus bolsillos. *Tuve que tocarlo* —agregó con una expresión de asco.

Del bolsillo de su pantalón sacó un manojo de llaves, que relucieron bajo la azulada luz de la luna.

—¿Adónde vamos a ir? Finney no tardará en buscarnos.

—Lejos. Lo más lejos que puedas resistir.

—No sé si pueda resistir mucho, Milena.

—Lo sé —dijo la mujer, con un gruñido—. Lo sé, Anderson, maldición.

Llegamos a la camioneta y entramos. En el habitáculo del vehículo flotaba un aroma desagradable. Como el de un yogur demasiado tiempo expuesto bajo el sol. Milena frunció el entrecejo, se agachó para buscar debajo del asiento y sacó, con evidentes gestos de repugnancia, una bolsa con restos de malteada en descomposición. La arrojó por la ventana.

—Ese Finn no era muy cuidadoso con la limpieza —dijo. Pareció recordar algo y se estremeció—. Por Dios, *tuve* que tocarlo —repitió.

Puso la camioneta en marcha y arrancamos.

20

Cody, la jefa de enfermeras, escuchaba el relato de sus subordinadas y no lo podía creer: hablaban de un fantasma en los pasillos, de luces que se apagaban, de gritos detrás de una puerta. «El abuelo de Joseph se ha encerrado en la habitación», escuchó que decía Isabel. «Está muerto», había terciado Jamie, que temblaba y no paraba de llorar. No mucho tiempo después, llegó Wiseman. Con su ayuda, lograron derribar la puerta. Y se encontraron, en efecto, con el cadáver de don Armando recostado contra la cama. Pero lo más increíble aún estaba por verse. Porque el chico, de alguna forma, estaba sobre él. En un principio, creyeron que también estaba muerto. Pero luego, cuando se acercaron y Cody levantó su cuerpo menudo, se dio cuenta de que estaba llorando por su abuelo muerto. *Había despertado.* Después de casi dos años de permanecer en un estado vegetativo aparentemente irreversible, el chico había despertado.

Se sucedió luego el caos de llamadas y gritos, policías que llegaban al lugar de los hechos, directivos del hospital recién despertados que clamaban por explicaciones y hasta un par de periodistas que llegaron prestos a cubrir la noticia. Algo había sucedido con Joseph Miller, el hijo menor de James, dijo uno de los periodistas. Al parecer, su abuelo recién llegado de México había intentado asesinarlo, pero el chico…

La enfermera Mercedes fue la encargada de desmentir, en vivo, al joven periodista que cubría los baches de su información con teorías disparatadas: «Su abuelo no ha intentado matar a nadie», dijo frente a las cámaras. El periodista, evidentemente contrariado, le preguntó qué era entonces lo que había hecho al encerrarse en la habitación de Joseph. «Pues… lo ha protegido», dijo Mercedes, y luego se marchó presurosa, haciendo caso omiso a las preguntas posteriores por parte del ávido (y al parecer también inescrupuloso) periodista.

Wiseman se había echado a llorar, sabiéndose despedido. Los directivos y los policías interrogaban a Cody. Mientras tanto, el chico era atendido por los médicos de guardia. No había dicho una palabra desde que había despertado. Parecía confundido. Miraba a todo el mundo como si acabara de llegar de un reino fantástico. Isabel, que había sido asignada como su enfermera, pensaba que probablemente era así. El chico había vivido durante los últimos dos años en otro mundo, y ahora debía volver a recordar las reglas que regían en este.

Lo trasladaron a otra sala para realizarle diversos estudios. Los médicos temían que el chico volviera a dormirse. Pero Isabel no lo creía posible: la mirada de Joseph estaba asustada, pero absolutamente alerta. Había llegado para quedarse.

La enfermera notó que la situación se había desbordado peligrosamente. Demasiada gente en un mismo lugar, demasiado parloteo. No había nadie que pusiera orden y calma. Llegaron más policías, y también el director médico, que parecía recién sacado de la cama. Isabel se recluyó en un rincón de la sala, a la espera de que alguien le diera una orden. Pero nadie al parecer necesitaba de sus auxilios, por lo que muy pronto se sintió tan útil como una planta. Se dedicó a observar la escena. Los médicos cuchicheaban entre ellos y daban órdenes sin mucho sentido.

Parecían perplejos frente a la situación de Joseph. Y también incómodos: no podían explicar lo que acababa de suceder. Un periodista (el mismo al que Mercedes había puesto en su lugar) ingresó intempestivo a la habitación y comenzó a interrogar a los médicos. Los policías le ordenaron que se retirara, y como el periodista se negó, se sucedió una especie de forcejeo. Fue en ese momento, cuando todo el mundo estaba pendiente del jaleo (el periodista amenazaba con denunciar a los directivos del hospital por una supuesta violación a la quinta enmienda), que ingresó la mujer a la habitación.

Isabel la reconoció de inmediato: era la ex de James Miller. Se abría paso rumbo a la habitación, y nadie al parecer se había percatado de su presencia. Pero Isabel no apartaba la vista de ella. Había algo muy extraño en la actitud de esa mujer. Más tarde, diría que le había recordado a uno de esos personajes de animación 3D empleados en las películas para chicos. Eran personajes muy bien construidos, con niveles de detalles increíbles y expresiones similares a las humanas… pero en el fondo no eran más que cáscaras vacías. Era eso lo que había percibido frente a la presencia de la mujer: que se trataba de una cáscara vacía, una réplica exacta de un humano, a tamaño real. Sus ojos se veían tan vacíos como los de un pez. Y tenía algo en los bolsillos. Algo que lentamente había comenzado a retirar, mientras se acercaba a la cama de Joseph.

«Cuidado», trató de decir Isabel, pero solo emitió un susurro que nadie logró escuchar. «Cuidado…»

Era un arma, observó sobresaltada. La mujer tenía un arma, e iba disparar con ella hacia la cabeza del niño.

21

Volví a dormitar durante el trayecto. La lengua se me había adormecido. Las náuseas iban y venían. Sabía que tenía algo grave en la espalda, producto del accidente. Alguna lesión en la médula ósea o algo así. Milena conducía la camioneta de Finn y cada tanto miraba por el espejo retrovisor, para asegurarse de que no nos estuvieran siguiendo. La carretera era oscura y muy pronto me abandoné a las nieblas de mi propio dolor.

Cuando desperté, ya había amanecido. La camioneta estaba detenida frente a un edificio cuyo letrero decía «Washington Hospital». Milena había manejado durante toda la noche por más de cuatrocientos kilómetros. Se acercó por la explanada del estacionamiento conduciendo una silla de ruedas. La acompañaba un joven enfermero que debía medir, fácil, unos dos metros.

—Tendré que dejarte aquí —explicó. Estaba pálida y ojerosa. No se veía muy bien, pero había determinación en sus ojos—. Necesitas que te revise un doctor.

—¿Adónde irás?

—Tengo que tomar un vuelo a Los Ángeles. Algo ha sucedido con Joseph. He telefoneado esta mañana, mientras dormías. No han querido decirme mucho, pero…

—¿Pero qué?

—Necesito ver a Joseph —dijo Milena, al cabo de un tiempo—. Tú estarás bien aquí.

Retrocedió para dar paso al enfermero. Al hacerlo, noté que se llevaba la mano a un costado del abdomen, donde Finn la había apuñalado. Vi que había sangre en esa región. No mucha, pero se le notaba fresca. Como si la herida aún estuviera sangrando.

Milena vio que la estaba observando y se apresuró a cubrir la herida con su chaqueta.

—Milena… tú también debes ver a un médico.

—Estaré bien. El vuelo sale en dos horas, no tengo mucho tiempo.

—Maldición, Milena.

—Estaré bien —repitió, pero cuando ayudó al enfermero a bajarme de la camioneta, vi que tenía el rostro perlado en un sudor enfermizo y respiraba en jadeos—. Estaré bien, Anderson —insistió—. Te enviaré un WhatsApp más tarde.

Volvió a subirse a la camioneta y luego marchó sin mirar atrás, mientras yo era conducido en silla de ruedas hacia la sala de emergencia.

22

«¡Cuidado!», intentó gritar Isabel, pero de nuevo solo emitió un susurro desesperado.

Pero ya era tarde, ya no había mucho que hacer. Se escuchó en la sala una detonación y a continuación los gritos de los médicos y los curiosos, que se arrojaron al suelo creyendo que en el hospital se producía un atentado.

23

Cuenta Itzel que lo primero que pensó al volver a la consciencia fue que algo terrible estaba a punto de pasar. Se encontraba en un avión y no recordaba nada de lo sucedido en las últimas veinticuatro horas. El corazón le latía desenfrenado en su pecho. «Otra vez no», pensó al borde de la histeria. «Por favor, otra vez no.»

Pasó una azafata y la aferró con ambas manos. La azafata la observó alarmada. «¿Adónde se dirige este vuelo?», preguntó Itzel. La azafata la miró durante un momento más y luego le explicó que el destino era Los Ángeles. A continuación, le preguntó si se sentía bien. «Sí», dijo Itzel, dubitativa. «Es que…»

Fue entonces que lo vio. Un papel sobre su regazo. Estaba escrito por una letra femenina que no logró reconocer (aunque le resultó extrañamente familiar). La nota decía lo siguiente: «Debes ir al hospital, lo más pronto que puedas. Mucha suerte. Milena Crow».

«Estoy bien», mintió Itzel, ante la inquieta azafata. «Sí, estoy bien, no se preocupe, muchas gracias.»

La azafata se alejó… pero no dejó de vigilarla durante el resto del vuelo.

Apenas el avión descendió al aeropuerto, Itzel salió disparada hacia el hospital. Había descubierto que tenía algunos dólares dentro del bolsillo de su pantalón (probablemente un obsequio de Milena, aunque jamás supo de dónde los había sacado), así que tomó un taxi para llegar más rápido. Arribó al hospital a eso de las doce y media del mediodía. Vio que había periodistas, policías y curiosos y el corazón se le aceleró. Subió hasta el cuarto pabellón, vio que dentro de la habitación el chico ya no estaba y tuvo que recostarse contra el marco de la puerta para no caer. Uno de los médicos la vio y se le acercó.

—Itzel, lamento mucho lo que ha ocurrido…

Al escuchar estas palabras, Itzel se echó a llorar. El médico la abrazó y la condujo hacia la sala de espera, la misma donde durante más de tres días don Armando había hecho guardia. Itzel se sentó y siguió llorando, incapaz de hacer otra cosa. Llegó una enfermera, que le brindó consuelo y le susurró frases tranquilizadoras. Pero Itzel no podía calmarse. ¿Qué habría ocurrido? ¿Por qué había llegado tan tarde para salvar a su hijo?

—Itzel, lamento lo que ha ocurrido con tu padre —le decía la enfermera, acariciándole el antebrazo—. Pero debes entender que ha hecho un viaje muy largo y su corazón estaba al límite de su resistencia…

Itzel tardó en asimilar lo que la mujer le decía. Alzó la cabeza y la miró, con los ojos muy abiertos.

—¿Mi… mi padre?

—Sí. Don Armando. Así se llama, ¿verdad?

—Sí. ¿Dónde está? ¿Qué le ha ocurrido?

—Itzel… ¿de verdad no sabes lo que ha pasado anoche?

—Pues… no. ¿Qué tiene que ver mi padre con todo esto?

—Pensamos que ya sabías.

—¿Qué cosa?

—Tu padre llegó al hospital hace tres noches atrás. Y ayer a la madrugada tuvo un paro cardíaco y falleció.

—¿Mi padre? —dijo Itzel perpleja—. ¿Estás segura de que es mi padre? No entiendo… ¿él está aquí?

—Vino a visitar a su nieto. Quizá fue su último deseo antes de morir. La enfermera Elsa tiene muchas cosas que contarte al respecto.

—¿Y él…?

La mano de la enfermera sobre su antebrazo presionó aún más.

—Lo siento, Itzel. No logró sobrevivir a esta noche.

—Dios mío. Dios mío… —Estaba demasiado confundida como para sentir dolor. Sabía que eso vendría luego, con el correr de los días. De momento, la noticia de la muerte de su padre era como un golpe que alguien le había dado en la oreja. La había dejado, simplemente, aturdida y sin capacidad de reacción. Pero también tenía otras preguntas en mente—. ¿Dónde… dónde está Joseph?

—¿No sabes lo que ha ocurrido?

—¡Pues no! ¿Qué ha pasado? ¿Por qué lo han sacado de su habitación?

—Itzel, lo ocurrido anoche fue algo muy espantoso. Todos nosotros aún estamos en shock.

—¿Qué ha pasado, maldición?

—Joseph despertó. Y Mary Smith, la ex de tu ex, se coló a la habitación e intentó dispararle.

—¿Qué?

La habitación a Itzel le daba vueltas. Demasiada información en demasiado poco tiempo. Y cada dato era más aterrador que el otro.

—Afortunadamente, Wiseman intervino a tiempo y disparó con su propia pistola. La bala ingresó en la columna de Mary y ahora está hospitalizada. Espero que esa cretina quede paralítica de por vida.

—Pero ¿y Joseph? ¿Él está bien?

La enfermera le dirigió una extraña mirada, que no calmó a Itzel en lo absoluto.

—Será mejor que lo veas con tus propios ojos.

Así que ambas mujeres atravesaron los corredores en dirección al pabellón tres, mientras las demás enfermeras y doctores observaban a Itzel y se codeaban entre ellos. Entraron a una habitación y la enfermera la condujo a la cama donde estaba Joseph, con los ojos cerrados. Un médico tomaba unas notas al pie de la cama.

—Volvió a dormirse, pero no te preocupes: no ha vuelto a su estado de coma —se apresuró a decir el médico—. Solo está cansado.

Itzel se inclinó sobre el niño y le acarició la frente.

—¿Joseph? —dijo Itzel, sintiendo que los ojos se le llenaban de lágrimas—. ¿Me escuchas, Joseph?

—Aún no ha dicho nada desde que despertó —intervino la enfermera—. Los doctores dicen que es cuestión de tiempo. Tampoco reacciona muy bien a las voces, pero lo importante es que ahora está consciente. Y su estado de coma…

Pero dejó de hablar al percatarse de que Itzel ya no la escuchaba: se había arrodillado frente a Joseph y lo abrazaba con todas sus fuerzas, lloraba y pronunciaba su nombre una y otra vez, como si temiera olvidarlo.

EPÍLOGO

El funeral de don Armando se llevó a cabo en el cementerio principal de la Ciudad de México, dos días después. Asistieron sus cinco hijos, dieciséis nietos, siete bisnietos y, por supuesto, su esposa de toda la vida, Francisca, quien le dedicó unas palabras de despedida y luego se alejó llorando en brazos de su hija menor, Renata. Itzel también estaba allí, junto a Joseph. Ambos estaban maltrechos pero se encontraban bien; la herida de Itzel había sido muy cerca del hígado, donde una cuchillada unos centímetros más a la izquierda podría haberla matado. Joseph, en tanto, si bien respiraba por su cuenta y tenía los ojos abiertos, muy poco dejaba entrever de sus emociones y sentimientos. Tampoco hablaba. Lo trasladaban de un lado a otro en silla de ruedas, y parecía un muñeco de trapo que de vez en cuando pestañeaba. Tanto los doctores como Itzel creían que era cuestión de tiempo para que reaccionase; la noticia de la muerte de su padre y su hermano lo había dejado devastado. Pero según Itzel, había algo más, algo que de momento se le escapaba…

Mary Smith sobrevivió al disparo propinado por Wiseman, pero los médicos poco pudieron hacer para salvar su médula ósea. La mujer terminó recluida en un neuropsiquiátrico de máxima seguridad, incapaz ya de volver a caminar. Se decía que por las noches soñaba con una mujer en silla de ruedas, que le arrancaba gritos de miedo y obligaba a los enfermeros a suministrarle altas dosis de sedantes intravenosos, hasta que Mary volvía a dormirse. Había sido sentenciada a cumplir cinco años de prisión por intento de homicidio. Dados los niveles de su locura, los psiquiatras que la trataban dudaban que pudiera salir alguna vez de allí.

En cuanto a mis propias heridas… Sané muy rápido de las de mi espalda, aunque no tanto las de mi interior. Aún me dolía haber sido tan poco útil en el caso de Itzel-Milena. El fracaso de mi investigación, los rumbos desacertados que habían tomado mis elucubraciones, eran tragos muy difíciles de digerir para mi golpeada autoestima.

No bien salí del hospital, intenté contactar con Daphne.

Ella estaba firmando libros en Virginia cuando se enteró de todo. Tomó un vuelo de urgencia hacia Los Ángeles e intentó convencer a Itzel de no llevarse a Joseph hacia México. Hubo incluso una leve tentativa para presentar alguna medida cautelar y evitar que su nieto viajara al país vecino, pero debió desistir en cuanto sus abogados le advirtieron sobre la inutilidad de la misma. Así que tuvo que tragarse su orgullo y dejar que Itzel se saliera con la suya. Traté de comunicarme varias veces con ella, pero nunca respondió a mis llamados.

La crucé durante la presentación de uno de sus libros, en una librería en San Diego. Había una larga fila de chicos que aguardaban a que la autora les firmara el libro. Yo me sumé a la fila, y en cuanto llegó mi turno, Daphne se levantó y se fue. El dueño de la librería se apresuró a calmar los ánimos diciendo que Daphne había sufrido una súbita descompensación, pero yo sé que esa vieja bruja me había reconocido. Debía conocer mi libro, que tenía mi foto a todo color en la contratapa. Se me había escapado, pero supe que ya tendría otras ocasiones para hablar con

ella.

Quien no logró escapar (pese a que le vi la intención en sus ojos) fue Óskar, el inmigrante rumano que había brindado aquella colorida nota al canal LA-18.

Visité su puesto de comida orgánica un día de febrero, alrededor de dos meses después del despertar de Joseph. Sabía que en el caso de Itzel aún quedaban cabos sueltos, que no me dejaban dormir. Por eso fue que, haciéndome pasar por un periodista, le hice todo tipo de preguntas al inadvertido señor Óskar. El tipo disfrutaba de su fama, noté, y estaba encantado de hablar de lo que creía saber con todo aquel que le preguntara, fuera periodista o no.

Su perro, Cookie, dormía en sus brazos y de vez en cuando despertaba para regalarle un lengüetazo. El señor Óskar parecía feliz en su rol de improvisado comunicador. Con el correr del tiempo, había agregado más y más detalles a su historia: ahora, podía describir a la perfección la vestimenta de Itzel, sus tics, incluso las huellas de neumáticos que su camioneta había dejado sobre la carretera. Entonces, de repente, dejé caer la pregunta por la cual había viajado hasta el sur de California. La expresión de Óskar cambió. Sus ojos se pusieron alertas. Lo que confirmó, en parte, mis teorías al respecto.

—¿Puede repetirme la pregunta, por favor? —trató de ganar tiempo el hombre.

—Dije que si sabe qué fue lo que pasó con el dedo de Alexander. Usted sabe que el cadáver del pobre chico fue encontrado sin su dedo meñique, ¿verdad?

—Oh, sí, claro —se apresuró a decir Óskar, desviando la mirada—. Fue terrible, muy terrible… Pero la verdad no sé qué pudo haber pasado.

Me abalancé sobre el hombre. En ese momento, el lugar estaba vacío y no se veía a nadie excepto a las gaviotas que sobrevolaban el mar en busca de comida. Cookie y el señor Óskar chillaron al unísono.

—¡Suélteme! ¡Por favor, suélteme!

—No le haré daño si me cuenta la verdad —le dije—. Juro no decírselo a nadie. Pero, si se niega a hablar, entonces haré que reabran el caso y lo enjuicien por falso testimonio.

No sabía si podía hacer algo así, pero el caso fue que el señor Óskar se tragó el farol. Con una expresión de repente abatida, asintió y dijo:

—Lo llevaré al lugar, para que pueda entender.

Me condujo a una propiedad ubicada al otro lado de la carretera, que resultó ser su casa. El día era invernal y soplaba una brisa desde el mar que me atería el cuerpo. No obstante, el sol brillaba con cierta fuerza, y el cielo estaba despejado. El señor Óskar me guio hacia la huerta al fondo de su casa, donde cultivaba las hortalizas que luego vendía en su local. Se detuvo al lado de un enorme arbusto de arándanos.

—Esa noche, Cookie estaba como loco, totalmente fuera de sí —dijo—. Después de lo de la nota periodística, yo regresé a mi casa agotado, pensando que no lograría dormir hasta mucho tiempo después. Había perdido de vista a Cookie, pero no estaba muy preocupado por él, ya que nunca fue un perro demasiado travieso. Lo llamé y, como no contestó, comencé a buscarlo. Lo encontré, al cabo de un tiempo, detrás del sillón… y tenía algo en la boca. Pensé que era algún hueso que había encontrado por ahí. Pero, cuando se lo retiré a la fuerza, vi que era…

—Lo sabía —dije.

—¡Me asusté! —chilló el señor Óskar—. ¡Pensé que le harían algo a mi perro, que lo sacrificarían o algo así! ¡Él solo… solo estaba exaltado, no es un perro peligroso! Debió acercarse a la camioneta, morder el dedo del chico ya fallecido y… —Señaló hacia una piedra circular, ubicada al pie del arbusto—. Enterré el dedo allí. Durante los siguientes meses, viví aterrado de que alguien lo descubriera. No pensé que, después de tanto tiempo, alguien vendría y…

—Es usted un egoísta. Un egoísta y un cobarde —dije.

El señor Óskar se arrojó a mis pies.

—¡Por favor! —gemía—. ¡Prometió no decirle a nadie! ¡No quiero perder a Cookie! ¡Por favor, por favor!

Me alejé sin prestarle atención. No lo denuncié ante la justicia. Tampoco le dije nada a Itzel, porque sabía que solo lograría reavivar su dolor. Como dijo cierta vez Lévi, a veces es mejor vivir en la ignorancia.

Volví a ver a Itzel hace un par de semanas, en México. Había alquilado un apartamento en Chapultepec. Estaba triste porque Joseph no avanzaba. Se negaba a hacer los ejercicios e incluso a comer. Estaba desmotivado y ella ya no sabía qué hacer. Dijo que había algo… algo importante que ella estaba pasando por alto… y que podía ayudar a su hijo. Pero de momento no lograba darse cuenta cómo.

Le dije que aquellas noticias me entristecían y traté de darle ánimos. Noté que, pese a sus problemas, Itzel parecía más segura de sí. Desde lo sucedido en la granja de Finney nos habíamos visto un par de veces más. La primera vez fue durante el funeral de don Armando, y la siguiente algunos meses después, durante una de mis giras por Latinoamérica. Presentaba una convención titulada: «Fenómenos paranormales: ¿ficción o realidad?». No me había ido tan bien como había planeado, pero me había alcanzado para vivir y darme algunos gustos.

En esa segunda ocasión hablamos sobre lo sucedido durante la noche del despertar de Joseph. Sabíamos que Finney había desaparecido sin dejar rastros. De su hijo no reconocido, Finn, no había habido ninguna noticia, aunque sospechábamos que Finney lo había hecho enterrar en alguna parte del bosque. Lévi, por su parte, no había vuelto a levantar cabeza y vivía escondido en Palo Alto. También hablamos de Milena Crow, aunque Itzel se manifestó incómoda al tocar ese tema, por lo que no insistí demasiado.

—¿Has vuelto a escuchar hablar de Aradia? —le pregunté durante mi tercera y por el momento última visita, hace dos semanas atrás—. ¿O de la Puerta Negra?

—Pues no, nada —dijo Itzel. Estaba preparando el almuerzo para Joseph, que descansaba en su cama. Los movimientos de Itzel eran trabajosos, y por un momento temí que hubiese recurrido a las drogas. Pero luego me di cuenta de la verdad, que no era ni mucho menos preocupante: ella estaba en un pozo de depresión. Muy probablemente por lo de su hijo—. Ni tampoco quiero escuchar hablar de eso. Nunca más.

—Yo tampoco he escuchado nada —reconocí—. Pero, a diferencia de ti, sí quiero saber más sobre el tema. Es decir, ¿qué ha sucedido con Aradia? ¿Dónde está Finney y qué relación tiene en todo esto Daphne?

—Ella sigue escribiendo sus libros para adolescentes. Le va muy bien y disfruta de la fama.

Hace poco apareció en una entrevista para la CNN.

—Lo sé —le dije, y puse sobre la mesa un libro que acababa de comprar en el aeropuerto—. Mira esto.

A regañadientes, sin dejar de hacer sus quehaceres domésticos, Itzel echó una ojeada al libro. Y sus manos por un momento quedaron paralizadas al leer el título: «Detrás del Portal Oscuro». Era el último libro de Daphne.

—Leí la sinopsis —le dije—. Trata de unos adolescentes que investigan una secta llamada «El Portal Oscuro», que al parecer ha secuestrado a uno de sus amigos. Es evidente que Daphne sabe todo, y ha decidido inspirarse en hechos reales para contar su ficción.

—Es posible, sí —reconoció al cabo de un rato Itzel, a desgano. Continuó pelando unas papas sobre un bol.

—Yo creo que es más que posible, Itzel.

—Está bien, sí, es más que posible. Pero sabes que no me interesa ya nada de eso. Daphne está bien lejos, y yo me dedico a vivir con mi hijo y a ayudarlo lo más que puedo. ¿Es eso acaso un pecado?

—No —le dije, cediendo con un suspiro—. Tienes razón. Ya has sufrido demasiado. Es hora de que tengas un poco de paz, Itzel.

—Gracias por comprender —dijo, un poco seca.

Se dirigió al refrigerador y hundió la cabeza en su interior para buscar alguna hortaliza con la que completar su ensalada.

Y entonces… entonces fue que ocurrió.

Yo estaba en una posición en la cual solo podía verle la espalda. De repente, desde el interior del refrigerador, surgió una voz ya conocida, de porte sereno y ligeramente burlón, que dijo:

—Estoy segura de que Aradia sigue dando vueltas por ahí. Y ha dado una nueva lista. Después de todo, los sacrificios son reemplazables.

—¿Milena? —pregunté asombrado. Ya que era la voz inconfundible de ella.

—Lo intentará una y otra vez hasta que logre abrir ese maldito portal. Por eso debemos detenerla, Anderson. Cazarla. Hacerla pedazos. En cuanto Joseph mejore, comenzaremos la cacería.

—Milena, ¿estás segura de lo que estás diciendo? ¿Estás…?

En ese momento, la mujer volvió a emerger del refrigerador con un par de tomates en la mano.

—¿Has dicho algo?— dijo Itzel, confundida. La voz de Milena había desaparecido por completo de su registro.

—Es que… creí que… Olvídalo.

Me fui de su apartamento unos minutos después, luego de saludar con un beso a Joseph. El aire era fresco pero agradable. Multitud de pensamientos se agolpaban en mi mente. ¿Sabría Itzel de su álter ego? Y si no era así, ¿sería conveniente advertirle?

Me encogí mentalmente de hombros. Itzel ya estaba inmiscuida en su propia y desgarradora batalla; no era momento de echarle más peso sobre su espalda. Quizá más adelante, si las cosas mejoraban…

Aunque la idea de hacerle frente a la bruja de Aradia me provocaba un enorme desasosiego. ¿Cómo batallar con una cosa así? Y no solo con ella: también estaba su ejército terrenal que la

custodiaba y seguía. Daphne. Finney. Y quién sabe cuántas personas más; todas ellas poderosas y sin escrúpulos.

De solo pensarlo, el corazón se me estrujaba por el miedo.

Quizás aún faltaba mucho para eso…

Me subí el cuello del sobretodo y me alejé a paso raudo de la casa, sin volver la vista atrás.

Dos semanas después

Eran las dos y media de la tarde. Nerviosa, casi al borde del pánico, Itzel recogió el paquete del aeropuerto. Lo había mandado a pedir especialmente desde Burbank y sabía que era una de las pocas fichas que le quedaban por jugar. Los médicos daban por perdido a Joseph. Creían que jamás regresaría de su estado de enajenamiento. Pero ella ahora sabía que no era así, que el chico solo necesitaba una última conexión para abandonar definitivamente aquella negrura que durante tanto tiempo había habitado.

El día era hermoso, casi paradisíaco. Los olores del césped recién cortado y de la carne asada en barbacoa flotaban en el aire. Un avión surcó el cielo y trazó una larga línea blanca, que permaneció suspendida durante unos minutos. Itzel apretó el paquete aún más e ingresó a la casa.

—Por favor, que esto funcione, por favor.

Pagó a la mujer que había quedado al cuidado de Joseph y la despidió impaciente por la puerta. Luego, se giró hacia la habitación del niño, donde Joseph estaba sobre la silla de ruedas, mirando impávido a través de la ventana.

Le rompía el corazón esa mirada. Tenía la expresión de aquellas muñecas de ojos de botones con que ella había jugado de niña. Aquel Joseph sobre la silla de ruedas no se parecía en nada al Joseph que ella recordaba; un niño cariñoso, despierto, con una curiosidad inabarcable.

Abrió el paquete. Aunque, para ser exactos, no era un paquete, sino una jaula de traslado. Dentro, estaba Bip. Había dejado al animal en los Estados Unidos, al cuidado de una vecina, pensando en llevarlo a México en cuanto las cosas se normalizaran. Pero ahora Itzel se daba cuenta de que había sido un error; el gato jamás debió haberse apartado de ella.

Retiró a Bip de la jaula. Se lo notaba más flaco y viejo. Itzel lo acarició y le hizo unos mimos en la cabeza. El gato al rato se relajó y comenzó a ronronear. Se encontraba a miles de kilómetros de distancia de California, pero estaba en casa otra vez.

La mujer se acercó con el gato a Joseph. Lo depositó sobre sus piernas inmóviles.

—Mira lo que he traído, hijo. Lo recuerdas, ¿verdad? Es Bip, tu gato. Por favor, dime que lo recuerdas.

Los ojos de Itzel se humedecieron. Se había jurado no llorar, pero ahora le resultaba inevitable hacerlo. Había luchado tanto por Joseph… se negaba a aceptar que su hijo continuara en ese estado inerte durante el resto de su existencia. Era injusto para Joseph. Pero también para su abuelo, que había dado su vida por él. Joseph tenía muchas cosas por vivir. Aunque, como bien ella sabía por su larga experiencia en el hospital, muchas veces las cosas eran injustas. El Dios que regía aquel mundo (si es que realmente había algo por ahí que tenía el control sobre las cosas), no solo permitía que muriesen niños, sino que incluso, a veces… parecía regodearse en ello.

—Por favor, por favor, Joseph, dime que lo recuerdas…

Abrazó a su hijo y lo besó mientras susurraba desesperada su nombre. Al rato percibió un movimiento bajo su cuerpo. Se apartó un poco y miró. La mano de su hijo, anteriormente inerte y floja, ahora acariciaba con lentitud el lomo del gato.

Itzel alzó la vista hacia los ojos de su hijo.

—¿Joseph?

Ante su sorpresa, el chico le regaló una tímida y delicada sonrisa.

Y luego, con voz perfectamente clara, pronunció aquellas palabras que durante tanto tiempo Itzel había ansiado volver a escuchar:

—Hola, mamá…

Y le devolvió el abrazo.

Diez días después…
Llamada telefónica

—¿Anderson?

—Sí, Itzel. Estaba dormido. Por Dios, son las tres de la madrugada. ¿Qué…?

—No soy Itzel. Lo sabes muy bien.

—¿Qué rayos? ¿Quién…? Un momento… ¿Milena?

—Es hora, Anderson.

—…

—¿Me has escuchado?

—Sí, sí. Es que aún sigo dormido. Estoy tratando de entender tus palabras. ¿Es hora de qué, Milena? ¿Acaso crees que…?

—Es hora de cazar a la bruja. ¿Vienes o no?

—…

—¿Vienes o no, Anderson?

—Sí, Milena. Maldición, iré. Cuenta conmigo.

—Estaré llamándote en estos días.

Colgó.

Incapaz ya de dormir, me senté sobre la cama. Mi cuerpo se estremecía de pies a cabeza. Con manos temblorosas, encendí un cigarrillo.

«Es hora de cazar a la bruja. Estaré llamándote en estos días.»

¿Y qué nos esperaba después? ¿Más noches de pánico? ¿Más drogas, más alcohol para olvidar todo y no perder la cordura? ¿Y cómo se enfrentaba, por Dios cómo se derrotaba a alguien de la malevolencia de Aradia?

Paralizado por el miedo —pero ya irremediablemente resignado— quedé a la espera del llamado de Milena Crow.

AGRADECIMIENTOS

Los autores desean expresar su profundo agradecimiento a Ángel María Herrera, por el apoyo constante y por creer en ellos, y a las editoras Julieta Lorea y Majo Ferrari, ambas con una pasión maravillosa por lo que hacen. También a todos los amigos, familiares, compañeros, colegas, lectores y fans que hicieron posible la publicación de este libro.